3 4

WAVERLEY

O HACE SESENTA AÑOS

BIBLIOTECA
VERNE

WAVERLEY

O HACE SESENTA AÑOS

BIBLIOTEC.

R. 167 v. 23823

WÁLTER SCOTT

Waverley

Ó

HACE SESENTA AÑOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FRANCISCO GUTIÉRREZ BRITO

É

ISIDORO LÓPEZ LAPUYA

¿A qué rey sirves, Beronian?
¡Dilo ó muere!
SHAKESPEARE, *Enrique IV*,
parte II.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

TOMO SEGUNDO

PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS PÈRES, 6

WAVERLEY

Ó HACE SESENTA ANOS

CAPÍTULO XXX

DE CÓMO LA PÉRDIDA DE UNA HERRADURA PUEDE SER CAUSA DE UN SERIO INCONVENIENTE

Las maneras y el aire distinguido de Waverley, y, más aún, el brillante contenido de su bolsa y la indiferencia con que parecía mirar éste, impusieron bastante á su compañero, disuadiéndole de sus propósitos de conversar. Por otra parte, aquél se hallaba ensimismado en sus meditaciones, profundamente absorto en los planes de su personal interés y las conjeturas que de ellos derivaban. Ambos caminantes prosiguieron, por consiguiente, silenciosos, hasta que, de pronto, el guía hizo observar que su caballo se le había desherrado de una mano y que, sin duda, comprendería su Honor que él era quien tenía que herrarle.

Era esto, sin duda, lo que los legistas ingleses llaman una *cuestión de pesca (a fishing question)* ; es decir, un tanteo para apreciar hasta qué punto estaría dispuesto Waverley á dejarse sonsacar pequeñeces.

— ¡ Qué yo tengo que herrarle ! repuso Waverley

equivocándose respecto á la intención de lo dicho por su acompañante.

— Indudablemente — añadió éste. — Es verdad que no hemos incluído esta cláusula en nuestro contrato; pero no se puede admitir que haya de ser yo quien pague los percances que pueden sobrevenir á mi caballo cuando se emplea en servicio de Vuestro Honor. Sin embargo, si Vuestro Honor...

— ¡Ah! ya; es decir que tengo que pagar la herradura. Pero, ¿hallaremos herrador?

Regocijado de que su amo circunstancial no hiciera objeciones, le aseguró míster Cruickshanks, que felizmente, en el pueblo de Cairnvreckan donde iban á entrar, había un albéitar excelente, pero que, como era un profesor y no un hombre cualquiera, por nada del mundo, á no ser caso de absoluta necesidad, pondría mano á los clavos en sábado ó día de ayuno; y si lo hacía no se hacía pagar menos de seis peniques por herradura. Esta observación, que al mozo le parecía importantísima, no hizo huella alguna en el ánimo de su amo, que se limitó á sorprenderse de que hubiera un profesor veterinario tan devoto y con tales aspiraciones á extraordinaria santidad de fe y constumbres.

Al entrar en el pueblo de Cairnvreckan pronto distinguieron la casa del albéitar. Era al propio tiempo una posada, con dos pisos y tejado de pizarra, dominando con altivez los pajizos techos que la rodeaban. El ruido de los yunques no acreditaba, ciertamente, el reposo del sábado: al contrario; al estrépito de los martillos se unía el resoplido de los fuelles y todos los aparatos de Vulcano aparecían en plena actividad. El maestro herrero que, como se decía en la muestra, tenía por nombre Juan Mucklewrash, estaba ocupado

juntamente con los operarios en componer y reparar una porción de viejos mosquetones, pistolas y otras armas, esparcidas por el taller en una confusión militar. Bajo el abierto cobertizo en que estaba la fragua, había no pocas personas que iban y venían como para recibir y transmitir importantes noticias. No había más que ver á los lugareños, que cruzaban apresuradamente la calle ó se hallaban reunidos en grupos, moviendo los brazos y levantando las miradas al cielo, para comprender que alguna cosa extraordinaria acaecía en Cairnvreckan.

— Algo hay de nuevo — dijo mi huésped del Candlestick, metiéndose con el caballo entre la gente y alargando su huesuda cabeza, — algo hay de nuevo; pero si mi Criador es servido, pronto habré de saber qué sucede.

Waverley, con curiosidad más discreta, echó pie á tierra y confió su caballo á un mozo que estaba allí sin hacer cosa alguna. Tal vez por alguna timidez de carácter, contenida en su primera juventud, no le gustaba hacer preguntas, ni aunque fueran indiferentes, á persona extraña, mientras no pudiera apreciar bien su aspecto y su fisonomía. Mientras miraba en derredor buscando alguien que le inspirase confianza para entrar en conversación, oyó cosas que le excusaron de meterse en preguntas: oyó los nombres de Lochial, Clanrondel, Glegarry y otros distinguidos jefes de las Tierras Altas y entre ellos el de Vich Ian Vohr, mencionado repetidas veces, como si se tratara de palabras corrientes. A juzgar por la común alarma, era evidente que aquellos jefes habían efectuado una incursión por las Tierras Bajas, á la cabeza de sus gentes armadas y que se temía verlos llegar de un momento á otro.

Antes de que tuviera tiempo Waverley de informarse sobre ciertos detalles, se presentó entre los grupos una mujer robusta, de edad como de cuarenta años, de gruesos pómulos, las mejillas ennegrecidas por el humo, vestida como si le hubiesen colgado la ropa con ganchos en el cuerpo. En sus brazos y levantándolos al aire traía un niño, de unos dos años, y sin cuidarse de los gritos que la criatura daba, lleno de miedo, aquella tosca mujer cantaba:

Carlos es mi predilecto
predilecto, predilecto.
Carlos es mi preferido
mi joven caballero.

— ¿Sabéis lo que os espera? — continuó la mujer dirigiéndose al pueblo. — Pues oid lo que viene para enseñaros á conservar vuestra vanidad:

Poco noticiosos estáis de lo que viene
De lo que se os entra por las puertas
Los Macraws vienen.

El Vulcano de Cairnvreckan, que reconoció á su Venus en aquella Bacante, la miraba con cierto aire amenazador, cuando algunos senadores del pueblo intervinieron diciendo:

— Basta ya, buena mujer, basta ya de cantar esas tonterías, en un día como hoy; un día en que el vino de la ira se ha vertido en la copa de la indignación: un día en que el pueblo debe manifestarse contra el papismo, al prelatismo, el cuakerismo y el independentismo, la supremacía, el erastianismo, el antinomianismo y demás errores de la Iglesia (1).

(1) Todos estos nombres designan diferentes sectas religiosas odiadas por los presbiterianos de Escocia. (*N. del T.*)

— ¿Es ese todo vuestro liberalismo? — volvió á exclamar la heroína Jacobita. — ¿Es ese todo vuestro liberalismo, vuestro presbiterianismo, imbéciles? ¿Pensáis que los bravos de casa se van á inquietar ni poco ni mucho de vuestros sínodos, presbiterios, penitencias, multas y castigos? Venganza de estos negros inventos. Más de una honradísima mujer ha sido puesta en penitencia, cuando, en verdad, su honor nada tenía que envidiar al de muchas de las que duermen con un marido liberal: yo misma...

Aquí Juan Mucklewrash, temiendo que su mujer entrase en detalles de su experiencia personal, se interpuso con autoridad exclamando:

— Eh, tú, á ver si acabamos de una vez. A casita y á preparar la sopa.

— Y tú también, remendón estúpido — replicó la gentil dama recuperando el uso de la ira, esparcida hasta entonces sobre todos los que estaban presentes. — Ahí estás machacando armas para unos cuantos locos que no se atreverán á emplearlas nunca contra un montañés, en lugar de ocuparte en ganar el pan para tu familia y herrar el caballo de ese caballero que acaba de llegar del norte. Bien se puede decir que no es de los plañideros del rey Jorge, sino un galante Gordon; segura estoy de ello.

Volviéronse inmediatamente todas las miradas hacia Waverley, quien, aprovechando aquella oportunidad, pidió al albéitar que herrara cuanto antes el caballo, puesto que le urgía continuar su camino. Y así era la verdad, pues por lo que había oído, comprendía que era peligroso permanecer en aquel pueblo. La mirada del herrador se fijó en Waverley, con desagrado y como con sospechas, y, más aún, por la manera como su mujer apoyó aquel encargo:

— ¿No oyes lo que dice este caballero, mal borracho ?

— ¿ Cómo se llama usted, señor mío ? — preguntó Mucklewrash.

— Poco le importa á usted, buen amigo, mientras no deje de pagarle su trabajo.

— Pero puede haber interés de Estado en saberlo — repuso un viejo labrador, que trascendía á vino y humo de estiércol. — Mucho me temo que tengamos necesidad de detener el viaje de usted hasta que haya usted visto al laird.

— Perfectamente — contestó Waverley con altivez ; — sólo que les será á ustedes un poco difícil detenerme, á menos que no me demuestren su derecho á intentarlo.

Hubo un momento de silencio y luego un murmullo entre la gente.

— Es el secretario Murray — lord Sewis Gordon.

— Acaso el mismo caballero, en persona.

Tales sospechas eran las que corrían de uno á otro: evidentemente, iba tomando cuerpo el propósito de impedir la marcha de Waverley. Trató éste de entrar en tranquilas explicaciones ; pero su aliada voluntaria, mistress Mucklewrash, interrumpiéndole y cubriendo su voz, tomó su partido, con una violencia, que los que la escuchaban pusieron en cuenta de Eduardo.

— ¿ Vosotros detener á un amigo del príncipe ? — porque aquella mujer, aunque con propósitos distintos de los de la gente que allí estaba, venía á coincidir con la opinión, ya pública, sobre Waverley. — Os reto á que le toquéis, aunque fuere con la punta del dedo: al primero que lo haga le planto mis diez mandamientos en la cara.

Y diciendo esto tendía sus largos y nerviosos dedos, armados de uñas, que hubiera dado envidia á un buitre.

— Buena mujer — dijo el viejo labrador ; — métase usted en su casa y cuide á los chicos de su marido: más cuenta tiene esto que el estarse aquí mareándonos.

— ¿ Sus chicos ? — replicó la amazona mirando á su marido con gesto de inexplicable desprecio. — ¿ Sus hijos ?

> Cuando se muera usted, buen hombre,
> Cuando la verde hierba le cubra la cabeza
> Yo consolaré mi viudez
> Con un grandilocuente montañés.

Esta copla, que excitó la risa entre la juventud del auditorio, dió al traste con la poca paciencia que le quedaba al herrero, el cual, exclamando : « lléveme el diablo si no la meto por la boca un hierro candente », echó mano, en efecto, de una barra y sacándola de la lumbre, se abalanzó contra su mujer. Gracias á la intervención de varias personas, pudo contenerse al marido, mientras otras procuraban que la mujer se alejase lo más posible.

Waverley pensó aprovechar aquella confusión para marcharse ; pero no veía su caballo. Al fin advirtió que estaba á cierta distancia en manos de su fiel guía Ebenezer. Al enterarse éste del giro que tomaba el asunto de su amo, se había retirado, llevándose los dos caballos, y á caballo en uno y teniendo el otro por la brida, por más que Waverley le gritaba que se acercase, no quería.

— No, no : suponiendo que usted no sea amigo de

la Iglesia y del rey, si por esto se le detiene, tendrá que responderme usted, ante las buenas gentes del país, de los perjuicios que me ocasiona por faltar á lo convenido : por esto me quedo con el caballo de usted y la valija, dado que mi caballo y yo perderemos el trabajo de mañana, sin contar con el sermón de esta tarde.

Eduardo no podía aguantar más, viéndose rodeado de la gentuza : á cada instante esperaba ser agredido. Así, resolvió acudir á la intimidación : sacó las dos pistolas y amenazó con una á los grupos y con la otra á Ebenecer, previniéndole que si daba un solo paso más, alejándose con los caballos, tiraría contra él.

El prudente Partridge reconoció que un hombre armado de una pistola vale por ciento desarmados; porque si bien es cierto que de un tiro no puede matar más que un hombre, cada uno teme ser este hombre muerto. Por tanto, el somatén de Cairnvreckan probablemente habría dejado paso libre á Eduardo y Ebenezer, cuya palidez natural se había tornado casi cadavérica, y no se habría aventurado á desobedecer el mandato, si el Vulcano del pueblo, queriendo descargar su furor sobre alguien, ya que no sobre su mujer, no se hubiera precipitado con su barra candente sobre nuestro héroe. Waverley no tuvo más remedio que tirar contra él, para defenderse : el desgraciado herrero cayó. Eduardo, con el natural horror del lance, no tuvo la presencia de espíritu necesaria para haber hecho uso de la otra pistola ó para echar mano de la espada ; de modo que la gente se lanzó sobre él arrollándole, desarmándole y disponiéndose á usar en él las mayores violencias. En aquel preciso momento se presentó un venerable

clérigo, pastor de la parroquia, conteniendo á la multitud.

Aquel digno hombre (no era un Gonkshrapples, ni un Rentowels) mantenía su prestigio sobre el pueblo predicando las prácticas del cristianismo, así como los dogmas abstractos ; respetábanles las clases superiores, por más que no acostumbraba lisonjear ningún error, haciendo de la cátedra del Evangelio una escuela de moral pagana. Tal vez por razón de esta misma mezcla de fe y práctica en su doctrina, no he logrado apreciar si pertenecía al partido evangélico ó al moderado de la Iglesia. Pero no creo que esta circunstancia tenga mucho interés, sobre todo, si se recuerda, como me acuerdo yo, haber visto á la cabeza de uno y otro de estos partidos un Erskine y un Robertson.

Míster Morton (que así se llamaba el eclesiástico de quien se guarda memoria en Cairnvreckan como formando una especie de época, de modo que al cabo de sesenta años se dice « en tiempos de aquel buen señor Morton»), alarmado por el estrépito del tiro y por el tumulto, acudió hacia la fragua. Visto lo que pasaba, mandó que se prendiese á Waverley ; pero sin cometer en él ninguna clase de violencia. Hecho esto, se acercó al cuerpo de Mucklewrash, junto al cual y por una repentina explosión de sentimiento, lloraba y gemía su mujer mesándose el cabello y dando muestras de un dolor cercano á la desesperación. Cuando levantaron de tierra al herrero, lo primero que se vió fué que estaba con vida, y después que esta vida duraría como si no hubiese habido disparo de pistola. Se había librado de buena, en efecto : la bala sólo le había rozado la cabeza, aturdiéndole unos momentos : el espanto, la confusión fueron cau-

sa de aquella especie de estupor. Tan pronto como se vió de pie, clamó venganza contra Waverley. Con dificultad consintió en lo propuesto por el señor Morton, que era también el juez de paz, y ponerle á su disposición. Los vecinos presentes aceptaron unánimes esta propuesta y hasta la misma mujer de Mucklewrash, que ya empezaba á reponerse de su ternura inesperada, convino, sollozando, en que no había nada que objetar á lo propuesto por el reverendo señor Morton, que éste era muy bueno y, sin duda, llegaría pronto el momento de verle con el traje de obispo, lo que le sentaría mejor que las calzas y el alzacuello de Ginebra.

Sin más controversias, escoltado Waverley por todos los habitantes del pueblo que no estaban enfermos, fué llevado á la casa señorial, que distaba de Cairnvreckan como una milla.

CAPÍTULO XXXI

UN INTERROGATORIO

El Mayor Melville, laird de Cairnvreckan, era un gentilhombre entrado en años, que había pasado su juventud en el servicio militar. Acogió al señor Morton con sumo agrado y á su prisionero con una cortesía que las circunstancias equívocas en que se encontraba Eduardo, hacían necesariamente fría y contrariada.

Informado acerca de la naturaleza de la herida sufrida por el herrador y visto que no era cosa de cuidado y que, en suma, el acto de Eduardo más bien había sido en defensa propia, el Mayor estimó que la cuestión podía darse por terminada mediante el pago, por Waverley, de una pequeña suma en beneficio del herido.

— Desearía — añadió el Mayor — no tener que cumplir otros deberes. Pero, caballero, me veo en la necesidad de informarme acerca de los motivos de su viaje por este país, en estos desagradables días de agitación.

Ebenezer Cruickshanks se adelantó en aquel momento y comunicó al magistrado todo cuanto sabía respecto á Waverley, las sospechas que le había ins-

pirado su reserva, el modo como habia eludido Callum Beg sus preguntas. Dijo que el caballo de Eduardo pertenecía á Vich Ian Vohr, que así le constaba, pero que no se había atrevido á decirlo en presencia del primer guía de Eduardo por temor que una noche cualquiera aparecieran su casa y cuadras incendiadas por la infernal partida de los Mac-Ivors. Concluyó exagerando sus servicios al Estado y á la Iglesia, envaneciéndose de servir, con ayuda de Dios (según observó modestamente), para la detención de tan temible delincuente. Expuso que esperaba ser recompensado más tarde y, en cuanto al presente, solicitaba que se le indemnizase en el acto por la pérdida de tiempo y aun de su reputación, pues estaba trabajando en día de fiesta.

El Mayor Melville le contestó reposadamente que lejos de tener merecimientos en los hechos presentes, él, Cruickshanks, debería solicitar que se le condonara la fuerte multa en que había incurrido por no haber cumplido lo preceptuado en una disposición reciente, que era dar cuenta al magistrado más inmediato de la llegada de todo forastero á la posada. Puesto que tanto se envanecía de religiosidad y de fidelidad política, bien estaba el no atribuir otra falta á su mala voluntad; pero era indudable que su solicitud por la Iglesia y el Estado se había adormecido ante la ocasión de sacar doble precio por el alquiler de un caballo. Con todo esto, su jurisdicción de magistrado no iba hasta poder juzgar impersonalmente de aquella consulta: pasaría el caso á la sesión del trimestre próximo.

Nuestra historia no vuelve á hablar, desde este momento, de nuestro hostelero, el cual se retiró cabizbajo y confuso.

El Mayor Melville mandó á los lugareños que se retirasen á sus casas, excepto dos de ellos que deberían funcionar como constables y esperar fuera en el recibimiento. Salieron de la habitación todas las personas, excepto el señor Morton, á quien el Mayor rogó que se quedase un individuo para hacer de escribano actuario, y, naturalmente, el detenido Waverley. Pasado un momento de silencio, durante el cual el Mayor contempló á Waverley con evidente compasión, examinando de cuando en cuando un papel que tenía en la mano, le preguntó su nombre.

— Eduardo Waverley.

— Lo suponía; Eduardo Waverley, antes capitán de dragones, sobrino de sir Everard Waverley de Waverley-Honour.

— El mismo.

— Caballero Waverley, siento mucho hallarme en este tan sensible deber.

— Mayor Melville, el deber no necesita excusas.

— Exacto. Así, permítame usted que le pregunte en qué ha empleado el tiempo desde el día en que tuvo licencia para ausentarse de su regimiento, hace algunas semanas, hasta hoy.

— Mi contestación — dijo Waverley — á una pregunta de orden tan general, tiene que basarse en la clase de cargos que la hacen necesaria. Necesito, pues, conocer esta clase de cargos y además qué clase de autoridad me impone el deber de responder.

— En cuanto á los cargos, señor Waverley, siento de estarle que se trata de una inculpación grave, hecho acta á su carácter de militar y de súbdito. En inteligible concepto está usted acusado de ser cabeza diciones, de haber inducido á rebelión los hombres

— Pebajo su mando, de haber dado ejemplo de

deserción permaneciendo ausente del regimiento contra las órdenes expresas de sus jefes. En cuanto á lo civil está usted acusado de alta traición, de haberse levantado en armas contra el rey, que es la mayor delincuencia posible en que puede incurrir un súbdito.

— ¿Y por virtud de qué autoridad estoy obligado á contestar á usted sobre tales calumnias?

— Por una autoridad que no admite disputa y á la que tengo que obedecer.

Diciendo esto, el Mayor presentó á Waverley un mandamiento de prisión expedido por el Tribunal Supremo de Escocia, ordenando en debida forma que se detuviera á Eduardo Waverley, sospechoso de actos de traición y otros altos delitos.

El asombro experimentado por Waverley al enterarse de esta inculpación, pareció al Mayor una prueba de que le remordía á Waverley la conciencia, mientras que al señor Morton le hacía el efecto de una sorpresa experimentada por la inocencia al ver una injusticia. Algo había de cierto en ambas conjeturas. Aunque la conciencia de Eduardo no le reprochaba delito, reconocía que su modo de obrar fácilmente inducía á una apariencia de culpabilidad difícil de desvanecer.

— Una de las circunstancias más lamentables de este asunto — dijo el Mayor Melville después de una pausa — es que por razón de esta grave requisitoria me es forzoso pedir á usted que me exhiba todos s- papeles. nte

— Va usted á verlos sin ninguna reserva del Eduardo poniendo encima de la mesa su ca los papeles que tenía en los bolsillos. — Sin e este hay uno que quisiera me dispensara usted ró catrar.

— Mucho temo que no me sea posible consentir excepción alguna.

— En ese caso se lo mostraré; pero como no tiene la menor importancia, me atrevo á esperar que usted hará el favor de devolvérmelo.

Con esto sacó del pecho los versos que había recibido por la mañana y se los presentó al Mayor dentro del sobrescrito. El Mayor leyó la poesía, y luego mandó al escribano que la copiara. Hecha la copia, devolvió el original á Waverley, no sin cierta gravedad melancólica.

Después de dar al prisionero, pues nuestro héroe ya podía considerarse como tal, algún espacio para reflexionar, el Mayor tornó al interrogatorio, diciendo que, supuesta la reclamación de Waverley sobre las preguntas de orden general, le haría algunas de orden particular en cuanto se lo permitían los informes que se habían comunicado. Prosiguió, en consecuencia, interrogando, mientras el actuario tomaba nota de las preguntas y respuestas.

— ¿Ha conocido usted, señor Waverley, al llamado Humphry Houghton, sargento graduado oficial de dragones de Gardiner?

— Ciertamente; era sargento de mi escuadrón, hijo de un arrendatario de mi tío.

— Eso es. ¿No tenía la confianza de usted, al mismo tiempo que grande influencia sobre sus camaradas?

— Yo no he puesto nunca mi confianza en personas de esa categoría — repuso Waverley. — Lo que he hecho es favorecer al sargento Houghton porque era inteligente y activo, y creo que por estas mismas condiciones le estimaban sus compañeros.

— Pero usted se servía de este hombre — observó

el Mayor Melville — para comunicar con los soldados que había usted alistado en Waverley-Honour.

— Es cierto; aquellos pobres, incorporados en un regimiento compuesto casi exclusivamente de escoceses y de irlandeses, cada vez que necesitaban algo á mí se dirigían, y era natural que en semejantes ocasiones tomasen por mensajero á su paisano el sargento Houghton.

— De modo que la influencia del sargento Houghton se extendía particularmente á los soldados que usted había reclutado en tierras de su tío?

— Seguramente; pero no comprendo qué relación tiene esto con lo que nos ocupa.

— Voy á decírselo, y espero su contestación franca. Después de marcharse del regimiento, ¿ha tenido usted correspondencia directa ó indirecta con el sargento Houghton?

— ¡Cómo! ¿Sostener yo correspondencia con un hombre de esa categoría? ¿Por qué razón y con qué propósito lo hubiera hecho?

— Eso es lo que ha de explicarme usted. Por ejemplo, ¿no le ha encargado usted que le remitiera algunos libros?

— Me recuerda usted un encargo insignificante que dí á este hombre porque mi criado no sabía leer. Me acuerdo haberle escrito diciéndole que me enviase á Tully-Veolan unos libros cuya lista le remitía.

— ¿Qué clase de libros eran esos?

— En su mayor parte de literatura; estaban destinados á una señora.

— ¿No había entre ellos algún libelo, algún tratado sedicioso?

— Alguna cosa había de carácter político; pero apenas lo he visto. Esto era envío de un amigo cuyo

corazón vale más que su prudencia y sagacidad política; me ha parecido que eran disertaciones harto flojas.

— Ese amigo sin duda se llama el señor Pembroke, clérigo no jurado, autor de dos libros sediciosos, cuyos manuscritos se han hallado en la maleta de usted.

— Doy á usted mi palabra de caballero que no he leído de ellos ni seis páginas.

— No soy su juez, señor Waverley; no hago más que formar un sumario que ha de ir á otras manos. Continuemos. ¿Conoce usted á un hombre que se hace llamar Willy Wils ó Wils Ruthven?

— Nunca he oído ese nombre.

— ¿No se ha servido usted de él ó de otra persona como intermediario para inducir á deserción al sargento Houghton, y con él á cuantos camaradas consiguiera arrastrar, de modo que se juntasen con los montañeses y demás rebeldes que han tomado las armas bajo las órdenes del joven Pretendiente?

— Aseguro á usted que, no solamente soy ajeno á la conspiración de que usted me habla, sino que me es odiosa en el fondo del alma, y que por nada del mundo quisiera participar en ella para ganar un trono ni aunque hubiera de ser en favor de mí mismo.

— No obstante, al examinar este sobrescrito, en el que reconozco la letra de uno de esos gentileshombres extraordinarios que hoy hacen armas contra su patria, no puedo menos de encontrar puntos de semejanza entre la empresa de que he hablado y las hazañas de Wogan; hazañas que, quien escribe á usted, desearía que usted imitase.

Waverley quedóse sorprendido al reconocer la coincidencia; pero negó que los deseos de quien había escrito aquello pudieran considerarse como pruebas de

una acusación que, por lo demás, carecía de fundamento.

— Pero, si mis informes son exactos, usted ha pasado todo este tiempo en casa del jefe montañés y Chieftain, y en la de Bradwardine que también está en armas á favor de esta infortunada causa.

— No tengo por qué ocultarlo; pero niego resueltamente haber tenido conocimiento de los designios contra el gobierno.

— Sin embargo, presumo que no tendrá usted el propósito de negar que ha acompañado usted á Glennaquorich hasta cierto lugar donde tenía cita y donde con pretexto de una gran cacería se habían reunido casi todos los cómplices de su traición, para concertarse respecto á las medidas que era preciso adoptar en el levantamiento.

— Reconozco que he asistido á esa reunión; pero ni he visto ni he oído nada por donde pudiera advertir esos propósitos que usted supone.

— De allí — prosiguió el magistrado — siguió usted con Glennaquoich y una parte de su clan hasta reunirse con el Pretendiente. Después de rendirle pleito homenaje tornaron ustedes para armar y disciplinar el resto de las fuerzas montañesas é incorporarlas luego á los que estaban en camino del Sur.

— Jamás hice tal viaje con Glennaquoich, ni aun he oído decir que la persona nombrada por usted se hallara en el país.

Entonces explicó Waverley lo que le había acaecido, en esta cacería, dando minuciosos detalles y añadiendo que á su regreso tuvo noticia de su destitución. Convino en que por la primera vez advirtió entonces síntomas indicadores de que los montañeses trataban de levantarse en armas; pero que, no teniendo ninguna razón para incorporarse á su partido y no queriendo permanecer en Escocia, se había puesto en camino para su país natal, á donde le llamaban los que tenían derecho á dirigir sus actos, según podía ver el señor Melville por las cartas que tenía encima de la mesa.

El Mayor leyó aquellas cartas, las de sir Everard y las de Raquel, la tía de Eduardo; pero no dedujo de ellas lo que decía éste. Aquellas cartas manifestaban gran descontento contra el gobierno, y hablaban de venganza en términos que no eran muy dudosos, hasta consideró que aquella carta en que Raquel sostenía abiertamente la justicia de la causa de los Estuardos, constituía la prueba fehaciente de lo que las otras no hacían más que insinuar.

— Permítame usted otra pregunta, señor Waverley — dijo el Mayor Melville. — ¿No ha recibido usted diferentes cartas de su jefe, previniéndole, aconsejándole, recomendándole que volviera á su puesto, dándole aviso de que se utilizaba el nombre de usted para sembrar el descontento entre sus soldados?

— Jamás; no he recibido de él más que una carta, una sólo, en la que me indicaba, con toda cortesía, su deseo de que no pasara yo todo el tiempo de mi licencia en casa de Bradwardine; cosa que, á la verdad, me pareció que no tenía el derecho de indicarme. El mismo día en que leí en la *Gaceta* mi destitución, recibí del coronel Gardiner otra carta en la que me conminaba á reincorporarme á mi regimiento; pero esta orden llegaba á mí demasiado tarde para cumplirla en tiempo debido. Si en el intervalo el coronel Gardiner me ha escrito otras cartas, cosa que su elevado carácter hace ciertamente probable, no las he recibido.

— He omitido una pregunta — continuó el Mayor — concerniente á una circunstancia que, si bien es menos importante, ha perjudicado á usted mucho ante el público. Se dice que en presencia de usted alguien pronunció un brindis rebelde, y que usted, aunque oficial al servicio de S. M., permitió que otra de las personas presentes pidiese explicaciones de aquel brindis. Esto, caballero oficial, no puede ser causa de inculpación ante un tribunal de justicia; pero si, como se me ha dicho, es cierto que los oficiales del regimiento de usted le han pedido una explicación de estos hechos y usted se ha negado á dársela, esto sí me sorprendería en usted como militar y como caballero.

Aquello era demasiado ya para Eduardo. Abrumado por el peso de aquel cúmulo de acusaciones, en que las circunstancias daban tanta apariencia de verdad á las mentiras, viéndose solo, sin amigos, en un país extraño, imaginóse en trance de perder el honor y la vida. Entonces, reclinando la cabeza en la mano, declaró de manera resuelta que se negaba á contestar, que no admitía más preguntas, puesto que su inocencia no servía sino para dar armas contra él.

Sin manifestar sorpresa ni disgusto por aquel cambio de actitud en Waverley, el Mayor Melville insistió tranquilamente en otras preguntas.

— ¿Para qué contestar? — dijo Eduardo enojado. — Usted parece persuadido de que soy culpable; de mis respuestas saca usted toda clase de deducciones á propósito para confirmarle en su opinión preconcebida. Complázcase usted, pues, en ese su triunfo imaginado y no me atormente más. Si soy culpable de la cobardía y la traición de que usted me acusa, no merezco que conceda usted el menor crédito á lo

que yo puedo decir. Y si las sospechas de usted son infundadas — como en Dios y en mi conciencia puedo afirmar — no veo la necesidad de estar suministrando á usted armas contra mí, por medio de mi sinceridad. No hay razón para que le conteste y he resuelto no contestarle. — Diciendo esto tomó Eduardo la actitud de un hombre decidido á callarse.

— Permítame usted — añadió el magistrado — recordarle una razón en apoyo de las ventajas que lleva consigo una confesión franca y sin reservas. La inexperiencia de la juventud, señor Waverley, lleva á caer en las asechanzas de los hombres hábiles y astutos. Uno de los amigos de usted, por lo menos — y me refiero á Mac-Ivor de Glennaquoich — tiene un puesto de primer orden en esta clase de hombres, así como la juventud de usted y su ignorancia de las costumbres montañesas me inducen á contarle entre los inexpertos. En este caso, un paso dado en falso, un error, que me complacería juzgar como absolutamente involuntario, pueden tener remedio; yo me encargo de interceder por usted con mucho gusto. Pero, como usted necesariamente ha de estar al tanto de la fuerza efectiva, de los medios de que disponen, armas y todo lo demás, he de esperar que usted se haga merecedor de mi intervención mediante una confesión franca de todo cuanto sabe acerca de este asunto. En tales condiciones creo que todo quedaría reducido á una detención, corta, que sufrirá usted por la parte que en estas desgraciadas intrigas ha tomado.

Waverley escuchó hasta el fin esta exhortación sin apartarse de su calma. Pero cuando hubo concluído el Mayor, se levantó de pronto y, con una energía de que hasta entonces no había dado muestras, dijo:

— Mayor Melville, puesto que este es su nombre, he contestado hasta ahora á sus preguntas con toda franqueza ó he rehusado contestar con moderación, porque lo preguntado por usted era cosa exclusivamente mía. Pero, puesto que usted se permite considerarme harto vil para contestarle sobre cosas de otros, cualesquiera que sean, que me han dado hospitalidad como amigos, declaro á usted que consideraré sus preguntas como un insulto infinitamente más ofensivo que sus sospechas calumniosas. Y puesto que mi mala fortuna no me deja para expresar mi indignación más camino que el de las palabras, advierto á usted que antes me arrancará el corazón que una sola sílaba sobre las personas de quienes si he podido saber algo no se debe más que á la confianza plena y entera de la hospitalidad.

El señor Morton y el Mayor se miraron y el actuario, que durante el interrogatorio se había sentido atacado de tos, recurrió entonces á su tabaquera y al pañuelo.

— Señor Waverley — dijo el Mayor, — mi situación presente me impide ofender ó recibir ofensas; de modo que la discusión es inútil. Tengo el sentimiento de notificar á usted que queda detenido; pero por lugar de detención señalo á usted mi casa, que es esta. Temo que no quiera usted aceptar el comer conmigo (Eduardo hizo señales de rehusar). En este caso dispondré que se le sirva á usted en un cuarto.

Saludáronse, y Eduardo, acompañado de los dos individuos en funciones de agentes de justicia, fué conducido á una pequeña habitación bien amueblada. No quiso nada de comer ni beber; se echó en la cama y, fatigado por las emociones y el cansancio de tan desventurado día, se quedó profundamente dormido. Era más de lo que él mismo habría esperado. Dícese que los indios de Norte América, cuando sufren tormento, si se suspende éste, se duermen con la mayor tranquilidad hasta que, reanudado el martirio, el fuego les despierta.

CAPÍTULO XXXII

UNA CONFERENCIA : SUS RESULTADOS

El Mayor Melville había retenido al señor Morton durante el interrogatorio de Waverley, no sólo por que tenía en mucha estima el buen juicio y el sentido práctico de este sacerdote, sino porque le agradaba que presenciase la manera cómo procedía en un asunto donde estaba empeñado el honor y acaso la vida, de un joven inglés de alto rango, presunto heredero de una gran fortuna. Sabía el Mayor que su proceder sería examinado con rigor, y así quería que no pudiera ponerse nunca en duda su justicia ni sospecharse de su integridad.

En cuanto se retiró Waverley, el laird y el clérigo de Cairnvreckan pasaron al comedor y se pusieron á cenar en silencio. Mientras los criados estaban presentes para servirles, ni uno ni otro querían hablar de lo que les preocupaba y, fuera de esto no hallaban tema de conversación.

La juventud y aparente franqueza de Waverley contrastaban de manera evidente con las sombrías sospechas acumuladas en derreder suyo. Por otra parte, mostraba en su conducta una especie de candidez y de sinceridad que parecían propias de un hombre aún inexperto en intrigas y que abogaban en su favor.

Ambos comensales meditaban sobre los incidentes del interrogatorio y cada uno de ellos los consideraba desde distinto punto de vista. Uno y otro tenían talento é igual competencia para comparar las diversas partes de una declaración, sacando de ello las deducciones convenientes. Pero la diferencia de sus costumbres y de su educación les inducía á discrepancias no menos señaladas, á veces, en las conclusiones obtenidas de las mismas premisas.

El Mayor había pasado la mayor parte de su vida en campamentos y ciudades, era vigilante por profesión, cauto por experiencia : había encontrando muchos malvados en el mundo y resultaba que, aun siendo íntegro magistrado y hombre de honor, sus opiniones se inspiraban en una severidad estricta. El señor Morton, por el contrario, luego de haber terminado sus estudios en el colegio, donde se había hecho querer de sus compañeros, así como de sus maestros, pasó á disfrutar en el campo de aquella modesta posición debida al ejercicio de sus funciones sacerdotales. Pocas ocasiones tenía de observar la maldad; y si alguna vez se le presentaba, no le daba motivos más que de procurar el arrepentimiento y conducir á honesta vida. Sus feligreses correspondían á este afectuoso celo, respetando á su párroco y tratando de que no se enterase de aquello que más le contrariaba, que era el olvido de los deberes religiosos, siempre recomendados por él y que descuidaban algunos. Era proverbial entre los vecinos del pueblo (donde aquellos dos caracteres disfrutaban de la misma popularidad) que el laird no conocía más que lo malo que se

hacía, mientras que el párroco sólo conocía lo bueno.

El amor á las letras, aunque supeditado siempre á los estudios y deberes de su estado eclesiástico, era otra condición que distinguía al párroco de Cairnvreckan. Esta afición había dado cierto carácter novelesco á sus concepciones imaginativas, no borradas por la materialidad de la vida real. La prematura muerte de una mujer amable y joven con quien se había casado por cariño, y la muerte también de un hijo, único, fallecido poco después que su madre, contribuían, aun después de pasados muchos años, á la dulzura de aquel ánimo, naturalmente inclinado á la contemplación. Así se explica que en estas circunstancias de que estamos hablando, los sentimientos del señor Morton fueron enteramente distintos de los del magistrado.

Cuando se retiraron los criados, aún continuó un poco el silencio. Por último, llenó el Mayor un vaso de vino, pasó la botella al señor Morton y comenzó la conversación, diciendo :

— Mal asunto es este, señor Morton. Mucho me temo que este atolondrado joven esté muy cerca de la horca.

— ¡ No lo quiera Dios ! — repuso el eclesiástico.

— ¡ Amén ! — dijo el laird. — Pero, por mucha que sea la caridad con que discurra usted, no podrá menos de convenir en mi deducción.

— De ningún modo : en todo lo que hemos oído esta noche, Mayor, no hay nada que me impida esperar.

— ¡Cómo, señor párroco! ¿usted es de aquellos que quisieran ver extendido á todos el privilegio de que disfruta el clero?

— Claro es que lo quisiera. Gracia y paciencia son

las dos bases de la doctrina que me incumbe enseñar.

— Muy cierto, religiosamente hablando ; pero conceder gracia á un delincuente puede constituir una injusticia para con la comunidad. No me refiero á este joven en particular, deseo vivamente que se pueda justificar él mismo, porque me agradan su modestia y su ánimo ; pero temo que se haya precitado á un abismo.

— ¿ Por qué ? Estamos viendo á muchos caballeros, mal aconsejados, que toman armas contra el gobierno. Muchos, no lo dude usted, piensan seguir con esto los principios que sus ideas y su educación califican de patriotismo y heroísmo. Al seleccionar la justicia entre esta multitud de víctimas, puesto que seguramente no han de ser inmolados todos, ha de fijarse mucho en los móviles de cada uno. Quien fuere guiado por la ambición ó por la esperanza de algún beneficio personal debe sufrir la aplicación de las leyes ; pero seguramente este joven extraviado por la imaginación, por ideas caballerescas, bien puede merecer el perdón.

— Cuando la imaginación y las ideas caballerescas conducen á la alta traición — repuso el magistrado, — no conozco en toda la cristiandad un tribunal que admita la invocación del *Habeas corpus*.

— Pues yo no veo que esté suficientemente probado el delito de este muchacho — observó el clérigo.

— Porque la natural bondad de usted le ofusca, — replicó el Mayor. — Y si no observe usted : tiene usted aquí un joven, descendiente de una familia de jacobitas, hereditarios. Su tío ha sido siempre el *leader* del partido Tory en la región de su domicilio ; su padre abriga resentimientos de cortesano desgraciado ; su preceptor es un no jurado, autor de dos libros revo-

lucionarios. Este joven entra en el regimiento de dragones de Gardiner, lleva consigo un grupo de jóvenes nacidos en tierras de su tío, los cuales no se ocultan para confesar, á su manera, en sus disputas con sus camaradas, que los principios en la Alta iglesia, aprendidos en Waverley-Honour son los suyos. Para con estos jóvenes tiene Waverley atenciones extraordinarias : disponen de más dinero de lo corriente entre soldados, cosa incompatible con la disciplina ; son manejados por un sargento favorito que les sirve de intermediario para desusadas comunicaciones con su capitán y hasta se dan aires de independencia respecto á los otros soldados, sus compañeros.

— Todo eso, mi querido Mayor, es la consecuencia natural de su adhesión á su joven señor, y de servicio en un regimiento reclutado principalmente en el norte de Irlanda y en el oeste de Escocia y donde, por consecuencia, tienen camaradas dispuestos siempre á buscarles disputas á título de ingleses y de adictos á la iglesia anglicana.

— Bien dicho, señor párroco. Ya quisiera yo que le oyesen algunos individuos de su sínodo. Pero déjeme usted seguir. Este joven obtiene licencia para ausentarse y se va á Tully-Veolan. Conocidas son las ideas del Barón de Bradwardine, sin que sea necesario recordar de qué manera le auxilió el tío de este joven el año 15. De aquí una disputa, en la que parece deshonró el uniforme. El coronel Gardiner le escribió primeramente con dulzura, luego con acritud. No creo que lo dude usted, puesto que el coronel lo afirma. Los oficiales de su regimiento le invitan á que dé una explicación acerca de la disputa referida : no contesta ni á su coronel ni á sus compañeros.

A todo esto sus soldados dan muestras de insubordinación, y cuando el rumor de este desventurado alzamiento se hace general, el sargento Houghton y otro tunante se ponen, según correspondencia sorprendida, en relación con un emisario francés, enviado por el capitán Waverley para meter prisa á la deserción, para que cuanto antes Houghton y sus amigos vayan á reunirse con su capitán bajo las órdenes del príncipe Carlos. Mientras tanto, este fiel capitán, reside, como él mismo confiesa, en Glennaquoich, en casa del más activo, hábil y ardiente jacobita de Escocia y le acompaña, por lo menos, á la famosa conferencia disimulada con pretexto de caza y, á mi entender, algo más lejos. En tanto se le escriben otras dos cartas, una dándole aviso del estado de insubordinación de sus soldados y otra con orden perentoria de reincorporarse al regimiento, cosa que el sentido común debió sugerirle tan pronto como supo que la rebelión se formaba en derredor suyo. Entonces contesta con una negativa redonda y da su dimisión.

— Ya estaba destituído — observó el señor Morton.

— Sí ; pero él dice que siente que esta destitución haya precedido á su renuncia. Embárganse sus equipajes, en su guarnición unos, en Tully-Veolan otros y en ellos se halla un gran número de folletos, de libelos jacobinistas, capaces de emponzoñar un país entero : á más de los impresos se hallan dos manuscritos de su excelente amigo y preceptor señor Pembroke.

— Dice que no los ha leído nunca — añadió el eclesiástico.

— En condiciones ordinarias le creería — dijo el magistrado, — porque el estilo es tan necio y pedantesco como perniciosa la idea. Pero ¿ qué motivo

puede existir para que un joven lleve consigo semejantes escritos, si no es la simpatía que le merecen? Luego, cuando se informa de que se acercan los rebeldes, parte vistiendo una especie de disfraz, oculta su nombre y, á creer lo dicho por ese viejo fanático del *Candelero de oro*, iba acompañado de un hombre sumamente sospechoso y montaba un caballo conocido como de Glennaquoich. Lleva consigo cartas de parientes suyos, inspiradas en el odio á la casa de Brumswick y una composición poética, á la memoria de cierto Wogan, que se separó del servicio del Parlamento para unirse con los montañeses insurreccionados, cuando tomaron las armas para instaurar la casa de Estuardo, á los cuales Wogan incorporó un cuerpo de caballería inglesa — caso análogo al de este joven — siendo la conclusión de los versos con « Haced lo mismo », excitación que le dirige ese súbdito de carácter pacífico. Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich, Vich Ian Vohr y demás. Por último — añadió el Mayor animándose á medida que detallaba estos argumentos, — ¿ dónde encontramos la segunda edición del caballero de Wogan ? Justamente en camino de dar cumplimiento á sus designios, haciendo fuego contra el primer súbdito del rey que se atreva á dudar de sus intenciones.

Abstúvose prudentemente el señor Morton de recurrir á observaciones y argumentos que sólo habrían servido para confirmar al magistrado en su opinión : se limitó á preguntarle qué propósitos tenía respecto al prisionero.

— Es una cuestión sumamente difícil de resolver, dado como se encuentra el país — contestó el Mayor.

— ¿ No podría usted retenerle (pues se trata de un joven de abolengo) en esta casa, en tanto que se despeja algo el horizonte ?

— Amigo mío — dijo el Mayor Melville, — ni la casa de usted ni la mía estarán seguras por mucho tiempo, aun suponiendo que fuera lícito guardarle aquí. Acabo de saber que el comandante en jefe, que había marchado á la sierra contra los montañeses, no ha querido dar batalla, en Corryeoick, y se dirige al norte, con todas las fuerzas de que dispone, camino de Invernesso á John-o'-Groat's House, ó al diablo ; que sé yo ; dejando esta región sin defensa, abierta á las tropas montañesas.

— ¡ Santo Dios ! — exclamó el clérigo — ¿ ese hombre es cobarde, traidor ó inepto ?

— Nada de eso, á lo que creo. Sir John tiene el valor corriente, el natural en todo soldado : no carece del sentimiento del honor, hace lo que le mandan y comprende lo que se le dice, pero le es tan imposible obrar por propia iniciativa en estas circunstancias como me lo sería á mí reemplazar á usted en el púlpito.

Estas noticias distrajeron por largo rato la atención, separándola de Waverley ; pero al cabo el Mayor tornó á éste.

— Entiendo — dijo — que lo procedente es poner á este joven bajo la guardia de los destacamentos de voluntarios organizados para la defensa del distrito. Mañana pasará por aquí uno de esos destacamentos, que tiene orden de ir á Stirling. Va mandado por ese hombre del oeste — ¿ cómo se llama ? ; usted le conoce ; me ha dicho usted que es un verdadero modelo de los santos guerreros de Crómwell.

— Gilfillan, el cameroniano — contestó el señor Morton. — Ojalá se halle seguro nuestro joven en ta

escolta : cosas extrañas acontecen cuando se hallan sobreexcitados los ánimos, en medio de una crisis como la que estamos atravesando. Mucho temo que Gilfillan pertenezca á una secta que ha sufrido persecución sin sacar de ésta lecciones de misericordia.

— No tendrá que hacer sino conducir á Waverley hasta el castillo de Stirling — dijo el Mayor — daré orden precisa de que se le trate con toda consideración. Me parece que no irá usted á darme el consejo de que le deje libre, bajo mi responsabilidad.

— ¿ Pero no tendrá usted inconveniente en que yo hable con él, en privado, mañana ?

— No me opongo : el carácter de usted y su fidelidad al rey son mi garantía. Pero, ¿ qué se propone usted con esto ?

— Únicamente ver si consigo que explique algunas de las circunstancias que puedan servir más adelante, para atenuar su responsabilidad, ya que no sea para excusarle.

Ambos amigos se retiraron, para descansar, uno y otro entregados á reflexiones, nada tranquilas, respecto á la situación del país.

CAPÍTULO XXXIII

UN CONFIDENTE

Waverley, al despertarse la mañana siguiente, después de un sueño turbado por dolorosas pesadillas, se dió cuenta de su horrorosa situación. No podía entender de qué manera tendría término. Acaso le someterían á la ley marcial que, en medio de la guerra civil, no sería muy escrupulosa en la elección de víctimas ni en la estimación de las pruebas. Ni tampoco le inspiraba más confianza la idea de comparecer ante un tribunal escocés de justicia. No desconocía que las leyes y procedimientos de este país difieren en muchos conceptos de los de Inglaterra y, á su parecer, si bien equivocadamente, en Escocia se hallaban menos protegidos la libertad del ciudadano y sus derechos. Agriábase su ánimo en sentimiento de hostilidad contra un gobierno responsable, á su juicio, de la situación y riesgo en que se encontraba y maldecía interiormente los escrúpulos que le habían hecho rehusar la invitación de Mac-Ivor á que le acompañara en el campo.

— ¿ Por qué — decíase entre sí — por qué no habré aprovechado yo, como tantos hombres de honor, esta

circunstancia para dar la bienvenida al descendiente de los antiguos reyes, al heredero del trono, por su linaje, en línea recta? ¿Por qué no habré

... apartado la vista de la rebelión
y dándole la bienvenida al hogar
á los pies del Príncipe Carlos puéstome de nuevo?

Todo cuanto se recuerda de excelente en la casa de Waverley tiene por fundamento la lealtad á la casa de Estuardo. Tal como este magistrado escocés ha interpretado las cartas escritas por mi tío y mi padre, está claro que debí ver en ellas una invitación á seguir por el sendero de mis antepasados : y si la prudencia les obligaba á cierta oscuridad de expresión, no por ello debió confundirse mi juicio. Si hubiera hecho caso de mi primer impulso de indignación, cuando supe que se pretendía atacar á mi honor, ¡de qué manera más distinta me encontraría ahora! Me hallaría libre, con las armas en la mano, y al igual de mis antepasados lucharía por el amor, la lealtad y la fama. En cambio, heme aquí en la red, á merced de un hombre de corazón helado, inflexible, cargado de sospechas; heme aquí, destinado tal vez á caer en una mazmorra solitaria ó á sufrir una ejecución pública é infamante. ¡Oh Fergus! ¡cuán exacta ha sido tu profecía, y cuán rápido su cumplimiento!

Mientras que entregado Eduardo á estas dolorosas reflexiones y con toda naturalidad, aunque sin justicia, atribuía á la dinastía reinante las culpas que correspondían al acaso y, en cierto modo, á su misma irreflexiva conducta, el señor Morton, usando del permiso que le había dado el Mayor, pasó á visitar á Waverley muy temprano.

El primer impulso de Waverley fué de advertirle que de ninguna manera admitía el ser importunado con preguntas ni conversaciones; pero, en vista de la benévola y reverenda apariencia del clérigo y recordando que la intervención de éste le había salvado de las iras del pueblo, contuvo sus propósitos.

— Creo, señor — dijo el infortunado joven — que en cualquiera otra circunstancia habría expresado á usted tanto agradecimiento cuanto cabe dentro de la vida que le debo; pero mi confusión es tan grande, estoy de tal modo preocupado considerando los sufrimientos que me esperan, que apenas tengo ánimo para dar á usted gracias.

El señor Morton contestó que no había motivos para gracias, pues no tenía otro propósito que el de serle útil y que este era el motivo de su visita.

— Mi excelente amigo el Mayor Melville — continuó el eclesiástico, — en cuanto militar y en cuanto magistrado, tiene sentimientos y deberes que á mí no me alcanzan. Además, no siempre participo yo de sus puntos de vista, quizás porque él no tiene suficiente indulgencia para con las imperfecciones humanas.

Hubo una pausa y continuó :

— No pretendo introducirme por mí mismo en la confianza de usted, señor Waverley; no tengo la pretensión de informarme de aquellas circunstancias que pueden perjudicar á usted ó á otras personas. Pero, lo que sí deseo, muy de veras, es que me dé usted á conocer cuantos detalles puedan servir para justificarle. Prometo á usted solemnemente, que hallará en mí un depositario fiel y que, en la medida de los poderes que usted me otorgue, seré un celoso agente suyo.

— Sin duda es usted un clérigo presbiteriano — dijo Waverley.

El señor Morton asintió.

— Si me dejase guiar — continuó Waverley — por los prejuicios que mi educación me ha inspirado, desconfiaría de los ofrecimientos de usted; pero he observado que existen las mismas preocupaciones en este país contra los colegas de usted que profesan la religión episcopal; así, me inclino á creer que hay tanta injusticia de uno como del otro lado.

— Infelices son — dijo el eclesiástico — aquellos para quienes el gobierno y las ceremonias de la Iglesia constituyen la parte esencial de la religión cristiana ó de las virtudes morales.

— Pero — continuó Waverley — no puedo comprender por qué habría de fatigar á usted con detalles acerca de las circunstancias en que me encuentro, y que no podría explicar de modo que respondieran á las inculpaciones de que soy objeto, por mucho que sea la atención y mi deseo de recordarlas. Que yo soy inocente, bien lo sé; pero lo que ignoro es de qué manera lograría probarlo.

— Pues esa es la razón — dijo el clérigo — por la que me he atrevido á visitar á usted, señor Waverley, y á solicitar su confianza. Tengo gran número de relaciones en este país y, caso necesario, puedo extenderlas. Temo que la situación de usted no le permita dar todos los pasos que serían precisos para deshacer las falsedades en que se halla envuelto. Pues bien; yo me encargo de hacer estas diligencias por usted : y si es que mis esfuerzos no consiguen serle beneficiosos, al menos, no han de serle perjudiciales.

Después de reflexionar unos momentos, comprendió Waverley que no por depositar su confianza en aquel eclesiástico, perjudicaría á Fergus ni al barón de Bradwardine, puesto que éstos habían tomado ya las

armas contra el gobierno. Por otra parte, esta confianza podía serle favorable si, en efecto, los sentimientos de su nuevo amigo eran tan sinceros como calurosa la expresión con que los exponía. Así, pues, refirió con toda la brevedad que pudo la mayor parte de los hechos en que había tomado parte, aunque omitiendo su afecto á Flora : ni de ella, ni de Rosa Bradwardine habló en todo su relato.

El señor Morton se fijó, particularmente, en lo de la visita hecha por Waverley á Donald Bean-Lean.

— Mucho me alegro — dijo — de que no haya usted mencionado esto al Mayor. Es cosa que puede ser mal interpretada por quienes no conocen el poder de la imaginación y la influencia de los motivos novelescos. Cuando tenía yo la edad de usted, señor Waverley, una expedición tan descabellada (y perdone usted la expresión) habría hecho mis delicias. Pero hay personas que no admiten la posibilidad de correr peligros y experimentar fatigas sin un fin adecuado : para estas personas existen siempre móviles distintos de los verdaderos. Este-Bean Lean tiene fama en este país de una especie de Robin Hood y sus hazañas se refieren como cuentos de invierno, contados al amor de la lumbre. No hay duda de que tiene talentos superiores á su esfera de acción; y como no carece de ambiciones ni le embarazan los escrúpulos, es muy probable que por todos los medios trate de distinguirse en este período de conmoción.

El señor Morton anotó en su cartera los detalles de la entrevista de Waverley con Donald Bean, así como otras varias circunstancias que Eduardo le había comunicado.

El interés que aquel hombre bondadoso ponía en las desgracias de Waverley y la profunda convicción

que aparentemente, al menos, tenía de su inocencia, calmaron á este joven, tanto cuanto la rigidez del Mayor y su severidad le habían alterado. Estrechó afectuosamente Eduardo la mano de su nuevo amigo, diciéndole que le había aliviado de un gran peso y asegurándole que, cualquiera que fuese su suerte, pertenecía á una familia en condiciones de ser agradecida y de demostrar su agradecimiento. La viveza de esta expresión de gracias, la candidez é ingenuidad de su joven amigo conmovieron al clérigo, haciendo que se le saltaran las lágrimas é inspirándole doble interés por la causa á cuyo servicio voluntariamente se ponía.

Eduardo preguntó al señor Morton si sabía á qué lugar se proponían llevarle.

— Al castillo de Stirling — contestó el eclesiástico, — y me complace por usted, pues el gobernador es un hombre de honor y muy benigno. Pero no me hallo igualmente tranquilo acerca de la manera como podrá usted ser tratado en el camino, porque el Mayor se ve obligado á confiar la guarda de usted á otra persona.

— Y yo me alegro — repuso Waverley — detesto á este magistrado escocés, calculador de sangre fría. Espero que él y yo no volveremos á encontrarnos. No ha tenido simpatía alguna por mí, no se ha parado á considerar mi inocencia y mi desventura. Bajo la apariencia cortés, enteramente fría, me ha atormentado lo mismo que un inquisidor. No trate usted de disculparle, mi querido señor; no podría escuchar á usted con paciencia. Dígame usted quién es la persona encargada de custodiar á un prisionero de Estado tan importante como yo.

— Me parece que es un individuo llamado Gilfillan, perteneciente á una secta que se dice cameroniana.

— Nunca he oído este nombre.

— Es una secta que tiene la pretensión de representar la parte más severa y más rigurosa de la observancia presbiteriana. Son los presbiterianos que en tiempos de Carlos II y de Jacobo II rehusaron acogerse á la tolerancia ó indulgencia como se dijo entonces, concedida á los demás fieles de esta religión. Celebraban sus asambleas en pleno campo, y perseguidos con gran violencia y crueldad por el gobierno de Escocia, tomaron más de una vez las armas durante uno y otro reinado. Su nombre viene de su jefe Ricardo Cameron.

— Ya recuerdo. Pero, ¿no quedó extinguida esta secta por el triunfo del presbiterianismo en la Revolución?

— De ningún modo — repuso Morton. — Aquel gran acontecimiento no les satisfizo; lo que ellos pretendían era establecer la Iglesia presbiteriana completamente sobre las bases de la vieja Solemne Liga y Alianza. En verdad, me parece que no sabían á punto fijo lo que querían; pero como formaban un cuerpo numeroso de hombres aguerridos y prácticos en el empleo de las armas, constituyeron un partido aparte en el Estado y, al llegar el tiempo de la unión, casi llegaban á formar una Liga, con sus antiguos enemigos los jacobitas, para oponerse á aquella importante medida nacional. A partir de aquel tiempo, ha ido disminuyendo mucho el número de adictos á esta secta; pero aún hay muchos en los condados del oeste y no pocos de ellos, mejor dispuestos que en 1707 han tornado las armas á favor del gobierno. Este hombre á quien llaman Gilfillan, el Inspirado, ha sido por mucho tiempo uno de los jefes de la secta. Hoy se halla al frente de una partida que pasará hoy

ó mañana por este pueblo, camino de Stirling y el Mayor tiene el propósito de confiarle la custodia de usted en el viaje. Con gusto le recomendaría yo mismo á este Gilfillan; pero como tiene todas las preocupaciones de su secta y un carácter agreste, no haría gran caso de la recomendación de un erastiano, según me califica con delicadeza. Y por el momento no tengo más que decirle, amigo mío : no quiero abusar de la indulgencia del Mayor, para que de este modo me permita ver á usted otra vez, más tarde.

CAPÍTULO XXXIV

LAS CIRCUNSTANCIAS MEJORAN ALGO

Pasado el medio día, tornó el señor Morton al cuarto de Waverley, portador de una invitación del Mayor en que rogaba á dicho joven que le honrase comiendo con él, no obstante el desagradable asunto que le detenía en Cairnvreckan y del cual le complacería que saliese completamente bien. Lo cierto era que la opinión favorable y los informes del señor Morton habían hecho mella en las prevenciones que el viejo militar tenía sobre la complicidad de Eduardo en el motín de su regimiento. Por otra parte, la desgraciada situación del país, la mera sospecha de desafección al gobierno ó de inclinación á los insurrectos jacobitas, podía constituir un delito, pero no deshonroso. Además, una persona que merecía la confianza del Mayor acababa de darle informes (aunque inexactos, como se vió en seguida) que contradecían la agitación de los días pasados. Según estos informes, los montañeses se habían alejado de las fronteras de las Tierras Bajas, siguiendo al ejército que se dirigía hacia Inverness. No sabía el Mayor cómo conciliar esta maniobra con el reconocido talento de algunos de los caballeros

que figuraban en el ejército montañés; pero acaso esta maniobra era la que mejor habría parecido á los otros. A este respecto se acordaba de que la misma táctica los había detenido en el norte el año 1715 y de ello deducía que la presente insurrección tendría el mismo desenlace que la anterior.

Aquellas noticias le pusieron de tan buen humor, que sin dificultad accedió á lo propuesto por el señor Morton, de manifestar alguna hospitalaria atención á su infortunado prisionero : hasta llegó á decir el Mayor, de manera espontánea, que, á su parecer, aquel asunto acabaría por estimarse como una escapatoria de joven, merecedora de unos cuantos días de arresto. No le fué fácil al mediador conseguir que su joven amigo aceptase aquella invitación : no se atrevía á hacerle comprender cuál era el verdadero motivo que le había guiado, para inspirársela al Mayor, y era el deseo de conseguir de éste un informe favorable, dirigido al gobernador Blakeney. Dado el carácter que ya había observado en nuestro héroe, estaba seguro de fracasar en la invitación si la presentaba bajo esta fase. Por consiguiente, hizo valer que la invitación del Mayor provenía de que éste se hallaba persuadido de que no había en la conducta de Waverley cosa alguna que pudiera comprometer al militar y al hombre de honor, de tal modo que la repulsa de aquella invitación podría interpretarse como una tácita confesión de que Waverley no se consideraba digno de aquella cortesía. Persuadirle, en fin, de que lo mejor era presentarse ante el Mayor, muy sereno. De esta manera, venciendo Waverley sus temores de ser objeto de atenciones frías y puntillosas, consistió en dejarse guiar por su nuevo amigo.

La reunión fué al principio ceremoniosa. Pero como

Eduardo había aceptado la invitación y gracias á la benevolencia del señor Morton se encontraba bastante tranquilizado, pudo manifestarse despejado, aunque sin llegar por esto á la cordialidad. El Mayor era bastante aficionado á la buena mesa y tenía excelentes vinos. Contó la historia de sus viejas campañas y demostró ser conocedor de hombres y de costumbres.

El señor Morton tenía un carácter apacible y alegre, con lo que no dejaba nunca de animar las reuniones donde se encontraba. Waverley, cuya vida era un sueño, se dejó llevar del impulso y fué el más decidor de los tres. Como tenía suma facilidad de palabra, por más que su situación le desanimaba é inducía al silencio, quiso impresionar favorablemente á sus compañeros, mostrándose como hombre que aun en aquellas circunstancias era dueño de su inteligencia y voluntad. Su ánimo, abatido al principio, recuperó sus energías y correspondió pronto á sus esfuerzos. Los tres comensales siguieron una conversación animada y parecieron encantados unos de otros. Instábales el Mayor á beber otra botella de Borgoña, cuando oyeron el toque de un tambor, á distancia. El Mayor, á quien el entusiasmo de veterano había hecho olvidar su condición de magistrado, maldijo con una interjección militar aquel contratiempo que le llamaba á sus funciones oficiales. Se levantó y seguido de sus dos invitados se acercó á una ventana desde donde se veía la carretera, en gran espacio.

El ruido del tambor se acercaba : no era un toque acompasado de marcha, sino una especie de redoble, como el toque con que se anuncia á fuego, despertando á la gente en las aldeas de Escocia. En esta historia debe hacerse justicia á todos : debo pues consignar para ser justo con el tambor, que sabía tocar todas las mar-

chas de las tropas británicas y que había empezado por la *Dumbarton's Drums;* pero el comandante de la fuerza, Gilfillan, el Inspirado, le había mandado callar, no queriendo que sus soldados caminaran al son de una marcha profana, y aun, como él dijo persecutriz. En consecuencia, dió orden al tambor de que tocara el Salmo nº 119. Esto excedía bastante de la capacidad del tambor : no tuvo más remedio que sustituir aquel toque sagrado con un redoble inofensivo. La anécdota puede parecer trivial pero lo cierto es que este tambor era el del pueblo de Anderton. Me acuerdo de que le sucedió en su oficio un individuo de la Convención británica. Trátese, pues, con el debido respeto su memoria.

CAPÍTULO XXXV

UN VOLUNTARIO DE HACE SESENTA AÑOS

Cuando el sonido del tambor advirtió la proximidad de la fuerza, abrió el Mayor Malville una puerta y se situó en una especie de lonja que separaba la casa del camino. Waverley y el eclesiástico le siguieron, aunque el Mayor probablemente le hubiera excusado de hacerlo. Pronto aparecieron por el camino, en solemne marcha, primero el tambor, luego una ancha bandera, á cuatro cuarteles, en los que se leían las palabras : La Alianza, La Iglesia, El Rey, Los Reinos. Tras del hombre que tenía el honor de llevar aquella bandera iba el comandante de la partida, de edad como de sesenta años, enjuto, cetrino, de fisonomía austera. El orgullo espiritual que en el personaje del *Candelero de oro* aparecía como una hipocresía altanera, en el rostro de este hombre, era la expresión de un fanatismo rudo. Era imposible verle sin que la imaginación le colocase en medio de alguna extraña crisis en que el celo religioso fuera la base y fundamento. Mártir en el tormento, soldado en el campo, desterrado y errante, pero consolado en su soledad y en sus privaciones terrenales por la energía y la pureza

de su fe : acaso inquisidor, tan terrible en el poder como inflexible en la adversidad. A pesar de estos rasgos de energía, sometíase en la conversación y en sus modales á una especie de solemnidad que se aproximaba á lo ridículo : de modo que, según el humor en que se encontraba ó la manera de presentarse, había que reírse de él, admirarle ó temerle. Vestía como los campesinos escoceses de los condados del oeste, aunque con paño algo más fino que el usual en la clase pobre; pero siempre sin pretensiones de seguir la moda del día ni la de los hidalgos escoceses de tiempo alguno. Sus armas consistían en un sable y un par de pistolas que, por su antigüedad y su apariencia, podían haberse encontrado en la derrota de Pentland ó en la de Bothwell-Brigg.

Como se adelantase hacia el Mayor Malville y solemnemente llevara la mano á su grande sombrero azul de anchas alas, para corresponder al saludo del Mayor, que se había quitado su sombrerito de tres candiles galoneado de oro, irresistiblemente tuvo Waverley la idea de encontrarse en presencia de uno de los antiguos jefes de los cabezas-redondas de antaño en conferencia con algún capitán de Marlborough.

Seguíale un grupo de unos treinta hombres con armas, formando un conjunto pintoresco. Iban vestidos con el traje común en las Tierras Bajas, de colores diversos, que contrastaban con las armas, dándoles el aspecto de una partida de paisanaje sublevado : de tal modo se halla acostumbrada la vista á la unión del carácter militar con el uniforme. A la cabeza de la fuerza marchaban unos cuantos hombres que parecían poseídos del mismo entusiasmo que su jefe y cuya bravura natural, sin duda, hubiera sido temible

en un combate, exaltados por el celo religioso. Otros seguían muy campantes, gozosos de aquella nueva situación cuya importancia les permitía lucir armas : los restantes aparentemente cansados del camino, iban detrás como á remolque ó se apartaban de las filas para entrar á beber en los paradores y tabernas ó en las casetas que encontraban al paso. — Seis granaderos de Ligonier — decía el Mayor para sus adentros, acordándose de su experiencia militar — habrían bastado para dispersar esa cuadrilla.

Sin embargo, saludó cortésmente al Sr. Gilfillan y le preguntó si había recibido una carta suya y si podía hacerse cargo del prisionero de Estado, á que se refería, para conducirle al castillo de Stirling.

— Sí — contestó brevemente el jefe, como si aquella voz le saliese de lo hondo del cuerpo.

— Su escolta, señor Gilfillan — añadió el Mayor — no es tan numerosa como creía.

— He dejado atrás gente — repuso Gilfillan — porque algunos tenían hambre y sed : necesitaban reconfortar sus pobres espíritus mediante la palabra.

— Siento mucho que no haya pensado usted en que también se podían reconfortar en Cairnvreckan — dijo el Mayor — todo cuanto poseo está á la disposición del gobierno.

No se trata de reconfortantes humanos — contestó el cabecilla con sonrisa casi de menosprecio ; — sin embargo, le agradezco la oferta. Los rezagados están oyendo en estos instantes el sermón de la tarde, predicado por el reverendo señor Jabesh Rentowel.

— ¿Pero cómo ha podido usted permitir — exclamó el Mayor — que en estas circunstancias, cuando los insurrectos amenazan invadir el país, se quede una

parte de su fuerza rezagada para oir un sermón, en pleno campo?

Gilfillan tornó á sonreir con desdén y se limitó á esta contestación indirecta :

— « De tal modo los hijos de este mundo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz. »

— Sea lo que quiera — dijo el Mayor, — como va usted á encargarse de este caballero hasta Stirling y hacer entrega de él al gobernador Blakeney, á quien transmitirá usted también estos papeles, invito á usted á que en esta marcha observe las reglas de la disciplina militar. Por ejemplo, aconsejo á usted que haga formar su fuerza en filas mucho más cerradas, que los hombres vayan cubriendo unos á otros y no dispersos como patos en granja. Para evitar cualquier sorpresa recomiendo á usted que mande á la descubierta unos cuantos hombres, los más bravos, con una guerrilla de avanzada, de modo que al acercarse á un pueblo ó á un monte... (Aquí el Mayor se interrumpió.) Pero como veo, señor Gilfillan, que no pone usted atención á lo que le digo, creo que me puedo evitar el trabajo de decir más sobre el asunto. Indudablemente usted sabrá mejor que yo qué precauciones le conviene tomar. Hay una cosa, sin embargo, en la cual ruego á usted que se fije, y es que debe usted tratar á este señor, su prisionero, con miramiento y cortesía, no sometiéndole á otras molestias que las necesarias, estrictamente, para la seguridad de su persona.

— He examinado mi despacho, firmado por un virtuoso y noble caballero, el conde de Glencairn — dijo Gilfillan, — y no he visto que contenga la obligación de recibir órdenes ni instrucciones del Mayor Melville de Cairnvreckan.

El Mayor se puso colorado hasta las orejas, á pesar de los polvos que cubrían su peluca y su cabello trenzado á lo militar, sin que disminuyera su sonrojo al ver sonreirse al señor Morton.

— Señor Gilfillan — contestó el Mayor secamente, — pido á usted mil perdones por haberme atrevido á hacer algunas advertencias á un hombre de tanta importancia como usted. Si no me engaño, ha ejercido usted largo tiempo la profesión de ganadero; por esto quería llamar su atención acerca de la diferencia que hay entre conducir un rebaño y guiar montañeses. Cuando la casualidad hace que un veterano esté dispuesto á darle algún consejo á este respecto, no le vendría á usted mal escucharle. Por lo demás, yo no tengo que decir á usted nada sino que pongo á este joven bajo la vigilancia de usted, recomendándole á su cortesía. Señor Waverley — añadió dirigiéndose á éste, — siento mucho tener que despedirme de usted en estas condiciones; espero que cuando vuelva usted por este país, tendré ocasión de hacer que Cairnvrekan le sea más agradable de lo que las circunstancias actuales lo han permitido.

Diciendo esto estrechó la mano de nuestro héroe. Morton le despidió también afectuosamente, y Waverley montó á caballo. Un fusilero tomó la brida de éste, otros dos se situaron á derecha é izquierda, para impedir cualquiera tentativa de evasión, y el destacamento se puso en marcha. Al cruzar por el pueblo una multitud de chiquillos gritaba : « ¡Eh! mirad ese caballero del Sur; le van á ahorcar por haber disparado un pistoletazo contra John Mucklewrash el herrero. »

CAPÍTULO XXXVI

UN INCIDENTE

Hace sesenta años se acostumbraba comer en Escocia á las dos de la tarde. Así, eran las cuatro de un hermoso día de otoño cuando Gilfillan se puso en camino. Aunque Stirling estaba á unas diez y ocho millas, esperaba llegar en aquella jornada, aunque fuese necesario tomar un par de horas de noche. Desplegó, pues, sus fuerzas y rompió la marcha á buen paso. Iba á la cabeza de su gente, mirando de cuando en cuando á nuestro héroe, como si deseara trabar conversación con él. Por último, no pudiendo resistir á la tentación acortó el paso, se acercó al caballo de su prisionero y, sin otra introducción, le dijo :

— ¿Podría usted decirme quién es ese señor de traje negro y cabeza empolvada que estaba con el laird de Cairnvreckan?

— Un eclesiástico presbiteriano — contestó Eduardo.

— ¡ Presbiteriano ! — exclamó impetuosamente Gilfillan, — diga usted más bien un miserable erastiano, ó un prelatista oculto, un favorecedor de la Indulgencia, un perro de esos que no pueden ladrar

y que repiten en sus sermones frases de terror y fórmulas de consuelo, sin sentido, sin sabor y sin vida. Probablemente se habrá criado usted en ese aprisco.

— No ; yo pertenezco á la Iglesia de Inglaterra — contestó Wawerley.

— Dos vecinas, ambas iglesias — replicó el cabecilla. — No es extraño que se entiendan tan bien. ¡ Quién hubiera pensado que la santa estructura de la Iglesia de Escocia, levantada por nuestros padres en 1642, sería desfigurada por los carnales fines y la corrupción de los tiempos ! Sí, ¡ quién hubiera creído que los hermosos trabajos escultóricos del santuario serían mutilados y arrojados por tierra en tan breve espacio !

Algunos de los acompañantes hicieron coro á la lamentación con una especie de gemido, y Waverley pensó que sería inútil replicar. Entonces Gilfillan, resuelto á tener un auditor, ya que no un contendiente, prosiguió sus jeremiadas.

— ¿No es asombroso que por examinar bien la vocación para el servicio del altar y deberes del día caigan los ministros del culto en esas complacencias, respecto al patronato, indemnizaciones, juramentos, compromisos mundanos y otras corrupciones? ¿No es asombroso, digo, que usted y como usted otros desgraciados, estén trabajando en edificar su vieja Babel de iniquidad, lo mismo que en tiempos de la persecución sangrienta y del martirio de los santos? Seguro estoy de que si no se hallaran ustedes cegados por las mercedes y favores, los servicios y goces, los empleos y herencias de este mundo podrido, podría demostrarles, mediante la Santa Escritura, en qué harapos han puesto ustedes su confianza. Sus sobrepellices, roquetes y ornamentos, no son otra cosa que

el desecho de esa gran prostituta asentada entre las siete colinas y bebiendo la copa de la abominación. Pero, ya lo sé, ustedes están sordos como serpientes, por este lado de la cabeza; sí, ustedes se hallan reducidos por sus encantamientos, trafican con sus mercancías y se embriagan con la copa de su fornicación.

No sé cuanto tiempo hubieran durado aún las invectivas de este teólogo militar, que no excusaba de ellas sino á los hombres de las colinas de *hill-folk*, como él decía. Era abundante la materia, su voz infatigable y su memoria fiel; por consiguiente, no había probabilidades de que terminara su exhortación antes de la llegada á Stirling, y así hubiera proseguido á no ser porque le llamó la atención un hombre que se había unido á la partida por un camino de travesía, y que suspiraba, con toda regularidad, cada vez que había una pausa en la homilía.

— ¿Quién es usted, buen amigo? — le preguntó Gilfillan,

— Un pobre buhonero que va á Stirling y pide humildemente la protección de la compañía de Vuestro Honor en estos tiempos peligrosos. ¡Ah! Vuestro Honor tiene una notable facultad de encontrar y explanar el secreto — sí, la secreta, obscura é incomparable causa de las apostasías en el país; sí, Vuestro Honor toca hasta las raíces del mal.

— Amigo — dijo Gilfillan con voz mucho más complaciente que la usada hasta entonces, — no me llame usted Honor; yo no voy á los parques ni mercados para que se me quiten la gorra los pastores y labradores y los vecinos, y me saluden las mujeres, como hace ese Mayor Melville de Cairnvreckan. Yo no me hago llamar ni *laird*, ni Honor, ni capitán; no, mi

modestísima situación (un capital que no pasa de veinte mil marcos de plata) se ha acrecentado por la bondad del cielo, pero el orgullo de mi corazón no ha crecido con ella; no, yo no quiero que se me llame capitán, aunque ese título me confiere el despacho firmado por ese nobilísimo conde de Glencairn, observador del Evangelio. Mientras viva me llamaré sencillamente Habakkuk Gilfillan, pronto siempre á seguir el estandarte de la doctrina aceptada por la gloriosa Iglesia de Escocia, antes de traficar con el impío Achan; y así, mientras me quede un *plack* en el bolsillo y una gota de sangre en el cuerpo.

— ¡Ah! — exclamó el buhonero. — Ya he visto la posesión de usted en Mauchlin; bien fértil, bien ha plantado usted sus tiendas; no hay otra finca en toda Escocia donde se hallen tan buenos rebaños.

— Eso es verdad, es verdad, amigo — repuso Gilfillan sensible á este modo de lisonja; — tengo la verdadera raza real de Lancashire; no se hallará otra parecida en ningún coto de Kilmaurs.

Con esto entró Gilfillan en una larga disquisición acerca de la bondad de su ganado, tema que acaso sea para nuestros lectores tan indiferente como lo fué para nuestro héroe. Concluída esta digresión, volvió el cabecilla á sus disertaciones teológicas, y el buhonero, menos inteligente en materias rústicas, se contentó con suspirar y manifestar su edificación en los debidos intervalos.

— Suerte sería para todas las naciones, ciegas y papistas que he recorrido, si se iluminaran sus pasos con esta luz. A causa de mi pequeño comercio he estado hasta en Moscovia; he viajado por Francia, Países Bajos, Polonia y la mayor parte de Alemania. ¡Ah, cuánto sufriría el alma de Vuestro Honor si es-

cuchara el murmullo, el canto y las misas en las iglesias, la música en los coros, y viera las danzas paganas y los juegos de dados en el día del Señor!

Esto sirvió á Gilfillan de motivo para perorar acerca del *Libro de diversiones*, de la Alianza, de los *engagers* y *protesters*, del *Whiggmamore's Raid*, de la Asamblea de teólogos en Westmínster, del grande y del pequeño catecismo, de la excomunión de Torwood y matanza del arzobispo Sharp. Este último asunto le llevó á hablar de la legitimidad de las armas defensivas, expresándose en términos mucho más discretos de lo que hacían esperar algunas partes de su discurso; hasta el mismo Waverley, sumido en sus reflexiones melancólicas, acabó por fijar la atención en lo que decía el fanático guerrillero. Consideró luego éste cuál era el derecho que un hombre privado tenía á constituirse en vengador de la opresión pública; pero mientras abogaba con gran calor en pro de Mas James Mitchell, que había disparado un tiro contra el arzobispo de San Andrés, años antes de que Magus Muir asesinara á este mismo prelado, ocurrió un incidente que interrumpió la arenga.

Aún brillaban los rayos del sol en los límites del horizonte, cuando el destacamento se metió por un sendero á lo largo de un valle cerrado á una y otra parte por laderas harto escarpadas. Era una cuesta que subía hasta una cima. Cruzaba este camino por entre matorrales extensos, entrecortados por excavaciones llenas de espinos y por ribazos en que arraigaban algunos arbustos retorcidos. En lo alto de la cima se veía otro montecillo semejante. Los hombres que de la partida marchaban formando la avanzada eran los más robustos. Habían pasado ya de la meseta y no se les veía. A poca distancia ya de la cima se hallaban Gilfillan y el buhonero, con los vigilantes de Waverley; los demás seguían á retaguardia, sin formación de ningún orden.

Tal era la situación de la columna cuando el buhonero se detuvo y buscando un perro, que decía habérsele quedado atrás, por lo visto, se puso á silbar. El silbido, dado más de una vez, molestó mucho á su compañero de controversia, pues éste lo tomó por falta de atención á los tesoros de verdades que su edificación encerraban; por consiguiente, dijo que no tenía tiempo que perder en espera de un animal inútil.

— Si Vuestro Honor se digna recordar la historia de Tobías...

— ¡Tobías! — exclamó vivamente Gilfillan — Tobías y su perro son paganos y apócrifos. Sólo un prelatista ó un papista es capaz de citarlos. Creo que me he engañado respecto á usted, amigo.

— Es muy probable — contestó el buhonero con la mayor tranquilidad. — Sin embargo, voy á llamar otra vez á mi pobre Bawty.

Al silbido del buhonero contestó una señal inesperada, pues saliendo de entre las matas seis ú ocho robustos montañeses, se precipitaron al camino, machete en mano, Gilfillan no se desconcertó por esta sorpresa.

— La espada del Señor y de Gedeón — exclamó con fuerte voz sacando el sable. Y seguramente hubiera hecho tanto honor á la buena causa como el mejor de los campeones de Drumclog, si el buhonero no hubiese arrancado un mosquete de manos del soldado que más próximo estaba del profesor cameroniano. Cayó éste por tierra, desordenáronse los hombres que le acompañaban : sólo uno tuvo serenidad

para disparar su mosquete; la bala fué á dar, perdida, en el caballo de Waverley, matándole. Nuestro héroe rodó con el caballo, pero sin otro daño que una ligera contusión. Dos montañeses le cogieron, cada uno por un brazo, y se lo llevaron por la montaña, con la mayor presteza, sosteniéndole unas veces, otras arrastrándole.

Waverley oyó algunos disparos, allá en el sitio del encuentro. Supo después que al clamor del ataque habían acudido los guerrilleros de la vanguardia y de la retaguardia de Gilfillan y que entonces los montañeses retrocedieron, no sin desvalijar á dicho jefe y á dos de sus hombres gravemente heridos. Los cameronianos, viendo herido á su comandante y temiendo alguna otra emboscada, no hicieron la menor tentativa de recuperar el prisionero, que se les escapaba: juzgaron más prudente proseguir su marcha hacia Stirling, transportando á su capitán y á sus camaradas.

CAPÍTULO XXXVII

NUEVOS APUROS DE WAVERLEY

La rapidez y, aún mejor, la violencia con que era llevado Waverley, casi le quitaba el conocimiento ; el golpe recibido al caer le había magullado tanto que no podía hacer uso de las piernas como seguramente lo habría hecho en otras circunstancias. Viendo esto sus dos acompañantes, llamaron en su ayuda á otros dos ó tres compañeros y, envolviendo á nuestro héroe en sus mantas, lo cargaron en hombros llevándolo como si fuera un fardo y sin que tuviera que hacer él ningún movimiento. Hablaban poco y siempre en gaélico : no acortaron el paso hasta haber caminado unas dos millas ; entonces marcharon menos aceleradamente, aunque siempre de prisa.

Nuestro héroe quiso decirles algo, pero le contestaron *cha n'eil Beurl'agam* (no hablo inglés). Bien sabía Waverley que esta era la réplica constante del montañés cuando un inglés ó un habitante de las Tierras Bajas les pregunta algo á que ellos no quieren contestar. Trató de mencionar el nombre de Vich Ian Vohr, persuadido de que á su amistad debía el verse á salvo de las garras de Gilfillam ; pero no dieron señales de enterarse aquellos montañeses.

A la luz del crepúsculo había sucedido ya la de la luna, cuando aquella partida hizo alto á la orilla de una gran hondonada que en el clarooscuro, parecía poblada de árboles y malezas. Dos montañeses descendieron á la hondonada, por un sendero agreste, como para reconocer el sitio : poco después volvió uno de ellos, dijo algunas palabras á sus compañeros y al momento, cogiendo nuevamente á Waverley, con sumo cuidado, le bajaron por el sendero en hombros. Sin embargo, no bastaron aquellas precauciones para impedir que más de una vez golpease Waverley con los troncos y ramas que bordeaban el estrecho camino.

Llegado á lo que parecía piso llano, creyó Waverley que estaban á la orilla de un río, pues si bien no distinguía en la oscuridad de la noche y la frondosidad de la arboleda, se oía el rumor de una gran corriente de agua. Sus conductores se pararon ante una cabaña sumamente rústica. Abrióse la puerta de ésta y vió Waverley que el interior correspondía en todo con la rusticidad externa : no había especie alguna de baldosas ni otro género de piso : el techo resquebrajado en muchas partes, se componía de ramas de árboles y las paredes estaban formadas por adobes, entre los cuales había algunas piedras. Ardía una lumbre en el centro y el humo tenía salida tanto por la puerta, como por una abertura circular, hecha en el techo. Una vieja, único habitante de aquella vivienda solitaria, parecía ocupada en preparar alguna cosa de comer. Al resplandor de la lumbre pudo apreciar Waverley que aquellos montañeses no pertenecían al clan de Ivor, porque Fregus exigía rigurosamente que de todos los individuos de su tribu vistieran el tartán á cuadros con los colores que la

distinguían de las demás : era una distinción en otros tiempos acostumbrada en las Tierras Altas y que los jefes conservaban por ostentación de linaje y celosos de su respectivas jurisdicciones.

El tiempo que había pasado Eduardo en Glennaquoich era suficiente para hacerle apreciar ahora la diferencia de que había oído hablar muchas veces. Viendo que no lograba interesar á los que le acompañaban, se puso á contemplar dolorosamente el interior de la cabaña. Todo el mobiliario, aparte de una tina de lavar y un armario de los llamados en Escocia *ambry*, desvencijado y roto, consistía en una cama grande, de madera, rodeada de tablas, según costumbre, y á la cual se entraba corriendo un bastidor. En esta cama fué instalado Waverley, luego de haber dicho, por señas, que no quería comer nada. Tuvo un sueño agitado, entrecortado por pesadillas, que á duras penas consiguió disipar. A estas siguieron estremecimientos, dolores de cabeza y en todas las articulaciones : en una palabra, á la mañana siguiente, sus libertadores ó guardianes — pues no sabía cómo considerarlos — comprendieron perfectamente que Waverley no se hallaba en estado de caminar.

Deliberaron sobre esto y, por último, resolvieron marcharse todos, menos dos, un viejo y un joven, que se quedaron con el enfermo. El anciano se encargó de cuidar á Waverley : lavó sus contusiones, que la hinchazón y el color amoratado hacían muy visibles. El maletín de Waverley, que los montañeses no habían olvidado, suministró la ropa blanca necesaria, con gran sorpresa de Waverley al ver que no le faltaba cosa alguna. La cama estaba limpia y era cómoda. El anciano dejó en ella á Waverley, cerrando el bastidor de tablas y diciéndole en gaélico

GENERAL UNIVERSIDAD

algunas palabras para tranquilizarle é invitarle al descanso, según creyó comprender el enfermo. Y aquí tenemos nuevamente á nuestro héroe en manos de un Esculapio montañés, aunque en situación mucho menos agradable que en casa del respetable señor Tomasorait.

Aquella fiebre, sintomática de las contusiones que Waverley había recibido, duró en toda su intensidad tres días. Luego empezó á bajar, cediendo á los cuidados y á la constitución robusta de nuestro héroe. Éste pudo sentarse en la cama, aunque no sin dolor. Entonces observó que la vieja, lo mismo que el anciano guardián, tenían particular cuidado de que se viese lo que hacían: no dejaban el bastidor abierto, y si Waverley lo empujaba, inmediatamente lo cerraban. Por último, lo aseguró el montañés con un clavo para que no se pudiese abrir sino expresamente.

Trataba Waverley de encontrar una explicación de aquella manera de ser contradictoria, pues no parecía tener aquella gente propósitos de robo; al contrario, procedían con la mayor solicitud, procurando restituirle la salud y atender á todos sus deseos. Pensó entonces que durante el período álgido de su fiebre le pareció haber distinguido, cerca de la cama, una mujer joven, que no podía confundirse con su vieja enfermera. No tenía más que una idea vaga de esta aparición; pero se confirmaron sus sospechas cuando, escuchando con atención oyó, en varios momentos, que con la vieja hablaba en voz baja otra mujer. ¿Quién podría ser? ¿Por qué razón aquel aparente deseo de ocultarse? Su imaginación se puso inmediatamente en juego y se acordó de Flora MacIvor. Pero después de meditar unos cuantos minutos acerca de aquel ángel que venía á visitarle en el lecho del dolor, comprendió que no era verosímil su creencia; era imposible que Flora hubiese abandonado su residencia de Glennaquoich, donde se hallaba en seguridad, para descender á las Tierras Bajas, campo de la guerra civil, y para recogerse en aquella cabaña. Sin embargo, palpitaba su corazón al escuchar, de cuando en cuando, el leve paso de una mujer que se acercaba ó se alejaba, ó los apagados ecos de una voz melodiosa, á la que contestaba el ronco y sordo graznido de la vieja Juana — pues comprendió que éste era el nombre de su matusalénica enfermera.

No teniendo ninguna otra cosa con qué distraerse en su soledad, ocupóse en preparar algún plan que le llevase á satisfacer su curiosidad, no obstante las precauciones tomadas por Juana y el viejo jenízaro montañés. Al efecto, y después de haber examinado bien el estado de su destartalada prisión, creyó que lo más sencillo era sacar un clavo gordo, mal seguro en una de las tablas en peor estado. Por aquel agujero vió, en efecto, una mujer envuelta en un mantón y en conversación con la vieja. Pero como desde los tiempos de nuestra abuela Eva, la curiosidad inmoderada recibe su castigo en el desencanto, resultó que aquella mujer no tenía la estatura de Flora: además, no podía vérsele la cara desde el observatorio de Waverley: éste quiso ensanchar más el agujero, hizo algún ruido y en el acto desapareció el objeto de su curiosidad sin que volviera á presentarse más, según él pudo comprender.

A contar desde aquel momento desaparecieron las precauciones tomadas para que no se enterase de lo que pasaba en el cuarto. No solamente pudo levantarse, sino que le ayudaron á que saliera de aquella

especie de prisión hecha de tablas. No obstante, le prohibieron salir de la cabaña : el joven ó el viejo se relevaban para vigilarle y cuantas veces se acercaba Waverley á la puerta, el montañés que estaba de guardia apoyaba la espalda, rechazaba con buenas maneras, pero con firmeza á Waverley y le daba á entender, á lo que parecía, que había peligro en salir y que algún enemigo rondaba por las cercanías. La vieja montañesa parecía inquieta y en acecho y Waverley, que aún no se sentía con fuerzas para salir, no obstante la oposición de sus guardianes, tuvo que revestirse de paciencia. Estaba, en todos conceptos, mucho mejor tratado de lo que hubiera podido esperarse : no le faltaban en la mesa aves y vino. Los montañeses no se permitían nunca sentarse á comer con Waverley, y salvo la vigilancia de que le hacían objeto, le guardaban las más respetuosas atenciones. La única distracción de Waverley era mirar por la ventana ó más bien abertura de forma irregular que hacía las veces de ventana, desde la cual se descubría un río, cuyo nivel estaba unos diez pies más bajo que el piso de la choza y cuyas aguas espumantes saltaban por un lecho de piedras, entre árboles y matas.

A los seis días de aquel confinamiento se hallaba Waverley tan bien que empezó á pensar de qué manera se escaparía de aquella desagradable y miserable prisión, considerando que por grandes que fueren los peligros de aquella tentativa serían preferibles á la intolerable uniformidad de aquel retiro. La cuestión que primeramente le preocupaba era saber hacia qué lado debería dirigirse al verse libre. Ocurríansele dos procedimientos, uno y otro con grandes dificultades y peligros : el primero era el de volver á Glen-

naquoich y encontrar á Fergus Mac-Ivor, de quien tenía la seguridad de ser recibido cordialmente y en el estado actual de su espíritu, el rigor con que le habían tratado, le excusaba á sus propios ojos de adhesión al gobierno. El segundo procedimiento era el de dirigirse á algún puerto de Escocia y allí embarcarse para Inglaterra. Vacilaba su ánimo entre estos dos procedimientos y probablemente si se hubiese escapado entonces se habría determinado, según las facilidades que para la ejecución de uno ú otro plan hubiera encontrado ; pero su destino había resuelto que no estuviera en su mano el elegir.

Al séptimo día abrióse inesperadamente la puerta de la choza, dando paso á dos montañeses en quienes reconoció Waverley como individuos de la guerrilla que le había traído á aquel sitio. Luego de una breve conversación con sus compañeros hicieron comprender por señas á Waverley que se preparase para marchar con ellos. Era una noticia agradable. La manera como le habían cuidado en aquel retiro no le permitía creer que le quisieran hacer daño ahora. Su espíritu novelesco había recuperado, en su descanso, una gran parte de la elasticidad, que parecía amortiguada por la intranquilidad, el disgusto, el despecho y la mezcla de sentimientos desagradables nacidos de sus últimas aventuras con que se había fatigado en su inacción. Su pasión por lo maravilloso, aunque es propio de este género de afectos sobreexcitarse más cuanto mayores son los peligros á que expone, elevando, por consiguiente, el ánimo, no había podido menos de ceder ante los extraordinarios y al parecer insuperables daños que le habían amenazado en Cairnvreckan. De hecho, aquella mezcla de intensa curiosidad y de imaginación exaltada constituía una

particular especie de valor, comparable á la luz que consigo lleva el número — suficiente para guiarle y ayudarle y servirle en sus ordinarios y peligrosos trabajos, pero que se extingue cuando se halla entre explosivos gases ó entre vapores deletéreos. Esta luz se había encendido nuevamente en Waverley : así, con mezcla de esperanza, temor y ansiedad examinó el grupo que tenía delante, mientras que los recién llegados tomaban un bocado, de prisa, y los otros preparaban las armas y disponían lo necesario para la marcha.

Estaba Waverley sentado á poca distancia de la lumbre, cuando de pronto sintió que le cogían suavemente del brazo : volvióse : era Alicia, la hija de Donald Bean Lean. Mostróle un paquete de papeles, de modo que sólo él lo viera, le hizo señas de que no dijese una palabra y se adelantó para ayudar á la vieja que estaba guardando la ropa de Eduardo en su maletín. Era evidente que Alicia no quería que Waverley revelase conocerla ; sin embargo, volvióse diferentes veces á mirarle y cuando tuvo ocasión de hacerlo sin que los demás lo advirtieran y en tanto que Eduardo se fijaba, colocó el paquete de papeles envuelto en una camisa de nuestro héroe, dentro de la maleta.

Gran motivo para conjeturas era éste. ¿ Cómo estaba Alicia en aquella caverna, genio tutelar venido para cuidar de él en su duro trance? ¿ Es decir, que estaba él en manos de Donald? ¿ Qué proyectos tenía éste ? El despojo, su móvil ordinario, parecía olvidado en esta circunstancia, pues no solamente habían respetado los objetos propiedad de Waverley sino hasta el bolsillo, sin que el contenido hubiera bastado á tentar la codicia de aquellos merodeadores de profesión. Tal vez el paquete de papeles guardados por Alicia contenían la explicación del misterio ; pero las maneras de Alicia le indicaban que no debía examinar aquellos papeles más que en secreto. Así que Alicia se enteró de que Waverley conocía su maniobra de los papeles y el sitio en que quedaban, no volvió á buscar sus miradas ; al contrario, pronto salió de la cabaña y únicamente, situada en el umbral de la puerta, aprovechó un instante para dirigir á Waverley una sonrisa de despedida, acompañada de un ademán expresivo ; con lo que desapareció internándose por el campo.

Los montañeses enviaron repetidas veces como escucha y explorador á uno de ellos, cuando por la tercera ó cuarta vez tornó éste, se pusieron todos en pie é hicieron señal á Waverley de que los siguiera. Eduardo dió la mano á la anciana que le había cuidado con tanto esmero y añadió más substanciales pruebas de su agradecimiento. — ¡ Dios te bendiga, Dios le dé prosperidades, capitán Waverley ! — exclamó la anciana en buen escocés de las Tierras Bajas, con gran sorpresa de Eduardo que hasta entonces no había oído ni una palabra que no fuera gaélico. Pero la impaciencia de los que estaban esperando no le dió tiempo para pedir explicaciones.

CAPÍTULO XXXVIII

UNA AVENTURA NOCTURNA

Habíanse detenido un momento, al salir de la choza. El montañés que tomó el mando y en quien Waverley le pareció reconocer al que había desempeñado las funciones de segundo jefe de Donald Bean Lean, ordenó en voz baja y por señas el más absoluto silencio. Entregó á Waverley una pistola y un sable, le indicó la senda que iban á seguir y poniendo mano en la empuñadura de su propia espada le significó que tal vez tendrían necesidad de abrirse paso por la fuerza. Púsose á la cabeza de la pequeña columna y empezaron á subir por la senda en fila de uno solo al frente. Waverley iba detrás del jefe y éste no avanzaba sino con grandes precauciones, como para evitar alarma. Cuando el jefe llegó á lo alto de la cuesta, se detuvo. Waverley comprendió la razón, puesto que á poca distancia se oyó la voz de un centinela inglés que gritaba el *centinela, alerta!* La voz bajaba con el viento de la noche hasta el fondo del valle y se repetía por el eco. El mismo grito se oyó por segunda, tercera, cuarta vez, cada una más débil, como de centinelas cada vez más lejanos. No había duda de que

estaba el lugar ocupado por tropa vigilante, aunque no tanto que fuera capaz de descubrir á tan astutos guerrilleros como lo eran aquéllos, acostumbrados á las sorpresas y emboscadas.

Cuando la voz de los centinelas se extinguió en el silencio de la noche, los montañeses prosiguieron su marcha, cuidando de no hacer el menor ruido, Waverley no tenía ni espacio ni disposición de espíritu para observar; lo único que advirtió fué que pasaban á poca distancia de un edificio grande, y que en algunas ventanas de éste se percibía luz. Algo más lejos el montañés que iba á la cabeza se detuvo y se puso á olfatear el aire como un perro de caza: dió de nuevo la señal de alto, se echó al suelo y andando á cuatro patas con las rodillas y las manos, envuelto en la manta, de modo que apenas se le distinguía de los matorrales, avanzó solo por el campo. Volvió pronto, dió órdenes á su tropa y quedándose únicamente con Waverley y un montañés, indicó á éstos que se pusieran como él á gatas y le siguieran.

Luego de haber caminado de esta forma mucho más tiempo de lo que convenía á sus rodillas y á sus piernas, notó Waverley un olor á humo, el mismo, sin duda, que antes había impresionado las narices del guía. Venía el humo de un corral de ganado cuya tapia, muy baja, era de piedras sin cimentar, según se usa en Escocia. El montañés condujo á Waverley rastreando la tapia y sin duda para darle á conocer el peligro en que se encontraban ó tal vez para hacer alarde de su destreza, le invitó, por señas y con el ejemplo, á que levantase la cabeza y mirase dentro del cercado. Obedeció Waverley y vió cuatro ó cinco soldados echados al lado de una hoguera : un centinela se paseaba de una parte á otra con el fusil al

hombro, levantando á menudo la vista hacia el punto del cielo en que la luna estaba á punto de salir de entre las nubes.

Un momento después y por uno de esos repentinos cambios atmosféricos, tan frecuentes en las regiones montañosas, se levantó una brisa fresca barriendo las nubes que hasta entonces habían oscurecido el horizonte. El planeta de la noche iluminó con su fulgente claridad una gran extensión de campo. Algunos árboles y arbustos sombreaban y ocultaban á la vista algún espacio por el lado por donde habían venido los dos montañeses con Waverley ; pero el lado opuesto se hallaba completamente descubierto á la vigilancia del centinela y aventurarse en él era tener la seguridad de ser descubiertos.

El montañés tenía la vista fija en el cielo, pero en lugar de bendecir la útil claridad como el campesino de Homero, ó mejor de Pope, la maldijo en gaélico, renegando de aquella luz que en mala hora desprendía la *linterna de Mac-Farlane* (1). Miró con ansiedad en derredor, y por último, tomó una resolución. Dejó á su compañero con Waverley, hizo á éste señas de que estuviera quieto y después de dar al montañés unas breves instrucciones en voz baja, se retiró en la dirección que habían traído y de igual manera que antes. Eduardo le siguió con la vista y vió de qué manera se arrastraba, con toda la habilidad de un

(1) *Mac-Farlane, s briat.* El clan de Mac-Farlane ocupaba el monte bajo al oeste del lago de Lomond; desde allí frecuentes irrupciones á las Tierras-Bajas y como generalmente verificaba sus marchas de noche, á la luz de la luna, ésta se llamaba comúnmente la linterna de Mac-Farlane. Así se ha celebrado en unas coplas montañesas, con el epígrafe *Hoggil nam Bo*, que es el nombre, en el dialecto del país, de una colección de cantos populares.

indio, aprovechando las menores desigualdades del terreno y no saliendo de éstas hasta que el centinela se volvía de espaldas. Por último, se internó el montañés entre los matorrales que se extendían como pradera probablemente hasta la entrada del valle en que había pasado Waverley aquellos días. Desapareció el montañés pero sólo por algunos minutos; en seguida reapareció por entre las matas, adelantándose al descubierto y atrevidamente. Traía su fusil en la mano, apuntó al centinela é hizo fuego. Una herida en el brazo fué la interrupción que el soldado tuvo en sus observaciones metereológicas y en la cancioneta de Nancy Dawson que tarareaba. Sin embargo, el centinela dió cara y disparó á su vez, aunque sin resultado. Corrieron los demás soldados, ya en pie ante la alarma, en dirección al sitio desde donde había tirado el montañés. Éste se dejó ver un momento y en seguida se metió entre las matas : su ardid de guerra estaba ya cumplido.

Mientras que los soldados perseguían al causante de aquel disturbio, Waverley, guiado por el montañés que había quedado con él, marchó en la dirección primitiva, la cual, por razón del ataque simulado, ya no estaba sometida á vigilancia de centinela. Así Waverley y su acompañante recorrieron como un cuarto de milla y llegando á una meseta y pasando al otro lado de la cuesta, con lo que perdieron enteramente de vista á los soldados. Sin embargo, aún oían sus voces y el toque de un tambor batiendo generala en la dirección del ataque. Aquellos ruidos hostiles se amortiguaron poco á poco, á medida que se alejaban de ellos, hasta desaparecer por completo.

A la media hora de marcha por un terreno siempre descubierto y estéril, llegaron junto á un tronco

viejo de encina que, á juzgar por los restos, debió ser de grosor extraordinario. A poca distancia se hallaron con varios montañeses que esperaban con tres caballos ensillados. Detuviéronse Waverley y su acompañante; pero no fué larga su espera, pues pocos minutos más tarde se presentó Duncan Duroch, que este era el nombre del jefe montañés, según pudo comprender Waverley por las explicaciones que dió su acompañante á los que esperaban con los caballos, informándoles de lo acaecido en el trayecto. Duncan, á la verdad, venía cansadísimo, como quien debía la vida á la rapidez de su carrera; pero se reía de buena gana, muy satisfecho de la estratagema con que había salvado tan complicadas dificultades. Bien comprendió Waverley que aquel triunfo no podía haber costado gran trabajo á un montañés como Duncan, ágil, conocedor del país, que podía correr con una confianza y seguridad imposible en sus perseguidores. La alarma causada por los montañeses sin duda continuaba, puesto que aún se oían á lo lejos algunos tiros, cosa que aumentaba el regocijo de aquellos guerrilleros.

El montañés recogió las armas que había prestado á nuestro héroe, y le dió á entender que felizmente habían terminado todos los peligros del viaje. Entonces montó á caballo Waverley, cambio que por la fatiga de la noche y por su reciente enfermedad le pareció sumamente agradable. Fué cargado el maletín de Waverley en otro caballo : en el tercero montó Duncan y así se pusieron todos en marcha seguidos de los guerrilleros á pie. La marcha fué bastante rápida, y sin accidente ninguno caminaron toda la noche, llegando, al amanecer, á la orilla de un río. La región cercana era fértil y pintoresca : alamedas frondosas cubrían escarpadas vertientes, entre las cuales aparecían campos de sembraduras, de mieses abundantes, que prometían grande recolección, hecha ya en parte.

En la opuesta orilla del río y rodeado en parte por el sinuoso curso del agua, se alzaba un grande y macizo castillo, cuyas torres, medio derruídas, se coloreaban ya con los primeros rayos del sol (1). El castillo era de forma cuadrada y en su interior había una plaza. Las torres de los ángulos eran más elevadas que las murallas y luego, en cada una de estas torres había otras pequeñas de forma irregular y de diferentes alturas. En lo alto de una torre se veía de centinela, con su gorra y su capa *plaid* flotante, traje

(1) Esta noble ruina tiene para mí muy gratos recuerdos, porque me trae á la memoria una porción de ideas, cuya hilación ha sido interrumpida, por desgracia. Este castillo domina las riberas del río Teish y es una de las fortalezas más extensas de Escocia. Murdock, duque de Albany, fundador de este magnífico edificio, murió decapitado en el castillo de Stirling, desde cuyas torres se divisaba el monumento de su perdida grandeza.

En 1745-46, como decimos en el texto, la guarnición mandada por el caballero Steward de Balloch, ocupaba esta fortaleza, á la sazón menos ruinosa que lo está hoy. John Home, autor de Douglas y otros prisioneros allí recluídos, después de la batalla de Falkirk, lograron escaparse de una manera novelesca. El poeta, que poesía grandes entusiasmos, como los inculcó en el héroe de su tragedia, fué quien ideó el plan de fuga. No siendo posible emplear la fuerza, Home y sus compañeros hicieron una especie de cuerda con las sábanas de sus camas. Cuatro de ellos, con Home, lograron descender sin dificultad; pero al bajar el quinto, que era un hombre muy corpulento, se rompieron las sábanas. Faltaba por bajar otro amigo, Thomás Barrou, un inglés muy valiente. A pesar de hallarse rotas las sábanas, se deslizó por ellas, hasta que le faltó sostén y cayó al suelo. Sus amigos le recibieron lo mejor que pudieron en la caída, pero aun así Barrow se dislocó los tobillos y se lastimó muchas costillas. A pesar de esto, sus compañeros le transportaron en brazos y se fugaron todos.

de montañés : en otra torre estaba izada la bandera blanca, pabellón de la casa Estuardo, anunciando que el castillo se hallaba en la obediencia del pretendiente.

Habiendo pasado rápidamente por un pueblecillo, sin que su paso llamara la atención ni la curiosidad de los labradores que ya salían para sus trabajos matinales, cruzaron un puente, estrecho y viejo, formado por gran número de arcos, y volviendo á la izquierda para seguir por una avenida entre viejos sicomoros; se encontró Waverley frente al edificio que había admirado á distancia y que era sombrío, pero pintoresco. La gran verja de hierro que formaba la puerta exterior, estaba abierta para recibir á los expedicionarios y luego se abrió otra puerta de roble, maciza y con enormes clavos : así pasaron todos al patio. Un caballero, vestido con traje montañés y con escarapela blanca en la gorra, se acercó á Waverley para ayudarle á apearse y darle la bienvenida.

El gobernador, pues este era el caballero, condujo á Waverley á un gran aposento, algo destartalado, donde se hallaba una cama de campaña : le ofreció cuanto pudiera desear para comer y se dispuso á dejarle solo.

— ¿Querría usted hacerme el favor — dijo Waverley después de darle gracias por sus ofrecimientos — de añadir á sus atenciones la de decirme si debo considerarme prisionero?

— No estoy autorizado para contestarle á ese respecto — repuso el caballero, — pero lo que sí puedo decirle es que está usted en el castillo de Doune, distrito de Menteith, y que no corre usted ningún peligro.

— ¿Y qué seguridad tengo de esto?

— La que le da á usted el honor de Donald Srewart, gobernador de esta plaza, teniente coronel al servicio de Su Alteza Real al Príncipe Carlos Eduardo.

Dichas estas palabras el gobernador se retiró como para evitar otras explicaciones. Exhauto de fuerzas, nuestro héroe se echó al momento en la cama, quedándose profundamente dormido.

CAPÍTULO XXXIX

PROSIGUE LA JORNADA

Avanzado estaba ya el día cuando Waverley se despertó, dándose entonces cuenta de que había pasado largas horas sin tomar alimento. No tardaron en servirle un abundante almuerzo; pero el coronel Hewart no pareció, como si hubiese querido evitar preguntas; contentóse con transmitir á Waverley sus saludos por un mayordomo, advirtiéndole que debería continuar su viaje por la tarde. Por más que Waverley preguntó, tropezando con la insuperable ignorancia, supuesta ó fingida, del sirviente. Concluído el almuerzo tornó Waverley á sus meditaciones.

Reflexionando en los extraños acontecimientos de su suerte, que al parecer se complacía en no permitirle la dirección de sus acciones, vino á fijar Eduardo la vista en su maleta, que habían traído á su habitación sin que él la hubiera visto. Al momento pensó en los misteriosos papeles de Alicia, y ya se preparaba á abrirla y sacar el paquete, cuando entró un criado en el cuarto, de parte del coronel Stewart, para llevarse la maleta.

— Amigo mío — dijo Waverley, — permítame usted que me mude de ropa.

— Vuestro Honor tendrá ropa blanca del coronel — contestó el criado; — pero es indispensable que la maleta vaya ahora mismo con los bagajes.

Diciendo esto cargó con ella y se marchó tranquilamente, sin esperar más observaciones de Waverley, quien se quedó entre sorprendido é indignado. A poco rato sintió el ruido de un carro que salía del patio y comprendió que por algún tiempo, si no era para siempre, quedaba privado de ver con alguna claridad en el laberinto de sucesos que tanta influencia tenían en su suerte. Con aquellas melancólicas reflexiones pasó todavía cuatro ó cinco horas de soledad.

Al cabo de este tiempo oyó el ruido de unos caballos que entraban en el patio. Pronto se presentó el coronel ante Waverley invitándole á que tomara alguna cosa antes de ponerse en camino. Así lo hizo Eduardo; pues aunque había almorzado tarde, ya estaba en condiciones de hacer honor á la comida, que no tardaron en servir. La conversación del coronel era la de un señor de aldea, mezclada con algunas expresiones é ideas militares; cuidaba mucho de que no recayera la conversación en las operaciones de la guerra y estado de la política; y si Waverley le preguntaba alguna cosa de este orden, le contestaba que no le era lícito decir nada sobre aquellas materias.

Concluída la comida se levantó el gobernador, saludó á Waverley, deseándole buen viaje, y le dijo que habiendo sido informado por el criado de que se habían llevado la maleta y que acaso necesitaba alguna ropa, se tomaba la libertad de ofrecerle lo que pudiera servirle hasta entrar en posesión de sus efectos. Con esto se marchó el gobernador. Poco después se presentó un criado anunciando á Waverley que su caballo estaba listo.

Bajó Waverley á donde le esperaban, montó á caballo, cuya brida tenía un soldado, y salió por la gran puerta del castillo en unión de una veintena de jinetes, semejantes, más bien que á soldados de caballería, á paisanos armados á toda prisa y de improviso. El uniforme de estos jinetes era azul y rojo, imitación afectada de los cazadores á caballo franceses, pero incompleto y mal arreglado. Waverley, que estaba acostumbrado á ver tropa bien disciplinada, con facilidad comprendió que aquellos hombres carecían de instrucción y de hábitos militares, y que, aun montando bastante bien para conducir sus caballos, eran solamente criados ó gente del campo. Los caballos no estaban hechos á ese paso regular tan necesario para verificar evoluciones simultáneas y combinadas; no estaban adiestrados para permitir el manejo del sable. Sin embargo, aquellos hombres eran robustos, bien plantados; era indudable que tomados individualmente podían ser temibles y capaces de constituir una caballería irregular muy notable. El jefe de aquella sección montaba un soberbio *hunter*, caballo de caza. A pesar del uniforme que vestía este jefe, Waverley reconoció en él á su antiguo conocido Falconer de Balmawhapple.

Por más que Waverley no se había separado de este conocido en muy buenos términos, de buena gana hubiera prescindido de una disputa sin fundamento para tener el gusto de una conversación, hacer preguntas y recibir contestaciones, clase de gusto que le faltaban desde hacía mucho tiempo. Pero, al parecer, el recuerdo del vencimiento por el barón de Bradwardine, de que fué causa involuntaria Waverley, agriaba todavía el carácter de aquel noble orgulloso y sin educación. No dió Falconer señal de conocer á Waverley;

siguió la marcha, con aspecto de mal humor, á la cabeza de aquella tropa á la que llamaban escuadrón de Falconer, por más que por su número apenas bastaba para componer una sección al mando de un sargento. Marchaba delante un trompeta, que de vez en cuando tocaba. Detrás de Falconer iba un joven alférez, portaestandarte, hermano del jefe. En calidad de teniente iba un señor de edad, con aspecto de cazador y de acostumbrado á buena vida, pero su aspecto era vulgar y su semblante indicaba suficientemente hábitos de intemperancia en la bebida. Llevaba ladeado el sombrero, á lo matón, y se entretenía en silbar la tonadilla « Bol de Dismblain », influído por media pinta de aguardiente. Al parecer marchaba alegre, con una feliz indiferencia sobre el estado del país, la conducción de tropa, el propósito de aquella jornada y toda clase de asuntos sublunares.

Observando á este personaje, que de cuando en cuando espoleaba su caballo y se ponía cerca de Waverley, pensó éste que podría conseguir de él algunas noticias ó por lo menos conversar y distraerse en el camino.

— ¡Buena tarde hace! — dijo Waverley dirigiéndose al teniente y á modo de salutación.

— Sí, señor, buena — repuso el oficial con el acento más cerrado de los campesinos de Escocia.

— Y parece que la cosecha será buena — insistió Waverley.

— Sí, no se almacenará poca avena en los graneros; pero los hacendados — el diablo se los lleve — y los tratantes en granos se encargarán de mantener los precios actuales á expensas de los que tienen caballos que mantener.

— ¿Es usted cuartel-maestre?

— Cuartel-maestre y maestro de equitación y teniente — contestó el oficial para todo. — Y, bien mirado, ¿quién podría adiestrar y cuidar estos pobres animales mejor que yo, que los he vendido?

— Y si no es indiscreto, señor, ¿podría usted decirme á dónde vamos?

— A hacer alguna locura, me parece.

— En tal caso — dijo Waverley determinado á no omitir cortesías, — no creería yo que una persona como usted se hallara en el camino.

— Muy cierto, señor — respondió el oficial; — pero no hay nada que no tenga su porqué. Hay que saber que el *laird* me ha comprado todos estos caballos para organizar su escuadrón, conviniendo en que el precio sería según las necesidades y el tiempo, pero ni un céntimo al contado. Ahora yo sé que sus propiedades se hallan tan gravadas, que la firma de este señor no vale un ochavo. No obstante, yo tengo que pagar á mis tratantes por San Martín. En estas condiciones, el *laird* me ofreció generosamente este empleo, y como yo sé que ningún juez me ayudaría á recuperar mi dinero por venta de caballos á los enemigos del gobierno, me ha parecido, en conciencia, que lo mejor para cobrar es hallarme junto al comprador. Vea usted, pues, de qué manera, después de pasar toda mi vida vendiendo pencos, no me mete miedo la idea de acabar colgado.

— ¿De modo que no es usted militar de carrera?

— No, á Dios gracias — contestó el buen teniente; — no he sido yo atado tan corto; yo me he educado más á mis anchas; he sido siempre tratante en ganado caballar. Y si vivo aún bastante para ver á usted en Whitson-tryst ó en Stagshaubank ó en la feria de invierno en Hawich y usted necesitare un buen jaco,

capaz de tomar la delantera á cualesquiera otros, aquí estoy yo para servirle en su justo precio, porque Jamie Jinker no engañó nunca á nadie. Es usted un caballero, y seguramente que entenderá usted de caballos; vea usted qué lindo animal monta Balmawhapple; yo soy quien se lo ha vendido. Ese caballo es hijo de *Lick-the-Ladle*, yegua que ganó el premio del Rey en Caverton-Edge; su padre es White-Foot, del duque de Hamilton... etc., etc.

Jinker entró de lleno en la genealogía de la yegua en que cabalgaba Balmawhapple; ya se había remontado á su abuelo y abuela, y Waverley esperaba ocasión de sacarle alguna noticia interesante, cuando el noble capitán refrenó su caballo hasta quedarse en la línea del genealogista, diciéndole:

— Me parece, caballero oficial, que he prohibido expresamente á todos, sea el que fuere, dar conversación al prisionero.

El tratante metamorfoseado en oficial bajó la cabeza y fué á situarse á retaguardia, donde se desquitó armando una pelea, sobre el precio del heno, con un arrendatario del *laird*, incorporado al escuadrón por miedo de perder el arrendamiento, cuyo plazo estaba próximo á concluirse y que él quería renovar. De nuevo volvió Waverley á su silencio, previendo que si otra vez trataba de entrar en conversación con alguien de la tropa, resultase para Balmawhapple una ocasión en que lucir de manera insolente aquella autoridad de que se había revestido; otro motivo con que manifestar su carácter brutal exacerbado por la costumbre de dejarse llevar de él y de respirar el incienso de la servil adulación.

Al cabo de dos horas encontróse el pelotón cerca del castillo de Stirling, en cuyas almenas flotaba la

bandera de la Unión, coloreada por los rayos del sol poniente. Para cortar camino, ó tal vez para agraviar á la guarnición inglesa del castillo, Balmawhapple tomó algo á la derecha, cruzando por el parque real, al pie de la roca en cuya cima está la fortaleza.

Si Waverley hubiera estado tranquilo, no habría dejado de admirar aquella mezcla de recuerdos románticos y de bellezas naturales, reunidos en el parajé que atravesaban — el campo donde tantos torneos hubo en los viejos tiempos — la roca desde donde las damas asistían á los combates caballerescos — la torre de la iglesia gótica donde se sancionaban los votos de las damas en pro de sus caballeros predilectos — y en lo más alto la fortaleza, castillo y palacio al mismo tiempo, donde el valor recibía el premio de las manos del rey, y donde los caballeros y las damas concluían el día entre los placeres del baile, los cantos y festines. Todos estos objetos constituían materia interesante para una imaginación novelesca.

Pero Waverley tenía otros motivos de preocupación, y además pronto acaeció un incidente capaz de turbar la imaginación más abstraída. Balmawhapple, envanecido de orgullo, hizo desfilar su escuadrón por bajo del castillo, al son de la trompeta y á bandera desplegada. Aquel alarde hizo probablemente efecto en el castillo, pues así que esta caballería se halló á distancia bastante para apuntar contra ella los cañones de la batería sur, alumbróse una llamecilla en la roca, y antes de oir el cañonazo pasó un grueso proyectil silbando cerca de la cabeza del capitán, yendo á enterrarse á pocos pasos y levantando grande polvareda. No hubo necesidad de dar órdenes; pues obedeciendo todos al mismo impulso, salieron á galope tendido, probando así las buenas condiciones de los

caballos del señor Jinker. No volvieron á tomar el trote, como el teniente lo observó en seguida, hasta que protegidos por una eminencia quedaron á cubierto de nuevos saludos del casullo. Sin embargo, para ser justos con Balmawhapple, diremos que, no sólo permaneció á retaguardia de su tropa tratando de mantener algún orden, sino que no pudiendo otra cosa contra el castillo, le hizo frente disparando hacia él su pistola; claro es que hallándose las murallas de la fortaleza á media milla de distancia, la represalia del capitán no tenía objeto si no era como demostración de su valor.

Cruzó el pelotón la memorable llanura de Bannocklurn, y llegó á Torwood, de grandes y terribles recuerdos para los campesinos de Escocia, según predominan en su memoria las hazañas de Wallace ó las crueldades de Wude Willie Grime. En Falkirk, ciudad ya famosa en la historia de Escocia, y que más tarde habría de distinguirse como escena de acontecimientos militares de importancia, hizo alto Balmawhapple para pasar la noche. Arreglóse todo, aunque con poquísima atención, á la disciplina militar; el principal cuidado del cuartel-maestre no era otro que el averiguar dónde encontraría el mejor aguardiente. Túvose por innecesario el poner centinelas; como cuerpo de guardia quedaron los que tenían ganas de beber. Unos cuantos hombres resueltos habrían bastado para desbaratar aquella tropa; pero entre los habitantes del pueblo unos les eran favorables, otros indiferentes y los restantes tenían miedo. Nada, pues, de memorable pasó en el transcurso de la noche, á no ser que Waverley apenas pudo pegar los ojos á causa del ruido que los bebedores hacían, cantando, sin remordimientos ni atenuación de voz, canciones jacobitas.

Al amanecer volvieron á montar á caballo, tomando el camino de Edimburgo; la palidez de algunas caras indicaba bien que no eran pocos los que habían pasado la noche sin dormir. Se detuvieron en Linlithgow, notable por su antiguo palacio que, hace sesenta años, aún era habitable, pero cuyas venerables ruinas, sesenta años después, no cumplidos, en poco estuvo que no pasaran por la vergüenza de convertirse en cuartel para los prisioneros franceses. Descansen en paz las cenizas del hombre de Estado patriota que cuenta entre sus servicios á Escocia el haberse opuesto á semejante profanación.

Conforme iban aproximándose á la metrópoli de Escocia, á través de una región llana y cultivada, iban creciendo los rumores y señales de guerra. El ruido de cañonazos á lo lejos, pero bien determinado, reveló á Waverley que la obra de destrucción ya estaba comenzada. Hasta el mismo Balmawhapple se resolvió á tomar algunas precauciones; destacó una avanzada, puso buen orden en las filas y marchó bravamente.

Llegaron de este modo á una altura desde la cual se veía Edimburgo desplegado á lo largo de la colina que va hacia el Este á partir del castillo. Sitiado ó, por mejor decir, bloqueado por los insurrectos del Norte, dueños de la ciudad desde dos ó tres días antes, se defendía la fortaleza disparando contra los montañeses que se ponían al descubierto en las calles de la ciudad ó en cualquiera otro punto á tiro del castillo. La mañana era pura y tranquila; el efecto de las descargas, á desiguales intervalos, era el envolver la fortaleza en guirnaldas de humo, cuyos bordes se disipaban lentamente en el aire, mientras la parte central se oscurecía cada vez más por las nuevas nubes que salían de las murallas; todo aquello, medio oculto, con su aspecto de sombría grandeza, aún más terrible para Waverley cuando recordaba la causa que producía aquel efecto y pensaba en que cada explosión acaso significaba la muerte de un hombre.

Antes de que se acercaran á la ciudad concluyó aquel parcial cañoneo. Sin embargo, acordándose Balmawhapple de la poco amistosa acogida que le había hecho el castillo de Stirling, cuidó de no ponerse al alcance de las baterías de esta otra fortaleza. Tomó á la izquierda del camino, dando un gran rodeo hacia el Sur, y así se acercó al antiguo palacio de Holyzood sin entrar en la capital. Formó su fuerza frente á este venerable edificio é hizo entrega de Waverley á una guardia de montañeses. El oficial de esta guardia condujo á Waverley al interior del castillo.

Una larga y desproporcionada galería cuyas paredes estaban llenas de retratos, que se decían eran de reyes, monarcas, que si verdaderamente habían reinado, forzosamente fué muchos siglos antes de inventarse la pintura al óleo, servía de cámara de guardias ó vestíbulo de las habitaciones ocupadas por el pretendiente Carlos Estuardo, en aquel palacio de sus antepasados. Varios oficiales, vestidos unos con el traje de montañés y otros con el de las Tierras Bajas, iban y venían de prisa ó permanecían en la cámara como esperando órdenes. Algunos secretarios estaban ocupados en extender pasaportes y otros documentos militares. Todos parecían atareados y ocupadísimos en algo de suma importancia. Waverley se quedó solo, en el hueco de una ventana, sin que nadie le hiciera caso. Allí, abismado en sus reflexiones y no sin inquietudes, esperó la resolución de su hado, que al parecer estaba próxima.

CAPÍTULO XL

UN AMIGO ANTIGUO Y OTRO NUEVO

Seguía Waverley sumido en sus pensamientos cuando sintió pasos á su lado y casi al mismo tiempo le tocó en el hombro una mano amiga y una voz conocida le dijo :

— ¿ Tenía razón el profeta de la Tierra Alta ? ¿ No se podrá creer en la doble vista?

Volvióse Waverley y fué cariñosamente abrazado por Fergus Mac-Ivor.

— Sea usted bienvenido — continuó Fergus — á Holyrooal, que al fin está en poder de su legítitimo soberano. Ya le había yo dicho que saldríamos adelante y que caería usted en poder de los filisteos si se alejaba de nosotros.

— Querido Fergus — contestó Waverley correspondiendo á la buena acogida. — ¡ Cuánto tiempo hace que no oigo la voz de un amigo ! ¿ Dónde está Flora ?

— A salvo y como espectadora de nuestros triunfos.

— ¿ En este sitio ?

— Sí ; en esta ciudad, ya que no en el palacio. Y ya

la verá usted ; pero primeramente es necesario que haga yo la presentación de usted á un amigo en quien ha pensado usted poco y que, sin embargo, me ha pedido frecuentemente noticias de usted.

Dicho esto, Fergus cogió á Waverley del brazo y le condujo fuera de la sala de guardias. Antes de que Waverley tuviera tiempo de preguntar á dónde iban, se encontró en otra sala, dispuesta con aparato de un real salón de audiencia.

Un joven de cabellos rubios, distinguido por la dignidad de su aspecto y la noble expresión de sus rasgos, se adelantó de entre un grupo de militares y caballeros montañeses, dando algunos pasos hácia Fergus y Waverley. Aunque éste no hubiera reparado en la estrella que brillaba en el pecho de aquel joven y en la insignia de la jarretera que ceñía como liga su pierna, por sólo su majestuosa presencia, habría reconocido en él al príncipe pretendiente.

— Permítame vuestra alteza real — dijo Fergus inclinándose profundamente — que tenga el honor de presentarle...

— ... al descendiente de una de las más antiguas y nobles familias de Inglaterra — interrumpió el Príncipe. — Perdone usted que le interrumpa, mi querido Mac-Ivor ; pero no es necesario maestro de ceremonias para presentar á un Waverley un Estuardo.

Con estas palabras tendió el Príncipe su mano á nuestro héroe quien, aunque lo hubiera querido, no habría podido evitar un homenaje que debía al Príncipe, por razón de su nacimiento.

— Siento mucho — prosiguió el Príncipe — que por circunstancias que no conozco aún como quisiera, haya sufrido usted, señor Waverley, no pocas mo-

lestias ocasionadas por mis adictos en Perthshire, así como en el camino; pero nos encontramos en una situación tal que apenas podemos conocer á nuestros amigos y, aun en este momento, no sé bien si puedo tener el gusto de contar al señor Waverley entre mis amigos.

El Príncipe guardó silencio un instante; pero antes de que Eduardo tuviera tiempo de ordenar sus ideas para contestar, sacó el Príncipe un papel del bolsillo y siguió diciendo:

— Ciertamente, no tendría duda á este respecto si pudiera referirme á este manifiesto publicado por los amigos del Elector de Hanover, en el cual se incluye al señor Waverley entre los nobles y gentileshombres que como premio de su leatad á su legítimo soberano, se hallan amenazados con el castigo de la alta traición. Pero no quiero deber mis partidarios más que al afecto y á la convicción. Por esto, si el señor Waverley desea continuar su viaje hacia el sur ó incorporarse á las tropas del Elector, tendrá un pasaporte mío y libre permiso de partir. Sentiré únicamente que no esté en mi mano el darle también seguridades con respecto á lo que pudiere acaecerle como consecuencia de esta resolución. Si, por el contrario — continuó el Príncipe después de una ligera pausa, — el señor Waverley, á semejanza de su antecesor sir Nigel, resuelve abarcar una causa que se recomienda simplemente por la justicia y á seguir á un Príncipe que confía en la adhesión de su pueblo para recuperar el trono de sus antecesores, dispuesto á perecer, si es preciso, en esta empresa, le diré únicamente que se hallará en compañía de nobles caballeros y de un Príncipe que pudiera ser infortunado, pero que no ha de ser jamás ingrato.

La política del jefe de la raza de Ivor había comprendido cuánta ventaja se obtendría de una entrevista personal de Waverley con el Príncipe pretendiente. No acostumbrado nuestro héroe al lenguaje y maneras de una corte, en lo que el Príncipe sobresalía por extremo, aquellas lisonjeras palabras le afectaron profundamente y acabaron de desvanecer las dudas que podía inspirarle un sentimiento de prudencia. Ver que un príncipe solicitaba su concurso, de aquel modo, ver, además, con qué valor se llevaba adelante aquella singular empresa, correspondía enteramente á sus ideas novelescas. La manera como el Príncipe le recibía en aquel palacio de sus antecesores, recuperado por aquella espada, empuñada ya para otras conquistas, restituía á Eduardo la dignidad y la importancia que á su parecer había perdido. Rechazado, calumniado y amenazado por el otro partido, sentíase irresistiblemente atraído á la causa que los prejuicios de su educación y los principios políticos de su familia le hacían estimar como justos. Aquellos pensamientos arrastraron su voluntad con el ímpetu de un torrente, destruyendo las consideraciones que podían oponérsele. Por otra parte, el tiempo no admitía deliberaciones. Waverley dobló la rodilla ante el Príncipe y le juró poner su corazón y su espada al servicio de sus derechos.

El Príncipe (pues aunque desafortunado por las faltas y locuras de sus antepasados, este es el título que debemos reconocerle como debido á su nacimiento), el Príncipe, decimos, se apresuró á levantar á Waverley estrechándole entre sus brazos con expresión de agradecimiento tan efusiva que no podía menos de ser sincera. Dió repetidas gracias á Fergus Mac-Ivor por haberle procurado tan valiosa adhesión

é hizo la presentación de Waverley á los diversos personajes y militares que se encontraban en la sala: díjoles que era Waverley una gran esperanza y que en el entusiasmo con que acogía su causa podía apreciarse la opinión de muchas grandes familias inglesas en aquella crisis (1). En verdad, la actitud de estas familias preocupaba mucho á los partidarios de la casa de Estuardo y no pocas familias escocesas vacilaban en incorporarse al Pretendiente mientras no vieran el ejemplo de aquéllas. Por esto tenía gran valor para el Príncipe Carlos la adhesión del representante de la casa de Waverley-Honour, conocida de largo tiempo como legitimista. Era lo que había previsto Fergus. Quería éste realmente á Waverley, porque sus sentimientos y proyectos siempre habían estado de acuerdo: confiaba en verle unido á Flora y se regocijaba de que viniese á incorporarse á la causa política que él mismo defendía: era, por consiguiente, un triunfo político que de seguro acrecentaba su importancia en la consideración personal del Príncipe. Éste, por su parte, parecía tener empeño en que sus oficiales comprendieran lo mucho que él consideraba á

(1) Los sentimientos jacobistas estaban bastante extendidos por las regiones del oeste y por el principado de Gales. Pero aunque grandes familias como las de Wynnes, Wyndhams y otras estaban dispuestas á unirse al Príncipe Carlos, era bajo la expresa condición de que un ejército francés apoyaría el movimiento, sin lo cual la empresa era desesperada. Sin embargo, queriendo favorecer á la causa de éste y en espera de una oportunidad de unirse á él, se dedicaron á aprender el dialecto de la montaña y se ejercitaron en vestir sus singulares trajes. Es indudable que los partidarios del Príncipe inspiraron tanto temor como admiración; pero aun después de una de las batallas de Preston ó Falkirk era imposible el avance por el interior de Inglaterra.

Waverley, pues desde luego le informó de la situación.

— Por razones que no conozco bien — dijo á Waverley — ha carecido usted de noticias por largo tiempo, de modo que, según me parece, no sabe usted cuál es la situación actual. Sin embargo, habrá oído usted hablar de mi desembarco en el remoto distrito de Moidart, acompañado de siete amigos nada más. El leal entusiasmo de numerosos jefes de clan ha hecho del aislado aventurero para encontrarme al frente de un numeroso ejército. Sin duda, sabrá usted también que el comandante en jefe del Elector Hanoveriano, sir John Cope avanzó por las Tierras Altas con fuerzas militares bien equipadas y numerosas, con la intención de presentarnos batallas; pero cuando supo que estábamos á tres leguas de distancia, le faltó valor para esperarnos y se pronunció en retirada, marchando hacia el norte, en dirección de Averdeen y dejando las Tierras Bajas al descubierto y sin defensa. No podíamos perder una ocasión tan favorable; vine, pues, sobre esta capital, dispersando dos regimientos de caballería, el de Gardiner y el de Hámilton, que habían amenazado con descuartizar á cuantos montañeses se atrevieran á pasar de Stirling. Mientras los funcionarios y los conciudadanos de Edimburgo deliberaban para resolver si procedía resistir ó rendirse, mi buen amigo Lochieb (y diciendo esto puso su mano en el hombro del aquel cumplido jefe), les evitó la discusión entrando por sus puertas con quinientos cameronianos. Todo va bien hasta ahora; pero parece que el aire fresco de Aberdeen ha fortalecido los nervios de aquel buen general, que se ha embarcado para Dúnbar. Acabo de saber que ha desembarcado en dicho puerto y, sin duda, tiene el propósito de venir contra nosotros para recuperar

la capital. Ahora bien, en mi consejo de guerra hay dos opiniones : la una es que hallándonos en inferioridad, probablemente en número y seguramente en disciplina y aprovisionamientos, sin contar con que carecemos de artillería y estamos muy mal de caballería, lo más seguro es tornar á las Tierras Altas y hacernos allí fuertes hasta que lleguen los auxilios de Francia y los clanes vayan tomando las armas á favor nuestro. La otra opinión es que una retirada en las presentes circunstancias desacreditaría nuestras armas, nos haría perder prestigio y en lugar de atraernos gente desanimaría á los que ya están con nosotros. Los oficiales que sostienen esta opinión, y entre ellos su amigo Fergus Mac-Ivor, opinan que si bien los montañeses no son prácticos en la disciplina militar europea, los soldados con quienes tienen que luchar son, á su vez, desconocedores del formidable modo de atacar propio de los nuestros : que no puede dudarse del valor y adhesión de nuestros jefes y oficiales y que como éstos se precipiten sobre nuestros enemigos, todos nuestros hombres les seguirán : finalmente, que habiendo desenvainado la espada, no debemos envainarla otra vez, sino poner nuestra esperanza en el combate y en el Dios de las batallas. ¿ Podría decirnos el señor Waverley cuál es su opinión en estas arduas circunstancias ?

Sonrojóse Waverley, tanto de complacencia, por verse honrado con aquella consulta, como de modestia por no creerse merecedor de ella. Sin embargo, contestó con tanto valor como presteza, diciendo que no podía atreverse á dar una opinión fundada en conocimientos militares, pero que lo más aceptable para él sería aquello que más pronto le permitiera demostrar su celo en el servicio de su alteza.

— Contestación propia de un Waverley — dijo el Príncipe. Y añadió: — Para que ocupe usted un puesto digno de su nombre, permítame que en vez de su nombramiento de capitán, de que le han privado, le dé el de comandante á mi servicio : quedará usted como ayudante mío hasta su paso á un regimiento. Espero que pronto se organicen bastantes.

— Pido perdón á vuestra alteza — contestó al momento Waverley, acordándose de Balmawhapple y de su insignificante tropa ; — pero quisiera no aceptar grado alguno hasta encontrarme en sitio donde poder alzar un cuerpo numeroso con que ser útil á vuestra alteza. Entretanto, espero que vuestra alteza me permitirá servir en calidad de voluntario á las órdenes de mi amigo Fergus Mac-Ivor.

— Al momento — dijo el Príncipe, á quien la contestación había encantado ; — no se opondrá usted á que le arme caballero á la montañesa.

Diciendo esto desprendió el artístico sable de su propia cintura, quitándose el cinturón que estaba guarnecido de plata, y dándoselo á Waverley le dijo:

— La hoja es auténtica de *Andrea Ferrera* ; es como un objeto hereditario en mi familia ; pero estoy seguro de que pasa á mejores manos que las mías. Añadiré dos pistolas del mismo artífice. Coronel Mac-Ivor, sin duda tendrá usted mucho que hablar con su amigo : no quiero privar á usted por más tiempo de esta conversación. No se olviden de que les espero, á las dos, esta noche. Tal vez sea la última que pasemos en este palacio, y como vamos al campo del honor con la conciencia satisfecha, podremos pasar la víspera de la batalla alegremente.

Con esto el jefe y Waverley tuvieron licencia para retirarse de la cámara regia.

CAPÍTULO XLI

EMPIEZA Á PONERSE EN CLARO EL MISTERIO

— ¿Qué le parece á usted el Príncipe? — dijo Fergus á Waverley mientras bajaban por la ancha escalera del palacio.

— Un príncipe con quien se puede vivir ó deber morir — repuso Waverley con entusiasmo.

— Ya sabía yo que pensaría usted así en cuanto le viera : antes quería yo que hubiera sido esto; pero el accidente de usted nos puso un obstáculo. Sin embargo, tiene también sus debilidades ó, más bien, se ve en situación muy complicada. Esos oficiales irlandeses que le rodean son malos consejeros; no se puede usted figurar cuántas y cuán desatentadas son sus pretensiones. Vea usted : hasta he tenido yo necesidad de no hacer uso de mi título de conde, aunque es recompensa de diez años de servicios, por no excitar la rivalidad de C. — y de M. — Ha hecho usted muy bien, Eduardo, en no aceptar el cargo de ayudante; hay dos plazas vacantes, pero Clarvonald, Lochiel y casi todos los jefes de clan están pidiendo una para el joven Aberchallader y el partido de los irlandeses y de las Tierras Bajas quieren á toda costa la otra

plaza para el hijo mayor de F. De manera, que si uno de estos dos candidatos hubiera quedado fuera de la combinación para hacerle á usted sitio, se habría creado usted una serie de enemistades. Me sorprende que el Príncipe le haya ofrecido á usted solamente el nombramiento de comandante, cuando hay caballeros que apenas pueden aportar ciento cincuenta hombres y no se contentan con el título de teniente coronel. En fin, paciencia y barajar. Por el momento vamos bien. Ahora lo que importa es que se vista usted como conviene para esta noche; porque, francamente, no está usted para su presentación en la corte.

— Es verdad — dijo Waverley fijándose en su ropa manchada de barro y de polvo. — Desde que me separé de usted no me he podido quitar el traje de caza : tal vez lo sepa usted tan bien como yo.

— Hace usted mucho favor á mi doble vista — dijo Fergus. — Estábamos tan ocupados en presentar batalla á Cope y en nuestro plan de operaciones por Tierras Bajas, que apenas pude hacer otra cosa en Perthshire sino dejar unas cuantas instrucciones para prestar á usted auxilio y protegerle caso de que llegaran á encontrarle. Pero cuénteme usted sus aventuras, pues aquí han llegado noticias incompletas y, sin duda, alteradas.

Waverley refirió lo que ya conoce el lector y Fergus lo escuchó con la mayor atención. Concluía el relato cuando llegaron á la puerta del alojamiento de Mac-Ivor, que estaba en la calle de Canongate (Puerta del Cañón) en casa de una señora viuda, de unos cuarenta años, quien saludó al coronel con una expresiva sonrisa : por lo visto pertenecía al número de esas personas para quienes las opiniones políticas no significan nada. En aquella casa encontraron también á

Callum-Beg, que acogió á Waverley como á un antiguo amigo.

— ¡Callum! — exclamó el jefe — llame usted á *Shemus an Snachad.* — Santiago el de la aguja; este era el nombre que Mac-Ivor daba á su sastre.

— ¡Shemus! — dijo el jefe cuando se le presentó el sastre — el señor Waverley va á vestirse de *cath dath* (traje escocés, con los colores militares). Es necesario que tenga listo el traje dentro de tres horas: ya sabe usted la medida de un hombre bien formado, dos dobles *nails* por bajo de la pantorrilla...

— Once de la cadera al talón y siete á la cintura — dijo el sastre. — Puede Vuestro Honor hacer que me ahorquen si encuentra en todas las Tierras Altas un par de tijeras más atrevidas que las mías para el *cumadh an truais* (corte del traje).

— Necesita un *plaid* de tartán colores Mac-Ivor — continuó el jefe — y una gorra azul como la del Príncipe. Mi casaca verde con botones y galones de plata le sentará bien: está sin estrenar. Diga usted al alférez Mac-Combich que escoja uno de mis mejores escudos. El Príncipe ha dado al señor Waverley el sable y las pistolas; yo le proveeré de daga y bolsa: con esto y un par de zapatos de tacones bajos tendremos á mi querido Eduardo hecho un hijo de Ivor.

Dadas estas órdenes indispensables, volvió el jefe al asunto de las aventuras de Waverley.

— Es evidente — dijo — que ha estado usted bajo la guarda de Donald Bean-Lean. Pero ha de saber usted que cuando me puse á la cabeza de mi *clan* para incorporarme al Príncipe Carlos dí á Donald un encargo cumplido, el cual debía reunirse conmigo trayendo cuantas fuerzas pudiera reunir. Pero en vez de obedecerme este hombre, que tenía el campo libre,

ha preferido hacer la guerra por su cuenta. Ha saqueado el país, sin fijarse en amigo ni enemigos; unas veces dice que está bajo mis órdenes, otras (y aquí se ve su atrevimiento) dice que obra por autoridad propia. ¡Por vida mía! si llego á ver otra vez la sierra de Bonmore, es muy posible que haga colgar á este tunante. Ya reconozco su procedimiento en la manera como ha sacado á usted de las garras de Gilfillano: no tengo duda de que el mismo Donald ha representado ese papel de buhonero; pero, lo que no entiendo es por qué no ha desvalijado á usted ni le ha sacado rescate ni, en fin, no ha utilizado de un modo ó de otro su cautiverio.

— ¿Cuándo y cómo supo usted que estaba yo detenido? — preguntó Waverley.

— El mismo Príncipe es quien me informó detalladamente de todo — dijo Fergus. — Me anunció que estaba usted en manos de una de nuestras partidas del norte. Ya sabe usted que no era cosa de interrogarle. Me preguntó qué opinaba yo acerca de lo que procedía hacer: le rogué que diese orden de conducir á usted aquí como prisionero de guerra, á fin de no comprometerle á usted más para con el gobierno inglés, caso de que insistiera usted en su propósito de volver al sur. Ya sabe usted que entonces ignoraba yo por completo la acusación de alta traición hecha contra usted, cosa que sin duda habrá hecho cambiar sus primitivos planes. Fué encargado de custodiar á usted desde Dorme ese zángano de Balmawhapple con lo que él llama su escuadrón. En cuanto á su conducta, aparte de su antipatía natural á toda persona que siquiera tenga aspecto de caballero, imagino que ha debido inspirarse en su resentimiento á causa de la aventura con Bradwardine y más aún si considero que

la manera como él refiere este hecho ha contribuído, según creo, á los equivocados informes sobre usted comunicados á su regimiento.

— Es muy probable — dijo Waverley. — Pero, mi querido Fergus, bien podrá usted decirme algo de Flora.

— En realidad — repuso Fergus — todo lo que puedo decir es que está bien y que por ahora habita en casa de un pariente nuestro en esta ciudad. Me ha parecido que era mejor que viniese aquí, porque después de nuestros triunfos son muchas las señoras de alto rango que se hallan en nuestra corte guerrera; aseguro á usted que hay motivos para envanecerse de ser pariente cercano de una joven como Flora Mac-Ivor; cuando hay tantos individuos que hacen valer todo cuanto pueden para darse importancia, bien puede uno hacer uso de lo que realmente vale.

Esta frase lastimó un poco á Waverley. No podía aceptar que Flora pudiera considerarse como un objeto capaz de servir para valimento de su hermano, como consecuencia de la admiración que producía. Aunque este modo de pensar se hallaba de acuerdo con muchos rasgos del carácter de Fergus, quedó sorprendido de ello Waverley, considerándolo como un principio egoísta indigno de la hermana y del ánimo altivo del mismo jefe. Pero Fergus, como hombre educado en la corte de Francia donde estas cosas eran familiares, no reparó en la impresión desagradable que acababa de sufrir su amigo y continuó :

— No veremos probablemente á Flora hasta esta noche en el baile ó en el concierto que tendrán lugar para distracción del Príncipe y sus invitados. Tuvimos un disgusto porque no quiso despedir á usted : ahora no quisiera tener otro al pedirle que reciba la

visita de usted esta mañana; no sólo me parece que sería inútil sino conducente á que tampoco la viéramos esta noche.

En este punto de su conversación estaban cuando oyeron una voz muy conocida que hablando en el patio de la casa decía.

— Eso, amigo mío, es un abandono completo de la disciplina militar y si usted no fuese, en cierto modo, un quinto, su conducta merecería las mayores censuras. Un prisionero jamás debe ser encadenado ni encerrado en un calabozo *in ergástulo*, como habría pasado si hubiera usted encerrado á ese caballero en el torreón de Balmawhapple. Convengo en que un prisionero puede ser encerrado, por precaución, pero *in cárcere*, es decir, en prisión pública.

Entonces se escuchó la voz de Balmawhapple ; no se entendió lo que decía, pero sí que se retiraba incomodado, no se entendió más que la palabra *land-louper*, vagabundo, cuando bajó Waverley para saludar al Barón de Bradwardine, ya había desaparecido Balmawhapple. El uniforme del Barón — casaca azul galoneada de oro, chaleco escarlata, calzón y enormes botas de montar — contribuía á dar rigidez á su gran estatura; la conciencia de su autoridad militar había causado también aumento, en igual propoción, de la importancia de sus maneras y de la afectación dogmática de su conversación.

Acogió á Waverley con su habitual benevolencia y su primer impulso fué preguntarle con inquieta curiosidad por qué causa había perdido su empleo de capitán en el regimiento de Gardiner. No porque tuviese la menor sospecha de que Waverley pudiera haber merecido, de ningún modo, aquel inicuo tratamiento, sino porque le parecía justo y conveniente que el

Barón de Bradwardine, como hombre de importancia en dignidad y en grado se encontrara siempre en condiciones de poder refutar cualquier concepto calumnioso contra el heredero de Waverley-Honour y á quien, por tantos títulos podía considerar como hijo.

Fergus Mac-Ivor, que acaba de unirse á ellos, expuso rápidamente al Barón las aventuras de Waverley, terminándolas con una descripción de la gran acogida con que le había distinguido el Príncipe. El Barón escuchó en silencio y, concluídas las explicaciones de Fergus, cogió la mano de Waverley felicitándole por haber estado al servicio de su legítimo soberano. Porque — añadió — aunque todas las naciones hayan justamente considerado como materia de escándalo y de deshonor la infracción del *sacramentum militare* sea prestado por cada soldado en particular á lo que los romanos llamaban *per conjurationem*, sea por un soldado en nombre de todos, nadie ha dudado que hay liberación completa del juramento cuando se recibe la *demissio*, la licencia. Si fuera de otro modo, resultaría la condición del soldado peor que la de los mineros, salineros y otros *adscripti glebæ* ó siervos del terruño, como también se les ha llamado. Así se contiene expresamente en Sánchez *De jure jurando*, donde puede usted leer y sin duda habrá leído ya, diversas explanaciones á este respecto. En cuanto á los que han calumniado á usted con sus falsedades, declaro, ante el supremo Hacedor, que han incurrido en la pena de la *Memnonia lex*, de otro modo llamada *Lex Rhemnia*, comentada por Tullius en su discurso *In Verrem*. Pero, señor Waverley, me hubiera complacido mucho que antes de tomar usted puesto en el ejército del Príncipe se hubiera informado usted del empleo que en el mismo desempeñaba

el viejo Bradwardine y hubiera usted entrado en el regimiento de caballería que estoy constituyendo.

Eduardo eludió este reproche, excusándose con la necesidad en que se vió de contestar inmediatamente á la proposición del Príncipe y con la incertidumbre en que se encontraba acerca de si su amigo el Barón estaba en el ejército ú ocupado en algún otro servicio.

Salvada esta pequeña dificultad, pidió noticias Waverley de miss Bradwardine y supo que había llegado á Edimburgo con Flora Mac-Ivor, escoltadas por fuerzas del clan de Mac-Ivor. La precaución era necesaria, pues Tully-Veolan se había hecho inhabitable y hasta peligroso para una joven sin protectores, dado que su situación entre las Tierras Altas y dos grandes ciudades afectas al gobierno le exponían á las incursiones de unos y otros, á los encuentros de guerrillas, á los ataques por las partidas con todos los riesgos que ésta lleva consigo.

— Con mucho gusto propondría á usted — dijo el Barón á Waverley — que viniese á un alojamiento en Luckenbrosths, con lo que admiraría usted al paso la *High Street*, la calle Mayor, que sin duda es más hermosa que ninguna otra calle de París ó de Londres. Pero Rosita se halla asustadísima por los cañonazos del castillo, á pesar de que yo le he demostrado, con argumentos de Blondel y Loehorn que es absolutamente imposible la llegada de balas á tal distancia. Por otra parte, S. A. me ha encargado que me persone en el campamento para ver si nuestras fuerzas se ocupan en *conclamare vasa*, es decir, en alistarse para romper marcha mañana.

— He ahí una cosa que no nos dará mucho que hacer á nosotros — observó Mac-Ivor, riendo.

— Perdone usted, coronel — dijo el Barón — no

es tan sencillo como usted cree. Ya sé que la mayor parte de la gente de usted ha salido de las Tierras Altas sin bagaje y sin impedimenta; pero, amigo mío, no se puede usted figurar el número de cosas inútiles de que se hallan cargados, y que han ido recogiendo por el camino. He visto uno que se lleva á espaldas un espejo grande, de pared.

— Ya, ya — contestó bromeando Fergus — y si le hubiera usted preguntado por qué, le habría dicho que « pie que marcha, engancha ». Pero, en fin, mi querido Barón ya sabe usted, lo mismo que yo, que cien hulanos ó una sola compañía de *pandours* de Schmirschitz harían cien veces más estragos que ese caballero del espejo y todos nuestros *clans* reunidos.

— No digo lo contrario, coronel — replicó el Barón — son, como dijo el clásico, *feraciores in aspectu, mitiores in actu;* malas caras, pero buenos hechos; un carácter suave que no podría suponerse dado su exterior y su fisonomía. Pero la verdad es que estoy charlando con dos jóvenes cuando mi deber me llama al Parque del Rey.

— ¿Vendrá usted á comer con Waverley y conmigo? Aunque, caso necesario, sé acomodarme á la vida de montañés : no me olvido de mi educación en París y me entiendo en el arte de la buena mesa.

— ¡Quién lo duda! — contestó el Barón, riéndose — sobre todo, cuando da usted la hechura y la buena ciudad los materiales... Está bien : algo tengo que hacer también por la ciudad; pero me reuniré con ustedes á las tres, si puede esperar la comida hasta esa hora.

Con estas palabras, se despidió de sus amigos y se marchó á cumplir su misión.

CAPÍTULO XLII

UNA COMIDA MILITAR

Santiago el de la aguja era hombre que cumplía su palabra, siempre que no hubiera aguardiente de por medio. En la ocasión presente, Callum Beg, que aún se creía deudor de Waverley, pues, nuestro héroe había rehusado la compensación que le ofreció á costa del hostelero de la famosa venta, aprovechó aquella circunstancia en que pagar su deuda montando la guardia junto al sastre y no dejándole vivir — según su expresión, — hasta que concluyera el traje. Para salir de aquel aprieto, Shenurs movió la aguja con el mayor aceleramiento, cantando al mismo compás de las puntadas. Por último, acabó con la obra, ajustó la casaca de Mac-Ivor á la cintura de Waverley y al poco rato dejó todo en disposición de ponérselo.

Vistióse nuestro héroe con el traje de antiguo Gaul, á propósito para dar apariencia de fuerza á un cuerpo que, no obstante su buena conformación, tenía más de elegante que de robusto. Espero que mis bellas lectoras me excusarán si digo que Waverley se miró repetidas veces á un espejo, reconociendo que aquel joven, reflejado en la luna, era efectivamente de muy

buena presencia. No había modo de negarlo : tenía el pelo de color castaño-oscuro — pues no usaba peluca, aunque era lo corriente en la moda — y aquel pelo armonizaba admirablemente con la gorra. Todo su aspecto demostraba firmeza y agilidad y los amplios paños de su tartán le daban aire de nobleza. Sus ojos azules expresaban

dulzura en el amor y fuego en guerra

y su ademán, en cierto modo tímido por no tener costumbre de la vida social, le hacía más interesante sin quitarle ni gracia ni viveza.

— Es un buen mozo — dijo Evan Dhu (convertido en alférez Mac-Combich), — dirigiéndose á la patrona de Fergus.

— Está muy bien — contestó la viuda Flockhard, — pero no tanto como el coronel.

— No tengo la pretensión de comparar ni de decir que sea guapo ; lo que digo es que el señor Waverley tiene aire de soltura, como un mozo de mi país y que no gritará « aguárdense » cuando se trate de pelear. No esgrime mal la espada ; y yo lo sé, porque hemos tirado juntos en Glennaquoich, como también lo ha hecho Ian Vohr, algunos domingos.

— ¡ En domingo ! — exclamó la presbiteriana asustada. — ¡ Dios les perdone ! Estoy segura de que el coronel no ha hecho nunca tal cosa.

— Vaya, vaya, señora — contestó el alférez, — somos jóvenes y ya sabe usted que quien dice joven santo dice diablo viejo.

— Dígame usted, señor Mac-Combrich — preguntó la patrona. — ¿ Es cierto que se baten ustedes mañana con sir John Cope ?

— Puede usted estar segura, si es que él nos espera — repuso el alférez.

— ¡ Y van ustedes á encontrarse cara á cara con aquellos hombres horribles ! — añadió la señora.

— Garras contra garras, como dice Jonan á Satanás, y que el diablo se lleve las más cortas.

— ¿ Y el coronel se meterá también entre las bayonetas ?

— Me parece. Como que él es quien va á dar los primeros golpes.

— ¡ Dios nos asista ! — exclamó la viuda sensible. — ¡ Si las chaquetillas coloradas llegaren á matarle !..

— Si tal sucediera, señora — dijo el alférez, — yo sé de uno que no quedará vivo para llorarle. Pero hoy se trata de vivir y de comer ; aquí está Ian Vohr que ha empaquetado ya su ropa, y el señor Waverley que está cansado de evolucionar delante del espejo. Y ahí tenemos al barón de Bradwardine el mismo que mató en desafío al joven Ronald de Ballankeiroch y que entra por el patio seguido de Macwhupple ; como si dijéramos el cocinero del *laird* de Kittlegad, seguido de su perro, que da vueltas al asador ; — en fin, aquí estoy yo con más hambre que un milano, mi buena paloma : diga usted, pues, á Catalina que prepare la sopa y arréglese usted, porque ya sabe que Vich Ian Vohr no se querrá sentar nunca á la mesa mientras no esté usted á la cabecera. — ¡ Ah ! y no se olvide usted de la botellita de brandy...

Con este aviso vino á servirse la comida. Mistress Flockhert, sonriente bajo su tocado de luto, como un sol entre nubes, se sentó á la mesa, sin importársele, tal vez, lo que duraría aquella insurrección, gracias á la cual tenía comensales tan superiores á los que acostumbraba. Al lado de esta señora estaba Waverley y el barón, en frente el jefe y á los lados de éste Macwheeble y el alférez. La comida fué buena, dado

el tiempo y las circunstancias. Fergus estuvo ingenioso y decidor. Indiferente ante el peligro, ardiente por temperamento, joven y ambicioso veía con la imaginación coronadas sus esperanzas por el éxito y no se detenía á considerar la probable alternativa de la guerra. El barón se excusó de haber traído consigo á Macwheebles, su intendente. Nos hemos ocupado — dijo el barón — en las cuentas de gastos de la campaña y como yo creo que ésta es la última que hago, concluyo lo mismo que empecé. Siempre me ha parecido más difícil procurar el nervio de la guerra, come alguien ha llamado al dinero, que la carne, los huesos y la sangre.

— ¡Cómo! — exclamó Fergus. — ¿Ha constituído usted el único cuerpo de caballería que realmente nos sirve y no ha habido para usted ningún luis de oro de la Dontelle? (1)

— No, Glennaquoich: ha habido otros más listos que yo.

— Pues es escandaloso — dijo el montañés. — Pero yo pongo á disposición de usted la mitad de los subsidios de que dispongo. Así se evitará usted algunas inquietudes esta noche y mañana veremos, pues, de un modo ó de otro, no tendremos necesidad de nada antes de la puesta del sol.

Waverley, aunque sonrojándose hizo igual ofrecimiento.

— Doy á ustedes gracias muy de veras, amigos míos — contestó el barón; — pero no tocaré á su *peculium*. El intendente Macwheeble ha encontrado ya la suma que necesitábamos.

(1) La *Dontelle* era un barco, armado en guerra, que transportaba dinero y armas de Francia para los insurrectos escoceses.

El intendente se movió con inquietud como si no se hallase á gusto. Por último, después de varios *hem, hem*, preliminares y de no pocas protestas de adhesión y de fidelidad á su Honor, dió á entender que todos los bancos habían puesto á salvo sus fondos en la fortaleza; que, sin duda, Sandie Goldie, el platero, haría mucho por su Honor; pero que no había tiempo disponible para redactar el contrato é inscribirlo y así que si Su Honor Glennaquoich y el señor Waverley pudieran...

— No quiero oir tales insensateces, señor mío — exclamó el barón en tono que dejó sin palabra á Macwheeble. — Si desea usted continuar á mi servicio, haga usted lo que hemos convenido esta mañana,

Ante orden terminante experimentó el intendente un dolor tan profundo como si hubiera sido condenado á sufrir la transfusión de la sangre de sus venas á las del barón; pero no se atrevió á replicar. Sin embargo, luego de haberse removido una porción de veces en su silla, se tornó hacia Glennaquoich y le dijo que si tenía más dinero que lo necesario para la campaña él se encargaría de colocarlo, por cuenta de Su Honor, con muchas ventajas, dadas las circunstancias actuales, y en muy buenas manos.

Ante esta propuesta se echó á reir Fergus y cuando pudo contestardijo:

— Muchas gracias, señor intendente; pero ha de saber usted que nosotros, los soldados, tenemos costumbre de designar por banquero á nuestras patronas. Aquí tiene usted Mistress Flockhars — añadió sacando cinco ó seis monedas de oro de una bolsa bien llena y echándola luego encima de la mesa con todo lo que contenía, — con esto tengo suficiente: guarde usted lo demás, sea usted mi banquero si vivo

ó mi ejecutor testamentario, si muero. No se olvide de dar alguna cosa á las *cailliachs* (1) montañesas que más alto griten por el último Wich Ian Ivohr.

— Es el *testamentum militare* — dijo el barón — que entre los romanos tenía el privilegio de ser nuncupativo.

El corazón de la buena señora se impresionó dolorosamente con las palabras de Fergus ; prorrumpió en llanto y se negó á tocar la bolsa, que estaba encima de la mesa. Fué preciso que volviera á recogerla su dueño.

— En este caso — dijo Fergus — será la recompensa del granadero que me abra la cabeza. Ya trataré de que le salga cara.

El intendente Macwheeble volvió á verse en la necesidad de intervenir ; era imposible que se callara cuando se trataba de dinero.

— Tal vez sería conveniente — dijo — que fuera ese dinero á la señorita Mac-Ivor, en caso de muerte ó de cualquier otro accidente de guerra. Podría adoptarse la forma de una donación *mortis causa*, en favor de esta señorita : no habría más que redactar unas cuantas palabras.

— Esta señorita — dijo Fergus, — si tal cosa sucede, tendrá que hacer otras cosas más interesantes que el pensar en estos míseros luises de oro.

— Es innegable ; pero no ignora Vuestro Honor que los más profundos pesares...

— Se sorportan por muchas personas con más facilidad que el hambre. Muy cierto, intendente, muy cierto. Hasta creo que hay hombres á quienes esta

(1) *Cailliachs*, plañideras : mujeres que iban en los entierros llorando y lamentándose. En Irlanda se les daba el nombre de *Keenning*.

prudente reflexión consolaría de la pérdida completa de la generación existente. Pero hay pesares que no conocen ni el hambre ni la sed. Y la pobre Flora...

Se detuvo y cuantos le escucharon participaron de su emoción.

Las ideas del barón recayeron en el estado de aislamiento de su hija y una gran lágrima se escapó de sus ojos.

— Macwheeble — dijo, — usted tiene todos mis papeles ; usted conoce todos mis asuntos : si muero, sea usted justo con Rosa.

El intendente, después de todo, era hombre de humilde barro : no carecía de sentimiento de justicia y bondad, sobre todo, cuando se trataba del barón ó de su hija. Gimió de lamentable modo y dijo :

— Si llegase tan desventurado momento, mientras Duncan Macwheeble tenga un *boddle* ese será de la señorita Rosa. Antes me pondré á copiar á un *plack* la hoja que permitir falte á la señorita la menor cosa. Si sucediese alguna vez que la hermosa baronía de Bradwardine y Tully-Veolan, con su torre y su torreón (y sollozaba á cada pausa), prados, praderas, tierras de sembradura, apriscos, palomares, corrales, cabañas, eras, graneros, derechos de pesca, derechos de barcazgo por el lago Veolan, presbiterio, *annexis* y *connexis*, pastos, leña, carbón, montes y cualesquiera otros terrenos (aquí tuvo que enjugarse una lágrima), como más ampliamente se describen en los títulos de propiedad y actas notariales, parroquia de Bradwardine, condado de Perth. Si, como digo, estos bienes tuvieran que pasar á manos de Inch Grabbit, que un *whig* y un *hanoveriano* y hubieran de ser administrados por su agente Jamie Howie, que no sirve para ser un *birlieman* y menos intendente...

El principio de este discurso había sido enternecedor ; pero el final tornaba en grotesco y daba ganas de reir.

— Tranquilícese usted — dijo el alférez Maccombich, — hemos llegado al tiempo de coger y guardar. Sneckus, Mac Sneckus (quería decir, probablemente *annexis* y *connexis*) y todos esos caballeros se las tendrán que ver con la gran *claymore*,

— Y esa *claymore*, esa gran espada, es la nuestra, intendente — dijo el jefe, poniéndose á cantar :

Buen metal les daremos en pago
Lilíbero, bulén á lá ;
Les pagaremos con el hierro de la espada
Leró, leró.
Nuestros acreedores serán los que estén mal
Lilíbero, bulén á lá :
Y veremos si aún reclaman después,
Leró, leró (1).

El intendente se puso pálido. El jefe le dijo :

— ¡ Ea ! ¡ ea ! levante usted ese ánimo ; vaya una copa. El barón ha de ir á Tully-Veolan sano y victorioso y reunirá la tierra del laird Rillancureist á la baronía de Bradwardine, puesto que ese cobarde, ese cerdo malcriado no quiere pronunciarse por el Príncipe, como verdadero gentilhombre.

— Seguramente que son propiedades colindantes — dijo el intendente enjugándose los ojos — es natural que se rijan por un agente único.

— Y yo — añadió el jefe — cuidaré también de mí, porque han de saber ustedes que me queda por ter-

(1) Canción de la época, encontrada por el autor de un libro viejo.

minar aquí una buena obra; la de hacer que místress Flockhart entre en el gremio de la Iglesia católica ó por lo menos á medias, quedándose en la Iglesia de ustedes, la episcopal. ¡ Ah ! barón, si hubiera oído usted esta mañana su hermosa voz, dando lección á Catalina y á Matty, usted, que es místico, se conmovería ante la idea de oirla entonar los salmos de Haddo Hole.

— Dios le perdone, coronel — dijo la señora. — ¡ Bueno está usted ! Supongo que ustedes tomarán café antes de ir á Palacio. Voy á prepararlo.

Con esto se levantó y se fué. Los comensales prosiguieron su conversación que versó, como era natural, sobre las próximas operaciones de guerra.

CAPÍTULO XLIII

EL BAILE

El alférez Maccombich se marchó al campamento, donde tenía ocupaciones. Macwheeble se retiró para concluir en alguna taberna la digestión de la comida y de la ley marcial que le había anunciado Evan Dhu. Waverley se fué con el barón y el jefe al palacio de Holyrood. Los dos últimos se encontraban con el ánimo alegre; el barón se complacía en bromear con nuestro héroe á causa de su traje.

— Si pretende usted algo en el corazón de una joven escocesa, no se olvide usted de estos versos de Virgilio :

> Nunc insanus amor duri me Martis in armis
> Tela intermedia atque adversus destinet hostes

versos que Robertson de Struan, jefe del clan de Donnochy (á menos que las pretensiones de Lude no deban colocarse *primo loco*), ha traducido con elegancia, diciendo :

> For cruel love has gartan'd low my leg
> And clad my hurdies in a philabeg.

Pero el traje de usted es preferible al *philabeg*, como más antiguo y decoroso.

— Vale más mi canción; escuche usted — dijo Fergus :

> No quiso ser mujer de un rico laird
> Ni quiso por marido á un buen inglés;
> Mas halló en su camino á Duncan Graeme
> Y éste se la llevó bajo su plaid.

Llegaron al palacio de Holyrood y, anunciados, entraron.

Sabido es cuán grande fué el número de caballeros distinguidos por su rango, su educación ó su fortuna, que tomaron parte en la desesperada tentativa de 1745. Las señoras de Escocia también abrazaron generalmente la causa del joven príncipe que se ponía á mereed de sus conciudadanos más bien como héroe de novela que como político calculador. No tiene, pues, nada de extraordinario que Eduardo, casi toda su vida recluído en su solemne mansión de Waverley Honour, quedase desvanecido por la elegancia y la alegría de aquella escena que presentaban á su vista los salones del palacio de Escocia tanto tiempo desierto. El mobiliario no tenía nada de espléndido, y, sin embargo, á pesar de la confusión y de la precipitación naturales en aquellas circunstancias, era magnífico el efecto, y considerando la sociedad allí reunida podía calificarse de brillante.

Los ojos del amor descubrieron pronto el objeto de su anhelo. Flora Mac-Ivor tornaba á su asiento, en un extremo del salón, y Rosa Bradwardine estaba junto á ella. En una reunión donde no faltaban hermosuras, habían llamado la atención general; pues

eran, ciertamente, las dos jóvenes más bonitas. Mucho las agasajaba el príncipe, á Flora especialmente, con la que bailó; preferencia que debía sin duda á su educación en el extranjero y á su dominio del francés y del italiano.

Pasado el movimiento general que siguió al baile, Eduardo fué detrás de Mac-Ivor, casi sin darse cuenta, hasta llegar ante miss Flora. La esperanza que Eduardo había tenido lejos de aquella á quien amaba, parecía desvanecerse en presencia de ésta. En aquel instante habría querido acordarse de los detalles con que sostenía sus ensueños, y hubiera dado un mundo por saber cómo había podido tener una esperanza que ahora le parecía insostenible. Siguió á Fergus con la vista baja, como el criminal que pasa entre la multitud reunida para presenciar su ejecución: sin oir ruido ni hacerse cargo del tumulto que aquella gente produce, á la cual mira con ojos extraviados.

Flora pareció un poco afectada — un poco nada más — y turbada al acercarse Waverley.

— Te presento — dijo Mac-Ivor á su hermana — un hijo adoptivo de Ivor.

— Y yo le recibo como á un segundo hermano — repuso Flora.

Dijo estas últimas palabras con tal acento, que si bien á nadie podía llamar la atención, tampoco era posible que dejara de notarlo aquel á quien consumía el temor. Aquel acento, bien de acuerdo con sus maneras, significaba evidentemente: « No pensaré nunca en el señor Waverley en concepto más íntimo que este. » Eduardo se detuvo, saludó, miró á su amigo que se mordió los labios, signo de disgusto que demostraba la impresión desfavorable producida también en él por aquella acogida. « He aquí el término

de los ensueños en que me complacía yo despierto. » Tal fué el primer pensamiento de Waverley; pensamiento cruel y doloroso que alejó de las mejillas de Eduardo hasta la menor huella de los colores que las animaban.

— ¡Gran Dios! — exclamó Rosa, — todavía no está restablecido.

Estas palabras, dichas con emoción profunda, fueron oídas por el príncipe mismo. Acercóse á Waverley con muestras de interés, le tomó la mano y le preguntó amablemente cómo se encontraba, añadiendo que deseaba hablarle. Haciendo un gran esfuerzo, que las circunstancias exigían, tuvo Waverley suficiente energía para seguir silenciosamente al príncipe hasta un ángulo del salón.

Allí le detuvo el príncipe algún tiempo, haciéndole diferentes preguntas acerca de las grandes familias toris y católicas de Inglaterra, sobre sus parentescos influencias y simpatías por la causa de los Estuardos. Las contestaciones de Waverley no podían ser más que de un orden general, y ya se comprende que en el estado de ánimo en que se encontraba, sus contestaciones tenían que ser tan vagas como oscuras. El príncipe se sonrió varias veces al apreciar la incongruencia de las contestaciones; pero no por esto dejó de continuar la conversación sobre aquel tema, llevando él la parte más extensa del diálogo hasta en que, según pudo advertirlo, recuperó Waverley su presencia de ánimo. Es probable que si el príncipe mantuvo esta larga conversación con Waverley, fuera por confirmar la creencia de que éste disponía de una gran influencia política, cosa que el Pretendiente tenía sumo interés en acreditar entre los suyos. No obstante, las últimas palabras suyas en la conferen-

cia, parecieron indicar que también hubo en esto un interés de benevolencia para con nuestro héroe.

— No resisto á la tentación — le dijo — de envanecerme como discreto confidente de una dama. Ya ve usted, señor Waverley, que lo sé todo; aseguro á usted que miro con mucho interés ese asunto. Pero, querido amigo, es preciso que reprima usted severamente la expresión de sus sentimientos; hay aquí mucha gente de vista no menos penetrante que la mía, y no se puede contar con igual discreción de sus lenguas.

Dicho esto se apartó afablemente de Waverley, y fué á conversar con algunos oficiales, dejando á éste preocupado con aquellas últimas palabras. No eran para él enteramente comprensibles, pero bastaban para indicarle la necesidad de ser prudente. Esforzóse, pues, por hacerse digno del interés que le manifestaba el príncipe, y siguiendo los consejos de éste, respecto á no dejar penetrar sus ideas, se acercó nuevamente á Flora y Rosa, trabó conversación con ellas y sostuvo esta conversación sobre materias indiferentes con un buen éxito, superior á lo que hubiera podido imaginarse.

Si alguna vez — mi querido lector — le ha sucedido tener que relevar caballos de posta en... ó en... (podrá llenar un hueco de estos ó, acaso, los dos, con el nombre de cualquiera parada que no esté lejos de su residencia), habrá podido ver con qué dolorosa repugnancia se someten los pobres animales á que les pongan los arneses sobre sus carnes magulladas. Pero cuando los irresistibles argumentos del postillón les han hecho correr media legua, ya siguen corriendo con igual frescura que si no les doliera nada. Esta comparación describe tan bien el estado de alma

de Waverley en aquella noche memorable, que la prefiero (y más por lo que tiene, me parece, de original) á todas las brillantes imágenes que pudiera suministrar el *Arte de la poesía*, de Byshe.

El esfuerzo, lo mismo que la virtud, lleva la recompensa en sí mismo. Nuestro héroe tenía, además, otros muchos motivos para perseverar en su afectación de indiferencia para con Flora; pronto vino el orgullo á su socorro, aplicando á las heridas de su corazón su cáustico pero utilísimo remedio. Distinguido por el favor del príncipe, destinado, como podía esperarlo, á ocupar una parte importante en aquella revolución, en la que se trataba del porvenir de un gran reino, superior, probablemente, por su cultura intelectual, é igual, por lo menos en cualidades personales, á muchas de las nobles y distinguidas personas entre las cuales había tomado puesto, joven, rico, de ilustre abolengo, ¿cómo podría abatirse por el caprichoso desdén de una joven?

¡Oh ninfa, caprichosa, inexorable!
Mi corazón al tuyo no le cede.

Los sentimientos expresados en estos versos (que aún no estaban escritos) (1) determinaron á Waverley de modo que hiciera sentir á Flora que él no era hombre capaz de apocarse por un desaire con el cual, en vanidad se lo decía, ella perdía tanto como él. A este cambio de ideas acompañaba la esperanza secreta de que tal vez cuando ella viese que no estaba en su

(1) Son de una delicada composición de miss Seward, que comienza :

« *To thy rocks, stormy Lonnow, adieu!* »
Tormentoso Lannow, rocas tuyas, ¡adiós!

mano aceptar ó rechazar aquel corazón, concedería á su posesión mucho mayor precio. Animábale también el tono de las últimas palabras del príncipe, aunque pensaba que tal vez hicieran alusión únicamente al deseo que tenía Fergus de verle unido con su hermana. En fin, las circunstancias todas concurrieron á excitar su imaginación y su elocuencia, impulsándole á conducirse con decisión varonil, dejando lo demás á la suerte. Por otra parte, si aparecía desanimado y triste en la víspera de una batalla, ¿no daría lugar con ello á comentarios calumniosos ya ejercidos contra su reputación y su fama? ¡Nunca, nunca! no podía dar á sus enemigos pretextos con que atacarle, suministrándoles ventajas para satisfacer sus odios.

Bajo la influencia de estas distintas sensaciones, y animado de cuando en cuando por una sonrisa de inteligencia y aprobación del príncipe, desarrolló Waverley toda su vivacidad, animación y elocuencia, atrayéndose la admiración general. Pronto adquirió la conversación el carácter más adecuado para poner en evidencia sus conocimientos y talento. Los acontecimientos que para el día siguiente se anunciaban, lejos de turbar la alegría de la reunión, contribuía á exaltar los ánimos con la idea de los peligros. Todos esperaban el porvenir con impaciencia, complaciéndose en disfrutar del presente. Esta disposición de espíritu favorecía en gran manera el ejercicio de la imaginación, de la poesía y de aquella elocuencia que va íntimamente unida con la poesía. Como ya en otra ocasión hemos dicho, Waverley tenía por momentos verdadero raudal de elocuencia. En esta noche hubo instantes en que conmovió haciendo vibrar las más delicadas notas del sentimiento interrumpidas con la explosión de una gran alegría. Hallábase impulsado

y sostenido por otros ánimos, con el suyo acordados, y aun aquellos que diferían como más reflexivos ó fríos, se dejaron arrastrar por el torrente. No pocas señoras rehusaron bailar y, con varios pretextos, se fueron incorporando al corro donde « el joven inglés » estaba. Fué presentado Waverley á algunas, y como no se sentía cohibido como otras veces por su timidez excesiva, obtuvo la general aprobación por sus maneras distinguidas.

La única mujer que parecía mirarle con cierto grado de frialdad y de reserva era Flora Mac-Ivor. Sin embargo, no podía menos de quedar sorprendida al descubrir en Waverley talentos que no le había visto desplegar hasta entonces. No sé si llegó hasta arrepentirse, por un instante, de haberse apresurado á rechazar la declaración amorosa de un joven que tantas condiciones tenía para ocupar un puesto distinguido en las primeras filas sociales. Ciertamente había considerado como incurable defecto de Eduardo la cortedad de genio. Educada en una corte extranjera, no comprendía bien la reserva de los ingleses, y la timidez le parecía indicadora de flaqueza de espíritu. Pero si bien sintió que Waverley no se hubiese mostrado siempre tan ingenioso y tan amable, este sentimiento duró poco, puesto que, después de su separación, se habían verificado acontecimientos que, á su parecer, hacían definitiva é irrevocable su resolución respecto á este joven caballero.

Rosa Bradwardine escuchaba con sentimientos muy distintos á los de su amiga. Para ella era un triunfo íntimo aquel homenaje públicamente tributado á Waverley, cuyos méritos desde el primer momento había comprendido ella tiernamente. Sin el menor impulso de celos, de inquietud ó de duda; sin distraerse con

ningún pensamiento que á ella concerniese, se dejaba llevar por la satisfacción de observar aquel murmullo de aplauso á Waverley. Cuando éste hablaba no oía otra cosa que su voz; cuando otros contestaban, sus ojos sólo se fijaban en aquél como en espera de su réplica. Acaso el deleite que su corazón experimentó aquella noche, era por su naturaleza, y aunque seguido de grandes pesares, el más puro y desinteresado que se puede experimentar en la vida humana.

— Barón — dijo el príncipe, — no estaría yo muy tranquilo si una mujer á quien yo quisiese se encontrara en compañía de ese amigo de usted; es un poco romántico, pero, con todo, uno de los jóvenes más seductores que he conocido.

— ¡Palabra de honor! — contestó el barón, — Waverley es algunas veces tan grave como un sexagenario, como yo mismo. Si Vuestra Alteza le hubiese visto en Tully-Veolan, paseándose á la orilla del río como un hipocondríaco ó, según los términos de Burton, en su Anatomía como un enfermo frenesiaco ó letárgico, no podría comprender Vuestra Alteza cómo en tan poco tiempo ha adquirido esa jovialidad y viveza.

— La verdad es — dijo Fergus — que, en mi concepto, eso no puede ser más que inspiración del nuevo traje; porque yo siempre he conocido á Waverley soñador y distraído, aunque con excelente juicio.

— Pues eso más tenemos que agradecerle — dijo el príncipe, — que haya reservado para esta noche la manifestación de cualidades que sus más íntimos amigos no habían podido descubrir. Pero, señores, la noche avanza y los asuntos de mañana exigen que nos hallemos diligentes desde muy temprano. Busque

cada uno su pareja y favorezcan con su presencia el modestísimo refrigerio que les ofrezco.

Pasaron todos con el príncipe á otras habitaciones. Al extremo de una larga fila de mesas había un asiento bajo dosel, en el cual se acomodó el príncipe con dignidad y cortesía, como convenía á su alto nacimiento y á sus pretensiones. Apenas había transcurrido una hora, cuando la música tocó la señal de partida, la retreta que tanto se acostumbra en Escocia (1).

— ¡Buenas noches! — dijo el príncipe levantándose, — y que la alegría les acompañe. Buenas noches, lindas señoras, que os habéis dignado honrar hasta este punto á un príncipe desterrado y proscrito. Buenas noches, mis bravos amigos. Ojalá que las satisfacciones de esta noche sean presagio de nuestro regreso triunfantes á esta morada de mis antecesores y de futuras reuniones en este palacio de Holyrood.

Cuando, pasado el tiempo, recordaba el barón de Bradwardine esta despedida del príncipe, no dejaba de repetir con tono melancólico :

Audiit et voti Phœbus succedere partem
Menti dedit, partem volucres dispersit in auras.

versos que mi amigo Bungour ha traducido de la siguiente manera :

Ae half the prayer wi'Phœbus grace did find.
The t'other half he whistled down the wind.

Febo acogió benigno la mitad de este ruego;
Mas la otra media parte la dispersó en el viento.

(1) Es, ó era en otro tiempo, un aire musical con letra :

¡Buenas noches!
la alegría con vosotros.

CAPÍTULO XLIV

LA MARCHA

El conflicto entre sus diferentes pasiones había fatigado rudamente el ánimo de Waverley. Su sueño fué profundo. Soñó que se encontraba en Glennaquoich; que en Ian nal Chastel tenía lugar la brillante fiesta de Holyrood. Oía claramente el toque de un *pibroch;* y esto no era ilusión, porque el mejor gaitero del clan de Mac-Ivor se paseaba por el patio, delante del alojamiento de su jefe, « haciendo estremecerse las piedras y hasta el cascote de las paredes con sus estridentes tocatas », según decía místres Flockart, poco aficionada, por lo visto, á tales músicas. Por fin, aquel sonido fué harto fuerte para desvanecer el sueño de Waverley, con el que al principio había armonizado.

El ruido de las botas de Callum (Mac-Ivor había vuelto á confiarle el cuidado de Waverley) fué la segunda señal de diana.

— ¿No quiere Vuestro Honor levantarse? — dijo Callum. — Vich Ian Vohr y el Príncipe se han ido ya por el valle verde, por el sitio que llaman el Parque del Rey. Hay mucha gente que esta mañana anda por su pie y que esta noche irá en pies ajenos.

Waverley se levantó, y con ayuda de Callum y sus instrucciones, ajustó su tartán de modo conveniente. El mismo Callum le anunció que su maleta de cuero con cerradura había llegado de Doune y colocada de nuevo con la valija de Vich Ian Vohr en la impedimenta.

Esto hizo saber á Waverley que el famoso paquete de papeles seguía escapándosele; más no era aquel el momento de satisfacer su curiosidad. Sin aceptar « la mañana », es decir, el matutino trago que le ofrecía místress Flockhart — y probablemente fué el único en todo el ejército que no cumplió con este rito — se despidió de esta patrona y salió con Callum.

— Callum — dijo Waverley cuando pasaban por un patio, lleno de lodo, para desembocar en el barrio de la Canongate, — ¿dónde hallaré un caballo?

— ¿En qué, diablos, está usted pensando? — dijo Callum — Vich Ian Vohr marcha á pie, á la cabeza de su tropa. Lo mismo hace el Príncipe y lo mismo tiene usted que hacer.

— Y lo mismo haré. Dame la targe. ¿Qué tal te parezco?

— Igual que el valiente montañés pintado en la muestra de la posada de Middlemass.

Conviene saber que en el concepto de Callum aquello era una gran lisonja, puesto que la muestra de la posada en cuestión era para él una obra maestra de pintura. Sin embargo, Waverley no supo apreciar todo el alcance de aquella elogiosa comparación y, para no caer en otras, no hizo más preguntas.

Cuando salieron del suburbio y se encontraron al aire libre, en el campo, Waverley se sintió más despejado, mejor dispuesto; reflexionó con serenidad de ánimo sobre los acontecimientos de la noche pasada y

también con resolución y bravura en los próximos de aquel día que comenzaba.

Subió una cuestecilla pedregosa, hasta lo alto de un cerrillo llamado de San Leonardo, desde donde vió el singular y animado Parque del Rey, valle que se dilata entre Arthur's Seat y las colinas de la parte meridional de Edimburgo. Aquel valle estaba ocupado por el ejército montañés que se disponía á ponerse en marcha. Waverley había visto ya un espectáculo parecido en la gran cacería, acompañado de Mac-Ivor; pero ahora era mucho más en grande é incomparablemente más interesante. Las rocas que constituían el fondo de aquel escenario, el firmamento mismo, retumbaban con el clamor de aquella multitud mal disciplinada, como enjambre de abejas espantadas dentro de la colmena. No estaban bien disciplinados, pero tenían toda la agilidad necesaria para evolucionar militarmente; sus movimientos parecían confusos, pero de ellos resultaba el orden y la regularidad. Un general habría hecho elogios del resultado; un oficial instructor se hubiera reído al ver cómo se llegaba á este resultado.

Aquella confusión provenía de la manera precipitada con que iban concentrándose los diferentes clans bajo sus respectivas banderas; espectáculo lleno de vida y muy curioso. No había que levantar tiendas, porque casi todos habían preferido dormir á cielo raso, aunque ya estaba adelantado el otoño y las noches eran bastante frías. Durante algún tiempo y mientras se formaban en columna de marcha, se vió un cuadro, á cada instante variado, de capas flotantes, plumeros ondulantes, banderas desplegadas. En estas se leían sus correspondientes divisas *Ganion Coherigh*, de los Clanronald; *Loch-Soly*, de los Mac-Farlanes; *Forth Fortune and fill the fetters*, del marqués de Tullibardine; *Bydand*, del lord Servis Gordon y otras muchas con divisas y emblemas de jefes y de clans.

Por último, aquella multitud se reunió en columna sombría y estrecha de grande longitud, de una punta á otra del valle. Á la cabeza de la columna iba desplegada la bandera del príncipe, en la cual se veía una cruz roja sobre fondo blanco y la divisa *Tandem triumphans*. La caballería, escasa en número, formada casi exclusivamente por los nobles de las Tierras Bajas, sus criados y arrendatarios, constituía la vanguardia; sus estandartes en excesivo número con relación á la tropa, se hallaban en el límite á que se distinguía con la vista. No pocos individuos de esta arma, entre los cuales distinguió Waverley, por casualidad, á Balmauhapple y su teniente Sinker — el cual, según creía el barón de Bradwardine había quedado, con otros muchos, en la categoría de los que se llamaban oficiales reformados, ó simplemente « reformados »; si no contribuían á la regularidad de la marcha al menos añadían mucho á lo pintoresco del cuadro, corriendo cuanto lo permitía la multitud, con el intento de tomar puesto en la vanguardia. Los encantos de Hight-Street y las libaciones nocturnas sin duda habían contribuído á que aquellos héroes se retrasaran en Edimburgo más de lo compatible con sus deberes de aquel día. Los más prudentes de aquellos rezagados dieron vuelta por el camino más largo, pero también el más expedito para unirse á sus respectivos cuerpos sin tropezar con la infantería y aunque fuese teniendo que saltar ó echar abajo cercas y vallados. La aparición y desaparición de aquellos grupos, la confusión ocasionada por los que se obstinaban

en abrirse paso entre la infantería, entre voces y juramentos, compensaban con su originalidad pintoresca lo que sustraían á la regularidad militar.

Mientras Waverley contemplaba aquel notable espectáculo, más impresionante aún por las descargas de artillería hechas por el castillo contra los destacamentos de montañeses que se retiraban para incorporarse al grueso de las tropas, Callum le recordó, con su habitual desenvoltura, que Vich Ian Vohr iba con su gente á la cabeza de la columna, ya bastante lejos, y que echaría á andar muy de prisa tan pronto como se diese la señal de marcha, que aún no se había dado. Con esta advertencia siguió Waverley adelante, rápidamente, aunque no sin examinar de cuando en cuando los sombríos grupos de soldados que se formaban delante y detrás de él. Vista de cerca aquella tropa presentaba un aspecto menos imponente que á distancia. Los que iban á la cabeza de cada clan, tenían espadas y fusiles, y además, en su mayor parte, pistolas de acero y daga. Pero eran los distinguidos, los parientes de jefes, en cualquier grado y que por esto tenían derecho á su protección. Con dificultad se hubieran encontrado soldados más robustos y de mejor aspecto que éstos en ningún otro ejército. Además, sus costumbres de libertad é independencia, supeditadas, sin embargo, á los mandatos de sus jefes, y el modo particular de disciplina adoptado en la guerra de montañeses, les hacía igualmente temibles por su bravura individual y por su convencimiento de la necesidad de proceder al unísono en sus ataques como requisito para obtener el triunfo.

Pero en las filas que venían después había individuos de calidad inferior, campesinos vulgares que, sin embargo, no permitían que se les diese este nombre

y que pretendían, no pocas veces con apariencia de verdad, ser de familias más antiguas que los jefes á quienes servían. Iban muy mal vestidos, mal equipados y peor armados, mal trazados como si sus cuerpos se hubiesen detenido en el desarrollo. Casi todos los clans numerosos llevaban como séquito algunos de estos míseros individuos; así, los Mac-Couls, aunque remontaban su ascendencia hasta Comhal, padre de Finn ó Fingal, eran, en cierto modo, unos gabaonitas ó servidores hereditarios de los Estuardos de Appine; los Macbeths, descendientes del infortunado monarca de este nombre, eran vasallos de los Morays, del clan Donnochy ó de los Robertsons de Athole, pudiera citar otros muchos, pero me abstengo de hacerlo por no molestar el orgullo de algún clan que aún existe y por no correr el peligro de alguna tempestad desencadenada contra la tienda de mi librero. Pues bien, estos pobres desgraciados, obligados arbitrariamente á tomar las armas en obediencia á órdenes de sus jefes, á quienes de manera habitual servían en calidad de leñadores ó aguadores, iban en general mal nutridos, mal vestidos y peor armados. Esta última circunstancia no se debía, á decir verdad, sino al desarme general ordenado por el gobierno y que se había afectuado en todas las Tierras Altas; muchos jefes, valiéndose de todos los subterfugios posibles, habían eludido esta orden entregando las armas de sus vasallos, las que menos valían, y guardando las suyas propias; de aquí que aquellos infelices fueran á entrar en combate en condiciones de inferioridad tan deplorables.

Resultaba de esto que mientras las primeras filas de cada cuerpo iban armadas admirablemente á su manera, las últimas parecían formadas por bandidos

auténticos. Unos llevaban hachas ó espadas sin vaina; otros fusiles sin gatillo ó una cuchilla atada á la punta de un palo; no faltaban quienes tenían solamente puñales y quienes por armamento blandían un garrote de nudos. El aspecto de aquellos hombres malísimo y agreste, su modo de mirar, con toda la admiración de la ignorancia, los productos más ordinarios del arte, sorprendían á los habitantes de las Tierras Bajas, pero también les causaban espanto. Se conocía entonces tan poco á los montañeses que aquella turba de aventureros tan poco parecidos á militares producían el efecto de negros africanos ó de indios esqui, males salidos de las montañas del norte. Nada tiene por tanto, de particular que el mismo Waverley, no pudiendo juzgar de los montañeses más que en términos generales y por las muestras que le había dado á conocer Fergus, se quedara asombrado y hasta desanimado al considerar que aquella gente, en número apenas de cuatro mil hombres y la mitad únicamente con armas, tuviera la pretensión de cambiar una dinastía en el reino británico.

En tanto que adelantaba Waverley para alcanzar la cabeza de la columna, parada ya en formación de marcha, sonó un cañonazo disparado por el único cañón, poseído por aquel ejército. El Príncipe había manifestado su deseo de que se abandonase aquella desusada pieza; pero, con gran sorpresa suya, los jefes de las Tierras Altas manifestaron que convenía llevar aquel cañón, pues sus gentes, no acostumbradas á la artillería, daban gran importancia á esta pieza, creyendo que había de contribuír poderosamente á la victoria. Confiósela, por consiguiente, á unos artilleros franceses, enganchándola á un tiro de caballos pequeños de montaña; pero, en

realidad, no se hizo uso de ella más que para señales (1).

Apenas se escuchó el cañonazo, cuando rompió marcha la columna. Un grito de júbilo estalló en los aires perdiéndose entre las agudas notas de las gaitas, hasta que estas notas quedaron ahogadas á su vez por el ruido del paso de tantos hombres. Flotaron las banderas, formó la caballería á vanguardia, destacando jinetes en reconocimiento del terreno y de las evoluciones del enemigo. Desapareció la caballería á la vista de Waverley, por *Arthur's-Seat*, entre los cerros de basalto que dan cara á la pequeña laguna de Duddingston.

Seguió la infantería en aquella misma dirección combinando su marcha con la de otro cuerpo que seguía por un camino más al sur. Eduardo tuvo que apresurarse para llegar al sitio donde Fergus estaba con sus soldados en la línea de marcha.

(1) Este es un hecho histórico. Una cosa semejante aconteció en la guerra de la Vendée; los realistas, en su mayor parte campesinos, concedieron un interés supersticioso á la posesión de una pieza de montaña conocida con el nombre de « María Juana ».

Los montañeses de aquel tiempo tenían miedo del cañón, como no acostumbrados á su estrépito. Gracias á tres ó cuatro piezas de artillería, aunque pequeñas, ganaron los condes de Errol y Huntly la gran batalla de Glenlivat, en tiempos de Jacobo VI, derrotando al conde de Argyle y á su numeroso ejército montañés. En la batalla del puente del Dee, también fué la artillería del general Middleton la que decidió la victoria, pues los montañeses no podían resistir los disparos de la que ellos llamaban *madre de los mosquetes* (nombre dado al cañón). En una antigua balada á la batalla del Puente del Dee hemos visto una composión en la que se dice, sustancialmente, que los montañeses eran unos hombres muy bien dispuestos para pelear á campo abierto, con espadas y dagas, pero no para ir á ponerse ante un cañón.

Sin embargo, los campesinos de 1745 estaban ya muy lejos de aquel temor supersticioso y lo probaron luchando contra la artillería y á pesar del detalle á que hace referencia el relato.

CAPÍTULO XLV

UN INCIDENTE QUE DA LUGAR Á INÚTILES REFLEXIONES

Cuando Waverley llegó á la parte de la columna donde estaba el clan de Mac-Ivor, hizo alto esta tropa, se formó y recibió á nuestro héroe como en triunfo y al son de las gaitas. Muchos de los presentes conocían ya á Waverley y se alegraron de verle vestido con el traje escocés y los colores de su clan.

— Gritáis como si se tratara de vuestro jefe — dijo á Maccombich un montañés del clan de Evan Dhu.

— *Mar e Bran is e a Brathair*, si no es Bran es el hermano de Bran, contestó Maccombich recordando el proverbio (1).

— Ya : es el noble inglés que va á casarse con miss Flora.

— Puede que sí, aunque también pudiera ser que no : esto no nos importa ni á ti ni á mí.

Fergus salió al frente de la tropa á recibir y dar un abrazo al voluntario; pero creyó necesario excusarse de presentar menos fuerza de la que podía esperarse (pues no excedía de 300 hombres) y explicó que había

(1) *Bran* es el conocido perro de Fingal y sirve de tema á un proverbio escocés.

destacado en diversos servicios bastantes pelotones.

Lo cierto era que habiéndosele separado Monald Bean Lean le faltaban por este lado unos treinta mozos escogidos, con los cuales había contado. Otros de sus partidarios de adopción se habían incorporado á banderas de distintos jefes por razones de vasallaje debido. El jefe de la gran rama rival de su clan había llamado á sus vasallos, llevándolos al norte, y aunque sin haberse declarado ni por el Príncipe ni contra él, disminuía hasta cierto punto las fuerzas con que pudo contar Fergus. En compensación de estas contrariedades se admitía universalmente que los hombres de Vich Ian Vohr en punto á presencia, equipo, armas y destreza en usarlas, podían compararse con las mejores tropas que hubiese bajo las banderas del Pretendiente. El viejo Ballenkeiroch desempeñaba en ellas el cargo de Mayor y se unió á los demás oficiales que habían conocido á Waverley en Glennaquoich para dispensar á éste la recepción cordial que merecía su deseo de participar de los riesgos y de los honores esperados.

Prosiguiendo el ejército montañés su camino luego de dejar al pueblo de Duddingston, marchó algún tiempo por la carretera de Edimburgo á Haddington, cruzó el Esk por Musselburgh, apartóse del llano que llevaba hacia el mar, avanzó tierra adentro y ocupó el cerro de Carberry, famoso ya en la historia de Escocia por ser el sitio en que la amable María se rindió á sus súbditos sublevados. Tomaron esta dirección porque, según las noticias recibidas, el ejército del gobierno que venía de Aberdeen por mar, había desembarcado en Dúnbar y pasado la noche al oeste de Haddington con propósito de mantenerse cerca de la costa y seguir así para caer sobre Edimburgo. Al

tomar posiciones en las diferentes alturas que se les ofrecían en aquellos terrenos, esperaban los montañeses la ocasión de atacar en condiciones ventajosas. Detuviéronse, por consiguiente, los escoceses en dicho cerro de Carberry para descansar y para partir de aquella posición central hacia el punto que lo creyeran conveniente luego de ver las evoluciones del enemigo. Estando en aquella posición vino á toda prisa un mensajero con orden á Mac-Ivor, de parte del Príncipe, de que fuera á reunirse con él, añadiendo que la vanguardia estaba ya en contacto con la caballería enemiga y que el Barón de Bradwardine había hecho ya varios prisioneros.

Habiendo salido Waverley de filas para satisfacer su curiosidad, vió cinco ó seis jinetes, cubiertos de polvo, los cuales habían llegado á galope para anunciar que el enemigo estaba en plena marcha hacia el oeste á lo largo del mar. Siguió adelante Waverley y algo más lejos oyó unos ayes lastimeros y palabras en su lengua nativa. Acercóse á la choza de donde salían los lamentos y entendió palabras de oración en inglés. La súplica encontraba siempre eco en el corazón de nuestro héroe : entró éste, por tanto, en aquella cabaña, que era de pastores y de las llamadas en Escocia *smearing-house*, y entre la oscuridad acertó á distinguir una especie de bulto rojo. Era un herido inglés, á quien habían despojado de sus armas y de parte de sus vestidos, dejándole su capa de dragón en la que estaba envuelto.

— ¡Por el santo nombre de Dios! exclamó el herido al sentir que entraba alguien — ¡dígnense darme agua!

— La tendrá usted — dijo Waverley al herido, ayudándole á incorporarse y á dar algunos pasos hacia la puerta de la choza. Luego le dió á beber de su calabaza.

— Yo conozco esta voz — dijo el desgraciado. Miró con asombro el traje de Waverley y añadió — no, no es el señorito.

Generalmente llamaban así á Eduardo en los dominios de Waverley-Honour. La voz que acababa de oir Waverley le hizo estremecerse despertando en su corazón mil recuerdos ya evocados por los acentos de su país natal.

— ¡Houghton! — exclamó al contemplar aquel semblante desfigurado ya por una muerte próxima — querido Houghton, ¿es usted?

— Ya no esperaba tener el consuelo de oir una voz inglesa — dijo el herido — Me han dejado aquí para que muera ó viva, como pueda, porque no he querido decirles cuál es la fuerza de nuestro regimiento. ¡Oh señor! ¿Por qué ha estado usted lejos de nosotros tanto tiempo y ha dejado usted que nos tiente ese espíritu infernal de Ruffin? Hubiéramos seguido á usted, esté usted seguro, á sangre y fuego.

— ¡Ruffin! Aseguro á usted, Houghton, que les ha engañado vilmente.

— Ya me lo presumía yo — dijo Houghton — aunque nos mostraba el sello de usted; pero Timms fué pasado por las armas y yo degradado.

— No se fatigue usted hablando — dijo Eduardo. — Voy en seguida á buscar un médico.

Vió que se acercaba Mac-Ivor, viniendo del cuartel general donde había asistido á un consejo de guerra, y se apresuró á hablarle.

— ¡Buenas noticias! — exclamó el jefe — dentro de un par horas ya estaremos en lid. El Príncipe se ha puesto en persona á la cabeza de la vanguardia y sa-

cando la espada ha dicho : « Amigos míos, arrojo la vaina ». Vamos. Waverley : nos ponemos en marcha al momento.

— Un instante, un instante; hay aquí un pobre prisionero herido. ¿Dónde podría yo encontrar un médico?

— ¿En dónde? ¡Si no hay, amigo mío! No contamos más que con dos ó tres franceses, que todo lo más son pasantes de botica.

— ¡Pero ese hombre se desangra!

— Es una desgracia — dijo Fergus en un impulso de compasión; pero luego añadió : — En fin, muchos cientos habrá como él esta noche. Vámonos.

— No es posible : se trata del hijo de un arrendatario de mi tío.

— Eso es otra cosa : si se trata de alguien de los suyos, le enviaré á Callum; *diaoul, ceada millia molligheart* — continuó el impaciente jefe. — ¿En qué piensa ese veterano Bradwardine para darnos estorbos con prisioneros moribundos?

Callum llegó con su presteza usual. El interés que Waverley se tomaba por el enfermo parecía muy bien á los montañeses. Ciertamente, no hubieran comprendido éstos el sentimiento de general filantropía por el cual hubiera atendido Waverley á un herido cualquiera, pero, cuando supieron que aquel hombre era de los de su casa, estimaron, unánimes, que su conducta era sumamente merecedora de elogio, puesto que revelaba su adhesión á los suyos. Un cuarto de hora después el pobre Humphrey entregó su espíritu, habiendo suplicado antes á su joven señor que, cuando volviera á Waverley-Honour, protegiese á sus ancianos padres y conjurándole á que no se ba

tiese en favor de tales enfaldados contra la vieja Inglaterra.

Waverley, que por la primera vez de su vida presenciaba la agonía de un hombre, tuvo muy grande pena, mezclada con algunos remordimientos. Encargó á Callum que depositase el cadáver dentro de la cabaña. Lo hizo así el montañés, no sin volver del revés los bolsillos del muerto, por si había algo de qué limpiarlos; pero no encontró nada, porque ya otros le habían precedido en esta limpieza. Sin embargo, se posesionó de la capa y haciendo lo del perro que esconde un hueso, metió la capa entre unas zarzas, con propósito de volver á buscarla más tarde, pues sería un excelente *rokelay* para su madre.

Haciendo considerable esfuerzo lograron Waverley y su acompañante incorporarse á la columna que avanzaba rápidamente para tomar posiciones en las alturas de Franck, dominando este pueblo : el enemigo tenía que pasar entre estas posiciones y el mar.

La melancólica entrevista que había tenido Waverley con su antiguo sargento, le inspiró reflexiones tan tristes como inútiles. Veía claro, por las confesiones de aquel hombre, el proceder del coronel Gardiner : resultaba enteramente justo, no había otro desde el momento en que se servían de su nombre como medio para amotinar á sus propios soldados. Acordóse entonces de que, cuando perdió por primera vez su sello, estaba en la caverna de Bean Lean. Le parecía evidente que el bandido se había servido de aquel sello para intrigar en el regimiento y en su provecho personal, por supuesto. No tuvo duda de que el paquete de papeles puestos por la hija de aquel astuto cabecilla en la maleta, aclararía este misterio. Entre tanto, la exclamación de Houghton « ¡oh señor! ¿Por

qué ha estado usted lejos de nosotros tanto tiempo? — resonaba en sus oídos como campana fúnebre.

— Sí — decía. — Mis actos para con vosotros han sido crueles. Os he hecho abandonar el campo paterno, os he sustraído á la protección de un generoso amo, y luego de haberos sometido al rigor de la militar disciplina, me he negado á conllevar mi parte de peso, he renegado de los deberes que debía cumplir y he dejado campo libre á la malicia y á la sagacidad, para que hicieran daño á quienes yo debía proteger y para que á mí mismo me dañaran. ¡Oh indolencia é indecisión! ¡Si no sois vicios por vosotras mismas, al menos á cuántos males y á cuántas desgracias abrís frecuentemente camino!

CAPÍTULO XLVI

VÍSPERA DE BATALLA

Aunque los montañeses marchaban con verdadera rapidez, ya anochecía cuando llegaron á las alturas que domina la gran llanura descubierta que se extiende por el norte hasta el mar: en ella están situadas, aunque á considerable distancia, los pueblecillos de Seaton y Cockengie y el otro, algo más importante, de Preston. Uno de los caminos que conducen á Edimburgo es el costero de Lean-House y que desde el pueblo de Preston entra por los desfiladeros de un país cerrado. Dos razones tenía el general inglés para tomar este camino en su marcha sobre Edimburgo; primeramente porque era cómodo para su caballería y luego porque contaba hallarse con los montañeses de frente, suponiendo que venían por el camino en dirección opuesta. Se equivocó en sus cálculos, pues el buen juicio del Príncipe ó de quienes le aconsejaban, hizo que dejara enteramente para ocupar las posiciones que le dominaban.

Tan pronto como los montañeses se situaron en aquellos altos, dominando, como hemos dicho, el llano, se formaron en orden de batalla. Al momento

apareció la vanguardia del ejército inglés, saliendo de los cerros de Seaton, con intento de ocupar la llanura entre las montañas y el mar. El espacio que separaba ambos ejércitos no era más de una media milla. Waverley veía muy bien cómo los escuadrones iban saliendo del desfiladero, precedidos de sus tiradores, formándose en el llano y dando frente á las tropas del Príncipe. Estaban sostenidas por un tren de piezas de campaña que se situaron á los flancos, emplazándose para tirar contra las alturas. Venían luego tres ó cuatro regimientos de infantería, en columna abierta y cuyas bayonetas caladas parecían una valla de acero. A una señal evolucionaron dando también frente á los montañeses. Otro tren de artillería y otro regimiento de caballería cerraban la marcha y tomando posición al flanco de la infantería dieron frente como las otras fuerzas.

Mientras que el ejército inglés efectuaba estas evoluciones, los montañeses. por su parte, practicaban otras, con igual presteza y ardimiento. Conforme iban llegando los clans á las alturas frente al enemigo, se formaban en línea, de modo que casi al mismo tiempo se encontraron unos y otros dispuestos para la batalla. Los montañeses lanzaron un poderoso grito que repercutió por las montañas, detrás de ellos. Las tropas regulares, llenas también de exaltación, prorrumpieron también en otras voces de desafío, disparando dos cañonazos contra una avanzada escocesa. Inmediatamente rompieron las tropas del Príncipe el ataque, pues, como Evan Ohn dijo á Fergus, por vía de argumento, los soldados rojos oscilaban como el huevo puesto en la punta de un bastón y además el ejército del Príncipe (Dios le guarde) podia cargar cuesta abajo.

Pero, aunque esto de la cuesta abajo era verdad, también lo era que el terreno estaba intransitable, no sólo por ser tierras pantanosas, sino por hallarse entrecortadas con cercas de piedras sin cimiento y cruzadas por una zanja profunda y ancha, de una punta á otra del llano. En estas condiciones el enemigo hubiera podido hacer estragos con su fusilería. Costó trabajo contener á los montañeses; pero al fin se limitó el ataque á unas guerrillas que distrayendo la atención de los ingleses reconocieron el terreno.

El espectáculo militar ofrecía un interés fuera de lo común y ordinario. Uno y otro de estos ejércitos, tan diferentes por su aspecto y su disciplina, estaban admirablemente preparados en su modo particular de guerra. Del choque entre uno y otro parecía estar pendiente la suerte de Escocia y ambos se contemplaban como gladiadores en el circo, meditando cada uno la manera de acometer á su adversario. Los oficiales superiores y el estado mayor de cada ejército, se distinguían perfectamente delante de las filas, con sus anteojos, examinando los movimientos y dando órdenes que transmitían los ayudantes, los cuales galopaban como si el éxito del día dependiese de su velocidad. El espacio que separaba los dos ejércitos se ocupaba de vez en cuando por escaramuzas entre las guerrillas de una y otra parte, viéndose caer por tierra un sombrero, una gorra, un herido transportado inmediatamente por sus camaradas. En los caseríos cercanos asomaban con gran prudencia algunos campesinos, como espiando los acontecimientos y queriendo adivinar su resultado, mientras que á no muy grande distancia se veían dos barcos de guerra con pabellón inglés, con la marinería en los palos, á ma-

nera de espectadores también, pero esta vez nada tímidos.

Aquella pausa imponente había durado ya algún tiempo cuando Fergus y otro jefe recibieron orden de ocupar con sus fuerzas el pueblo de Preston, amenazando así el flanco derecho del ejército inglés y obligándole á cambiar de posición. Para dar cumplimiento á esta orden el jefe de Glennaquoich fué sobre el cementerio de Tranet, posición importante por su situación sobre el llano y además, como dijo Eva Dhu, porque los caballeros que tuviesen la desgracia de caer muertos podían contar con quedarse en tierra cristiana. Para detener el avance de aquella fuerza y desalojarla de su puesto, hizo el general inglés que avanzasen dos piezas de artillería y considerable número de dragones. Acercáronse tanto éstos que Waverley reconoció el estandarte del escuadrón que él había mandado ; oyó las trompetas y los timbales á cuyos toques tantas veces había mandado. Entendió las voces de mando en inglés y hasta conoció la voz del comandante, que tantas veces le había inspirado respeto. En aquel momento, al mirar en su derredor quedó pasmado del aspecto salvaje que presentaban sus compañeros escoceses y de oirles hablar en una lengua áspera y desconocida. Miróse él su propio traje, tan distinto del que había usado desde su infancia y quiso despertar de aquello que le parecía un sueño horrible.

— ¡ Dios mío ! — murmuró. — ¿ Seré yo un traidor á mi país, renegado de mi bandera, enemigo, como ha dicho el desgraciado Houghton, de mi nativa Inglaterra ?

Estremecióse ante esta idea y antes de que pudiese desecharla, vió que su antiguo comandante notaba

su gran estatura y su aire marcial, se le acercaba en reconocimiento del terreno.

— Ya le tengo á tiro — dijo Callum, apuntando al comandante desde las piedras de la cerca en que apoyó el fusil, á menos de sesenta yardas de distancia.

Parecióle á Waverley que iba á presenciar un parricidio ; las venerables canas y la imponente fisonomía del veterano, le recordaron el paternal respeto que le guardaban todos los oficiales. Pero antes de que pudiera gritar ¡ alto ! un viejo montañés que estaba junto á Callum, cogió á éste del brazo y le dijo :

— Economiza pólvora, amigo ; á ese no le ha llegado aún su hora ; pero que se guarde mañana. Ya veo la mortaja en su pecho.

Callum, que en todo lo demás era un roble, en materias de superstición, flaqueaba. Así, al oir aquellas palabras de adivino, palideció y retiró el fusil. El coronel Gardiner, sin darse cuenta del peligro que había corrido, volvió grupas y tornó lentamente á su puesto en el regimiento.

Entretanto, el ejército regular había formado en nuevas líneas, inclinando un flanco hacia el mar y apoyado el otro en el pueblo de Preston. Como esta evolución dificultaba el ataque de Fergus, éste recibió orden de replegarse. De aquí se originó otro cambio de posición en las tropas del general Cope. Con tales maniobras de unos y otros, se había echado la noche encima : ya no se veía y ambos ejércitos se dispusieron á vivaquear en sus respectivas posiciones.

— No haremos hoy nada, dijo Fergus á Waverley. — Antes de envolvernos en nuestras mantas vamos á ver qué hace el Barón á retaguardia.

Fueron en busca de éste y le encontraron tan prudente como bravo. Después de haber organizado el

servicio de patrullas nocturnas y de colocar centinelas, estaba leyendo á los soldados libres de servicio el oficio religioso de la noche, conforme al rito episcopal. Su voz era fuerte y sonora y aunque tenía anteojos y el aspecto de Saunders Saunderson en uniforme militar, haciendo de cura tenía cierto lado burlesco, las circunstancias de peligro en que se hallaban, el traje militar de los oyentes, los caballos ensillados y agrupados detrás, daban á este acto de devoción un carácter impresionante y solemne.

— Me he confesado esta mañana, antes de que despertara usted — dijo Fergus á Waverley, pero no soy tan exagerado católico que me crea imposibilitado de unir mis oraciones á las de este respetable anciano.

Eduardo asintió á esto y ambos asistieron al rezo hasta su conclusión.

— Hijos míos — dijo el Barón cerrando la Biblia — que vuestra conciencia esté tranquila mañana y que vuestro brazo sea duro al caer sobre el enemigo.

Acogió luego con agrado á Mac-Ivor y Waverley, los cuales le preguntaron su parecer sobre la situación.

— Ya saben ustedes lo que decía Tácito — repuso Bradwardine. — *In rebus bellicis maxime dominatur Fortuna*, lo que viene á ser que la Fortuna es la que más puede en estas circunstancias. Pero, créanme ustedes : ese hombre no sabe lo que se trae entre manos : está malgastando los bríos de los infelices bajo su mando. Los hace estar á la defensiva con lo que indica que se considera inferior ó tiene miedo, Van á pasar la noche desasosegados, como sapos entre escardillos, mientras que nuestra gente se encontrará descansada y bien dispuesta para la pelea. Con que ¡ Buenas noches ! Hay una cosa que me peocupa,

pero, si mañana vamos bien, ya les consultaré sobre el caso.

— Casi podría aplicarse al Barón — dijo Waverley á su amigo, al retirarse hacia el vivac — lo que Enrique IV decía de Fluellen :

Este escocés parece ya viejo y fatigado
Pero en el fondo es hombre valiente y denodado.

— Presta grandes servicios — repuso Fergus — y asombra ver de qué manera coordina su buen juicio con sus puerilidades. No comprendo qué pueda ser eso que le inquieta. Probablemente será algo de Rosa: ¡ Atención ! los ingleses están poniendo centinelas.

Oyóse el redoble del tambor y el toque de pífanos : Alejóse el sonido — tornó á oirse — no se oyó más. Las trompetas y los timbales de la caballería tocaron después la gran retreta que acompaña á este acto por la noche, concluyendo con una cadencia melancólica.

Los dos amigos que habían llegado á su vivac miraron en derredor antes de entregarse al descanso. La bóveda del cielo se veía por occidente tachonada de estrellas, veladas, á veces, por las nubes que el mar, á oriente, levantaba empujándolas con su brisa á través del llano donde los ingleses, acostados sobre sus armas, dormitaban. Sus puestos avanzados llegaban hasta la zanja, al pie de la colina, donde tenían encendidas hogueras, cuyas llamas, en medio de la bruma, despedían sombrío resplandor, como una pálida aureola.

Los montañeses, « apretados como las hojas de Vahumbrosa » tumbados en los repechos de los cerros, (menos los centinelas), reposaban en tranquilo sueño.

— Cuántos de éstos — exclamó Waverley suspi-

rando involuntariamente — descasarán mañana en sueño aún más profundo !

— No piense usted en eso — dijo Fergus que sólo tenía ideas militares. — No tiene usted que preocuparse más que de su sable y de quien se lo ha dado. Para cualquier otra reflexión ES YA TARDE.

Aquella innegable observarción aplacó en Waverley el tumulto de sus ideas. El jefe y él, reuniendo sus mantas formaron un lecho cómodo y abrigado. Callum, sentado junto á ellos (tenía por misión vigilar por la seguridad del jefe), entonó á media voz un cántico gaélico, triste y monótono, semejante al murllo del viento, escuchado á la lejos y á cuyos ecos los dos amigos se durmieron.

CAPÍTULO XLVII

EL COMBATE

Cuando Fergus Mac Ivor y su amigo hubieron dormido cuatro ó cinco horas, vinieron á despertarles de parte del príncipe, que les llamaba. Mientras se dirigían á donde éste habia pasado la noche, oyeron las tres en el reloj de un pueblo cercano. El príncipe estaba ya acompañado de los principales oficiales y jefes de clan. Era su asiento un haz de paja el que le había servido también de lecho. En el momento de entrar Fergus terminaba el consejo.

— Ánimo, amigos míos — decía el príncipe, — que al momento se ponga cada uno á la cabeza de su fuerza. Un amigo fiel se ha ofrecido para guiarnos por un sendero extraviado que contorna el cerro á la derecha, desembocando en la llanura al otro lado del terreno pantanoso, en la tierra seca donde está situado el enemigo. Superada esta dificultad, Dios y vuestras espadas harán el resto (1).

(1) El amigo fiel que sirvió de guía á los montañeses para este paso de Trauent á Seaton, fué Roberto Anderson, de Whitburg, un caballero hacendado en Lothian. Preguntado por Jorge Murray sobre la posibilidad de atravesar el terreno

Aquella proposición produjo una alegría general, y los jefes se apresuraron á formar su gente con el mayor sigilo posible.

El ejército abandonó su posición, marchando á la derecha, y pronto se encontró en el sendero por donde empezó á desfilar en silencio y con gran rapidez. La bruma, que iba levantándose con la proximidad del amanecer, aún no había llegado á la cima del cerro; de modo que los soldados, desde arriba, veían la claridad de las estrellas; pero á medida que iban bajando quedaban sumidos y envueltos en el oleaje de nieblas que cubrían el llano y el mar próximo. Grandes dificultades presentaba la marcha por un espacio tan estrecho y por un terreno tan desigual y poco sólido; pero los montañeses, acostumbrados á tales tierras, fueron salvando los obstáculos con paso rápido.

Cuando el clan de Ivor se aproximaba al terreno firme, siguiendo á la fuerza que abría la marcha, oyóse

pantanoso que dividía ambos ejércitos y que se creía impracticable, recordó Anderson que, tornando al Este, había una senda por la que se salía al llano, más allá de las charcas, envolviendo de flanco la posición de los ingleses y evitando su fuego. Consultado Hepburn de Keith, comprendió éste al momento la importancia de aquel movimiento estratégico. Lord Jorge Murray acogió la idea con agradecimiento á quien se la suministraba; fué en seguida á despertar al príncipe, que dormía, sirviéndole de cabecera un haz de paja de guisantes. Recibió el príncipe con entusiasmo la noticia, puesto que así podía luchar su gente cuerpo á cuerpo, que era su ventaja, contra las tropas disciplinadas inglesas. Estos hechos han dado pretexto á algún cronista para afirmar que el príncipe no era bastante bravo ni capaz de entrar en batalla de frente. Sin embargo, consta, por las Memorias del mismo príncipe, que él se halló siempre á cincuenta pasos de la cabeza de ataque, lo que no era, ciertamente, una posición á cubierto de peligros.

la voz de un dragón inglés, de avanzada, que dió el ¡alto! ¿Quién vive?

— Silencio — dijo Fergus, — silencio; nadie diga una palabra. ¡Adelante! — Y siguieron avanzando á grandes pasos.

El dragón disparó su carabina y salió corriendo. Al ruido del disparo sucedió el del galope del caballo.

— *Hylax in limine latrat* — dijo el barón de Bradwardine al oir el disparo. — El tunante va á dar la voz de alarma.

El clan de Fergus estaba ya en campo raso, hasta poco antes cubierto de copioso sembrado de trigo; pero ya no había nada; ni trigo, ni árboles, ni obstáculo alguno ante la vista. Seguía llegando con rapidez el resto del ejército, cuando sonaron los tambores ingleses tocando generala. No tenían los montañeses el propósito de sorprender al enemigo, de manera que no se desconcertaron al verse descubiertos; únicamente apresuraron sus disposiciones de combate, que fueron muy sencillas.

El ejército escocés ocupaba ya el extremo oriental de la llanura cubierta de rastrojo. En seguida se formó en dos líneas, partiendo de las charcas y hacia el mar. La primera línea era de ataque y la segunda de reserva. La caballería, que era poco numerosa, estaba entre una y otra línea, mandada por el mismo príncipe. Había manifestado éste su deseo de cargar á la cabeza de la primera línea; pero cediendo, aunque con pena, á las súplicas de los que le rodeaban, adoptó esta segunda formación.

Pusiéronse en movimiento las dos líneas, la primera preparada para el ataque. Los cuerpos de infantería que ella formaban, constituían falanges separadas, de

corto número de hombres al frente, y de doce, quince, ó más filas, según el número de combatientes. Formaban estas columnas los montañeses mejor armados y más nobles, puesto que ambas condiciones se reunían en las mismas personas; detrás seguían los soldados como para dar impulso y sostener con su empuje el ataque.

— ¡ Fuera capas ! — dijo Fergus á Waverley, quitándose la suya. — Antes que salga el sol tendremos seda para reemplazar el tartán.

Todos los montañeses se despojaron de sus capas y prepararon las armas. Hubo un imponente silencio que duró muy pocos minutos, durante los cuales se descubrieron, levantando la vista al cielo y orando. Volvieron á ponerse las gorras y reanudaron la marcha, al pronto á pasos lentos. En aquel instante sintió Waverley que le latía el corazón como si se le saltara del pecho. No era ni miedo ni ardimiento, sino una mezcla de ambas cosas, un nuevo impulso, profundamente enérgico, cuya primera emoción dejó helado su espíritu, trocándose luego en un delirio semejante al de la calentura. Los ruidos que en su derredor estallaban contribuían á exaltar su entusiasmo; tocaban las gaitas sus más briosos aires montañeses; avanzaban las columnas escocesas cada vez más de prisa, hasta que el rumor de sus voces se transformó en un clamor furioso.

En aquel momento, apareciendo el sol por el horizonte, disipó la niebla; los vapores se levantaron como un telón, dejando ver los dos ejércitos en actitud de acometerse. La línea de las tropas regulares daba frente á los montañeses; no carecían de nada en punto á provisiones y armas para su infantería, su caballería y artillería, ésta colocada en los flancos de la columna. Pero no por esto se alteró el valor de los asaltantes.

— ¡ Adelante, hijos de Ivor ! — exclamó el jefe, — ¡ó los cameronianos verterán la primera sangre ! — Y se precipitaron con espantoso grito.

Lo demás ya es sabido. La caballería quiso cargar contra los montañeses, de flanco; pero fué recibida con descargas que introdujeron en ella el desorden, y finalmente la pusieron en fuga, desbandándola. Los artilleros, no guardados ya por la caballería, descargadas las piezas, escaparon. Los montañeses atacaron á la bayoneta y con armas blancas, cayendo sobre la infantería de manera impetuosa.

En medio de aquella confusión reparó Waverley en un oficial inglés, al parecer de elevada categoría, que estaba solo junto á un cañón; los artilleros habían huído, pero este oficial había apuntado por sí mismo y hecho fuego contra el clan de Mac-Ivor. Llamó la atención de Waverley la marcialidad de aquel inglés y también comprendió que seguramente sería muerto por los montañeses. Para salvarle de esta muerte se corrió Waverley hacia él y le invitó á que se rindiera. El inglés le contestó con una estocada que paró nuestro héroe; la espada del inglés se rompió. Al mismo tiempo Dugald Mahony levantó el hacha para partir el cráneo del inglés. Waverley desvió este golpe, salvando la vida á su adversario. El inglés comprendió que la resistencia era inútil, y sorprendido, y probablemente agradecido, del interés que Waverley ponía en salvarle, se rindió á éste entregándole su pedazo de espada. Waverley encargó á Dugald que custodiase al prisionero, con orden de tratarle bien y no saquearle, prometiendo en compensación al escocés una amplia recompensa.

Por la derecha de Eduardo estuvo la batalla empeñadísima durante unos minutos. La infantería inglesa, aguerrida en las guerras de Flandes, disputó bravamente el terreno; pero rotas sus filas por el ataque de los montañeses, el género de las armas de éstos les daban ventajas extraordinarias; luego la agilidad de los escoceses desbarató el orden y la disciplina de los soldados de Inglaterra no acostumbrados á aquellas luchas cuerpo á cuerpo. Cuando miró Waverley en derredor vió, en medio de aquella escena horrible, al coronel Gardiner abandonado de sus soldados, á pesar de cuantos esfuerzos hacía por impedir su dispersión, cruzando la llanura al galope para ponerse á la cabeza de un pelotón de infantería. Este pelotón se hacía fuerte junto á las tapias de un jardín, que era justamente el de la casa del coronel Gardiner (que estaba inmediata al campo de batalla). Notó Waverley que el coronel estaba herido, con la ropa llena de sangre. Inmediatamente se propuso salvarle la vida á toda costa; pero no pudo hacer más que ser testigo de su muerte. En efecto, los montañeses cercaron á los soldados ingleses, acorralándolos, y antes de que Waverley pudiera acercarse, los montañeses enfurecidos derribaron al coronel Gardiner de su caballo, hiriéndole de tal manera que, no una, sino veinte vidas le hubieran arrancado. Sin embargo, cuando Eduardo se acercó al coronel aún conservaba éste el sentido. Conoció á su antiguo oficial, le miró con resignación y tristeza, y quiso hablar; pero, comprendiendo que se le acercaba la muerte, renunció á aquel deseo, juntó las manos para orar, y entregó su alma al Creador. La mirada que dirigió á Waverley en el momento de morir no produjo en nuestro héroe tanta impresión como le causó luego, al disiparse aquella

escena tan sangrienta y cuando su imaginación pudo tener reposo (1).

Escucháronse gritos de triunfo en toda la llanura. Concluía la batalla, estaba conseguido el triunfo; bagajes, artillería, provisiones, todo el material de campaña del ejército inglés quedaba en poder de los vencedores. Nunca hubo una victoria más completa. Apenas escaparon de la batalla unos cuantos soldados, excepto la caballería que se dispersó por el campo en grupos. Por lo que toca á nuestra historia, sólo nos queda por decir cuál fué la suerte de Balmawhapple. Montaba un caballo tan testarudo é indómito como su amo. Empeñóse en perseguir á los dragones, y en la persecución se alejó del campo de batalla más de cuatro millas. Defendiéndose, algunos fugitivos se volvieron contra él y le abrieron la cabeza, viniendo á demostrarse prácticamente que el desventurado no tenía tan poco seso como muchos creían. No fué muy sentida su muerte. La mayor parte de los que le habían conocido opinaron que el alférez Maccombich tenía razón al decir que más se perdió en la batalla de Lhesiff-Muir. El teniente Sinker no hizo uso de su elocuencia más que para disculpar á su ca-

(1) La muerte de este buen caballero cristiano ha sido referida detalladamente por su biógrafo el doctor Doddrige.

El biógrafo expone, con argumentos convincentes, que si el coronel Gardiner no hubiese acudido en auxilio de la infantería comprometida, como en realidad pudo excusarse de hacerlo dentro de su más perfecto deber militar, se habría salvado de la muerte, pues tenía la retirada enteramente libre. La muerte de este coronel fué propiamente la señal de la completa retirada de los ingleses. La infantería inglesa, según se infiere del relato hecho por el doctor Doddrige en su *Vida del coronel James Gardiner*, London, 1747, no podía seguir combatiendo sin el concurso de la caballería y de la artillería.

ballo favorito, culpable, en cierto modo, de aquella catástrofe. Ya le había dicho cien veces al laird que era una tontería poner martingala al pobre animal, puesto que le podía guiar con brida de pie y medio; que de aquello podía resultarle algún accidente (sin hablar del caballo) de caída ó de otro orden, mientras que poniéndole una simple anilla en la cabezada podía guiarlo tan bien como á un caballo de carreta.

Tal fué la elegía en honor del laird de Balmawhapple (1).

(1) No será necesario decir que el carácter de este joven laird es por completo imaginario. Sin embargo, hubo en la batalla de Preston un noble que pereció de la manera que hemos referido. Era un respetable caballero que formaba parte de la pequeña fuerza de caballería. En persecución de los dragones llegó hasta San Clemente. En este punto, algunos oficiales ingleses lograron concentrar cierto número de fugitivos. El caballero legitimista en cuestión se acercaba enteramente solo; no costó mucho trabajo á los dragones atravesarle de varias estocadas. Recuerdo haber visto, de niño, la tumba de este caballero, cubierta de alta hierba. Una señora anciana, de su familia, que vivía cerca de estos parajes, me ha contado el trágico suceso que ella misma había presenciado.

CAPÍTULO XLVIII

UNA DIFICULTAD INESPERADA

Concluída la batalla y cuando ya todo había entrado en orden, el barón de Bradwardine fué en busca de sus amigos Waverley y el jefe de Glennaquoich. El barón estaba satisfecho de haber cumplido con su deber y tranquilo por haber colocado en buenas posiciones á los soldados que mandaba. Encontró al jefe ocupado en resolver diferentes y complicadas cuestiones respecto al botín y su reparto entre su tropa. Entre estas discusiones había una concerniente á cierto reloj de oro, de algún desgraciado oficial inglés, sobre cuya apropiación disputaban dos escoceses. El jefe resolvió á favor de uno de ellos : entonces el que perdía el pleito exclamó : « Vich Ian Vohr se lo ha dado á Murdoch ; pero no importa puesto que ya está muerto. » Y era que, efectivamente, el reloj estaba parado, falto de cuerda.

En el momento en que se resolvía esta grave contienda, llegó el barón de Bradwardine, con cierto aire de preocupación importante. Echó pie á tierra y se lo confió á un ordenanza diciéndole : « No tengo costumbre de jurar, pero si me juega usted una de

sus malas pasadas y me deja usted ese pobre Berwick antes de que esté bien cuidado y bien limpio y se me va usted á correr en busca de botín, lléveme el diablo si no le cuelgo á usted por el cuello. » Acarició luego al bravo animal que le había llevado entre los peligros del día y se despidió así de él afectuosamente.

— En fin, queridos amigos — dijo dirigiéndose á Mac-Ivor y Waverley — la victoria ha sido decisiva. Sólo es de lamentar que esos condenados dragones se hayan huído antes de tiempo. Quería yo haber mostrado á usted en todos sus puntos un verdadero *proelium equestre* ó combate ecuestre, lo más elevado y temeroso de la guerra. De todos modos, he combatido una vez más por la buena causa, si bien reconozco que no he podido hacer tanto como vosotros, hijos míos, porque mi deber era hacer que se mantuvieran en orden mis escasas fuerzas á caballo. Pero un jinete no debe tener envidia de sus hermanos de armas, aunque éstos se hayan encontrado en peligros tres veces mayores, puesto que, con el favor de Dios, también á él puede tocarle el turno. Pero, Glennaquoich y usted, Waverley, háganme el favor, les suplico, de darme su parecer acerca de un asunto de suma importancia que afecta al honor de la casa de Bradwardine. Perdone usted, alférez Maccombich, y usted, señor Inveranghlin y usted, señor Edderalshendrach, y usted, caballero.

Este último era Ballenkeiroch, que acordándose de la muerte de su hijo, miraba al barón con agresiva desconfianza. El barón, que con facilidad se amoscaba, ya empezaba á fruncir el ceño cuando Glennaquoich, con su autoridad de superior, llamó aparte al comandante Ballenkeiroch diciéndole que era una

locura querer suscitar una cuestión en semejantes circunstancias.

— El llano está cubierto de cadáveres — contestó el viejo montañés, apartándose con aire sombrío — y si no fuera por usted, poco importaría uno más, el de Bradwardine ó el mío.

El jefe procuró tranquilizarlo y luego volvió á donde se encontraba el barón, diciéndole en voz confidencial.

— Es Ballenkeiroch el padre del joven que pereció en el desgraciado suceso de Mains.

— ¡Ah! — repuso el barón suavizando la expresión amenazadora de su rostro. — Es un hombre á quien he causado muy profundo dolor : es legítimo que yo le tolere. Ha hecho usted bien en advertírmelo, Glennaquoich ; ya puede mirarme con miradas tan sombrías como una noche de San Martín : no se ofenderá por ello Cosme Comyne Bradwardine. ¡Ah! yo que no tengo descendencia de varón : es justo que sufra al hombre á quien he privado de la suya y por más que ya le haya satisfecho en justicia, como saben ustedes con cartas de reparación. He dicho que no tengo posteridad masculina ; pero esto no obsta para que piense en el honor de mi casa. A este propósito tengo que decir á usted algo sobre lo cual llamo su particular atención.

Los dos jóvenes le escuchaban con ansiosa curiosidad.

— No dudo, amigos míos — continuó el barón — que por motivo de su educación se hallan ustedes al corriente de la naturaleza y alcance de los usos feudales.

— Ciertamente, barón — contestó Fergus haciendo una seña á Waverley para que no digera otra cosa,

dando lugar á alguna disertación explicativa del coronel.

— Tampoco dudo — añadio éste — de que ustedes conocen los privilegios de la baronía de Bradwardine, que disfruta de distinciones particularmente honoríficas, á título de *blanch* (palabra que Craig supone derivada del latín *blancum*, ó más bien *francum*, heredad franca), *pro servitio detrahendi sen exuendi, caligas regis post battalliam.*

Fergus miró maliciosamente á Waverley como riéndose de aquel inesperado arranque del barón.

— Trátase ahora — continuó el coronel — de resolver dos graves dificultades que embargan mi ánimo, á saber primero : si cabe prestar este pleito homenaje feudal á la persona del Príncipe, puesto que la ejecutoria de nobleza de mi casa dice *caliga regis, per expressum*, las botas del rey mismo. Expónganme ustedes su opinión sobre este punto antes de seguir más adelante.

— Se trata del Príncipe regente — dijo con la mayor seriedad Mac-Ivor — y en la corte de Francia se dispensa á la persona del Regente los mismos honores que al rey. Por otra parte, tratándose de quitar las botas, yo preferiría quitárselas al Príncipe mejor que á su padre.

— Está bien ; pero no hablo yo de preferencias personales. Por tanto, la cita de usted sobre la costumbre de la casa de Francia, tiene gran peso. Y es indiscutible, que el Príncipe, como *alter ego* tiene derecho exigir el *homagium* de los altos vasallos de la corona, puesto que todo súbdito leal debe respetar al Regente como al mismo rey. Guárdeme Dios de pretender disminuir el lustre de la autoridad del Príncipe poniendo restricciones á los homenajes que

su esplendor requiere : porque dudo mucho de que ni aun el Emperador de Alemania tenga derecho á que le quite las botas un barón libre del Imperio. Pero aquí viene la segunda dificultad : el Príncipe no lleva botas, sino simples abarcas, con calzón escocés.

Aquí estuvo Fergus muy á punto de perder toda su gravedad, sin embargo, repuso :

— Ya conoce usted el proverbio : « difícil es quitar los pantalones á un montañés ». Las botas están aquí en el mismo caso.

— No obstante, la palabra *caligæ* — prosiguió el coronel — quiere decir más bien abarcas que botas, en su significación primitiva, por más que en nuestros títulos y tradiciones de familia dicha palabra se traduzca, sin duda alguna, por botas. Cayo César, sobrino de Tiberio, recibió el agnomen de Calígula *a caligulis, sive caligis leviòribus, quibus adolescentior usus fuerat in exercitu Germanici patris sin.* Y las *caligæ* se han usado también en los monasterios : así leemos en un Glosario antiguo de la regla de San Benito en la Abadía de San Amancio, que las *caligæ* se ataban con correas.

— También se aplica esto á los borceguíes — dijo Fergus.

— Sin duda, mi querido Glennaquoich ; las palabras son terminantes : *Caligæ dictal sunt quia ligantur : nam socci non ligantur, sed tantum intromittuntur* ; esto es, las *caligæ* se llaman así á causa de las ligaduras con que se atan ; mientras que los *socci* — análogos acaso á las que en Escocia llamanos zapatillas y en Inglaterra dicen chinelas — no hacen más que adaptarse al pie. En las palabras de la ejecutoria hay además una alternativa, *exuere*,

sen detrahere, es decir *quitar*, cuando se trata de borcequíes ó zapatos; *detraer*, sacar cuando se habla de botas. Quisiera tener más aclaraciones á este respecto, pero temo que no haya modo de consultar aquí algún autor erudito en *re vestiaria*.

— Mucho lo temo yo también — dijo Mac-Ivor mirando á los soldados montañeses que volvían cargados con el despojo de los muertos — aunque parece que la *res vestiaria* preocupa bastante por estos parajes.

La observación cuadraba bien con el buen humor del barón, quien la honró con una sonrisa; pero al momento volvió á su tema que le parecía importantísimo.

— El intendente Macwheeble opina que este pleito homenaje no se debe por razón de su propia naturaleza, que *si petatur tantum*, únicamente si Su Alteza Real requiere el cumplimiento del deber. Hasta me ha citado en apoyo de su tesis los comentarios y disquisiciones de Dirleton y la doctrina de Grippit *versus* Spicer, en un caso de evicción de un poseedor *ob non solutem canonem* por falta de pago de un canon anual de tres pajarillas de papel ó de otras niñerías estimadas en siete octavas partes de un penique de Escocia. El demandado fué absuelto de la demanda; pero, en fin, salvo la opinión de usted, yo creo que lo más prudente será ponerse en condiciones de prestar este servicio al Príncipe y ofrecérselo. Vendrá conmigo el intendente y llevará una cédula de protesta que ya está redactada y aquí la tengo (enseñó un papel), intimando que si place á S. A. R. aceptar el concurso de otra persona que no fuera el barón de Bradwardine para despojarle de las *caligæ*, ora deba traducirse por botas, ora por

borcequíes, se tenga por nulo y de ningún valor el acto en lo concerniente al despojo del privilegio de Cosme Comyne Bradwardine, por sí y por sus herederos y sucesores en el privilegio: otro sí que ningún paje, ni ujier, ni hijodalgo, ni noble de cualquier clase y jerarquía que fuese que por ser así la voluntad de S. A. R. se empleare en el servicio aquí consignado, pueda en caso alguno, alegar títulos en despojo del derecho reservado á la casa de Bradwardine por virtud de ejecutoria: bajo apercibimiento de que, caso contrario, la baronía de Bradwardine se reserva el ejercicio de su derecho señorial en la forma que mejor procediese, por ser así de justicia.

Fergus aplaudió esta resolución, que le pareció la más razonable. Y el barón se despidió de sus amigos sonriente y con aire de satisfacción muy cumplida.

— Guarde Dios la vida de nuestro amigo muchos años — exclamó el jefe cuando se hubo separado el barón. — Es de lo más original que he visto en mi vida. Tentación he tenido de aconsejarle que fuera esta noche á la recepción de Palacio con un sacabotas bajo el brazo. Diciéndoselo con la seriedad conveniente, lo hubiera hecho.

— No sé cómo le gusta á usted poner en ridículo á hombre tan respetable.

— Dispense usted, querido Waverley, usted es tan ridículo como él. ¿No ha visto usted que este hombre no tiene en su cabeza más que esta idea? Desde su niñez ha estado oyendo hablar de esa ceremonia, ha soñado con ella como el más augusto privilegio del mundo: hasta imagino que el placer de realizar ese acto es lo que más le ha movido á tomar las armas. Seguramente que si le hubiera contradicho me habría calificado de ignorante y hasta podría habérsele anto-

jado darse de sablazos conmigo, cosa que ya estuvo á punto de suceder una vez por un motivo mucho menos importante para él que este de las botas, borceguíes ó lo que fueren las *caligæ*. En fin, tengo que ir al cuartel general y prepararé al Príncipe para esta escena extraordinaria. Seré bien recibido y no estará de más que el Príncipe se ría ahora lo bastante para no tener tanta gana de reir luego, cuando pudiera ser mal momento. Y con esto, hasta luego, querido Waverley.

CAPÍTULO XLIX

EL PRISIONERO INGLÉS

La primera ocupación de Waverley, después que se separó de él Mac Ivor, fué buscar al oficial inglés á quien había salvado la vida y que estaba con otros numerosos compañeros de infortunio en una casa particular no lejos del campo de batalla.

Al entrar en el cuarto donde los prisioneros se hallaban, Waverley conoció en seguida al que era objeto de su visita, no sólo por su peculiar aire de dignidad y su aspecto, sino por tener á su lado á Dugald Mahony, quien con su hacha de armas al hombro no se había separado de su cautivo ni un momento, como si formara pieza con él. Aquella pertinacia podía tener por principal móvil la recompensa prometida por Waverley; pero es indudable que gracias á ella se salvó el oficial inglés del saqueo en medio de la confusión general; Dugald había calculado sagazmente que el importe de aquel salvamento sería regulado por el estado en que se hallaba el prisionero cuando Waverley se hiciera cargo de él nuevamente. Aseguró, por tanto á Waverley, con su estilo habitual, que había conservado al soldado rojo por entero, y

que no volvía éste un *plack* menos desde el instante en que su Honor le había defendido contra el golpecito del hacha en la cabeza.

Waverley reiteró á Dugald la promesa de una liberal recompensa, y, acercándose al oficial inglés, le manifestó su deseo de contribuir á hacerle llevadera su situación actual.

— No soy tan inexperto soldado — contestó el inglés — que haya de lamentarme por accidentes de la guerra. Unicamente siento ver aquí, en nuestra isla, escenas semejantes á las que he presenciado lejos con indiferencia relativa.

— Otro día como este — dijo Waverley — y aseguro que desaparecerán los motivos que á usted apenan, pues todo entrará en la paz y el orden.

El oficial se sonrió y movió la cabeza negativamente, diciendo:

— Comprendo que mi estado no me permite una reputación formal de la opinión de usted; pero no obstante el éxito que han conseguido ustedes y de la bravura de que han dado pruebas, no hay duda de que la empresa por ustedes acometida es inadecuada á sus fuerzas.

En aquel momento entró Fergus.

— Venga usted, Eduardo, venga. El príncipe pernoctará en Pinkichonre; allá tenemos que ir si queremos presenciar la ceremonia de las *caligæ*. El barón ha sido muy cruel con ese malaventurado intendente Macwheeble, obligándole á venir al campo de batalla; las dos cosas que más horror inspiran á este pobre hombre son un montañés y un fusil. Ahora está escuchando las instrucciones del barón sobre la protesta, bajando la cabeza, como una gaviota cuando se zambulle, cada vez que oye un tiro, de fusil ó pistola, disparado por cualquiera de nuestros muchachos en el llano y recibiendo á manera de penitencia por cada demostración de miedo una reprimenda del barón. Para éste, en efecto, ni la descarga de una batería de cañón á quema ropa justificaría el distraer la atención de un discurso que al honor de su familia concierne.

— ¿Y cómo ha conseguido el barón que su intendente se aventure hasta aquí?

— Había ido hasta Musselburg, con esperanzas, según creo, de redactar algunos testamentos; las perentorias órdenes del barón le obligaron á continuar su camino, y aquí llegó al fin de la batalla. Se queja de que le han asaltado dos pillastres amenazándole con pistolas; pero, como en suma no le han sacado más que un penique, no parece ser cosa de molestar al preboste marcial con la queja. En fin, vámonos, Waverley.

— ¡Waverley! — exclamó el oficial inglés con gran emoción. — ¿El sobrino de sir Everard Waverley, del condado de...?

— Sí, señor — contestó nuestro héroe sorprendido de aquella pregunta.

— Me alegra y me entristece — repuso el inglés —, haberle encontrado.

— No comprendo — añadió Waverley — cuál puede ser la causa de ese interés.

— ¿Nunca ha oído usted hablar á su tío de un amigo suyo llamado Talbot?

— Le he oído hablar de esa persona con gran estimación. Me parece que es coronel y que se casó con lady Emily Blandeville; pero tengo entendido que el coronel Talbog está fuera de Inglaterra.

— He regresado ahora — contestó el oficial — y

hallándome en Escocia me he creído en el deber de ponerme al servicio de mi país en la forma que fuera más útil. Sí, señor Waverley, soy el coronel Talbot, el marido de la señora que usted ha nombrado, y me complazco en reconocer que á su noble y generoso tío debo mi categoría profesional y mi felicidad doméstica. ¡Bendito sea Dios! ¡Que haya venido á encontrar yo al sobrino vestido de esta suerte y alistado en semejante causa!

— Caballero — exclamó Fergus con altivez, — este traje y esta causa son de hombres de honor y bien nacidos.

— Mi situación no me permite discutir este aserto — dijo el coronel Talbot; — de otro modo no me sería difícil demostrar que ni el valor ni el linaje hacen buena una causa que es mala. Pero con permiso del señor Waverley, y con el de usted también, caballero, si es que debo pedírselo, quisiera decir al señor Waverley algunas palabras concernientes á su familia.

— El señor Waverley es dueño de sus actos. ¿Supongo que vendrá usted á Pinkie — dijo Fergus á Eduardo — cuando haya usted concluído de conversar con este caballero?

El jefe de Glennaquoich acomodó su *plaid* con ademán aún más altivo que de costumbre y salió de la habitación.

No le fué difícil á Waverley obtener la autorización de que el prisionero por quien se interesaba pudiera salir con él á un gran jardín dependiente de la casa que servía de lugar de arresto. Después de dar unos cuantos pasos en silencio, como si el coronel Talbot meditase de qué manera comenzaría, el prisionero dijo:

— Señor Waverley, me ha salvado usted hoy la vida; pues bien, Dios sabe cuánto más hubiera querido perderla que ver á usted con tal uniforme, con tal escarapela y entre esta gente.

— Disculpo sus censuras, coronel Talbot; su intención es buena, y además la educación de usted y sus prejuicios las explican; pero no tiene nada de particular el ver á un hombre cuyo honor ha sido pública é injustamente atacado, en condiciones que le permitan tomar satisfacción de sus columniadores.

— Yo diría mejor en la situación más adecuada para confirmar los rumores — repuso el coronel Talbot, — y siguiendo la línea de conducta que le atribuían. ¿Sabe usted, señor Waverley, cuáles son los infinitos disgustos, los verdaderos peligros, que su proceder ha acarreado á todos sus parientes?

— ¿Peligros? — exclamó Waverley.

— Peligros, sí, Waverley. Cuando me marché de Inglaterra, el padre y el tío de usted estaban acusados de traición y en libertad sólo merced á una fianza que con dificultad, y gracias á la intervención de sus amigos, fué aceptada. Mi viaje á Escocia no tenía otro objeto que sacar á usted de la sima á donde se ha precipitado usted mismo. No puedo calcular qué consecuencias la pública adhesión de usted á esta causa podrá tener para sus parientes, puesto que solamente la sospecha ya les había proporcionado tantos males. Lo que más siento es no haber podido encontrar á usted antes de su fatal error.

— Realmente ignoro — dijo Waverley con tono de reserva — por qué el coronel Talbot se toma un interés tan grande por mí.

— Señor Waverley — repuso Talbot, — yo no estoy fuerte en ironía; así, no contestaré á usted sino

dando á sus palabras el sentido más natural y más sencillo. Las grandes mercedes de que soy deudor al tío de usted son mayores que las debidas por un hijo á su padre. Mis sentimientos para con él son enteramente filiales, y como sé que cumplo con él ayudándole á usted, yo le ayudaré hasta donde me sea posible, quiéralo usted ó no. La personal obligación que he contraído con usted hoy (y reconozco que es tan grande que no hay otra humana superior) no añadirá nada á mi celo en servirle, ni tampoco sufrirá menoscabo este celo por la frialdad con que le plazca á usted contestarme.

— Las intenciones de usted pueden ser buenas — repuso Waverley con sequedad, — pero su lenguaje es duro, ó á lo menos conminatorio.

— A mi regreso — continuó el coronel Talbot — á Inglaterra, después de larga ausencia, hallé á su tío sir Everard Waverley bajo la vigilancia de un mensajero del rey, en consecuencia de las sospechas á que la conducta de usted le había expuesto. Es mi más antiguo amigo — ¡cuántas veces he de repetirlo! — mi mayor bienhechor. Por mí ha sacrificado esperanzas y propósitos suyos. No ha pronunciado nunca una palabra, no expresado nunca una idea en cuanto á mí se ha referido que no sea de la mayor benevolencia. He encontrado á este hombre en confinamiento más duro aun como contrario á las costumbres de su vida y á la natural dignidad de sus pensamientos y también — perdone usted, señor Waverley — por la causa de esta desdicha. No ocultaré que mi opinión en este caso distó mucho de serle á usted favorable. Sin duda sabe usted que mi familia tiene bastante influencia; la puse en juego para obtener la libertad de sir Everard y me fuí á Escocia. Vi al coronel Gardiner, cuya desgraciada muerte bastaría para que esta insurrección fuera eternamente execrable. En el curso de la conversación que con él tuve advertí que había reformado mucho su juicio sobre usted y que por circunstancias posteriores á la sedición de algunos soldados subsistía la buena opinión que usted le había inspirado; no dudaba yo que si tenía la suerte de encontrar á usted, se terminaría este asunto de una manera favorable. Pero la fatal insurrección lo ha echado á perder todo. Desde el principio de mi larga carrera militar no había visto hasta hoy esto de que soldados ingleses hayan huído ante enemigos sin disciplina y sin armas. Y ahora encuentro al heredero de mi mejor amigo — al hijo de mi afecto — tomando participación en un triunfo de que debiera avergonzarse. ¿Por qué tener lástima de Gardiner? Su suerte es envidiable si se compara con la mía.

Había tanta dignidad en la manera de expresarse el coronel Talbot, mezclada de altivez militar y de noble pesadumbre, con tanto sentimiento había hablado de la detención de sir Everard, que Eduardo se sintió abatido y confuso en presencia del prisionero á quien había salvado la vida pocas horas antes. No le pareció mal que Fergus interrumpiese otra vez la conferencia.

— Su alteza real está esperando al señor Waverley — dijo Fergus.

El coronel Talbot miró á Waverley con una expresión de reproche que no pasó inadvertida para el jefe escocés. Éste añadió :

— Y le ordena que vaya inmediatamente.

— Nos volveremos á ver luego — dijo Waverley

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

al coronel Talbot. — Entretanto, si necesita usted alguna cosa.

— No necesito nada — contestó el coronel. — Trátesemе como al último de estos bravos que en día de tal calamidad han preferido las heridas y la cautividad á la fuga. Hasta cambiaría con gusto mi puesto por el de alguno de los que han perecido, si esto fuera posible, á condición de que el ánimo de usted se dejara influir por mis palabras.

— Ejérzase la mayor vigilancia sobre el coronel Talbot — dijo Fergus al oficial de guardia, — es especial recomendación del príncipe porque se trata de un prisionero de suma importancia.

— Que no le falte nada de cuanto corresponde á su categoría — añadió Waverley.

— En lo que fuere compatible con su custodia — observó Fergus.

El oficial se dió por enterado de estas instrucciones. Eduardo siguió á Fergus, llegaron á la puerta del jardín, y allí encontraron á Callum que los estaba esperando con tres caballos. Nuestro héroe volvió la cabeza y vió al coronel Talbot que, conducido por soldados, volvía á su prisión. El coronel se detuvo en la puerta y saludó con la mano á Waverley como insistiendo en lo que le había hablado.

— Los caballos — dijo Fergus en el momento de montar — abundan ahora tanto como las moras en las zarzas : no cuestan más que el trabajo de echarles mano. Andando, Waverley, que Callum le tenga á usted el estribo y vámonos á Pinkie-house (1) tan de prisa como estos caballos, antes de dragones, quieran llevarnos.

(1) Carlos Eduardo estableció su cuartel general, después de la batalla, en Pinkie-house, junto á Mussellungh.

CAPÍTULO L

COSAS SIN IMPORTANCIA

— Me volví atrás — dijo Fergus á Eduardo, en tanto que galopaban hacia Pinkie-house — á causa del mensaje del príncipe. Supongo que ya conoce usted la importancia de este nobilísimo coronel Talbot. Se le considera como uno de los mejores oficiales de los casacas-rojas; es amigo personal del elector mismo y de ese terrible héroe el duque de Cumberland, á quien llaman desde sus triunfos de Fontenoy para que venga á comerse á todos los montañeses crudos. ¿Le ha dicho á usted lo que las campanas de Saint-James tocan? No será « retorna Whitsington » como las de Bown en otros tiempos.

— ¡ Fergus ! — dijo Waverley con una mirada de reproche.

— No; yo no sé, positivamente, qué hacer de usted prosiguió Mac-Ivor. — Gira usted á todo viento de doctrina. Acabamos de conseguir un triunfo sin precedentes en la historia — todos ensalzan hasta las nubes el valor de usted; — el príncipe arde en impaciencia por darle gracias en persona — todas las bellezas de la rosa blanca se emperejilan por usted —

y usted, el forzado caballero del día, marcha en ese caballo con el aire de un tratante en mantecas, camino del mercado, compungido como si acompañara algún entierro.

— Me aflige la muerte del coronel Gardiner; había sido un verdadero protector mío.

— Bueno, pues aflíjase usted durante cinco minutos y vuelva luego á su estado natural. Lo que á él le ha tocado en suerte hoy, podrá tocarnos á nosotros mañana. Pero, ¿qué importa? La mejor cosa, como no sea la victoria, es una honrosa muerte. Sin embargo, deseemos que este sea siempre el consuelo de nuestros adversarios.

— Es que el coronel Talbot me ha enterado de que mi padre y mi tío han sido presos por orden del gobierno y á causa mía.

— Les serviremos de caución, amigo mío; el viejo Andrea Ferrara (1) será su fiador; ¡ya estoy impaciente por verle, á este efecto, en Westminster-Hall!

(1) El nombre de Andrea Ferrara se halla inscrito en las espadas escocesas, que tienen reputación de buenas. Quién era éste artista, cuáles sus hechos, por qué tiempo vivía, son cosas que incumben á los anticuarios; únicamente se cree, en general, que Andrea Ferrara era un artífice español ó italiano que Jacobo IV ó Jacobo V llamó á Escocia para que enseñara en este país la manufactura de armas blancas. Muchas naciones bárbaras sobresalen en la fabricación de armas. En Escocia se había llegado á gran perfección en el forjado de hojas desde la época de la batalla de Pinkie. El historiador Paltan describe aquellas hojas diciendo que eran notablemente largas y delgadas, hechas especialmente para tajar, y de tan buen temple, que no se conocía otro mejor; creo que no lo había. (*Relato de la expedición de Somerret.*)

Las más auténticas armas de Andrea Ferrara llevan grabada en la hoja una corona.

— Han conseguido ya su libertad, mediante una fianza más en regla.

— Entonces, ¿Por qué se abate su ánimo, Eduardo? ¿Cree usted que los ministros del elector habrían dejado en libertad á sus enemigos en estos críticos momentos si pudieran ó debieran tenerlos presos ó castigarlos? Esté usted seguro de que no hay nada contra ellos que pueda justificar su prisión, ó bien que nuestros amigos dan miedo á los caballeros de la vieja Inglaterra. En una palabra, no tema usted nada por ellos; ya encontraremos la manera de comunicarles que usted se encuentra en salvo.

Aquel razonamiento dejó á Eduardo silencioso, pero no satisfecho. Había observado que no siempre participaba Fergus de las simpatías que él sentía, supeditando sus juicios á las impresiones del momento y, sobre todo, acomodándolos al estado de su ánimo. El mismo Fergus notaba algunas veces que había ofendido á Waverley; pero, preocupado siempre con algún plan, con algún proyecto, no prestaba suficiente atención al descontento de su amigo. La reiteración de estas pequeñas ofensas habían llegado á quebrantar algo la adhesión de Waverley á su amigo.

El príncipe acogió á Waverley con su acostumbrada deferencia, añadiendo no pocos cumplimientos por su sobresaliente bravura. Luego le llamó aparte y le hizo diferentes preguntas acerca del coronel Talbot. Cuando estuvo informado de todo lo que Eduardo sabía sobre aquel oficial y sus relaciones, el príncipe añadió:

— No puedo menos de pensar, señor Waverley, que dadas las íntimas relaciones del coronel Talbot con sir Everard Waverley, y puesto que su señora es de la familia de Blandville, tan adicta á los principios

de la iglesia anglicana, este caballero por fuerza ha de tener sentimientos favorables á nuestra causa por más que, acomodándose á las circunstancias, quiera disimularlo.

— A juzgar por su conversación hoy conmigo — dijo Waverley, — mi parecer tiene que ser enteramente opuesto al de vuestra alteza.

— En fin, vale la pena de cerciorarse. Pongo al coronel Talbot bajo la custodia de usted, y le faculto para proceder con él como mejor le pareciere. Confío en que hallará usted modo de apreciar sus verdaderas disposiciones respecto á la restauración del rey mi padre.

— Estoy persuadido — dijo Waverley — de que si el coronel Talbot empeña su palabra, no hay necesidad de otras seguridades; pero si la rehusa, rogaré á vuestra alteza que confíe la custodia del prisionero á otra persona que no sea el sobrino de su amigo.

— No será nadie más que usted — dijo el príncipe sonriéndose, pero afirmando su mandato. — Importa á mi servicio que al parecer exista la mejor inteligencia entre usted y él, aun suponiendo que no obtenga usted sus confidencias. Por consiguiente, le recibirá usted en su alojamiento, y si no da su palabra le pondrá usted una guardia conveniente. Ocúpese usted en esto lo más pronto posible. Yo me vuelvo á Edimburgo mañana.

Obligado con este motivo á tornar camino de Preston, se perdió Waverley el solemne acto de homenaje Bradwardine. Es verdad que Waverley pensaba tan poco en esta escena de vanidad, que ni siquiera se acordó de que Fergus le había invitado á ella. Sólo al siguiente día encontró en la *Gaceta* el relato oficial de la batalla de Gladsmuir, como los montañeses llamaron á esta victoria suya. Este relato concluía con la exposición de la ceremonia de la corte en Pinkie, descrita de este modo :

« Desde el fatal Tratado que aniquiló la independencia de Escocia, no habíamos tenido la dicha de ver cómo uno de nuestros más nobles señores cumplía con su príncipe uno de esos feudales homenajes que, fundamentado en actos espléndidos del valor escocés, recuerda los primitivos tiempos, la noble y caballeresca sencillez de aquellos vínculos establecidos entre la corona y sus generosos y valientes guerreros. En este día 20, por la noche, hemos asistido á una de esas ceremonias que recuerdan pasadas glorias escocesas. En efecto, luego de haberse formado el círculo, se presentó Cosme Comyne Bradwardine, coronel, etcétera, etc., etc., adelantóse hacia el príncipe, acompañado del señor Macwheeble, intendente de la baronía de Bradwardine (quien, según parece, acaba de ser nombrado comisario de guerra), y bajo forma de instrumento público reclamó en debida forma para cumplir en la persona de su alteza real como representante de su majestad el rey su padre, el servicio atribuído por ejecutoria de Robert Bruce al primer barón de Bradwardine (conforme al original presentado é inspeccionado en debido tiempo por la cancillería de su alteza real), y consistente en el derecho de descalzar al soberano después de la batalla. Habiendo colocado su alteza real el pie en un almohadón, el barón de Bradwardine puso rodilla en tierra y desató las correas de los borceguíes escoceses que nuestro galante y joven héroe usa en testimonio de compañerismo con los soldados. Hecho esto, su alteza real declaró que la ceremonia estaba terminada y abrazó al ilustre veterano añadiendo que sólo por confirmar la disposi-

ción de Robert Bruce se había resignado á admitir aquel símbolo de función servil de manos de un tan gran caballero, tan bravo combatiente por los derechos de su augusto padre á la corona. Levantada acta por el comisario Macwheeble, testimoniando que el homenaje se ha tributado *vite et solemniter acta et peracta*, se ha transcrito en el Protocolo del lord mayordomo mayor de su alteza real. Asegúrase que, previa la venia de su majestad, se propone su alteza real, como regente del reino y haciendo uso de sus facultades soberanas, elevar á la dignidad de par al coronel Bradwardine, con el título de vizconde de Bradwardine y Tully-Veolan, añadiendo con este motivo al blasón de su casa un nuevo cuartel formado por un tirabotas en aspa con una espada desnuda y la divisa : « Tira y más tira. »

Si no fuera por el recuerdo de la broma de Fergus, pensó Waverley al leer este solemne documento, no me parecería tan raro y no lo tendría por burlesco. La verdad es que todo es susceptible de tomarse en serio ó en broma : no veo por qué razón habría de parecernos mal el tirabotas del barón en un escudo de armas, cuando estamos viendo cubos, ruedas, carros, nabos, candeleros y otras cosas por el estilo en los blasones de nuestras más linajudas familias. — Pero esto no es más que un episodio con respecto á lo principal de nuestra historia,

Cuando Waverley volvió á Preston, buscó al coronel Talbot y le encontró bastante rehecho de las profundas emociones que le habían causado tantos desagradables acontecimientos. Hallábase el coronel ya dueño de su carácter natural, que era el propio de un caballero inglés, noble, franco, generoso, aunque no exento de prejuicios con respecto á personas de otros

países ó de distintas opiniones políticas. Cuando le dijo Waverley que el príncipe le había confiado á su guarda, contestó :

— No creía yo tener que agradecer á ese joven tantas atenciones como me impone con esta determinación suya. En fin, repetiré al menos la oración del sacerdote presbiteriano, el que decía que pues venía el príncipe á buscar una corona terrenal, le deseaba que sus trabajos obtuvieran la recompensa de una corona celestial (1). Con mucho gusto doy á usted mi palabra de que no haré la menor tentativa de evasión ; el hecho es que he venido á Escocia para encontrar á usted ; me alegro de haberlo conseguido, aunque sea en estas condiciones. Sin embargo, creo que no estaremos mucho tiempo juntos. El caballero (este nombre le podemos dar usted y yo) no tardará en seguir su camino al Sur, con sus *plaids* y sus gorras azules.

— Me parece que no ; el ejército regresará á Edimburgo para concentrar más refuerzos.

— Y para asediar el castillo — dijo el coronel con sonrisa burlona. — Está bien ; pues entonces á menos de que mi antiguo jefe el general Preston se vuelva metal falso ó que el castillo se derrumbe en el lago Norte, tengo para mí que habrá tiempo para que nos conozcamos. Apostaría á que el caballero tiene la pretensión de que sea yo prosélito de usted ; y es el caso que yo la tengo de que lo sea usted mío ; no hay, por consiguiente, una proposición más equitativa que

(1) Este clérigo se llamaba Mac-Vicar. Protegido por los cañones del castillo, predicaba todos los domingos en la iglesia del Oeste, mientras los montañeses eran dueños de Edimburgo. En presencia de muchos jacobitas oró por el príncipe Carlos Eduardo en la forma que dice el texto.

la de darnos medio de estar ambos al habla. Hoy he conversado con usted influído por una emoción á la que rara vez me abandono; espero que me excusará usted de entrar en nueva controversia hasta que nos conozcamos algo mejor.

CAPÍTULO LI

INTRIGAS DE AMOR Y POLÍTICAS

No es necesario recordar en estas páginas la entrada triunfal del Príncipe en Edimburgo después de la batalla de Preston. Una circunstancia, sin embargo, debe notarse, pues se refiere al esforzado ánimo de Flora Mac Ivor. Los montañeses que entraban con el Príncipe, llenos de entusiasmo y de júbilo, disparaban sus armas y sucedió que uno de estos disparos hecho, por descuido, con bala, puso en peligro la vida de Flora que estaba en un balcón, agitando el pañuelo, pues el proyectil le paso rozando la cabeza. (1) Fergus, testigo de aquel accidente, corrió á ver á su hermana. La herida era insignificante, pero Fergus, indignado, echó mano á la espada

(1) Este accidente que se supone sucedido á Flora Mac Ivor, pasó efectivamente á una señorita Naine, á quien el autor tuvo el gusto de conocer. Esta señorita, con otras varias, estaba presenciando desde un balcón la entrada triunfal de los montañeses. Al sentirse herida tuvo ánimo para exclamar: ¡Dios mío! si como se trata de mí se tratase de alguna persona adicta á los whig, no dejaría de decirse que había sido hecho á propósito.

queriendo abalanzarse contra el autor del accidente. Su hermana le detuvo cogiéndole del *plaid* y exclamando:

— ¡Deja á ese pobre hombre! Y demos gracias á Dios de que ese accidente me haya acaecido á mí; pues si en vez de ser Flora Mac Ivor hubiera sido un whig no habría dejado de afirmarse que estaba hecho á propósito.

No estaba Waverley en Edimburgo, sino acompañando al coronel Talbot: de modo que no presenció el acontecimiento de la entrada triunfal ni la alarma del accidente.

Waverley y el coronel Talbot emprendieron la marcha á Edimburgo. Marchaban á caballo, sosteniendo una conversación indiferente. Cuando nuestro héroe hizo recaer la conversación en lo que más le interesaba que era la situación de su padre y de su tío, el coronel Talbot trató de disipar sus temores, no de agravar sus inquietudes. Sobre todo cuando se informó de la historia de Waverley, que éste no tuvo inconveniente en referirle.

— De manera — le dijo el coronel — que no ha obrado usted con premeditación, según se dice en términos procesales. Se ha puesto usted al servicio de este italiano, caballero errante, simplemente por las frases con que le ha envuelto y por la maña de esos sargentos reclutadores montañeses. Locura es, sin duda, pero mucho menos trascendental de lo que yo me había imaginado. De todos modos, usted no debe desertar ahora ni aun de la bandera del Pretendiente. No dudo, sin embargo, de que las disensiones que de seguro estallarán entre esta eterogénea masa de hombres desesperados, han de traer alguna oportunidad por la que pueda usted

romper de una manera honrosa los vínculos de su imprudente compromiso. Cuando esa oportunidad llegue, aconsejo á usted que pase á Flandes, á una ciudad que le indicaré y donde pueda usted estar en seguridad, por algunos meses, hasta que consiga yo del gobierno la amnistía de usted.

— No puedo permitir á usted, coronel Talbot — repuso Waverley — que forme planes fundándolos en una intención mía de desertar, abandonando la causa que he aceptado, algo inconsideradamente sin duda, pero en fin de propia voluntad y con ánimo de sufrir todas las consecuencias.

— Está bien — contestó el coronel sonriendo; — pero ya que no libertad de hablar, tengo la de pensar y la de esperar. ¿Aún no sabe usted qué contiene su paquete misterioso?

— Está en mi valija: ahora la encontraremos en Edimburgo.

Llegaron, en efecto, á Edimburgo. Ya tenía Waverley alojamiento, conforme á órdenes expresas del Príncipe y en una casa muy agradable donde había sitio para el coronel Talbot. Su primera ocupación fué buscar la maleta y abrirla. Encontró el paquete y lo desenvolvió apresuradamente. Se componía de un gran sobre, en el cual estaba puesto el nombre de Waverley, dentro del sobre había una porción de cartas abiertas. Examinó dos de ellas y vió que eran del coronel Gardiner para él. De estas dos cartas, la más antigua en fecha contenía algunas reprensiones bondadosamente hechas, por la manera, en opinión del coronel desacertada, cómo invertía el tiempo de su licencia, próxima ya á expirar. « Si no fuera por esto — decía — porque ya está para concluir, me vería en la necesidad de llamarle, conforme á las

instrucciones que he recibido del Secretariado de Guerra. Los contratiempos que hemos sufrido en Flandes nos hacen temer una invasión del enemigo y una insurrección de descontentos. Por consiguiente, invito á usted á que lo más pronto posible venga al cuartel general del regimiento. Siento tener necesidad de añadir que esta resolución es doblemente necesaria á causa de la insubordinación de su compañía y espero para instruir sumaria sobre esto á que se halle usted aquí ayudándome á ella. »

La segunda carta era de ocho días más tarde y estaba escrita en el estilo que era de esperar no habiendo tenido contestación á la precedente. Recordaba á Waverley sus deberes como hombre de honor y como oficial inglés. Le informaba del espíritu de indisciplina cada vez mayor entre sus hombres : le advertía que según daban á entender algunos soldados, él, Waverley, inspiraba aquella insubordinación ; por último, le manifestaba su sentimiento y su sorpresa de ver que había desoído sus recomendaciones y sus órdenes de incorporarse al regimiento, añadiendo que su licencia estaba ya vencida y conjurándole, en tono de reprensión paternal juntamente con autoridad militar, á que reparase el error presentándose sin demora. Y añadía : « Para tener la seguridad de que esta carta llega á usted se la envío por medio del cabo Tims, de su escuadrón, con orden de entregársela en propias manos. »

Después de leer estas cartas tristemente comprendió Waverley que no había tenido razón en alterarse contra su digno coronel, pues éste no habría podido menos de creer que aquellas cartas habían llegado á su destino y viendo que no le contestaba Waverley, se comprendía que le hubiese dirigido la

tercera, la que recibió en Glennaquoich, harto tarde para poder obedecer. Su destitución, como consecuencia de su aparente falta en el cumplimiento de su deber no era un acto de severidad rigurosa, sino una consecuencia inevitable. La carta que leyó después era del comandante de su regimiento. Le advertía que corrían rumores perjudiciales á su honor : que según se decía, cierto señor Falconer de Ballihopple ó cosa parecida, había propuesto en su presencia un brindis de rebelión y que él, Waverley, había tolerado aquella afrenta á la familia real, dejando que otro individuo de los presentes, modesto caballero, aunque no muy adicto al gobierno, recogiese el agravio. De esta manera, y suponiendo que los hechos fuesen exactos, resultaba que el capitán Waverley había permitido que un extraño pidiese reparación de una injuria, que en su calidad de oficial, Waverley debió considerar como propia. El comandante concluía diciendo que ninguno de los compañeros del capitán Waverley podía creer aquella escandalosa historia; pero que por su propio honor y por el honor del regimiento convenía que desmintiese estos rumores inmediatamente, etc. etc.

— ¿ Qué piensa usted de esto? — le dijo el coronel Talbot á quien Waverley había entregado las cartas después de leerlas.

— Pienso que es cosa de perder el juicio y que no sé lo que me pasa...

— Cálmese usted, amigo mío. Vea usted esos otros papeles que aún quedan.

El primero de estos papeles era una carta dirigida al señor W. Ruffin y decía, escrito con una ortografía y un estilo de lo más grosero é ignorante. « Querido señor : algunos de nuestros jovenzuelos tienen des-

confianza, y aunque les digo que usted me ha mostrado el sello del señorito no quieren creerme. Tims le entregará á usted la carta, como usted quiere y luego dirá al viejo Addem que se la entregó al señorito en propia mano, supuesto que dándosela á usted es lo mismo. Y hurra por la Alta Iglesia y por Sachefrel, como canta en casa mi padre. Muy suyo, H. H. »

« Posdata. Diga usted al señorito que no deje de escribirnos él mismo, pues aquí hay dudas y el teniente Bottler es un envidioso y está al acecho. »

— Me parece que este Ruffin — dijo el coronel — es el Donald de la caverna, que ha interceptado las cartas de usted y ha seguido una correspondencia, en su nombre, con el infeliz Honghton y como si procediese por orden de usted.

— Así es, probablemente. Pero, ¿ qué significará este Addem ?

— Querrá decir Adam, el coronel Gardiner, un juego de palabras sobre su nombre.

Las demás cartas estaban escritas en el mismo sentido. Pero no tardaron en quedar completamente de manifiesto las maquinaciones de Donald Bean.

John Hodges, criado de Waverley, que no había dejado el regimiento y había caído prisionero en Preston, se presentó en aquel instante : había buscado á su amo con propósito de volver á su servicio. Contaba este muchacho, que poco después de haberse marchado Waverley llegó al pueblo de Dundee un buhonero llamado Ruffin, Ruthwen á Rivane y conocido de los soldados con el nombre de Wily Will. A lo que parecía tenía dinero, vendía barato y siempre se encontraba dispuesto á convidar en la taberna : de modo que pronto se hizo amigo de muchos dragones del escuadrón de Waverley, particularmente del sargente Houghton y de otro llamado Tims. Comunicó á estos, de parte de Waverley, un plan para marcharse del regimiento y unirse con los montañeses, en las Tierras Altas, donde decía que muchos clans habían tomado ya las armas. Estos hombres que estaban educados como jacobitas y cuyas opiniones, hasta donde podían tenerlas, eran las de sir Everard, su señor, ó las que se suponía eran de éste, cayeron fácilmente en el lazo. Como Waverley estaba internado en los Tierras Altas, no le pareció sospechoso que se sirviera del buhonero para remitir cartas y más habiendo visto en poder de éste el sello de Waverley, que conocían bien, como prueba de autenticidad de instrucciones que sería imprudente transmitir por escrito. Sin embargo, empezó á notarse la trama, por algunas indiscreciones de los que en ella tomaban parte. Wily Will demostró bien su astucia, porque apenas hubo alguna sospecha desapareció y no volvió más al pueblo. Cuando la Gaceta publicó la destitución de Waverley, se amotinó una parte de la tropa, pero fué contenida por la mayoría del regimiento y desarmada. Houghton, y Tims fueron condenados á muerte en consejo de guerra, pero se les permitió sortearse y le tocó perder á Tims. Houghton manifestó el mayor arrepentimiento, persuadido, por las exhortaciones del coronel Gardiner, de haber cometido un gran delito. Es muy de notar que, tan pronto como tuvo Houghton este convencimiento, no vaciló en creer que el mensajero Wily había mentido « porque — decía — siendo una cosa deshonrosa y contra la vieja Inglaterra, de ninguna manera procede del señor ; nunca pensará éste en nada que sea deshonroso : no ; ni él ni sir Everad ni ningún otro Waverley : todo esto es obra exclusiva de ese Raffin ».

El convencimiento con que se expresaba, las seguridades que daba de que las cartas destinadas á Waverley habían sido entregadas á Ruthwen, inspiraron al coronel Gardiner la resolución de que había hablado á Talbot.

Sin duda habrá comprendido desde antes de ahora el lector que era Donald Bean Lean quien desempeñaba el papel de enganche en esta ocasión. He aquí, en pocas palabras, cuales habían sido sus móviles. De ánimo intrigante y activo hacía largo tiempo que se encontraba al servicio y como agente subalterno de personas que tenían la confianza del Príncipe. Algo sabía de esto Fergus Mac Ivor, pero no todo, porque Donald le ocultaba cuanto podía, á pesar de vivir bajo su protección. Esperaba Donald, que gracias á los triunfos políticos que sus gestiones le darían, lograría elevarse á una situación mucho más elevada que la peligrosa y precaria de merodeador en que vivía. Ocupábase, sobre todo, en conocer la fuerza exacta de los regimientos de guarnición en Escocia, el carácter de los oficiales, etc., y le había parecido que el escuadrón de Waverley no era difícil de sublevar. Pensaba Donald que hasta el mismo Waverley era en el fondo, partidario de los Estuardos, con lo que se explicaba su larga permanencia en casa del barón de Bradwardine, tan conocido jacobita. De esta manera, cuando vió que Waverley venía á verle en su caverna, acompañado de un individuo del clan de Glennaquoich, no pudo creer que se trataba sólo de una curiosidad sino que al instante pensó en alguna intriga de trascendencia bajo los auspicios de aquel rico joven inglés. No le desengañó la misma indiferencia con que Waverley escuchó sus indicaciones : atribuyó la conducta de éste á un sentimiento de

prudencia. Sin embargo, viendo que no se le daba un puesto en lo que constituía, á su parecer, la gran intriga, resolvió tormárselo por sí mismo, quisieran ó no reconocérselo. Con tal designio se apoderó del sello de Waverley mientras éste dormía, para mostrárselo al soldado que, á su parecer, tenía la confianza de nuestro héroe. Su primer viaje á Dundee, donde estaba acuartelado el regimiento, le hizo entender su equivocación ; pero esto mismo le abrió nuevo campo de operaciones. Sabía que el mayor servicio que podía hacerse á los partidarios del Príncipe era procurarles soldados, que desertasen del ejército regular. Para conseguir este resultado recurrió á las maquinaciones que el lector ya conoce y que explican cuanto hay de intrincado y oscuro en los sucesos precedentes á la partida de Waverley, cuando se encontraba en Glennaquoich.

Siguiendo los consejos del coronel Talbot, no quiso Waverley aceptar los servicios de su antiguo criado, cuyo relato había dado tanta luz á aquellas intrigas. En concepto de Talbot era hacer muy poco favor á aquel muchacho, comprometerle en aquella descabellada aventura : en todo caso, el testimonio de aquel joven podría servir para explicar las circunstancias que habían puesto á Waverley en el caso de tomar aquel partido. Waverley escribió á su padre y á su tío dándoles cuenta breve de todo, manifestándoles que en las presentes circunstancias no era prudente que le dieran contestación alguna. El coronel Talbot entregó al joven una carta recomendándole á un capitán de la marina inglesa que guardaba la costa : rogaba en esta carta que se facilitare á este joven la travesía hasta Berwick, con pasaporte para el condado de... Proveyéronle de todo el dinero que

podía necesitar para verificar un viaje rápido y así, aprovechando las indicaciones que le hicieron, logró que un pescador le condujese á bordo de un crucero inglés.

Cansado de la presencia de Callum Beg, que, según parecía, se mostraba con disposiciones á espiar lo que Waverley hacía, tomó éste á su servicio un simple campesino de Edimburgo, que había adoptado la escarapela blanca en un arrebato de celos porque Juana Jop bailó una noche con el cabo Rullock, de fusileros.

CAPITULO LII

INTRIGAS DE SOCIEDAD Y AMOR

El coronel Talbot mostróse más amigo de Waverley después que éste depositó en él su confianza y por su parte Waverley estimó más aún al coronel al conocerle mejor por vivir juntos. A primera vista parecía el coronel algo duro en la manera como manifestaba su antipatía y sus censuras; pero en realidad se dejaba convencer fácilmente. La costumbre del mando había dado á sus maneras cierta sequedad perentoria, no obstante el pulimento recibido por su frecuentación de la alta sociedad. Como muestra de carácter militar era enteramente distinto de lo que Waverley había visto hasta entonces. El tipo militar de Bradwardine era pedante : el del comandante Melville consistía en la minuciosidad técnica y de disciplina capaz de hacer maniobrar excelentemente un batallón, pero no de mandar un ejército. El espíritu militar de Fergus estaba de tal modo mezclado con las miras politicas que más parecía un soberano que un soldado. Pero el coronel Talbot era de todo punto el militar inglés : absolutamente consagrado al servicio de su país y de su rey, sin pretensiones de conocer todas las teorías

de su arte, como el Barón, ó las minuciosas prácticas como Melville, ó la ciencia de utilizarlo todo para el servicio de su ambición, como el jefe de Glennaquoich. A más de esto, el coronel Talbot era hombre de gustos cultivados y de conocimientos extensos, aunque, como ya hemos observado, imbuído de esos prejuicios peculiares de los ingleses.

El carácter del coronel Talbot fué haciéndose poco á poco familiar á Eduardo : en efecto, mientras los montañeses consumían inútilmente semanas en el asedio del castillo, Waverley no tenía apenas otra cosa que hacer sino distraerse frecuentando la sociedad. Le pareció que su nuevo amigo tendría gusto en hacer algunos nuevos conocimientos; pero el coronel no pasó de dos ó tres visitas y, aburrido, no quiso continuar la experiencia. Aun añadió más : dijo que el Barón de Bradwardine le parecía un intolerable pedante, el mayor de cuantos había tenido la desgracia de encontrar, y que el jefe de Glennaquoich, era un escocés afrancesado, con todo el artificio y la superficial apariencia de la nación en que se había educado, y el orgullo y turbulento humor de su propio país.

— Si el diablo — añadió — hubiese buscado un agente á propósito para embrollar esta pobre región, no creo que hubiera encontrado otro mejor que este tunante, activo, hábil, malévolo, que sabe hacerse obedecer por esta partida de bandoleros que usted tiene á bien admirar.

No escaparon las damas á la censura del coronel Talbot. Admitió que Flora Mac-Ivor era una mujer guapa, que Rosa Bradwardine era una linda joven; pero añadió que la primera dejaba sin efecto su gracia por la afectación de su maneras, tomadas, sin

duda, de la llamada corte de St.-Germain. En cuanto á Rosa Bradwardine, consideraba imposible que alguien pudiese admirar tan insignificante muchacha, de educación tan limitada, y además tan impropia como si se presentase vestida con un traje viejo de su padre. La verdad es que hasta un ángel habría parecido mal al coronel si se hubiese puesto una escarapela blanca en el pecho, una rosa blanca en la cabeza y un *Mac* delante de su apellido : porque, como decía riéndose, no podría aguantar á la misma Venus si se la anunciase en una recepción con el nombre de señorita Mac-Júpiter.

Ya se comprende que Waverley miraba á aquellas dos jóvenes con otros ojos. Mientras duró el asedio les hizo muy frecuentes visitas, aunque reconocía, con pena, que él hacía, tan pocos adelantos en el corazón de Flora como el ejército del Príncipe en el asedio de la fortaleza. Siguió ella con todo rigor el plan de indiferencia, sin que por esto pareciese que huía de Waverley : palabras, miradas, todo iba ajustado á este sistema y ni el abatimiento de Waverley ni la ira de Fergus, apenas contenida, pudieron conseguir que Flora tuviese para con Eduardo más atenciones que las exigidas por la ordinaria cortesía. Por otra parte, Rosa Bradwardine iba gradualmente ganando en la opinión de Waverley. Notó éste en muchas ocasiones que conforme iba perdiendo Rosa su exagerada timidez ganaba en elevación de carácter; las agitadas circunstancias de aquel tiempo parecían darle mayor dignidad de sentimientos y de expresión, como no había observado Waverley hasta entonces : no omitía Rosa ninguna oportunidad de extender sus conocimientos y refinar sus gustos.

Flora Mac-Ivor llamaba á Rosa su discípula y la

guiaba efectivamente en sus estudios formando sus gusto y su inteligencia. Hubiera podido advertir un buen observador que, en presencia de Waverley se manifestaba Flora como deseosa de que brillaran los talentos de Rosa más que los suyos propios. Pero bien puede creer el lector que esta generosidad iba disimulada en la mayor delicadeza, en muy estudiadas maneras, de modo que no pareciese afectación. De esta suerte permanecía igualmente alejada de la exhibición usual de una mujer bonita que se complace en hacer valer otra, y de la amistad de David y Jonathan, de la amistad de dos majaderos de Bond-Street. Lo cierto es que si el hecho resultaba evidente la causa permanecía oculta. Cada una de aquellas dos jóvenes, actrices perfectas en su género respectivo, desempeñaba su papel á satisfacción de los espectadores, sin que se pudiese descubrir que una de ellas cedía á su amiga cuanto era necesario para que resaltase su talento.

Pero para Waverley tenía Rosa Bradwardine un atractivo poderoso, al cual pocos hombres resisten y era el marcado interés con que atendía á cuanto á él parecía interesarle. Era harto joven é inexperta para que pudiese apreciar el resultado de aquella constante atención. Su padre estaba sumergido en discusiones militares y doctas, de manera que no podía enterarse de las inclinaciones de su hija y Flora MacIvor no ibà á alarmarla con reprensiones, precisamente cuando veía en aquella línea de conducta la mejor manera de que su amigo correspondiese á tal afecto.

Desde la primera conversación que tuvieron, al encontrarse juntas, descubrió Rosa el estado de su ánimo ante su inteligente amiga, por más que ella misma no

se daba cuenta de aquel estado. Desde aquel momento, no sólo determinó Flora rechazar todos los avances de Waverley sino que deseó incesantemente ver cambiada esta inclinación de manera que fuese favorable á su amiga. No desistió de este propósito, porque alguna vez se dejase decir su hermano, como en broma, que se proponía enamorar á Rosa : bien sabía que las ideas de Fergus en materia de matrimonio correspondían á la opinión común en el continente y que no le interesaba otra cosa que no fuese fortalecer su situación y aumentar sus prestigios por medio de una alianza. El proyecto que tenía el Barón de dejar por heredero á un lejano pariente, para que no feneciese la baronía en un línea femenina, era un serio obstáculo á cualquier pensamiento de Fergus respecto á Rosa Bradwardine. El cerebro de Fergus era constante hervidero de intrigas y proyectos, de dificilísima descripción, y así como hay artífices de más ingenio que asiduidad al trabajo, que de repente y sin motivo abandonan un plan para acometer otro recién imaginado, Fergus cambiaba á lo mejor de propósitos sin que fuera posible explicarse el motivo.

Por más que Flora tuviese gran cariño á su hermano, admirando, además, su actividad y su energía, no dejaba de comprender sus defectos, considerándolos como muy peligrosos para una mujer que pusiera su esperanza de dicha conyugal en los serenos goces del hogar doméstico y en el recíproco cariño. Por el contrario, Waverley tenía una evidente disposición á comprender la vida doméstica, á pesar de sus tendencias románticas y de su espíritu militar. Así, no le gustaba tomar parte activa en los acontecimientos que se desarrollaban en derredor suyo, ni le interesaban las discusiones de intereses, las disputas entre jefes

de clans, que á menudo tenían lugar en su presencia y que más bien le causaban pena. Todos estos puntos parecían designarle como el hombre á propósito para corresponder á las esperanzas de Rosa y labrar su verdadera felicidad.

Un día, estando Flora sola con Rosa, hablaban de Waverley.

— Tiene demasiado talento — dijo Rosa — para poderse interesar en cuestiones tan insignificantes. ¿Qué le importa, por ejemplo, saber si el jefe de Macindallaghers que ha traído únicamente cincuenta hombre, debe ser coronel ó capitán? ¿Cómo podría interesarse en ese violento altercado que ha tenido lugar entre el hermano de usted y el joven Corrinaschian á propósito de si el puesto de honor corresponde al hermano que sigue inmediatamente al mayor ó al más joven de todos los hermanos?

— Mi querida Rosa, si Waverley fuera tan héroe como usted lo supone, prestaría atención á esos asuntos que se debaten ante él, no precisamente por lo que pueden interesarle, sino para poder servir de mediador entre aquellos que hacen de tales materias un tema de discordia. Ya sabe usted que cuando Corrinaschiun grandemente apasionado llegó á poner mano á la espada, Waverley levantó la cabeza como si se despertara de un sueño y preguntó con la mayor tranquilidad qué pasaba.

— Sin duda, pero precisamente aquella distracción hizo tanta gracia que suscitó la risa, aplacando así la disputa mucho mejor que lo hubiera hecho cualquier otra cosa.

— De todos modos — añadió Flora — es indudable que Waverley habría quedado mucho mejor apaciguando el altercado con razonamientos.

— ¿Quiére usted que sea el pacificador de las discordias entre estos montañeses, inflamables como la pólvora? Perdone usted, Flora, ya sabe usted que su hermano está fuera de la cuestión, porque tiene mejor sentido que la mitad de todos los demás juntos, pero, ¿cree usted que estos altaneros y furiosos ánimos, de cuyas disputas no nos enteramos más que en parte y que nos están dando sustos todos los días de la vida, pueden compararse con Waverley?

— Me guardaré de compararle con esos hombres sin educación. Lamento únicamente que con sus conocimientos y su inteligencia no trate de ocupar en la sociedad el sitio á que puede aspirar y no impulse, como sería capaz de hacerlo, la noble causa en que se ha alistado. ¿No han recibido la más elevada educación Lochiel, P. M. G. y otros cuyos talentos no se pueden negar? ¿Por qué no los imita en su actividad? Hasta me imagino que se ha enfriado su celo gracias á ese inglés con quien se le ve tan á menudo.

— ¿El coronel Talbot? No hay duda de que es una persona muy desagradable. Parece como si se presumiera que no hay Escocia, ni una sola mujer merecedora de servirle una taza de te. En cambio Waverley es tan instruído, tan amable, tan...

— Sí — dijo Flora sonriéndose — sabe admirar la luna y recitar una estrofa del Tasso...

— Sin embargo, ya sabe usted cómo se ha batido — observó Rosa.

— Por lo que hace á batirse — añadió Flora — creo que todo los hombres (es decir los que merecen este nombre) son poco más ó menos lo mismo. En general se necesita más valor para huir. Por otra parte, cuando están unos frente á otros se baten por instinto, como los demás animales, el toro, el perro,

etc., etc. Pero no es cosa de Waverley una empresa elevada y peligrosa : no habría sido nunca lo que su antecesor sir Nigel; no habrá sido más que el poeta y panegirista de sir Nigel. El hogar doméstico, tranquilo y sosegado; este es su puesto; las letras, la indolencia en la elegante mansión de Waverley-Honour. Allí decorará la biblioteca con el más exquisito gusto ojival; llenará los estantes de libros raros y valiosos, trazará planos de jardines, escribirá versos, levantará templos, abrirá grutas : en las noches serenas y á la clara luz de la luna, se detendrá bajo la columnata del pórtico, para contemplar los gamos errantes; ó bien, tendido á la sombra de viejos y fantásticos robles, recitará versos que escuchará su linda esposa, apoyada en su brazo : será un hombre feliz.

— Y su esposa una mujer feliz — pensó la pobre Rosa; pero no hizo más que suspirar, cambiando de conversación.

CAPÍTULO LIII

FERGUS, SOLICITANTE

Waverley estaba cada vez menos satisfecho de la corte del Príncipe. Por todas partes encontraba ramificaciones de intrigas y disgustos, en tanto número que habrían bastado para hacer honor á la corte de un gran imperio : bien así como la bellota contiene, según dicen, las ramas todas de la encina futura. Toda persona algo influyente tenía su propósito particular, un fin determinado, persiguiéndolo con un ardor que á Waverley le parecía desproporcionado para el mismo propósito. Casi todos tenían motivos de descontento y queja : los más legítimos, sin duda, eran los del viejo Barón que únicamente se apenaba por la causa común.

— Nos costará trabajo — dijo un día á Waverley, después de examinar el castillo, — nos costará trabajo ganar la corona obsidional. Ya sabe usted que estas coronas se formaban con las plantas y hierbas que crecían en las plazas sitiadas, con parietaria, probablemente. No lograremos estas coronas, por el asedio del castillo de Edimburgo. — Y en apoyo de su opinión expuso razones de que haremos gracia á nuestros lectores.

Escapado Waverley de aquella compañía, fué al alojamiento de Fergus, conforme á la invitación que había recibido la víspera, para esperar allí que volviera del Palacio de Holyrood.

— Tengo una audiencia particular mañana — había dicho Fergus á Waverley, — de seguro que se complacería usted en felicitarme por un éxito de que estoy seguro.

En el alojamiento del jefe encontró Waverley á Maccombich, que también estaba esperando al jefe para darle cuenta de ciertos trabajos de zapa hechos en avance al castillo. Pronto se oyó en la escalera la voz del jefe, que gritaba con impaciencia y prisa ¡ Callum, Callum Beg... diablos ! Y entró en la habitación con todas las señales de grandísima agitación y de ira: hinchadas las venas de la frente, inflamados los ojos, las ventanas de la nariz dilatadas, hecho realmente un diablo. Aquellos indicios de rabia apenas reprimida asustaban aún más porque se comprendía el gran esfuerzo hecho para dominarse en una lucha interior terrible que convulsionaba todos sus nervios.

Al entrar en la habitación se quitó el cinturón con el sable y lo arrojó al suelo con estrépito, haciéndolo rodar hasta un rincón del cuarto.

— No sé quién me impide jurar, solemnemente, no desenvainarlo nunca más en defensa suya... Callum, cargue usted mis pistolas y tráigamelas en seguida... en seguida !

Callum, á quien nada desconcertaba ni alteraba, obedeció con la mayor sangre fría. Eran Dhu, en cuya frente se dibujaba la sospecha de que alguien hubiera insultado al jefe, esperaba con sombrío silencio, que se hiciera saber sobre quién debía recaer su venganza.

— ¡ Ah ! ¿ Está usted ahí. Waverley ? — dijo Fergus, luego de calmarse algo. — Sí, me acuerdo de haberle invitado á que viniese para participar de mi triunfo. Pues bien: ha venido usted para presenciar mi... mi desengaño, llamémosle así.

Evan le presentó un escrito que tenía en la mano: Fergus lo arrojó lejos con enfado, exclamando:

— Ojalá se desplomara el castillo encima de los locos que le atacan y de los tunantes que lo defienden... Ya veo, Waverley, que me está usted tomando por hombre que ha perdido el juicio. Evan, déjenos usted, pero no se vaya muy lejos.

— El coronel está incomodadísimo — dijo la señora de Flockhart á Evan, al encontrárselo en la escalera. — Quiera Dios que no se ponga malo. Tiene las venas de la frente tirantes como cuerdas de violín. ¿ No le convendrá tomar algo ?

— Esos ataque se curan generalmente con sangría — contestó sin inmutarse el viejo montañés.

Habiéndose calmado poco á poco Fergus, pudo hablar con alguna tranquilidad á Waverley.

— Ya sé — le dijo — que el coronel Talbot está diciendo á usted constantemente que ha hecho muy mal en comprometerse con nosotros. No lo niegue usted, porque estoy tentado de reconocer que tiene razón y que yo he hecho tan mal como usted. ¿ Quiere usted creer que he pedido esta mañana dos cosas al Príncipe y que las dos me las ha negado ?

— Pero... ¿ qué cosas eran esas ? — preguntó Waverley como deseando informarse antes de emitir juicio.

— Poco importa ; sean las que fueren, soy yo quien

ha hecho la petición, yo, á quien él debe más que tres jefes juntos, sean quienes fueren y tomándoles de donde se le antoje ; yo que he llevado todas las negociaciones para el levantamiento y que he hecho tomar las armas á todos los clans del condado de Perth, sin lo que no se hubiese movido nadie. No creo ser hombre capaz de solicitar cosa alguna que no sea razonable; pero aunque lo hubiera hecho así, no tenía él porqué andar con escrúpulos. Ahora explicaré á usted lo sucedido, puesto que empiezo á respirar con soltura. Bueno ; pues ¿ se acuerda usted de mi carta ejecutoria de conde? Ya es fecha antigua ; representa la recompensa de servicios prestados : lo menos que se puede añadir es que mi conducta no ha desmerecido desde entonces. Ya sé perfectamente que esta corona de conde no es más que una simpleza ; no hago de ella más caso que el que pudiera hacer usted ú otro filósofo, el mayor que existiese en el mundo. Pero es que tengo un motivo particular para querer hacer uso ahora de ese maldito título. Ha de saber usted, querido Waverley, que el Príncipe ha instado mucho á ese parlanchín de Barón para que desherede á un pariente suyo, allá en el décimo noveno ó vigésimo grado, que tiene un mando en el ejército del Elector de Hanover y cuyos títulos á la herencia no son otros que los de descendientes en línea de varón. Se trata de instituir por heredera á Rosa, la linda jovencita que usted conoce. Y como esta es orden de su rey, de su señor, que á título de soberano, puede cambiar la afectación de un feudo como mejor le plazca, es claro que el viejo Barón no tiene nada que objetar.

— ¿ Y qué será entonces del homenaje de las botas ó *caligæ*?

— ¡ Al diablo el homenaje! Puede que Rosa esté

encargada de quitar las zapatillas á la reina el día de la coronación ó cualquier otro. El caso es que Rosa habría sido siempre para mí un buen partido, sin esa tenaz pedilección del padre por un heredero varón. Mas ahora no me parece que pueda haber obstáculo, como no sea que el Barón quiera hacer tomar á su yerno el nombre suyo de Bradwardine, pues ya comprenderá usted que en mi situación no podría acceder á ello. En estas condiciones he pensado que tomando el título á que tengo derecho, ya no habría temor á la pretensión del Barón, si la tenía. Si además debiera ser Rosa vizcondesa de Bradwardine, por juro de heredad, al fallecimiento de su padre, tanto mejor: no haría yo objeción alguna.

— No tenía yo idea — dijo Waverley — de que profesara usted ese afecto á la señorita de Bradwardine : usted se ha burlado siempre del padre...

— Amigo mío, tengo á esta señorita todo el afecto que se requiere para una futura dueña de mi casa y madre de mis hijos. Es una joven bonita é inteligente, y pertenece á una de las más antiguas familias de las Tierras Bajas. Cuando haya recibido alguna instrucción de Flora, hará, seguramente, muy buena figura. En cuanto á su padre, es un tipo raro, absurdo, pedantesco; pero ha dado tan severas lecciones á sir Hew Halvert, á ese querido laird de Bradwardine ya difunto y á tantos otros que nadie se puede burlar de él; nadie. En estas condiciones, nada me importan sus ridiculeces. Repito á usted que no veo obstáculo alguno á este matrimonio, ninguno : todo lo tenía arreglado en mi idea.

— Pero, ¿ tenía usted el consentimiento del Barón ó el de Rosa ? — preguntó Waverley.

— ¿ Y para qué? Dirigirme al Barón antes de po-

der hacer uso del título sólo habría servido para entrar en una discusión prematura sobre el cambio de nombre, mientras que titulándome conde de Glennaquoich no tenía sino proponerle el encaje de su propio escudo — su célebre oso y su mismo tirabotas si es necesario — en el mío partido, ó como blasón de pretensión ó en escudo aparte; en fin, como quisiera, sin mengua de mis propios blasones. En cuanto á Rosa, no veo qué objeción podría hacer después de tener el consentimiento de su padre.

— Tal vez la misma que la hermana de usted ha hecho á pesar de tener yo el consentimiento de usted.

Molestó mucho á Fergus esta comparación; pero prudentemente se abstuvo de contestar como se le ocurría y se limitó á replicar:

— ¡Oh! ya habríamos arreglado eso. Vengamos al caso. Había solicitado yo del Príncipe una audiencia particular: me avisó que me recibiría esta mañana, y así rogué á usted que se encontrara aquí, imaginándome neciamente que necesitaría de usted, como testigo de la boda. Pues bien: le he dado á conocer mis títulos: no me los ha negado. Le he recordado las promesas que repetidas veces me ha hecho, le he mostrado mi ejecutoria de conde, ha reconocido su legitimidad. He solicitado como consecuencia natural, la autorización de usar el título y he tenido que volver á escuchar la historia de la rivalidad de C... y de M... He prometido salvar esta dificultad, presentando el desistimiento de los mismos interesados, por razón de mi prioridad de fechas y seguro que habría obtenido ese desistimiento, aunque hubiera sido con la punta de mi espada. Entonces me dijo la verdad, claramente: que mi ejecutoria no debe hacerse pública, por ahora, para que no se disguste ese holgazán

de... (aquí nombró al jefe de un clan rival del suyo), cuyos títulos á jefe de clan son iguales que los míos al imperio de China y á quien place no tomar las armas. como lo ha prometido cien veces, con pretexto de rivalidad por el afecto con que el Príncipe me distingue. Y para que no tenga ningún pretexto ese cobarde, me pide el Príncipe, como un favor mío personal, que no insista por el momento en pretensión tan razonable. ¡Después de esto, fíese usted de príncipes!

— ¿Y así se ha concluído la audiencia?

— ¿Concluir? No: estaba yo resuelto á no dejar pretexto alguno á su ingratitud y así le he explicado con la mayor calma posible — y eso que temblaba de ira — cuáles eran las razones que tenía yo para desear que S. A. R. pusiera á prueba de cualquier otro modo mi adhesión y respeto, puesto que mis proyectos hacían de lo que en otra ocasión habría sido una insignificancia, un sacrificio hoy dolorosísimo: entonces le revelé todos mis planes.

— ¿Y qué ha contestado el Príncipe?

— ¿Contestar? — Porque escrito está: no maldigas jamás del príncipe: no, ni aun en pensamiento, — Sí; me ha dicho que me agradecía mucho la confianza que mi confidencia suponía y más porque le daba ocasión de evitarme algún desengaño, pues tenía la seguridad, bajo su palabra de Príncipe, de que el afecto de la señorita de Bradwardine se hallaba ya comprometido y que él se había obligado á favorecer aquella inclinación. « De manera, mi querido Fergus me ha dicho con su más amable sonrisa — que pues no se trata ya de matrimonio comprenderá usted que no tiene prisa para tomar el título de conde.» Y con esto me ha dejado plantado.

— ¿Qué ha hecho usted entonces?

— Diré á usted lo que hubiera podido hacer en aquel momento ; darme yo mismo al diablo ó al Elector... al que me hubiera ofrecido el más seguro medio de vengarme ; sin embargo, no pierdo la cabezá. Ya sé que tiene el pensamiento de casar á la señorita de Bradwardine con algunos de esos granujas oficiales franceses ó irlandeses; pero yo estaré al tanto y puede andar con ojo el que me quisiera suplantar... *bisogna coprirse signor.*

Continuaron después conversando de cosas que no tenían interés, y luego Waverley se despidió de Fergus cuyo acceso de ira se había disipado, dejando el sitio libre á los deseos de venganza. Tornó á su casa Waverley, sintiéndose incapaz de analizar los diversos sentimientos que aquel relato había despertado en su corazón.

CAPÍTULO LIV

« NI AUN UNA VEZ CONSTANTE »

Soy un verdadero encaprichado de todo — dijo Waverley después de entrar en su habitación, cerrando la puerta y paseándose á grandes pasos. — ¿Qué me importa que Fergus Mac-Ivor se quiera casar con Rosa Bradwardine? No estoy enamorado de ella. Tal vez hubiera conseguido que ella me quisiese, pero he rechazado su sencillo y natural afecto, en lugar de cambiarlo en ternura y consagrarme yo mismo á una mujer que no amará nunca á nadie, mientras que el viejo Warwick, el hacedor de reyes, no resucite. En cuanto al Barón poco me hubieran importado á mí sus estados, por eso no habría tenido para mí la menor importancia esa historia del nombre. Por mí, el mismo diablo hubiera podido ostentar sus blasones y sacar las reales *caligæ* sin que yo me opusiera. Pero formada como lo está ella para las ternuras del hogar, para recibir y devolver esas encantadoras atenciones que alegran la existencia de quienes viven juntos, ella, en estas condiciones viene á ser solicitada por Fergus Mac-Ivor. No la maltratará, estoy seguro; es incapaz de hacerlo; pero no

hará caso de ella, al cabo de un mes; estará ocupadísimo en sobreponerse á algún jefe ó en suplantar á algún cortesano ó pensando en el modo de incorporar á sus posesiones un lago, una montaña cubierta de brezos ó tratando de aumentar el número de sus vasallos con algún nuevo grupo de campesinos. No le importará nada su mujer.

> La pena agostará la hermosa flor
> de una sombra tendrá la palidez,
> y sólo acabará su gran dolor
> con la muerte, tal vez.

Para que tan hermosa criatura se salvara de esta catástrofe, bastaría que Eduardo Waverley abriera los ojos. — Francamente, no sé cómo he podido creer que Flora es superior, es decir, muy superior á Rosa; es más alta, de ademanes más sueltos, pero son muchas las personas que hallan más naturalidad en Rosa. Por otra parte, ésta es mucho más joven : dos años de diferencia, si no me engaño : me fijaré bien esta noche.

Tomada está resolución fué Waverley á tomar el te (era la moda hace sesenta años) á casa de una señora distinguida, adicta á la causa del Príncipe, en donde encontró, como había esperado, á las dos jóvenes. Cuando entró todos se pusieron de pie; un instante después prosiguió Flora su conversación interrumpida. Rosa, por el contrario hizo un movimiento casi imperceptible para que Waverley pudiera tomar puesto en aquel numeroso corro.

— Lo cierto es — pensó Waverley — que tiene maneras muy atrayentes.

Suscitóse una empeñada discusión acerca de si la

lengua italiana era ó no superior á la gaélica para la poesía. Probablemente en otras circunstancias no hubiera tenido partidarios la lengua gaélica; pero allí encontró entusiasta defensa en siete señoras montañesas las cuales clamaban á toda voz citando ejemplos de eufonía céltica. Observando Flora la desdeñosa sonrisa de las señoras de las Tierras Bajas, expuso algunas razones para probar que la comparación entre ambas lenguas no era absurda.

Pero Rosa, cuando le preguntaron su opinión, abogó, resuelta, en favor de la lengua italiana, que había estudiado con Waverley.

— Tiene oído más fino que Flora — pensó Waverley — aunque no sea tan fuerte en música. Supongo que la señorita Mac-Ivor es capaz de comparar á Mac-Murrongh nan Fonn con el Ariosto.

Sucedió luego que la reunión se dividió en dos pareceres con respecto á si se rogaría á Fergus que tocara la flauta, en lo que era habilísimo, ó si se invitaría á Waverley para que leyera algún trozo de Shakespeare. La dueña de la casa se encargó de recoger los sufragios á favor de la poesía ó de la música, pero á condición de que el caballero cuyos talentos no hubieran de lucirse en aquella noche quedaría comprometido para la siguiente. La casualidad hizo que los votos se dividieran en igual número, faltando sólo uno, el de Rosa, para decidir el empate. Flora acababa de votar por la música, como si no quisiera dar el menor pretexto para que Waverley se creyera favorecido, aunque con una condición, la de que el Barón acompañaría á Fergus con el violín. El voto de Rosa, favorable á la poesía resolvió el problema planteado.

— Felicito á usted, Flora — decía para sus aden-

tros Waverley mientras esperaba que le trajeran un tomo de Shakespeare — por su buen gusto; pero eso estaba bien cuando nos hallábamos en Glennaquoich: el Barón no toca muy bien, que digamos, y Shakespeare merece que se le oiga.

Escogióse *Romeo y Julieta* y Eduardo leyó con mucho gusto, con gran sentimiento, unas cuantas escenas. Toda la reunión aplaudió, unos con las manos, otros derramando lágrimas. Flora, que conocía el drama, fué de los primeros; Rosa, que lo oía por primera vez, figuró entre los otros admiradores.

— Tiene más sensibilidad — pensó Waverley.

Entablóse la conversación acerca de los incidentes y de los personajes de la obra. Fergus manifestó que el único merecedor de ser considerado como hombre de ingenio y de mundo, era Mercutio.

— No puedo apreciar bien — dijo — el personaje por tratarse de un tiempo viejo; pero sin duda resulta amabilísimo dentro de su época.

— Y es una vergüenza — añadió Maccombich que, ese Tilbert ó Taggart ó como se llame, se atreva á tocar en el brazo á un caballero mientras éste se halla apaciguando una disputa.

Naturalmente, las señoras se declararon en favor de Romeo; pero no sin alguna contradictora: la dueña de la casa y otras señoras le reprobaron la facilidad con que había pasado del afecto de Rosalinda al de Julieta. Flora no había dicho nada; pero como le preguntaron repetidas veces su opinión acabó por manifestar que á su juicio aquel cambio era muy natural y demostraba en alto grado la observación del poeta.

— Romeo es — añadió Flora — un joven particularmente apasionado. Se fija primero en una mujer

que no puede corresponderle: él mismo lo confiesa

> No hay flechas del amor que la traspasen,

y luego dice:

> juró no amar jamás.

De manera que viéndose Romeo en la imposibilidad de este amor y, aun suponiéndole irreflexivo, siendo imposible que subsistiera este amor sin esperanza de correspondencia, el poeta ha escogido con gran habilidad el instante en que el joven se desespera para hacerle encontrar otra mujer más merecedora de su amor y más dispuesta á corresponderle. No se puede concebir una situación mejor calculada para inflamar el amor de Romeo por Julieta que aquella de profunda pena en que les halla sumido Romeo cuando entra en escena y de la que triunfa radiante, al final de la misma escena exclamando:

> ... tornará la tristeza
> no podía amortiguar el gran contento,
> el júbilo que al verla, en un momento
> me ha invadido.

— ¿Oh, oh, miss Mac-Ivor — exclamó una señora — pretenderá usted despojarnos de nuestra mayor prerrogativa? ¿Querrá usted persuadirnos de que no puede subsistir el amor sin esperanza y que un amante debe renunciar á la constancia si su amada es cruel? Por cierto que no esperaba yo una conclusión tan poco sentimental.

— Un enamorado, mi querida lady Betti — repuso Flora — puede mantenerse en su cariño á pesar

de las circunstancias : puede resistir á grandes tempestades de rigor; pero una cosa es esta y otra la indiferencia constante. Ni aun con los mayores atractivos debe intentarse esta experiencia. Puede subsistir el amor hasta con la más pequeña esperanza, pero no careciendo absolutamente de ella.

— Es el caso de la yegua de Duncan Mac Girdie, con perdón de las señoras — dijo Evan — á la que su amo iba acostumbrando á no comer y justamente se murió cuando ya estaba casi acostumbrada.

El comentario de Evan hizo reir á todos y dió lugar á que se cambiase de conversación. Pronto se disolvió la tertulia y Eduardo volvió á su alojamiento reflexionando en lo que había oído á Flora.

— No amaré más á mi Rosalinda — pensó — el consejo que me ha dado ella misma está claro. Hablaré á su hermano y renunciaré á mis propósitos. En cuanto á Julieta ¿me será lícito contrarrestar las pretensiones de Fergus? Es imposible que logre triunfar él en esta empresa. Y si fracasa... Entonces, como entonces.

Y con está resolución, con el propósito de dejarse guiar por las circunstancias, nuestro héroe se entregó al descanso.

CAPÍTULO LV

UN HOMBRE BRAVO EN LA AFLICCIÓN

Por si acaso mis amables lectoras piensan que nuestro héroe era, de ligereza imperdonable en amores, haré observar que no todas las preocupaciones y sentimientos provenían de este amoroso origen. El mismo poeta lírico que de una manera tan sentida se lamenta de las penas del amor, no deja de decir que estaba al mismo tiempo « en deudas de bebida », lo que sin duda era agravación grande á sus apuros. En realidad se pasaban muchos días sin que Waverley pensara ni en Flora ni en Rosa Bradwardine, sino haciendo melancólicas conjeturas acerca de la situación de su familia en Waverley-Honour y sobre los dudosos resultados de la guerra civil en que estaba empeñado. El coronel Talbot tenía frecuentes discusiones con él concernientes á la justicia de la causa legitimista.

— No — decía el coronel, — es imposible que abandone usted por el momento la causa en que se ha comprometido; pero, lo que sí quisiera yo es que se persuadiera usted de que no tiene en su apoyo el derecho, que es contraria á los intereses del país y que

usted como inglés y como patriota se halla en el deber de aprovechar la primera oportunidad para separarse de esta desventurada expedición antes de que se hunda.

En estas disputas políticas se contentaba Waverley con oponer á su adversario los argumentos usuales entre los hombres de su partido y con los cuales sería inútil fatigar al lector. Pero, cuando el coronel le exponía datos comparativos de fuerzas militares, de los elementos con que los legitimistas pretendían derribar el régimen constituído, no encontraba Waverley ningún argumento que oponer : sólo tenía una contestación.

— Si la causa que he abrazado es tan peligrosa, razón de más para no abandonarla, por mi propio decoro.

Con esto á su vez hacía callar al coronel Talbot y la conversación cambiaba de tema.

Una noche en que, después de una discusión de este orden, ambos amigos se habían acostado, en sus respectivas alcobas separadas por un delgado tabique, se despertó Waverley á media noche pareciéndole que oía quejidos. Hízose cargo de que aquellos sofocados lamentos partían del cuarto de Talbot, y acercándose notó en efecto los profundos suspiros. ¿Qué era aquello? El coronel se había separado de él como siempre, en su estado habitual : sin duda se había puesto malo. Con esta impresión abrió pausadamente la puerta viendo entonces que el coronel estaba sentado junto á la mesa, y encima de ésta había una carta y un retrato. El coronel alzó la cabeza al sentir que se abría la puerta : Waverley vaciló si entraría, pero en esto advirtió que el coronel tenía las mejillas mojadas de lágrimas.

Como si le hubiera avergonzado hallarse en aquel estado de emoción, se levantó el coronel, y con acento grave y de disgusto dijo :

— Creía yo, señor Waverley, que dentro de mi cuarto y á estas horas, aunque prisionero, no me vería expuesto á una...

— No diga usted intrusión, coronel Talbot : es que he oído su respiración fatigosa, he temido que se hubiera usted puesto malo y sólo por esto me podía determinar á entrar en su cuarto.

— Estoy bien — dijo el coronel — perfectamente bien.

— Sin embargo, usted tiene penas — repuso Waverley — ¿No habría medio de remediarlas?

— Ninguno, señor Waverley : estaba pensando en Inglaterra y en desagradables noticias que he recibido...

— ¡Dios santo! Mi tío acaso... — exclamó Waverley.

— No; se trata de asuntos míos personales. Mucho siento que haya notado usted hasta qué punto me afectan; pero es inevitable dar salida de cuando en cuando al dolor para soportarlo después con más ánimo. Quería tenerlo secreto porque ya presumía que habría usted de querer consolarme y no hay consuelo posible. Pero me ha sorprendido usted y veo que también usted ha experimentado sorpresa. Aborrezco el misterio : lea usted esta carta.

Diciendo esto dió á Waverley una carta : era de la hermana del coronel Talbot y decía así :

« He recibido la tuya mi querido hermano por conducto de Hodges. Sir E. W. y Mr. R. están, aún libres, pero no se les permite alejarse de Londres. Bien quisiera poderte dar buenas noticias de casa,

UNIVERSIDAD

pero desgraciadamente lo de Preston nos ha llenado de consternación: hasta se nos dijo que habías muerto. Ya sabes en qué situación se halla Emilia, cual era su salud cuando tu amistad por sir Everard te hizo separarte de nosotros. Emilia tuvo grandísimo sentimiento cuando supo que había estallado la revolución en Escocia, pero no perdió el ánimo, como correspondía á tu esposa y para conservación de su futuro heredero, por tanto tiempo deseado. Pero ¡ay! mi querido hermano, desvaneciéronse estás esperanzas. A pesar de cuantas precauciones tomé para impedir que llegara á su conocimiento la noticia, se enteró de lo que se decía, sin que pudiese prepararla. El susto la hizo entrar en dolores de parto y la pobre criaturita murió apenas venido al mundo. ¡O jalá no tenga que añadir más desgracias! Pero, si bien tu última carta nos ha tranquilizado desmintiendo el rumor de la horrible desgracia, Emilia se encuentra en muy mal estado y teme el médico que las consecuencias sean graves y aun peligrosas, especialmente á causa de la incertidumbre en que Emilia se tiene que encontrar con respecto á ti, aumentada por la idea que se ha formado de la feroeidad de los enemigos que te tienen prisionero.

Tan pronto como recibas esta carta haz cuanto te sea posible para recuperar la libertad, sea bajo palabra de honor, sea por dinero, sea por cange, en fin por todos los medios posibles. Nada exagero con respecto al estado de Emilia; pero no debo ocultarte la verdad, ni me atrevo á hacerlo. Siempre, mi querido Felipe, tu muy afecta hermana,

LUCY TALBOT. »

Eduardo permaneció un momento inmóvil después

de leer la carta; era evidente que el viaje emprendido por el coronel en busca suya, había sido la causa de aquella desgracia irremediable. El coronel Talbot y lady Emilia, que por largo tiempo no habían tenido hijos, se creyeron á punto de colmar este gran deseo y ya se perdieron estas esperanzas. Y este desengaño era aún poco si se comparaba con la otra desgracia que dejaba entrever la carta: Eduardo, horrorizado, se consideraba causa de aquellos males.

Antes de que Waverley pudiese hablar, recuperó el coronel su calma ordinaria, aunque sus ojos húmedos revelasen todavía su aflicción.

— Es una mujer por quien hasta un militar puede llorar sin sonrojarse — dijo Talbot mostrando á Waverley una miniatura que justificaba plenamente el elogio. — Luego añadió:

— Sin embargo, su hermosura es el menor de los encantos que tiene — que tenía, puedo decir; pero, ¡hágase la voluntad de Dios!

— Tiene usted que marcharse... pero inmediatamente. No es, no será demasiado tarde.

— ¡Marcharme! ¿Cómo, estando prisionero bajo palabra?

— Yo le devuelvo á usted su palabra; yo respondo de usted, yo me hago responsable.

— No puede usted hacerlo, ni mi honor me permite aceptarlo.

— Pues aunque me cueste la cabeza — dijo Waverley con impetuosidad. — He sido la desgraciada causa de la muerte de su hijo; no he de serlo de la muerte de su mujer.

— No, querido Eduardo — dijo Talbot estrechándole cariñosamente la mano. — No tiene usted culpa alguna en esto. Si le he ocultado á usted mi aflicción

durante dos días, ha sido solamente por miedo de que considerase usted la situación precisamente desde este punto de vista. Ni usted me conocía, ni menos podía usted pensar en mí cuando yo salí de Inglaterra. Tenemos que responder de los resultados directos y previstos de nuestros actos; y sabe Dios que no es poco para los mortales. Pero en cuanto á los resultados involuntarios é indirectos, el Ser bueno y todopoderoso, único que puede prever el encadenamiento de unos hechos con otros, no ha dicho que las criaturas sean responsables de ellos.

— De modo que ha dejado usted á lady Emilia — dijo Waverley emocionadísimo — en la situación más interesante ante la consideración del esposo, para salir en busca de un...

— No he hecho más que cumplir con mi deber — repuso el coronel Talbot con mucha calma — no lo siento ni debo sentirlo. Si el camino de la gratitud y del honor fuera fácil, no habría mérito en seguirlo. Pero á menudo nos conduce en dirección opuesta á nuestros intereses y pasiones y aun contra los mayores afectos. Son estas pruebas de la vida; y aunque ésta no es la menos amarga (y se le saltaban las lágrimas), tampoco es la primera que he sufrido. Pero continuaremos mañana esta conversación — añadió estrechando la mano de Waverley. — Buenas noches, y olvídese usted de todo durante algunas horas. Creo que amanece á las seis y ya son las dos. ¡Buenas noches!

Eduardo se retiró sin tener ánimos para contestar nada.

CAPÍTULO LVI

ESFUERZO

Cuando el coronel Talbot entró en el comedor, á la mañana siguiente, supo por el criado que Waverley había salido muy temprano y que aún no había vuelto. Ya estaba muy avanzada la mañana cuando, al fin, se presentó Waverley; venía con aire de tanta satisfacción, que el coronel quedó sorprendido.

— Aquí está — dijo Waverley poniendo un papel encima de la mesa — mi trabajo de la mañana. Alick, haga usted el equipaje del coronel. Pero de prisa, muy de prisa.

Talbot examinó aquel papel y quedó atónito. Era un pasaporte, por el que se daba al coronel Talbot autorización para ir á Leith ó á cualquier otro puerto en posesión de las tropas de su alteza real y embarcarse con destino á Inglaterra ó á donde deseare, libremente, y con la única condición de que diera su palabra de honor de no tomar las armas contra la casa de Estuardo por tiempo de un año.

— En nombre de Dios — exclamó el coronel con los ojos chispeantes, — ¿cómo ha obtenido usted esto?

— He ido á palacio, muy temprano, para encontrarme al momento de levantarse el príncipe y en la recepción de esta hora. Pero ya se había marchado; estaba en el campamento de Duddingston. Fuí allá. Solicité y obtuve audiencia. Pero no añadiré una palabra más mientras no le vea á usted preparándose para partir.

— ¿Antes de saber si puedo hacer uso de ese pasaporte y cómo lo ha obtenido usted?

— Bueno; saque usted todo lo de su maleta, si gusta. Está bien; ahora que está usted á la obra, voy á continuar. Tan pronto como nombré á usted brillaron los ojos del príncipe lo mismo que los de usted hace un momento. « ¿Ha manifestado el coronel sentimientos favorables á nuestra causa? » me preguntó. Nada de esto; y no creo que se pueda esperar de ningún modo, contesté. Se puso serio. Le pedí la libertad de usted. « Imposible », dada su importancia, su amistad y sus relaciones con determinados personajes, mi petición era extravagante. Le he referido la historia de usted y la mía, y le he suplicado que juzgara conforme á sus propios sentimientos, cuáles debían ser los míos. Tiene corazón, y es generoso; coronel Talbot, diga usted lo que quiera. Ha cogido un papel y ha escrito el pasaporte de su puño y letra. « No someteré este asunto á mi consejo », ha dicho, « me harían proceder fuera de lo justo. No puedo consentir que un amigo como usted, á quien tanto estimo, se vea expuesto á las dolorosas reflexiones que le agoviarían si acaeciese otra desgracia en la familia del coronel; en tales condiciones no tendré prisionero á tan bravo enemigo. Por otra parte, creo que me podré justificar yo mismo ante mis prudentes consejeros haciendo valer el buen efecto que podrá producir este

acto de benevolencia en las familias inglesas relacionadas con el coronel Talbot. »

— En eso aparece la política — dijo el coronel.

— Cierto; por lo menos ha discurrido como hijo de rey. « Tome usted este pasaporte, he puesto una condición por mera fórmula; pero si el coronel hace alguna objeción, déjele usted partir sin exigirle palabra de nada. He venido aquí para luchar con hombres, no para afligir ni poner en peligro á las mujeres.

— Nunca hubiera pensado que habría de deber tantas atenciones al preten...

— Al príncipe — dijo Waverley sonriéndose.

— Al caballero — dijo á su vez el coronel — es un excelente nombre de incógnito del que podemos hacer uso. ¿No ha dicho á usted nada más?

— Unicamente me ha preguntado si se me ocurría alguna otra cosa en que servirme. Le contesté que no, me estrechó la mano, y me dijo: « Ojalá fuesen todos los oficiales de mi ejército tan desinteresados como usted; hay amigos de usted que, no contentos con pedirme cuanto está en mi mano concederles, solicitan cosas que no podría otorgar el más poderoso monarca de la tierra. Verdaderamente ningún soberano ha representado como yo, en el concepto de sus súbditos, el poder de Dios, á juzgar por las cosas extravagantes que de mí esperan.

— ¡Pobre joven! — dijo el coronel. — Ya está pasando por las dificultades de su situación. Pero, querido Waverley, esto es mucho más que un favor; Felipe Talbot no lo olvidará nunca mientras tenga memoria. Mi vida, en fin, que Emilia dé á usted gracias; es un favor que vale tanto como cincuenta vidas. No puedo vacilar en dar mi palabra en estas circuns-

tancias; aquí está (y la escribió en debida forma). Y ahora, ¿cómo voy á marcharme?

— Ya está todo arreglado; tiene usted el equipaje hecho, los caballos esperan, y, con permiso del príncipe, encontrará usted un barco que le esperará para pasarle á bordo de la fragata *Fox;* ha salido ya un mensajero, que envió á Leith.

— Me parece admirable. El capitán Beaver es particular amigo mío y me desembarcará en Berwick ó Shields, en donde tomaré la posta para Londres. Me dará usted el paquete de cartas que recibió usted por medio de miss Bean Lean. Acaso halle ocasión en que servirme de ellas en beneficio de usted. Pero allá veo al amigo de usted, ese montañés, Glen... ¿Cómo es ese bárbaro nombre? Viene con su ayudante; supongo que no será cosa de decir su matasiete. Por su modo de andar parece que toda la tierra es suya; véale usted con su gorra derribada sobre la oreja y el *plaid* cruzado sobre el pecho. Me gustaría encontrarme con ese joven en sitio donde no me hallase yo con las manos atadas; yo le abatiría el orgullo ó él abatiría el mío.

— Por Dios, coronel Talbot, en cuanto ve usted un tartán, se enfurece como un toro ante la capa roja; usted y Mac-Ivor tienen muchos pnntos de semejanza, al menos en lo que á prejuicios nacionales concierne.

El término de esta conversación tuvo lugar ya en la calle. Pasaron cerca de Mac-Ivor, y el coronel y él se saludaron con la ceremoniosa altivez de dos duelistas antes de empezar á batirse. Era evidente su mutua antipatía.

— Siempre va seguido de ese tunante como de un perro — dilo el coronel después de montar á caballo.

— Cada vez que los veo me acuerdo de unos versos que leí no me acuerdo dónde, y que dicen :

> Beltrán le va siguiendo como un mago
> Silencioso y sombrío
> Ganoso de probar su poderío.

— Aseguro á usted, coronel — dijo Waverley, — que juzga usted con excesiva severidad á los montañeses.

— No, no; yo no rebajo de lo dicho ni una jota; no retrocedo un ápice. Que se queden en sus montes pelados, sean allí tan altivos como se les antoje y cuelguen sus gorras de los mismos cuernos de la luna, si pueden. ¿Qué vienen á hacer entre gentes que usan pantalones y hablan una lengua inteligible? Digo inteligible comparándola con su jerigonza; pues, por lo demás, el inglés de las Tierras Bajas es poco más ó menos como el de los negros de Jamaica. Tengo verdadera lástima del Pret..., quiero decir del caballero, por estar obligado á vivir entre tales gentes. Por ejemplo: hay un pillastre, una especie de diablo chupado, que sigue algunas veces á Glena... Glenamcreck, creo. A primera vista parece que tiene quince años, pero en realidad cuenta con un siglo de villanía y de ruindades. Hace unos días estaba jugando al tejo en el patio. Acertó á pasar un señor muy decente y le dió con un tejo en una pierna. Aquel señor se incomodó y amenazó con el bastón; entonces mi valiente echó mano á una pistola, como Clincher en *The trip to the Jubilee*, y sin gritar agua va, como se dice cuando se abre una ventana, haciendo escapar á los transeuntes por miedo á las consecuencias inevitables, acabó e basilisco con la vida del pobre hombre.

— ¡Buena descripción hará usted del carácter de Escocia, coronel Talbot! — dijo Waverley.

— ¡Oh! el juez Shallow me evitará el trabajo — dijo el coronel. — « Estéril, estéril, mendigos todos, mendigos todos, aire saludable. » — Esto del aire es cuando se halla uno lejos de Edimburgo y antes de llegar á Leith, como estamos ahora nosotros.

Poco después llegaban ante el puerto de mar:

Esparaba la nave en el puerto de Leith
El viento clamoroso hincha duro las velas. .
En el puerto de Berwick la nave entra altanera.

— ¡Adiós, coronel! que encuentre usted todo como lo desea. Acaso nos veamos antes de lo que usted espera. Se dice que vamos á ponernos en marcha en seguida hacia Inglaterra.

— No me diga usted nada — repuso Talbot. — No quiero llevar noticia alguna de sus movimientos.

— Entonces, sencillamente, ¡adiós! Hágame el favor de saludar respetuosa y cariñosamente á sir Everardo y á mi tía Raquel. Piense usted en mí tan bien como le sea posible; hable de mí con toda la indulgencia que su conciencia le permita, y ¡adiós!

— Adiós, querido Waverley; muchas, muchas gracias por sus atenciones. Déjese de *plaid* á la primera oportunidad. Pensaré en usted siempre con gratitud, y mi mayor censura será decir: *¿qué diablos se le habrá perdido en ese infierno?*

De esta manera se separaron; el coronel Talbot pasó á bordo del barco y Waverley se volvió á Edimburgo.

CAPITULO LVII

LA MARCHA

No nos proponemos invadir el terreno propio de la Historia. Unicamente habremos de recordar á nuestros lectores que en los primeros días de noviembre el Príncipe Carlos, á la cabeza de unos seis mil hombres, á lo sumo, resolvió jugar el todo por el todo penetrando en el corazón de Inglaterra, aunque no ignoraba los grandes preparativos que se hacían para su recepción. El tiempo que hacía al ponerse en marcha esta cruzada habría hecho desistir de su propósito á cualquier otro ejército, pero no á estos montañeses que, al contrario, encontraban, en estas circunstancias, gran ventaja. A pesar de tener por enemigo un ejército superior situado en la frontera bajo las órdenes del general Wade, sitiaron y tomaron á Carlisle, prosiguiendo luego su atrevida marcha hacia el sur.

Como el regimiento de Mac-Ivor iba en la vanguardia, Waverley iba también en las primeras filas, igualando en resistencia á los más robustos montañeses. Hablaba ya un poco el gaélico y siempre acompañaba al jefe; pero éste y Waverley veían los progresos de su ejército de muy distinto modo. Fergus, lleno de

fogosidad y de audacia, creyéndose capaz de conquistar el mundo, no veía sino que á cada paso se acercaban á Londres. No pedía, ni esperaba, ni deseaba otros auxilios que los de los clans para restaurar la dinastía de los Estuardos en el trono, y cuando, por acaso, se incorporaban á las tropas del Príncipe algunos nuevos partidarios, Fergus los tenía por intrusos, competidores, nada más, á los futuros favores del Príncipe con detrimento de los montañeses.

Eduardo tenía puntos de vista muy distintos. Había observado que en las ciudades donde se proclamaba á Jacobo III no gritaba nadie *God bless him.* Dios le bendiga. El pueblo permanecía absorto, sorprendido, indiferente, sin dar señales de participar del recocijo ó, por mejor decir, sin crear este mismo regocijo gritando y aclamando como en general acostumbra dejándose llevar de su amor al ruido y á las voces. Creían los jacobitas que en los condados del noroeste había muchos ricos propietarios y gran número de campesinos adictos á la causa de la Rosa Blanca; pero en realidad encontraron muy pocos *tories*. De las gentes acomodadas unos habían abandonado sus casas, otros se fingían enfermos, otros se hacían sospechosos. Entre los pocos que quedaban, los ignorantes miraban con sorpresa mezclada con horror y aversión, á aquellos escoceses que hablaban una lengua desconocida y tenían tan desastroso aspecto. Los más prudentes consideraban la escasez del número, la carencia de disciplina, la pobreza de equipo, anuncios de un fin calamitoso en su empresa. De esta manera no se unían al Príncipe sino algunos hombres cegados por el fanatismo político ó desesperados por el estado de su fortuna y decididos á arriesgarlo todo.

Alguien preguntó al barón de Bradwardine qué pensaba de aquellos reclutas; á lo que el Barón tomando un polvo de rapé contestó.

— Mi opinión no puede ser muy favorable porque esos individuos se parecen á los que fueron á reunirse con David en la caverna de Adullam : *videlicet*, todos los que estaban en la miseria, todos los que tenían deudas, todos los que estaban descontentos, aquellos de quienes dice la Vulgata que estaban en la amargura y la desolación. Sin duda pondrán bien en ejercicio sus manos y no estará de más, pues he advertido contra nosotros miradas muy acerbas.

Ninguna de estas consideraciones hacía mella en Fergus. Admiraba la espléndida vegetación de aquellas regiones y la situación de muchas de las propiedades por donde pasaban.

— ¿La hacienda de Waverley-Honour es como esa, Eduardo? — preguntaba.

— Es una mitad mayor.

— ¿El parque de su tío es tan grande como este?

— Tres veces mayor : más parece monte que parque.

— Flora será feliz.

— Espero que para ser feliz no ha de necesitar Waverley-Honour.

— Así lo espero yo también; pero el ser dueña de una propiedad semejante merece adicionarse en la suma total.

— Una adición que con facilidad miss Mac-Ivor reemplazaría por otra.

— ¿Qué quiere usted decir señor Waverley? — exclamó Fergus deteniéndose y volviéndose hacia nuestro héroe — ¿He oído bien? ¿Habla usted seriamente?

— ¿Debo entender que no quiere usted contraer matrimonio con mi hermana?

— Es su hermana la que no quiere contraer matrimonio conmigo, según da á entender por todos los medios acostumbrados cuando una señora trata de rechazar una pretensión de esta naturaleza.

— No se me podía ocurrir nunca que una señorita hubiera de rechazar á un prometido ó un prometido retirar su promesa después de obtener la aquiescencia del guardador legal de la novia, sin una explicación con éste. No esperaría usted, supongo, que le cayera mi hermana en la boca como una breva madura y cuando á usted se le antojara.

— En cuanto al derecho de despedir al novio — contestó Eduardo — es cosa, coronel, que podrá usted discutir con su hermana, pues por mi parte no conozco las costumbres de su país á este respecto. Pero en cuanto á mi derecho de aceptar la repulsa que ella me ha dado sin la intercesión de usted, le diré francamente que aun reconociendo la belleza y las altas dotes de miss Mac-Ivor, no ya su mano, pero ni la mano de un ángel recibiría yo, con un imperio como dote, si su consentimiento le fuera arrancado por la tenacidad de parientes ó guardadores, y si no lo debiese á su libre determinación.

— ¡Un ángel con un imperio por dote! — repitió Fergus en tono de amarga ironía. — Me parece que cierto caballero del condado de... no teme mucho verse en el trance de aceptar semejante partido. — Y cambiando de tono añadió : — En fin, si Flora Mac-Ivor no tiene por dote un imperio, es hermana mía y esto basta para que no se la pueda tratar de una manera muy cercana á la ligereza.

— ¿Es Flora Mac-Ivor — dijo Waverley con firmeza

y esto bastaría para que, si yo fuese capaz de tratar con ligereza á alguna mujer, no necesitase ella otra protección.

Fergus frunció aún más el cejo; pero Eduardo se encontraba tan indignado por la manera como aquél había hablado, que no trató de conjurar la tormenta haciendo alguna concesión. Ambos se habían detenido durante el diálogo. Fergus parecía medio dispuesto á contestar aún con más violencia; pero haciendo un esfuerzo dominó su apasionamiento y dando media vuelta echó á andar de nuevo. Como hasta entonces habían caminado juntos, uno al lado del otro, Waverley echó á andar también en igual dirección, con intención de dejar á Fergus en paz hasta que se tranquilizase, pero decidido á no ceder un ápice en lo que consideraba de dignidad suya.

Después de haber andado de esta manera cosa de una milla y sin hablar palabra, reanudó Fergus la conversación si bien de modo más afable.

— Tal vez me he acalorado demasiado — dijo á Waverley — pero el desconocimiento del mundo es en usted, Eduardo, increíble. Se ha enojado usted porque Flora muestra alguna reserva y acaso porque toma con gran calor sus ideas políticas; y ahora se incomoda usted como un niño contra el juguete que pedía llorando : me censura usted porque no tengo los brazos bastante largos para llegar hasta Edimburgo, á fin de procurar á usted al instante el objeto de sus deseos. No estoy dispuesto á apasionarme, pero no hay duda de que la mortificación de perder una alianza de familia con un amigo como usted, un enlace del que se ha hablado como resuelto en las Tierras Altas y en las Bajas, bastaría para irritar una sangre aún más tranquila que la mía. Voy á escribir

á Edimburgo á fin de arreglar este asunto; es decir, si usted quiere, aunque no puedo suponer que la buena opinión de usted con respecto á Flora, tantas veces manifestada, se haya cambiado de repente.

— Coronel Mac-Ivor — dijo Eduardo, dispuesto á no ir más adelante ni más de prisa en un asunto que consideraba definitivamente concluído — tengo en alta estima la buena y valiosa intervención de usted y ciertamente me honra mucho su celo en favor mío; pero así como miss Mac-Ivor ha tomado una decisión libre y voluntariamente recibiendo con la mayor frialdad mis atenciones en Edimburgo, yo no he de consentir, tanto por consideración á ella como por mí mismo, que sea molestada. Hace mucho tiempo que deseaba hablar á usted de esto, pero ya habrá podido notar usted cuál era mi situación ante su hermana. Si no he hablado antes ha sido por natural repugnancia á tratar de un asunto tan desagradable para ambos.

— Está muy bien, señor Waverley — dijo Fergus con altivez. — Es asunto concluído. No estoy en el caso de instar á nadie para que se case con mi hermana.

— Ni yo tampoco en el de exponerme á nuevas repulsas de la misma señora — dijo Waverley en el mismo tono.

— Sin embargo — añadió Fergus como si no hubiera oído estas palabras de Waverley — averiguaré lo que opina de esto mi hermana y entonces veremos si se debe concluir en esta forma.

— Con respecto á las averiguaciones — dijo Waverley — el juicio de usted le indicará lo que proceda. Bien sé que miss Mac-Ivor no cambiará de modo de pensar; pero si contra toda probabilidad ella cambiase,

yo no cambio en la mía. Unicamente digo esto para evitar equivocadas interpretaciones.

Ciertamente, en aquel momento hubiera querido Mac-Ivor remitir la disputa á un encuentro personal; echaba chispas por los ojos y miraba á Eduardo como buscando en qué sitio le causaría una herida mortal. Pero como ya en nuestro tiempo no se bate nadie conforme á las reglas y figuras de Carranza ó de Vicente Saviola, no ignoraba Fergus que para un duelo á muerte se necesita un pretexto razonable. Por ejemplo, podemos desafiar á un individuo porque nos ha dado un pisotón en un atropello de gente, ó porque nos ha dado un empujón, ó se ha sentado en nuestra butaca estando en el teatro; pero el moderno código del honor no autoriza á fundar una querella en el derecho á exigir que un hombre continúe las relaciones con una mujer que no le quiere. Por consiguiente, Fergus tuvo que pasar por aquella supuesta afrenta esperando que el tiempo le proporcionara ocasión de vengarse y sin perjuicio de buscar por sí mismo esta ocasión con el mayor cuidado.

Un criado de Waverley llevaba siempre á la retaguardia del batallón un caballo para su amo, por más que éste pocas veces lo utilizaba, pero en las presentes circunstancias, irritado del proceder de Fergus, se detuvo, dejó pasar el batallón y montó á caballo con la intención de buscar al barón de Bradwardine y pedirle que le recibiese como voluntario en su regimiento, no queriendo seguir más en el de Mac-Ivor.

— Buena la hubiera hecho — pensó Waverley después de montar á caballo — si llego á emparentar con ese soberbio saco de orgullo, de amor propio y de ira. ¡Coronel! generalísimo debería ser. Es jefe de

un clan de trescientos ó cuatrocientos hombres ; pero tiene orgullo de sobra para mandar como Kan de Tartaria, como Gran Señor ó como Gran Mogol. Me alegro de verme libre de él. Flora será un ángel, pero su futuro marido podía contar con que tiene por cuñado á un segundo Lucifer de ambición y de ira.

El coronel Bradwardine, cuya erudición (como los proverbios de Sancho en Sierra Morena) se enmohecía por falta de uso, se regocijó al ver que Waverley le proporcionaba ocasión de volver á lucirse. Aceptó, por consiguiente, sus servicios ; pero, no obstante, quiso reconciliar á los antiguos amigos. Fergus se hizo el desentendido, aunque escuchó al Barón con respeto. Waverley no se creyó obligado á ser el primero en reanudar una amistad que el jefe montañés había roto con su inconveniente proceder. El Barón dió cuenta de todo esto al Príncipe, quien deseoso de evitar discordias en su pequeño ejército prometió intervenir ; pero las ocupaciones de la marcha hicieron que durante unos días no pudiese ocuparse en resolver aquella desagradable situación.

Entretanto, hizo uso Waverley de los conocimientos que había adquirido mientras sirvió en el regimiento de dragones, convirtiéndose, hasta cierto punto, en ayudante del Barón. En tierra de ciegos el tuerto es rey, dice el proverbio : la caballería principalmente compuesta de nobles de las Tierras Bajas, sus arrendatarios, colonos y criados, formó un elevado concepto de Waverley y pronto tuvo gran adhesión á su persona. Ciertamente, también se debía esto en gran parte á la satisfacción que les producía el ver á tan distinguido voluntario inglés separarse de los montañeses para tomar puesto entre

ellos. Existía una enemistad latente entre la caballería y la infantería no sólo por la diferencia de servicios sino también porque la mayor parte de los nobles de las Tierras Bajas, habitantes cerca de las montañas, habían tenido disputas con los clans vecinos y veían con disgusto que los montañeses tuvieran la pretención de ser superiores en valor y en utilidad para el servicio del Príncipe.

CAPÍTULO LVIII

UN CAMPO DE AGRAMANTE

Tenía Waverley la costumbre de separarse algunas veces de la columna para examinar aquello que le llamaba la atención, á una ú otra parte del camino. Estaban en el condado de Láncaster. Queriendo examinar de cerca un viejo castillo dejó el escuadrón con propósito de tomar un apunte, al lápiz. A poco de separarse de la tropa vió á Maccombich. Este hombre había tomado cariño á nuestro héroe desde el primer día en que le halló en Tully-Veolan y le guió por las montañas. Maccombich que seguía la misma dirección de Waverley, fué acortando el paso para que éste le alcanzara. Cuando, en efecto, Eduardo pasó junto á Maccombich éste se acercó disimuladamente al estribo y pronunció una sola palabra : « ¡Guárdese! » En seguida apresuró su paso y se alejó sin más explicaciones.

Sorprendido Eduardo por aquella extraña advertencia, siguió á Evan con la vista y le vió desaparecer entre los árboles. Cuando el criado de Waverley, que se llamaba Alick Polwarth y que le acompañaba siempre, vió también que se alejaba el escocés, se acercó á su amo y le dijo

— Que me muera, señor, si creo que está usted seguro entre esta gente.

— ¿Qué quiere usted decir, Alick? — repuso Waverley.

— Señor, digo que á esos montañeses de Mac-Ivor se les ha metido en la cabeza que usted ha agraviado á su joven ama miss Flora : á más de uno he oído decir que poco le importaría retorcerle á usted el pescuezo como á un gallo. Bien sabe usted que casi todos ellos son capaces de pegar un balazo al mismo Príncipe si su jefe se lo manda — ó si, aunque no se lo mande, comprenden ellos que le gustaría lo hiciesen.

Waverley estaba persuadido de que Fergus Mac-Ivor era incapaz de tal perfidia, pero no tenía la misma seguridad con respecto á los hombres del clan. No ignoraba que cuando suponían ofendido el honor del jefe, se consideraba feliz el que primero vengase la ofensa. Muchas veces había oído citar el proverbio : « la mejor venganza es la más rápida y segura ». Añadiendo á estas reflexiones el aviso de Evan juzgó que sería prudente picar espuela é incorporarse cuanto antes á la columna. Antes de que llegara al camino que el escuadrón llevaba, sonó cerca de Waverley un pistoletazo : la bala le pasó rozando la cabeza.

— Ha sido Callum Beg — dijo Alick — le he visto salir corriendo de entre esas matas.

Indignado justamente Eduardo por aquella traición subió á escape al camino y vió el batallón de Mac-Ivor que iba á su paso, mientras un hombre, á campo traviesa corría para incorporarse á las filas. Desde luego comprendió que aquel hombre era el que había disparado, queriendo asesinarle. No pudiendo ya con-

tenerse mandó á Alick que fuese en busca del barón de Bradwardine, el cual marchaba á la cabeza de la columna, como á media milla delante, y le informase de lo sucedido: Waverley fué en seguida hacia la tropa de Mac-Ivor. Este llegaba también en aquel momento, á caballo: acababa de conversar con el Príncipe. Al ver que se acercaba Eduardo, se adelantó á su encuentro.

— Coronel Mac-Ivor — dijo Waverley sin más saludos — comunico á usted que uno de sus hombres acaba de tirar contra mí en emboscada.

— Como eso es — contestó Mac-Ivor — lo que yo me propongo hacer, salvo lo de emboscada, quisiera tener el gusto de saber quién es el que se me ha anticipado.

— A su disposición, cuando usted quiera. El que se ha anticipado á usted es su mismo paje, Callum Beg.

— Salga usted de filas, Callum. ¿Es usted quién ha disparado contra el señor Waverley?

— No señor — contestó Callum sin inmutarse.

— Ha sido usted — dijo Alick Polwarth que ya estaba de vuelta, porque habiéndose encontrado á un soldado á caballo le habia dado encargo de que previniese al barón de Bradwardine, volviéndose él á galope tendido para reunirse con su amo. Ha sidó usted: le he visto yo: tanta seguridad tengo de haber visto á usted como de haber visto cien veces la torre vieja de Coldingham.

— Miente usted — afirmó Callum con su acostumbrada é imperturbable obstinación.

Al combate de los caballeros seguramente hubiera precedido, como en los tiempos de la caballería, el de los escuderos (pues Alick era un testarudo, más

temoroso de las flechas de Cupido que de la espada de un escocés) á no haber pedido Fergus á Callum su pistola. La cazoleta abierta y ahumada indicaba que el arma acababa de dispararse.

Fergus empuñó la pistola y descargó con toda su fuerza un golpe en la cabeza de Callum dándole con la culata y diciendo:

— Toma, para que aprendas á obrar por tu cuenta y á mentir para disculparte.

Callum recibió el golpe sin hacer nada por evitarlo y cayó al suelo como muerto.

— ¡Quieto todo el mundo! — gritó Fergus á sus soldados — salto la tapa de los sesos al primero que se mueva y quiera intervenir entre el señor Waverley y yo.

Todos permanecieron inmóviles: Evan Dhu, sin embargo, dió algunas señales de ansiedad é inquietud. Callum, caído en el suelo, estaba echando sangre, pero nadie se aventuraba á socorrerle: parecía herido de muerte.

— En cuanto á usted, señor Waverley, sírvase avanzar su caballo á veinte pasos — dijo Fergus.

Así lo hizo Waverley. Cuando estuvieron á cierta distancia de la tropa, Fergus se volvió á él y le dijo:

— Razón tenía yo, caballero, para sorprenderme de la ligereza que manifestó usted el otro día tratando de sus gustos. Dijo usted muy bien, que ni un ángel sería capaz de agradarle á usted á menos de llevar un imperio por dote. Me he procurado un excelente comentario acerca de este oscuro texto.

— No sé á que puede usted referirse, coronel Mac-Ivor: lo único á mi parecer claro es que busca usted un motivo de disputa.

— Su afectada ignorancia no ha de servirle para

nada, señor mío. El Príncipe — el mismo Príncipe — tiene conocimiento de las maquinaciones de usted. Lejos estaba yo de presumir que los compromisos de usted con miss Bradwardine fuesen la causa de su rompimiento con mi hermana. La noticia de que el Barón ha cambiado el destino de sus propiedades le ha hecho cambiar también á usted el corazón de mi hermana por el de su amiga.

— ¿Le ha dicho á usted el Príncipe que estoy comprometido con miss Bradwardine? Imposible.

— Lo dice, caballero — repuso Mac-Ivor. — ¡Ea, saque usted su espada y defiéndase ó renuncie usted á sus pretensiones sobre dicha señora.

— Es una completa locura — exclamó Waverley — ó una equivocación extraña.

— ¡Oh! no hay escape: desenvaine usted — repitió Fergus hecho una furia y sacando su espada.

— ¿Cómo me he de batir con un loco?

— Pues renuncie usted para siempre á la mano de miss Bradwardine.

— ¡Y qué derecho tiene usted — exclamó Waverley perdiendo ya su serenidad — usted ú otro hombre, sea el que fuere, para imponerme tales condiciones? — Y diciendo esto desenvainó á su vez la espada.

En aquel instante llegó el barón de Bradwardine seguido de una parte de su regimiento. Llegaban todos al galope, unos por curiosidad, otros por el deseo de tomar parte en una disputa que les parecía entablada entre su regimiento y el clan de Mac-Ivor. Al acercarse esta caballería los montañeses tomaron disposiciones para defender á su jefe y empezó una escena de confusión que prometía concluir en sangre. Cien lenguas hablaban á la vez. El Barón peroraba, Mac-Ivor daba voces, los montañeses gritaban en

gaélico, los jinetes clamaban en el dialecto de las Tierras Bajas; por último, llegaron las cosas al punto de que el Barón amenazó con que daría una carga si los montañeses no entraban en filas y en contestación muchos de éstos armaron sus fusiles. El viejo Ballenkeiroch mantenía el desorden cuanto podía, con la esperanza de aprovecharlo para satisfacer su venganza. De pronto se oyeron voces que decían: *¡Paso á su Alteza, paso á su Alteza!* Venía el Príncipe, en efecto, escoltado por un pelotón de dragones de Fitz-James, regimiento extranjero que componía su guardia de corps. Esta llegada puso un poco de orden: los montañeses se formaron y la caballería se reunió en escuadrón. El Barón y Fergus guardaron silencio.

Los llamó el Príncipe así como á Waverley. Cuando supo que la causa de aquella disputa había sido la villanía de Callum Beg, mandó que se le pusiera inmediatamente á disposición del mariscal-preboste para su ejecución sin demora, caso de que sobreviviese al golpe recibido. Fergus expuso en tono que más parecía hacer uso de un derecho que solicitar un favor, su deseo de disponer del culpable á su arbitrio, prometiendo que sería ejemplar el castigo. Como la negativa habría quebrantado la patriarcal autoridad de los jefes de clan, de la que con tanto esmero cuidaban éstos, y como habría sido muy peligroso disgustarlos, quedó Callum Beg sometido á la justicia de su clan.

Preguntó luego el Príncipe cuál había sido la causa de la disputa entre el coronel Mac-Ivor y Waverley. Hubo un momento de silencio. Ni uno ni otro se atrevían á explicarse en presencia del barón de Bradwardine (quien, como hemos dicho, estaba tam-

bién ante el Príncipe), pues tenían que citar el nombre de su hija. Bajaron la vista, por consiguiente, con muestras del mayor embarazo y disgusto. El Príncipe, que estaba educado entre las querellas y discordias de la corte de Saint-Germain, gran elemento da aprendizaje para un rey sin trono, como dijo Federico de Prusia, comprendió que era urgente restablecer la buena armonía entre sus partidarios. Tomó sus disposiciones en seguida.

— Señor de Beaujen.

— ¡Señor! — contestó un caballero francés, oficial á sus órdenes.

— Hágame usted el favor de tomar el mando de esos montañeses y de esos jinetes y póngalos usted en marcha. Habla usted tan bien el inglés que no le costará eso gran trabajo.

— ¡ Oh ! no, serenísimo señor — contestó el conde de Beaujeu inclinando la cabeza hasta el cuello de su caballo, un bonito caballo de guerra. Situóse en frente de la infantería de Fergus y hablando en francés con algunas palabras de inglés mal pronunciadas dijo :

— Señores silvestres escoceses, caballeros silvestres, alinear !

Aunque la tropa no entendió el sentido de ellas comprendió el sentido y formó.

— ¡ Muy bien ! — dijo el de Beaujeu. — Veamos ahora, caballeros silvestres... ¿ Cómo dicen ustedes ? — Preguntó á un oficial que estaba á su lado. — ¿ Cómo dicen ustedes *frente* en inglés ? ¡ Ah, sí ! *face*, está bien, muchas gracias. Caballeros silvestres *de face to de right*, derecha... derecha ! de frente ordinario, ¡ march, march !... Pero anden ustedes ¡ porra ! ¡ anden ! No sé cómo se dice en inglés, pero no importa, ¡ andando ! Eso es. Vamos ahora con la caballería.

El conde se dirigió á los jinetes diciéndoles :

— ¡Gentiles hombres á caballo ! ustedes tienen que volverse atrás... ¡ Por vida de...! Yo no he dicho pie á tierra... ¿ qué es eso ? ¿ Se ha hecho daño ese gordo? ¡ Calla ! es el comisario que nos ha dado aviso de este escándalo. Lo siento mucho, señor mío.

El pobre Macwheble que en su nuevo carácter de comisario llevaba un gran sable y una desmusurada escarapela blanca en el sombrero, había perdido los estribos en medio del tumulto causado por el apresuramiento de los jinetes á formar. Volvió á montar entre las risas de los presentes y fué á situarse á retaguardia.

— Media vuelta á la derecha... ¡ Al diablo ! Señor de Bradwardine, tenga usted la amabilidad de ponerse al frente de su fuerza... positivamente, yo ya no puedo más.

El barón de Bradwardine tuvo que acudir en auxilio del señor de Beaujeu, que ya había agotado sus conocimientos de inglés. Pero los propósito del Príncipe, los cuales habían sido distraer la atención de la tropa, haciendo que se concentrase en el esfuerzo por entender las voces de mando dadas en un lenguaje casi ininteligibles.

Entonces, separándose algo de su séquito, el Príncipe dirigió la palabra á Waverley y á Fergus diciéndoles :

— Si no debiera tanto á la desinteresada amistad de ustedes, les manifestaría el profundo desagrado con que he visto la inconsiderada disputa de ustedes, pecisamente cuando el servicio del rey, mi padre, exige la más perfecta unanimidad. Pero lo peor en

mi situación es ver que mis mejores amigos se creen autorizados á perderse ellos mismos y con ellos la causa que defendemos, por el más insignificante capricho.

Ambos se apresuraron á manifestar que estaban dispuestos á someter á su juicio el motivo de la disputa.

— Por mi parte — dijo Eduardo, — no comprendo de qué se me acusa. Yo he buscado al coronel Mac-Ivor, únicamente para exponerle que me ha querido asesinar un hombre de su inmediata dependencia : una venganza de cobarde que de ninguna manera supongo autorizada por él. Ignoro cuál es la razón de este resentimiento suyo, como no se trate de una hipótesis equivocada, la que desvió el afecto de una determinada joven, con perjuicio de sus pretensiones.

— Si estoy equivocado — contestó Mac-Ivor, — mi equivocación viene de la conversación que he tenido el honor de celebrar esta mañana con vuestra alteza real.

— ¿ Conmigo ? — exclamó el Príncipe. — ¿ Será posible que el coronel Mac-Ivor me haya comprendido mal ?

Apartóse con Fergus, y á los cinco minutos de una conversación muy animada, volvió á galope hacia Eduardo.

— ¿ Es posible ? — le dijo. — Acérquese usted, Waverley. Yo no tengo secretos. ¿ Me he equivocado al decir que estaba usted en relaciones con la señorita Rosa de Bradwardine ? Cierto es que no me ha hablado usted nunca de ello ; pero diferentes circunstancias me habían persuadido de que así era. Por esto, hablando con Vich Ian Vohr esta mañana, he pensado que podía alegarse dicha circunstancia como

explicación de que no aceptase usted una alianza que nadie rechazaría, seguramente, á encontrarse libre.

— Vuestra alteza — dijo Waverley — habrá fundado su creencia en circunstancias que yo no conozco, honrándome así con la suposicióu de ser yo novio de miss Bradwardine. No desconozo lo lisonjero de la hipótesis ; pero no la merezo. Y en cuanto á lo demás tengo poca confianza en mi valer para presumir que puedo ser aceptado después de una positiva repulsa.

Miró el Príncipe alternativamente á uno y otro de los contendientes y dijo :

— Bajo mi palabra, señor Waverley, creí tener verdaderos motivos para suponerle más feliz de lo que es en realidad. Pero ahora, señores, permítanme que intervenga entre ustedes, no á título de Príncipe regente, sino como Carlos Estuardo, como compañero de armas en nuestra noble y común causa. Dejen aparte cuanto se refiere á obediencia y no piensen sino en su propio honor. ¡ Qué escándalo entre nuestros amigos, qué triunfo para los hanoverianos al ver que no sólo somos pocos sino que estamos enteramente desunidos ! Permítanme añadir que los nombres de las señoras de quienes se ha hablado exigen de nosotros harto respeto para que se puedan tomar por causa de discordia.

El Príncipe llamó á Fergus aparte y le habló con grande animación durante dos ó tres minutos, y volviéndose luego á Waverley le dijo :

— Creo haber persuadido al coronel Mac-Ivor de que su resentimiento provenía de una equivocación por mí causada. Estoy seguro de que el señor Waverley es lo bastante generoso para no conservar rencor por lo sucedido. Usted, Vich Ian Vohr, se servivá expli-

car á su clan lo que sea preciso para evitar nuevas violencias.

Fergus se inclinó.

— Y ahora, señores — añadió el Príncipe, — denme ustedes la satisfacción de estrecharse la mano.

Se delantaron uno y otro fríamente, como si ninguno de los dos quisiera ser el primero en la concesión ; por último, se dieron la mano y después, saludando respetuosamente al Príncipe, se separaron.

Carlos Eduardo (1) se dirigió entonces á la cabeza del clan de Mac-Ivor : echó pie á tierra, pidió de beber al viejo Bellenkeiroch y marchó media milla con la tropa, haciendo preguntas sobre los parentescos de Sliochd nan Ivor, empleando diestramente las pocas palabras de gaélico que sabía y dando á entender que deseaba mucho instruirse en esta lengua. Luego montó nuevamente á caballo, alcanzó al regimiento del Barón, que iba á la vanguardia y mandándole hacer alto, pasó cuidadosa revista de armamento y equipo, se informó de la disciplina, tomó nota de los principales oficiales y hasta de los cadetes, elogió

(1) Se ha dicho que el autor de Waverley ha presentado al Príncipe Carlos dándole un carácter mucho más favorable del que en realidad merecía. El autor ha conocido muchas personas que estuvieron al lado del Príncipe y lo pinta como estas personas se lo representaron. Sin duda hay que rebajar algo de la exageración natural en quienes se sacrificaron por amor á la causa que el Príncipe simbolizaba; pero no quiere decir esto que se deba recusar en absoluto su testimonio.

Es cierto que el caballero Johnstone ha puesto en duda el valor del Príncipe. Sus Memorias son muy curiosas; pero hay un manuscrito concerniente á esta novelesca expedición, escrito por James Maxwebl de Kirkeonnell, por donde se ve sin ninguna duda que el Príncipe Carlos Eduardo reunía á su agradable presencia y á su cortesía, las maneras más adecuadas á su posición y la habilidad más útil á su estado.

los caballos, preguntó por las familias. Durante una hora marchó al lado de Bradwardine y soportó pacientemente la relación de tres largas anécdotas concernientes al mariscal duque de Berwick.

— ¡ Ah, Beaujeu, mi querido amigo — dijo al ocupar nuevamente su puesto en la columna de marcha, — qué fastidioso es algunas veces mi cargo de Príncipe andante ! En fin, valor : es indispensable.

CAPÍTULO LIX

UNA ESCARAMUZA

No será necesario recordar al lector que después de un consejo de guerra reunido en Derby el 5 de diciembre, los montañeses renunciaron á un desesperado intento de seguir más adentro en Inglaterra y con gran descontento del Príncipe, resolvieron la retirada hacia el norte. Al principio de esta retirada y por la gran rapidez de su marcha, no pudo darles alcance al duque de Cumberland, que los perseguía con numeroso cuerpo de caballería.

El desistimiento de seguir adelante significa la renuncia á las esperanzas concebidas : nadie las había tenido tan brillantes como Fergus ; nadie, por consiguiente, lamentó tanto el cambio. Argumentó, ó más bien se mostró vehemente, en el consejo de guerra y al ver que sus exhortaciones quedaban sin efecto, no pudo contener lágrimas de queja é indignación. Desde aquel instante se verificó en él un cambio tan grande que no era posible reconocer en él al joven impetuoso, de ardiente ánimo, para cuyo corazón parecía el mundo harto pequeño. Llevaba algunos días de retirada, cuando, una mañana, muy temprano, se encontró Waverley sorprendido con la visita de Fergus, el cual se presentó en el alojamiento que Waverley ocupaba, entre Shap y Penrith.

Como Waverley no había vuelto á ver á Fergus desde el día de la ruptura entre ambos, esperaba que éste le explicase el motivo de aquella visita inesperada, observando, entretanto, el gran cambio que se había verificado en Fergus, su cara hundida, su andar indeciso, su traje abandonado, contra su costumbre de pulcritud y de elegancia. Fergus manifestó á Waverley que deseaba hablarle á solas, invitándole para que le acompañara á la orilla de un riachuelo inmediato. Cuando vió que Waverley se ceñía el cinturón con el sable, se sonrió melancólicamente.

Cuando estuvieron á la orilla del riachuelo, lejos de todo paso, Fergus dijo :

— Nuestra hermosa aventura ha fracasado por completo, Waverley, ¿ querría usted decirme cuáles son, en estas condiciones, sus propósitos ? No me mire usted con asombro. Le comunico que he recibido ayer una carta de mi hermana y que si hubiese conocido antes los detalles de que me informa nunca hubiera tenido lugar la escena que no puedo recordar sin sentimiento. Después de nuestra disputa escribí á mi hermana una carta, explicándole lo sucedido y ahora me contesta que nunca dió á usted esperanzas y que no podía tener ningún motivo para dárselas. De modo que yo he procedido de una manera atolondrada. ¡ Qué cambio producirá en su ánimo la noticia de esta retirada fatal !

Afectado Waverley por aquel acento de profunda melancolía con que se había expresado Fergus, le suplicó afectuosamente que olvidase aquella desagra-

dable disputa. Entonces se dieron la mano, con verdadera sinceridad.

— ¿ Qué piensa usted hacer — preguntó nuevamente Fergus ? — ¿ No sería mejor que se apartara usted de este ejército desgraciado, nos precediera en la marcha á Escocia y llegando antes que nosotros tuviera tiempo de embarcarse para el continente, desde cualquiera de los puertos que aún están en nuestro poder ? Luego que esté usted fuera de este país, podrá usted conseguir su indulto, por intervención de sus amigos. A decir verdad, yo quisiera que se llevase usted como esposa á Rosa Bradwardine y bajo su protección á Flora. — Eduardo se sorprendió. — Creo que Rosa le ama á usted y que usted está enamorado de ella, aunque tal vez sin darse cuenta, pues no es usted muy hábil en desentrañar sus verdaderos sentimientos. — Y se sonrió al decir esto.

— ¿ Cómo puede usted proponerme la deserción de una causa en que ambos nos hallamos comprometidos ?

— Ya verá usted lo que tarda en hacer agua nuestra nave. Es hora de que salten á los botes cuantos puedan hacerlo.

— ¿ Y qué harán los demás ? — dijo Waverley — Si nuestra retirada es tan desastrosa ¿ por qué han consentido en ella los jefes montañeses ?

— ¡ Oh ! es porque creen — contestó Fergus — que como en otras ocasiones las grandes penas recaerán sobre los jefes de las Tierras Bajas, decapitaciones, prisiones, confiscaciones : mientras que ellos, los montañeses, pobres y solitarios, se pondrán á salvo en las sierras, esperarán á que pase la tormenta. Pero se equivocan : han dado mucho que hacer repetidas veces, para que se les tolere otra más : John Bull ha

pasado un susto demasiado grande para ponerse de buen humor por ahora. Los ministros hanoverianos han merecido en todas ocasiones que les ahorquen por bandidos ; pero ahora tienen el poder en la mano y vencerán más pronto ó más tarde, puesto que Inglaterra no se menea y Francia no nos envía el menor socorro. En estas condiciones, esos ministros merecerían la horca no ya por bandidos sino por imbéciles, si consintieran que ni uno solo de nuestros clans de Tierras Altas quedase en situación de inquietar al gobierno. No se contentarán con podar las ramas : desarraigarán el árbol.

— Y mientras me aconseja usted que huya — repuso — cosa que no haré de ninguna manera y aunque me cueste la vida, ¿ qué hará usted por su parte?

— ¡ Oh ! — constestó Fergus con tono melancólico — mi hado, ya está visto : antes que llegue el día de mañana estaré muerto ó prisionero.

— ¿ Qué quiere usted decir, amigo ? — exclamó Eduardo. — El enemigo se halla á un día de marcha, detrás de nosotros y además tenemos suficientes fuerzas para rechazarle. Acuérdese usted de Gladsmuir.

— No por esto es menos cierto lo que digo, al menos en lo que á mí concierne.

— ¿ Y en qué funda usted su triste predicción ? — preguntó Waverley.

— En un testimonio que no ha salido nunca fallido en mi familia. — Y añadió bajando la voz : He visto al *Bodach Glas*.

— *¿ Bodach Glas ?*

— Sí ; ¿ no se acuerda usted de haber oído hablar en Glennaquoich del Espectro Gris, por más que hay cierta repugnancia á nombrarle ?

— No, nunca.

— ¡Ah! Para explicarlo bien haría falta la pobre Flora. Si esta colina fuese la de Benmore, y ese lago azul que ve usted entre las montañas fuese el Loch Tay ó mi Loch an Ri, armonizaría mucho mejor con el sitio lo que voy á decirle. Sin embargo, sentémonos en este ribazo; Saddleback y Ulswater valdrán siempre mucho más para el caso que los sotos vivos, las cercas y los caseríos de Inglaterra. Sabrá usted, pues, que uno de mis antepasados, Ian nan Chaistel, devastó el territorio de Northumberland, asociado para ello con un jefe del Sur, capitán de una partida de habitantes de las Tierras Bajas, llamado Halbert Hall. Al regresar por los montes Cheviots, tuvieron una disputa con motivo de la distribución del botín, y de las palabras pasaron á los hechos. Los de las Tierras Bajas perecieron en totalidad, muriendo el último su jefe, bajo el sable de su enemigo Ian nan Chaistel. Desde entonces, su ánima se presenta siempre al vich Ian Vohr, que es jefe del clan cuando le amenaza alguna desgracia, sobre todo cuando se acerca el momento de su muerte. A mi padre se le apareció dos veces: la víspera de la batalla de Sherifí-Muir, en que fué hecho prisionero, y en la mañana del día en que murió.

— ¿Cómo puede usted hablarme, mi querido Fergus, tan seriamente de una cosa que no tiene sentido?

— No le pido á usted que me crea; me limito á decirle una verdad confirmada por trescientos años de experiencia y por mis propios ojos la noche última.

— Por Dios, explíquese — dijo Waverley sobresaltado.

— A condición de que no tome usted á broma este asunto. Desde que comenzó nuestra infeliz retirada,

puede decirse que no he dormido ni un momento, preocupado por el porvenir de mi clan, de este pobre príncipe, llevado á la fuerza como un perro atado, y de la ruina total de mi familia. Esta noche pasada, no pudiendo dormir, y agitado por la calentura, salí de mi alojamiento al campo, con la esperanza de que el aire libre me haría tomar fuerzas. Ya sé que apenas creerá usted lo que voy á decir, pero es absolutamente cierto. Pasé un arroyo, por encima de una tabla que servía de puente, y me puse á pasear por la otra orilla, yendo y viniendo de arriba á bajo. De pronto, á la luz de la luna, vi un hombre muy alto envuelto en una capa cenicienta, como la que usan los pastores del sur de Escocia. Este hombre se plantó delante de mí, á unos ocho ó diez pasos, y siempre, como quiera que yo anduviese ó á donde quiera que mirase, allí estaba este hombre, delante de mí y á igual distancia.

— Sin duda era un lugareño de este país, con su traje habitual.

— Eso creí al principio, pero no era así; pues molestado por aquella impertinencia, le llamé sin obtener contestación. Sentí entonces que me latía el corazón con gran fuerza. Queriendo cerciorarme de lo que ya temía, me detuve y, sin cambiar de sitio, me volví sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales; siempre estaba delante de mí el fantasma. Era el *Bodach Glas*, no había duda. Temblé y se me doblaron las piernas. Sin embargo, rehice mi energía y me resolví á volver al alojamiento. No puedo decir que el fantasma andaba, sino que se deslizaba delante de mí. Cuando llegó junto á la tabla que servía de puente, se detuvo y se volvió hacia mí de frente. No tenía yo más remedio que pasar junto á él, tan cerca como lo

estoy de usted. Con el valor de la desesperación, seguro de que se acercaba el momento de mi muerte, me decidí á seguir; hice la señal de la cruz, saqué el sable y exclamé : « En nombre de Dios, espíritu maligno, retírate. » Entonces el fantasma, con voz que heló mi sangre, dijo : « Vich Ian Vohr, ¡ay de ti mañana ! » En aquel momento se encontraba como á dos pies de distancia de mi sable; pero apenas pronunció aquellas palabras desapareció, dejando el paso libre. Llegué á mi alojamiento, me eché en la cama y así he pasado una porción de horas dolorosas. Esta mañana he montado á caballo para venir y hacer las paces con usted; no quiero morir sin haberme reconciliado con un amigo á quien he agraviado tanto.

No había duda alguna para Eduardo que aquel fantasma era producto de la imaginación calenturienta de Fergus y conforme á la superstición tan común en los montañeses; mas no por esto tuvo menos compasión de su amigo, renaciendo en él todas sus antiguas simpatías. Para distraerle de aquellas sombrías imágenes le propuso, si el barón se lo permitía, como era de esperar, reincorporarse á su clan y combatir en sus filas como antes. Fergus agradeció la oferta, pero vaciló en aceptarla.

— Ya sabe usted — le dijo — que estamos en la retaguardia; es el puesto más peligroso en las retiradas.

— Y, por consiguiente, el puesto de honor — contestó Waverley.

— Como usted quiera — añadió Mac-Ivor; — diga usted á Polswarth que tenga listo su caballo para el caso de apuro; yo me complaceré de nuevo con la compañía de usted.

La retaguardia aún tardó algo en llegar, á causa de

varios incidentes y, sobre todo, por el mal estado de los caminos. Por último entró en el pueblo. Waverley y Mac Ivor, cogidos del brazo, se incorporaron á su clan. Al verles tan amigos, se desvanecieron todos los resentimientos de los montañeses contra Waverley. Evan Dhu recibió á éste con agasajo; el mismo Callum dió muestras de satisfacción; estaba pálido, tenía la cabeza entrapajada, pero no por esto se le veía menos activo que de costumbre.

— Este tunante — dijo Fergus á Waverley — tiene la cabeza más dura que el mármol; rompí el gatillo de la pistola con el golpe.

— ¿Cómo tuvo usted ánimo para dar tan gran golpe á un muchacho tan joven?

— Si no hiciera de cuando en cuando un escarmiento, se me desmandaría esta gente.

Pusiéronse en marcha después de tomar todas las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. El clan de Fergus y otro muy bueno y aguerrido, mandado por Cluny-Mac-Pherson, constituían la retaguardia. Acababan de atravesar una planicie descubierta y pantanosa, entrando en los cercados próximos al pueblo de Clifton; el sol de invierno había transpuesto ya el horizonte, y Waverley, pensando en las predicciones de Fergus, se las recordó bromeando.

— Los idus de marzo no han transcurrido todavía — contestó Fergus.

Apenas había dicho estas palabras cuando, volviendo la cabeza, vió, aunque de manera confusa, una fuerza de caballería que se destacaba sobre la superficie oscura de la planicie pantanosa. Inmediatamente tomó posiciones el clan en los cercados para interceptar el paso de la caballería enemiga. La noche comenzó á extenderse mientras se verificaba esta evo-

lución, y tuvo tiempo de convertirse en negra y densa, á pesar de los rayos de luna que de cuando en cuando alumbraban pasando por entre los intersticios de las nubes.

Empezaron á llegar las fuerzas enemigas, inquietando á los montañeses en sus posiciones defensivas. Echó pie á tierra un numeroso escuadrón de dragones y trató de apoderarse de las cercas, mientras otro escuadrón intentaba seguir por la carretera. Pero ni uno ni otro de estos escuadrones pudo conseguir su propósito. La infantería montañesa los recibió con un tiroteo certero y muy nutrido que causó muchas bajas en los dragones. No contento con esta ventaja, y llevado Fergus de su ardimiento ante el peligro, se lanzó fuera de las tapias, sable en mano, y atacó al enemigo al descubierto y al grito de *¡claymore!* Ante el ataque de los montañeses, arrollados los dragones, á pie huyeron hacia la llanura después de sufrir muchas bajas.

Pero la misma impetuosidad del ataque desbandó bastante á los montañeses. La luna apareció en aquellos momentos y á su claridad pudieron apreciar los dragones el escaso número de sus enemigos. Así, antes de que los montañeses que con Fergus habían salido al descubierto llegasen á sus posiciones defensivas, atacaron de nuevo cortando la retirada á algunos. Entre estos se encontraba Fergus, quien, acompañado de sus fieles Evan Dhu y Callum, se defendió de una manera desesperada contra una docena de dragones á caballo. Waverley pudo apreciar todo esto por un instante, separado él también de las cercas y sin posibilidad de alcanzarlas. Ocultóse nuevamente la luna y ya Waverley no pudo ni prestar auxilio á sus amigos ni incorpoparse á la retaguardia. Salvándose,

gracias á la oscuridad, de los pelotones á caballo, alcanzó finalmente una cerca, escaló la pared y, creyéndose á salvo, se dirigió hacia donde, tocando llamada, sonaban las gaitas montañesas. En cuanto á Fergus, con gran inquietud pensaba Waverley que su menor desgracia sería haber caído prisionero. Entonces se acordó de la superstición de su amigo y de la predicción del *Bodach Glas*, y con temerosa é íntima sorpresa, pensó : « ¿Será posible que el demonio diga la verdad? » (1).

(1) Evan Macpherson, jefe del clan que lleva su nombre, ha dejado unas Memorias muy interesantes en que se relata este encuentro. Dice, resumiendo su extensa relación, que en la retirada del príncipe, iba mandada la retaguardia por el lord George Murray. La retirada presentaba dificultades de todos órdenes; se corría especialmente el riesgo de que fuese cortada por el general Wade, que ocupaba el norte con numerosas fuerzas, mientras el duque de Cumberland marchaba en seguimiento de los legitimistas. El príncipe no disponía de más de cinco mil hombres á pie y unos cuatrocientos á caballo. La escaramuza á que se refiere el autor tuvo lugar la noche del 29 de diciembre de 1745. Murray se había detenido en espera de la artillería que venía atrasada. El ataque de la caballería inglesa fué rechazado en tales términos, que si el príncipe hubiera tenido más caballería, seguramente hubiese caído prisionero el duque de Cumberland. Desde entonces no volvió á acercarse este general á los montañeses, limitándose á seguirlos á una jornada de distancia.

CAPÍTULO LX

CAPÍTULO DE ACCIDENTES

Eduardo estaba en una posición muy desagradable y peligrosa. Pronto dejó de oir el toque de las gaitas y, lo que era más desagradable aún, después de caminar largo tiempo y de saltar una porción de tapias cuando se acercó á la carretera oyó las trompetas de la caballería inglesa, que ocupaba aquellos caminos, interceptándole el paso hacia los montañeses. No pudiendo seguir el camino recto, trató de alcanzar á sus amigos dando un rodeo por la izquierda, la que pareció posible tomando un sendero que de la carretera partía. Caminaba pisando lodo, en medio de la noche fría y oscura ; pero todas las incomodidades desaparecían ante el temor de caer en manos de sus enemigos.

Anduvo así por espacio de unas tres millas. De esta manera llegó á una casa, que le pareció de un lugareño. Bien sabía qne, por regla general, los campesinos no eran partidarios del Príncipe ; pero deseando procurarse un caballo y un guía para ir á Penrith, donde esperaba alcanzar la retaguardia de sus amigos, ya que no fuese el grueso de sus fuerzas, se decidió entrar en la casa. Pero antes se detuvo á escuchar. Había mucho ruido y oyó muchos juramentos y que cantaban en inglés. Comprendió que en aquella casa había soldados del duque de Cumberland. Trató, en consecuencia, de alejarse con el menor ruido posible y bendiciendo á la oscuridad, de la que hasta entonces había renegado, siguió como pudo á lo largo de una empalizada, que le pareció sería la cerca de una huerta. Apenas llegó á la entrada de ésta, cuando sintió que le cogía del brazo una mano y una voz de mujer le decía :

— ¿ Eres tú, Eduardo ?

— Aquí hay una desventurada equivocación — pensó Waverley trantándo de desprenderse suavemente de aquella mano.

— No hagas ruido — dijo la misma voz femenil — porque te pueden oir los casacas rojas : detienen á todos los que pasan por delante de la taberna, obligándoles á transportar heridos y cargar los camiones : ven á casa de mi padre ó te expones á pasar un mal rato.

— Es una buena idea — pensó Waverley.

Cruzó la huerta siguiendo en la oscuridad á la joven y así entró en una cocina cuyo suelo era de ladrillos. Su guía arrimó una pajuela á la lumbre para encender luz ; pero apenas volvió la cara y vió á Waverley, dejó caer la luz y, asustada, comenzó á gritar : ¡ padre, padre!

El padre, de esta manera llamado, se presentó en seguida. — Un viejo labrador que vestía calzones de piel y tenía puestas las botas sin medias, porque se había levantado de la cama : el resto de su traje se componía de una bata de westmoreland ; es decir, de una camisa. Traía en la mano izquierda una candela,

á cuya luz se destacaba ventajosamente su cuerpo, y en la mano derecha un hurgón.

— ¿ Qué ocurre ? — preguntó á su hija.

— ¡ Oh ! — exclamó la pobre muchacha presa de un miedo casi convulsivo. — Creí que era Eduardo Williams y es uno de esos hombres de plaid.

— ¿ Y qué tenías tú que ver con Eduardo Williams á estas horas ?

— Sin duda correspondía esta pregunta á la numerosa clase de aquellas fáciles de hacerse y muy difíles de contestar. Por esto se puso muy colorada la muchacha y no contestó, limitándese á sollozar.

— Y tú, muchacho — dijo el labrador dirigiéndose á Waverley — ¿ no sabes que están los dragones en el pueblo y que si te encuentran no van á dejar de ti ni rastro ?

— Sé que mi vida está en peligro — contestó Waverley con la mayor serenidad que le fué posible ; — pero si usted me auxilia yo le recompensaré generosamente. No soy un pobre escocés : soy un desgraciado caballero inglés.

— Escocés ó no — contestó el digno labrador — más quisiera que te encontraras al otro lado de la tapia. Pero, una vez que estás aquí, Jacob Jopson no derramará la sangre de nadie. Además, los plaids han sido buenas gentes que no han hecho aquí daño alguno.

En consecuencia, Jopson se ocupó seriamente en preparar lo necesario para que Waverley pasara la noche. Encendió lumbre, después de tomar las precauciones necesarias para que no se viese luz desde fuera. Cortó una loncha de tocino, que Cecilia se encargó de freir mientras su padre sacaba del tonel una pinta de su mejor cerveza.

Quedó convenido que Eduardo esperaría en aquel refugio á que los ingleses evacuaran el pueblo, al siguiente día por la mañana, y que entonces alquilarían un caballo para que Eduardo pudiese alcanzar á sus amigos. Entretanto, descansó de las fatigas de aquel día acostándose en una cama basta, pero limpia.

A la mañana siguiente se recibió en el pueblo la noticia de que los montañeses habían evacuado Penrith, retirándose sobre Carlisle : que el duque de Cumberland se había posesionado de Penrith y que sus fuerzas ocupaban todos los caminos. Querer pasar al norte en semejantes condiciones, hubiera sido una temeridad absurda. Williams (el verdadero Eduardo) fué llamado á consejo por Cecilia y su padre, y como, por lo visto, no tenía temor alguno de que la estancia de su tocayo le hiciera sombra en el corazón de su novia, propuso que Waverley se vistiera como un mozo cualquiera del país y se fuera con él á casa de su padre, cerca de Ulswater, permaneciendo allí tranquilamente hasta que acabaran las operaciones militares, que hacían peligroso un viaje por aquellos parajes.

Se convino que Waverley pagaría una pensión por su estancia y hasta que pudiera ponerse en camino. El precio fué muy moderado, porque aquella buena gente no quería sacar partido de la situación de Waverley para explotarle.

Pronto quedó nuestro héroe convenientemente vestido. Púsose en camino con Williams, y siguiendo unos senderos de travesía confiaron en no tener ningún encuentro desagradable. Jopson y su hija, muchacha de mejillas frescas como una cereza, no quisieron aceptar dinero alguno por la hospitalidad dada á Waverley : un beso á Cecilia y un apretón de ma-

nos á su padre constituyeron todo el pago. Despidieron á Waverley deseándole feliz llegada y afortunada estancia en casa de Williams.

Pasaron los viajeros por la llanura donde había tenido lugar la escaramuza la noche anterior. Un sol de diciembre iluminaba tristemente el campo de brezos y allá en el punto donde la carretera del noroeste pasa junto á las tapias de las posesiones de lord Lonsdale, yacían cadáveres de hombres y caballos con el séquito, acostumbrado en la guerra, de cuervos, grajos y otras aves carnívoras.

— Este es tu último campo de batalla — se dijo Waverley mentalmente, mientras se le saltaban las lágrimas recordando las brillantes cualidades de Fergus y su recíproca amistad, pues ya tenía olvidado sus defectos y los disgustos con él pasados. — Aquí cayó el último Vich Ian Vohr, sobre un brezo cualquiera, en una escaramuza sin gloria, que ha bastado para extinguir la luz de un ánimo caballeresco que se creyó capaz de levantar á su señor hasta el mismo trono de Inglaterra. Aquí la política, el valor, la ambición, han aprendido cuál es el hado de los mortales. Eras el último apoyo de tu hermana, espíritu no menos altivo y aun más exaltado que tú mismo. Aquí se disiparon todas las esperanzas de Flora, toda la gloria de linaje, ya tan noble, pero al que tú pretendías elevar por tu valor más todavía.

Conmovido por estas idas resolvió Eduardo examinar el campo y buscar, entre los cadáveres, el de su amigo con la intención de darle una piadosa sepultura. Williams le manifestó, temeroso, que aquella decisión tenía muchos riesgos; pero Eduardo estaba decidido. La gente que seguía á las tropas había despojado ya á los muertos de todo cuanto era posible

llevarse; pero los campesinos, no acostumbrados á las escenas de matanza, no se habían acercado aún á los cadáveres y únicamente los habían mirado de lejos. Unos sesenta ó setenta dragrones estaban tendidos al pie de las paredes, en la carretera ó en el llano. Montañeses no había más de diez, aquellos que se arriesgaron demasiado y no lograron acogerse otra vez á las tapias. En un alto y apartados de los demás cadáveres estaban los de tres dragones ingleses, dos caballos y el de Callum Beg, cuyo cráneo, aunque duro había sido abierto por un sable. En ninguna parte aparecía el cuerpo de Fergus. Tal vez el clan habría podido recorgerlo, quizás se habría salvado, cosa que parecía posible desde el momento en que tampoco estaba Evan Dhu entre los muertos. Por último, acaso estaría prisionero y entonces no se habría cumplido el vaticinio del *Bodach Glas* más que en su parte menos terrible. En aquel momento vió Eduardo venir una patrulla de soldados, que había requerido el concurso de unos cuantos aldeanos para enterrar los muertos. Entonces se alejó volviendo á reunirse con Williams, que le estaba esperando con gran zozobra é inquietudes, á la sombra de unos arbustos.

Alejados de aquel campo de muerte recorrieron sin dificultad hasta la casa á donde iban. En este nuevo albergue pasó Eduardo por un pariente, que estudiaba para eclesiástico y que se proponía esperar allí en tranquilidad á que se pacificara el país. Con esto nadie tuvo sospechas de cosa alguna extraña explicándose perfectamente el aspecto serio de Eduardo y sus costumbres de recogimiento y de retiro. Y fué una precaución más útil de lo que al principio parecía, pues diversas causas dieron lugar á que

se prolongara la estancia de nuestro héroe en Fasthwaite, que era el nombre de aquella casa de labor.

Una gran nevada hizo imposible todo tránsito durante más de diez días. Cuando empezaron á estar intransitables los caminos, supo que el Príncipe se había retirado á Escocia, luego que se retiraba hacia Glasgow y, finalmente, que el duque de Cumberland había puesto sitio á Carlisle. Era imposible que Waverley se retirase á Escocia en esta dirección. Por el lado del este, el general Wade avanzaba contra Edimburgo, al frente de fuerzas importantes. Además, á lo largo de la frontera había una porción de partidas de voluntarios, encargados de extinguir la insurrección y detener á los rezagados que fueran subiendo de Inglaterra, si es que alguno llegaba. La rendición de Carlisle y las severas disposiciones tomadas contra su guarnición fueron los motivos para renunciar á todo propósito de aventurarse por un país enemigo y ocupado por un ejército : sobre todo, cuando no podía tener otro objeto que prèstar el apoyo de un sable á una causa desesperada.

En aquel lugar retirado, privado de la compañía de personas de espíritu cultivado, pensó frecuentemente Eduardo en lo que el coronel Talbot le había dicho.

Aún tenía un recuerdo más poderoso, el de la última mirada de Gardiner. Cuando el correo, que de tarde en tarde se recibía en aquel pueblo, traía noti cias de las alternativas de lucha entre los dos beligerantes, confiaba Eduardo en que no se vería obligado nunca á tomar las armas para pelear en guerra civil. Tornábase luego su mente á Fergus, á la desesperada situación de Flora y, con sentimiento más delicado aún, en la de Rosa Bradwardine, la cual no tenía aquel entusiasmo que ennoblecía el dolor de su amiga. Bien podía entregarse Eduardo á estos pensamientos, pues no le importunaba nadie con visitas ni con preguntas. En los muchos paseos que dió por las riberas del Ulswater, acabó de templar su alma para la adversidad y adquirió el sólido convencimiento de que había terminado la parte novelesca de su vida, comenzando la verdadera historia. La razón y la filosofía justificaron pronto este convencimiento.

CAPÍTULO LXI

UN VIAJE Á LONDRES

La familia habitante en Fasthwaite tomó pronto afecto á Eduardo. Tenía éste aquella urbanidad que ejerce gran atractivo en todos. Los campesinos reconocían, en su sencillez, la superioridad de conocimientos de Eduardo y, además, las desgracias de éste le hacían muy interesante á su juicio. Había contestado evasivamente á las preguntas que le hicieron concernientes á la muerte de un hermano suyo en la escaramuza de Clifton, y como en el estado social de aquellas buenas gentes se tenían en mucho los vínculos de parentesco, á nadie le extrañaba el abatimiento de Waverley, que le inspiraba simpatía, pero no sorpresa.

Al acabar el mes de enero hubo un feliz suceso : el casamiento de Eduardo Williams con Cecilia Jopson. No quiso nuestro héroe que sus pesares causaran sombra en la alegría de aquellas personas á quienes debía tanto. De modo que sobreponiéndose á su situación, bailó, cantó, tomó parte en las diversiones de aquel día y no hubo nadie más alegre que él en la reunión. Pero al siguiente día tuvo que pensar en asunto más serio.

En efecto : el clérigo que había casado á la joven quedó encantado del supuesto estudiante de teología, y así vino expresamente de Penrith para visitarle. Mal lo hubiera pasado nuestro héroe si el eclesiástico le hubiera preguntado sobre asuntos teológicos ; pero por suerte suya, la conversación se mantuvo sobre cosas indiferentes, sobre las noticias del día, tema de que gustaba aquel respetable señor. Sacó éste unos cuantos números de periódicos ya pasados de fecha, en los que halló Eduardo una noticia tal que ya no oyó nada de lo que su interlocutor le decía sobre los sucesos de Escocia y la probabilidad de que el duque de Cumberland alcanzase y derrotase pronto á los rebeldes.

« Falleció en su casa de Hill-Street, Berkeley-square, el 10 de los corrientes, el caballero Ricardo Waverley, hijo segundo de sir Giles Waverley-Honour, etc., etc. Agravóse la enfermedad que padecía por los grandes disgustos debido á su situación de sospechoso de alta traición por la cual tuvo que constituir una fianza considerable como garantía de su presentación á las autoridades si para ello se le citaba. Su hermano mayor y representante de la familia sir Everardo Waverley, es objeto de una acusación semejante y se cree que comparecerá en juicio los primeros días del mes próximo, á menos de que Eduardo Waverley, hijo del difunto Richard y heredero del señorío de Waverley, no se presente él mismo en justicia. Asegúrase que en este caso su majestad tiene el propósito de hacer merced á sir Everardo, excluyéndole de toda clase de inculpaciones. Se tiene la seguridad de que dicho desgraciado joven ha hecho armas á favor del Pretendiente y entró en Inglaterra con las partidas montañesas ; pero no se ha vuelto á sa-

ber nada de él desde el encuentro del 18 de diciembre en Clifton. »

Tal era el desconsolador párrafo.

— ¡ Dios mío ! — exclamó Waverley. — He sido parricida ! No ; imposible. Mi padre que no me tuvo nunca el cariño de un padre no puede haber tenido tanto sufrimiento por mi pérdida que le haya ocasionado la muerte. No, yo no puedo creerlo, me volvería loco si admitiera ni por un momento tan horrible idea. Pero aún sería peor, si cabe, que un parricidio permitir que amenace un peligro á mi noble y generoso tío, que ha sido para mí más que un padre, pudiendo evitarle con un sacrificio por mi parte, sea el que fuere.

En tanto que estas reflexiones atormentaban como mordeduras de escorpión el corazón de Waverley, interrumpió el digno eclesiástico la gran disquisición acerca de la batalla de Falkirk en que estaba empeñado, y notando la palidez de su interlocutor, le preguntó qué tenía. Felizmente acertó á entrar en aquel momento la joven recién casada, la mujer de Williams. No era ésta de un talento brillante, pero tenía muy buen natural y comprendiendo que Eduardo acababa de enterarse de algo desagradable por los periódicos, halló modo de distraer la atención del clérigo, evitando que cayera en sospechas y distrayéndole con diversos motivos hasta que se marchó. Entonces manifestó Waverley á sus amigos que se veía en la necesidad de marcharse á Londres lo antes posible.

Sin embargo, hubo un motivo de demora al que Waverley no estaba acostumbrado. Aunque á su salida de Tully-Veolan llenó bien su bolsillo, ya estaba harto escaso, por no haberse repuesto de fondos. No había gastado gran cosa en aquella vida tan retirada;

pero á pesar de esto, cuando hubo de pagar á sus hospederos y echó cuentas, vió que no le quedaba bastante para tomar la posta. En consecuencia, pensó que lo mejor sería ir á Boroughbridge, tomando la diligencia que pasa por la carretera del norte; vehículo antiguo y pesado que, arrastrado por tres caballos y con ayuda de Dios, como dice el anuncio, hace el viaje de Edimburgo á Londres en tres semanas. Despidióse nuestro héroe con mucho afecto de sus amigos en Cumberland, asegurándoles que no olvidaría nunca sus favores y con la tácita esperanza de poderles dar algún día más palpables pruebas de su agradecimiento. Después de algunas pequeñas dificultades y de fastidiosos retrasos y luego de procurarse un traje más acomodado á su condición, aunque muy sencillo, se puso en camino, cruzó la región y se vió por fin en la diligencia, sentado frente á frente de místress Nosebag, esposa del teniente Nosebag, ayudante y maestro de equitación del... regimiento de dragones, mujer de unos cincuenta años, bien conservada, vestida de azul con adornos de color escarlata, y que llevaba en la mano un latiguito de montar, con puño de plata.

Era esta señora uno de esos individnos activos de la sociedad que se encargan con mucho gusto de la conversación. Venía de Escocia y explicó á Waverley cómo su regimiento hubiera acuchillado á la « gente de faldas » en Falkirk, á no haber sido por uno de esos pantanos que á cada paso se hallan en Escocia y que tanto perjuicio ocasionó « al pobrecito regimiento », como decía el señor Nosebag.

— ¿ Ha servido usted en los dragones ?

Waverley se encontró tan sorprendido por esta pregunta que maquinalmente hizo señal de asentimiento.

— Se conoce á la legua — dijo la señora de Nosebag. — Ya he notado su aire militar y que no se trata de un pedestre. ¿ Qué regimiento, si usted gusta?

Buena era la pregunta. Comprendió Waverley que aquella buena señora era capaz de saber de memoria los nombres de todos los regimientos y así para no ser cogido en mentira, prefirió decir la verdad.

— En el regimiento de Gardiner, señora; pero me he retirado hace algún tiempo.

— ¡ Ah ! sí ; el regimiento que corrió tanto en la batalla de Preston, como dice mi Nosebag. ¿ Estuvo usted en ella, caballero ?

— Por desgracia, señora, estuve en ese encuentro.

— Es una desgracia que pocos dragones de Gardiner pueden contar. — ¡ Ah, ah, ah ! dispense usted, pero una mujer de militar puede hablar en estos términos.

— ¡ Llévete el diablo ! — pensó Waverley. ¡ Qué genio infernal me habrá hecho caer en esta trampa !

Por fortuna, aquella señora cambiaba fácilmente de tema.

— Ya llegamos á Ferrybridge — dijo la militara. — Aquí hallaremos un destacamento de los nuestros, cuya misión consiste en prestar auxilio á los comisarios y jueces que están examinando papeles y deteniendo á los rebeldes que se encuentran.

Apenas llegaron á la posada los viajeros, cuando la buena señora llamó á Waverley y asomándose á una ventana, á tiempo que pasaban dos individuos, dijo á nuestro héroe :

— Vea usted, vea usted : ahí está el sargento Bridoon de nuestra tropa; va con el alguacil del juzgado. Bridoon es uno de mis borregos, como dice Nosebag.

Venga usted, señor... ¿ cómo se llama usted, si usted gusta ?

— Butler, señora — dijo Waverley, resuelto á tomar el nombre de un camarada mejor que á dar uno que no existiera en el regimiento.

— ¡ Ah ! ya sé : tomó usted el mando de la tropa cuando ese bribón de Waverley se pasó al enemigo. ¡ Dios bendito ! Ya quisiera yo que ese viejo capitán Crump hiciese otro tanto, para que Nosebag ascendiera. Veamos, ¿ qué le pasa á ese Bridoon que anda haciendo eses ? Que me aspen si no está ya entre dos luces, como dice Nosebag. Sígame usted, sígame, caballero : usted y yo, que pertenecemos al ejército, vamos á llamar á ese individuo al orden.

Waverley, con temor, más fácil de comprender que de describir, se vió en la necesidad de seguir á la militara. Aquel sargento Bridoon era un mocetón de seis pies de estatura, de anchas espaldas y de piernas flacas, sin hablar de un chirle en la nariz, se parecía á un borrego, tanto como lo puede parecer un sargento de caballería bien bebido. La tenienta entró en conversación, si no por un juramento, por palabras que lo parecían mucho, mandando al pobre Bridoon que cumpliese con sus deberes.

— Váyase usted á... Pero Bridoon no concluyó la frase, porque al volver la vista para saber qué palabra cuadraría mejor á la persona que le interpelaba, vió quién era ésta. Por consiguiente, cambió su incomodidad en saludo y cambió de tono.

— Guárdela Dios, señora — dijo. — ¿ Es usted ? ¡ Vaya ! Porque un hombre haya bebido un trago de más, por la mañana, estoy seguro de que no le pondrá usted en un aprieto.

— Bueno, bueno : cumpla usted con su obligación

y nada más. Este caballero y yo pertenecemos al ejército ; pero hará usted bien en informarse quién es ese tipo sospechoso que esconde la cara bajo el sombrero en la esquina del coche, me parece que es un rebelde disfrazado.

— Váyase al diablo esa vieja agraz — dijo el sargento cuando tuvo la seguridad de que ésta se hallaba ya lejos para oirle ; — esa lechuza es una calamidad en el regimiento, más aún que el preboste, el sargento mayor y el mismo coronel, el viejo Hubble-de-Shuff en persona. Vamos á ver qué tipo es ese del sombrero ; pero lo que le vamos á pedir es que apadrine unas copas de aguardiente ; porque, francamente, la cerveza de este condado de York está demasiado fría para mi estómago. (El viejo en cuestión no era más que un cuákero que venía de Leeds y que había disputado con mistress Nosebag á propósito de si era ó no lícito moralmente el uso de armas).

La vivacidad de esta buena mujer había servido esta vez para salvar á Eduardo de una dificultad ; pero le metió en otras muchas. En todas las paradas lo primero que hacía era visitar el cuerpo de guardia, si en la localidad había tropa. Poco faltó para que en una de estas ocasiones presentase á Waverley en un puesto donde se encontraba un sargento del propio regimiento de Gardiner. A cada momento daba á Waverley el nombre de capitán Butler, de tal modo que nuestro héroe se hallaba en constante ansiedad y susto. Por fin, tuvo el mayor regocijo de su vida con el término de aquel viaje ; la llegada de la diligencia á Londres salvó á Waverley de las atenciones de la señora de Nosebag.

CAPÍTULO LXII

Y AHORA ¿QUÉ HACER?

Era el anochecer cuando la diligencia llegó á Londres. Separándose de sus compañeros de viaje y cruzando diferentes calles por si le seguían, tomó Eduardo un coche de alquiler, dando la dirección del coronel Talbot, en uno de los principales *squares* del barrio del Este. Por fallecimiento de algunos parientes había heredado el coronel una considerable fortuna, de modo que vivía con su mujer de manera positivamente lujosa.

Cuando Waverley llamó á su puerta tuvo que vencer la primera dificultad de que le dejaran entrar ; pero al fin le hicieron pasar al comedor donde el coronel estaba con su familia comiendo. Su mujer, lady Emilia, cuyos hermosos rasgos aún tenían la palidez de la enfermedad, estaba sentada frente á su marido. Tan pronto como oyó la voz de Waverley el coronel se levantó y salió corriendo á su encuentro.

— ¡Frank Stanley! — exclamó el coronel dando este nombre á Waverley — ¿Cómo está usted, querido? — y luego dirigiéndose á su mujer añadió :— Aquí tienes al joven Stanley.

Lady Emilia acogió con mucha cortesía á Waverley, pero el color de sus mejillas, el temblor de su mano y la inseguridad de su voz revelaban que estaba emocionada é inquieta. Volvieron á servir la mesa para que comiera Eduardo y entretanto el coronel le habló diciendo:

— No esperaba yo verle á usted por acá, mi querido Frank. Me han asegurado los médicos que el aire de Londres es muy contrario á la conveniencia de usted. No ha debido usted arriesgarse. Emilia y yo tenemos grandísimo gusto en ver á usted; pero mucho me temo que no podamos prolongar esta satisfacción.

— Me trae un asunto del mayor interés — dijo Waverley.

— Lo supongo; pero no por esto consentiré que esté usted aquí mucho tiempo. Spontoon (añadió el coronel dirigiéndose á un criado de aspecto militar y sin librea) que quiten la mesa y que nos dejen solos: no entre nadie: si llamo venga usted, pero no otro; tengo que hablar de negocios con mi sobrino.

Tan pronto como se quedaron solos, exclamó el coronel:

— ¡Por Dios! querido Waverley, dígame usted por qué razón ha venido usted á Londres: puede comprometer usted hasta su vida.

— Querido señor Waverley — dijo á su vez lady Emilia,—¿cómo ha cometido usted esta imprudencia, usted, á quien nunca podré demostrar la magnitud de mi agradecimiento?

— Mi padre... mi tío... vean ustedes este suelto—y presentó el periódico al coronel Talbot.

—¡Esta gente merece ser aplastada en sus propias prensas! — exclamó el coronel después de leer el suelto. — Parece que media docena de periódicos semejantes se publican en la ciudad: así se comprende que tengan necesidad de inventar cosas para dar salida á sus papeles. Aquí hay una desgraciada verdad, querido Waverley, y es que ha perdido usted á su padre. Pero que su muerte haya sido causada por la violenta pena que su desagradable situación le produjera en el espíritu, eso no es más que fantasía. La verdad es—parecerá duro decirlo, pero lo creo indispensable para tranquilidad de la conciencia de usted, —la verdad es que Ricardo Waverley se ha mostrado en todo este asunto muy poco sensible á la situación de usted y á la de su tío. En este último tiempo me dijo, con aire de agrado, que puesto que yo me encargaba de los intereses de usted, lo mejor para él sería entenderse con el gobierno por lo que hacía á los suyos propios, y así ha sido, en efecto, pues le quedaban algunos amigos en situación de intervenir como lo han hecho.

— ¿Y mi tío, mi querido tío? — dijo Waverley.

—No corre el menor riesgo. Cierto es (dijo mirando la fecha del periódico) que cuando se escribió esto corrían rumores de esta clase, pero no tenían fundamento. Sir Everardo se marchó á Waverley-Honour sin que nadie le molestara y sin más inquietud que la que usted le producía. Ahora quien está en peligro es usted; su nombre se halla pregonado, hay orden de que se le detenga donde se le encontrare. ¿Desde cuándo está usted aquí y cómo ha venido?

Eduardo le explicó todo lo sucedido, excepto su cuestión con Fergus, pues en realidad él estimaba á los montañeses y no quería dar materia á la inquina del coronel contra ellos.

— ¿Está usted seguro de haber visto el cadáver de Callum en el llano de Clifton?

— Muy seguro — contestó Waverley.

— Es un robo que ese diablo ha hecho á la horca. Sin embargo (añadió dirigiéndose á lady Emilia), era un mozo de gran presencia. En cuanto á usted, Eduardo, quisiera que se encontrara usted otra vez en Cumberland y ojalá no hubiera usted salido de allí! Figúrese usted que hay una vigilancia extrordinaria en todos los puestos : se practican investigaciones en todas partes buscando á cuantos adictos al Pretendiente se conocen. La lengua de esa mujer, que Dios confunda, va á soltarse y á entrar en movimiento como la rueda de un molino hasta que de un modo ó de otro descubra que su compañero de viaje no era el capitán Butler.

— ¿Sabe usted qué mujer es esta? — dijo Waverley.

— Perfectamente. Su marido estuvo á mis órdenes como sargento mayor durante seis años. Era una viuda bastante alegre y con algún dinero. Nosebag se casó con ella. Luego ascendió y es un buen oficial instructor. Voy á dar á Spontoon el encargo de que averigue lo que esa mujer viene á hacer á Londres : la encontrará en casa de algún conocido del regimiento. Mañana es necesario que esté usted indispuesto y que el cansancio le obligue á no salir de su habitación. Lady Emilia será su enfermera y Spontoon y yo sus asistentes. He dado á usted el nombre de un pariente mío, que ninguno en esta casa conoce, excepto Spontoon, pero por éste no hay cuidado. Haga usted el favor de tener un fuerte dolor de cabeza, ciérrensele los ojos lo más pronto posible para que le incluyamos en la lista de enfermos. Emilia,

prepara una habitación para Frank Stanley con todo el cuidado que requiere el mal estado de su salud.

A la mañana siguiente, el coronel visitó á su huésped.

— Noticias — le dijo. — Tengo buenas noticias que darle. Su reputación como caballero y oficial está ya fuera de duda : no tiene usted nada que temer respecto á la supuesta intervención suya en las maniobras para sublevar el regimiento Gardiner. He seguido á este respecto una interesante correspondencia con un buen amigo de usted, el clérigo escocés señor Morton. Este escribió una carta á sir Everardo, pero yo he intervenido para evitar á este excelente señor el trabajo de contestar. Conviene sepa usted que su antiguo conocido el bandolero Donald, el de la caverna, ha caído en manos de los filisteos. Se llevaba el ganado de cierto propietario llamado Killan — ó cosa parecida.

— ¿Killancureis?

— Eso es. Parece que este propietario es grande ganadero. Temiendo que le sucediera algún percance había solicitado la protección de las autoridades, de modo que tenía en su finca un destacamento de soldados. Donald fué á meterse en la boca del lobo : cayó prisionero. Condenado á muerte, vió solicitada su conciencia por un sacerdote católico y por el amigo de usted señor Morton. Rechazó al católico. Por consiguiente, la tarea de sacarle de un estado de impenitencia final correspondió al señor Morton; debo decir que éste se portó de manera excelente, aunque me parece que Donald habrá sido un cristiano bastante medianejo. En fin, confesó ante un magistrado, el Mayor Melville, creo, todas sus intrigas con Honghton, explicando detalladamente de qué manera había

procedido y manifestando que usted no tomó parte alguna en esto. Declaró también que fué él quien sacó á usted de manos de un oficial voluntario y que por orden del Preten.,. del caballero, quiero decir, le llevó á usted prisionero á Doune, sabiendo luego que de allí fué llevado usted á Edimburgo. Son detalles que no pueden menos de abogar en favor de usted. Dió á entender que recibió encargo de libertar á usted y de protegerle y que por esto le habían recompensado liberalmente; pero se negó á revelar quién le había dado este encargo, añadiendo que en las circunstancias ordinarias no habría tenido inconveniente en decirlo, pero que en el caso presente había jurado sobre la hoja de su espada (1) guardar el secreto y que esta era una obligación inviolable.

(1) Así como las divinidades paganas contraían una obligación ineludible jurando por el Estigio, los montañeses escoceses usaban particulares solemnidades cuando querían obligarse por juramento. La solemnidad más frecuente era tender la mano sobre la espada (dirk) desnuda. Esta arma venía á ser garantía de la promesa y á ella se invocaba para castigar el perjurio. Pero como quiera que fuese el rito, todos consideraban el juramento solemne é irrevocable. Cuando no se prometía bajo forma solemne, nadie se consideraba obligado. Luis XI de Francia practicaba el mismo subterfugio. Tenía una especie parlicular de juramento, el único que respetaba y al que no se prestaba sino cuando no podía evitarlo. Este juramento consistía en la invocación de la Santa Cruz de San Lo d'Angers, que contiene una reliquia de la Vera-Cruz. Luis XI creía que si faltaba al juramento hecho en esta forma, moriría dentro del año. Habiendo sido invitado el condestable de Saint-Pol á una entrevista con este soberano se negó á ella mientras el rey Luis no garantizase el salvo conducto jurando por dicha Santa-Cruz. Según Comines, el rey no quiso prestar este juramento, diciendo que no se comprometería nunca con hombre alguno en aquella forma; pero que estaba dispuesto á obligarse con cualquier otro juramento que el Condestable designase. Después de muchas negociaciones no fué posible llegar á un acuerdo y se desistió de la entrevista. Tal es la diferencia que existe entre el dictado de la superstición y el de la conciencia.

— ¿Y qué ha sido de él?

— Ha sido ahorcado en Stirling, juntamente con su teniente y cuatro hombres más de su partida. Se le ha distinguido colgándole de un palo más alto que el de sus compañeros.

— No tengo grandes motivos de sentimiento ni de contento por su muerte : sin embargo, ese hombre me ha hecho mucho bien y mucho mal.

—Su declaración, por lo menos, le será á usted muy útil, puesto que desvanece las sospechas que daban á la acusación contra usted un carácter muy diferente del que tiene el levantamiento en armas de otros jóvenes de la nobleza. Su traición — debo llamarla así, aunque usted haya tomado parte en ella — nace de una virtud equivocada y no se puede tener por deshonrosa. Cuando los culpables son en gran número, la clemencia se debe extender también sobre muchos. No tengo duda de que conseguiré la gracia de usted; pero para esto es indispensable que no caiga usted en las garras de la justicia antes de que ésta haya hecho las suficientes víctimas para estar satisfecha. En este caso como en otros, ocurrirá lo que dice el proverbio : primer llegado, primer servido. Además, el gobierno quiere intimidar á los jacobitas de Inglaterra entre los cuales no puede encontrar muchos á quienes castigar. Es un deseo de venganza tímido y que no durará mucho, porque entre todos los pueblos el menos sanguinario por naturaleza es el inglés. Pero por el momento ese deseo existe : es preciso que se vaya usted y cuanto antes.

En aquel instante se presentó Spontoon, con aspecto de inquietud. Por medio de sus relaciones entre militares había conseguido averiguar que la señora de Rosebag estaba alteradísima, porque había hecho el viaje con un impostor, que había tomado el nombre del capitán Butler, del regimiento de dragones de Gardiner. Spontoon, que había encontrado á esta señora en casa de un amigo común, la había oído decir que iba á hacer una denuncia inmediatamente, pues sin duda se trataba de un emisario del Pretendiente. Spontoon (como veterano), sin contradecirla en lo más mínimo, había logrado persuadirla de la conveniencia de retardar algo la denuncia. Sin embargo, no había tiempo que perder : era evidente que las señas dadas por aquella señora harían descubrir que el pretendido capitán Butler no era otro que Waverley, lo que sería peligroso para Eduardo, para su tío y para el mismo coronel Talbot. La cuestión era únicamente saber á dónde había de dirigirse Waverley.

— A Escocia — dijo éste.

— ¡A Escocia! — exclamó el coronel — ¿Con qué propósito? Supongo que no será para incorporarse otra vez á los rebeldes.

— No : yo he considerado concluída mi campaña desde el momento en que no pude reunirme con los míos en la retirada. Ahora, según las noticias recibidas, se preparan á sostener una campaña de invierno en los montes, donde los partidarios como yo más que ayuda serían un estorbo. Lo probable es que sólo sostengan la guerra para dar tiempo á que el Príncipe se ponga en salvo y entrar en tratos luego. Mi presencia no serviría más que para hacerles cargar con otra persona á la cual no querrían abandonar y

á la que no podrían defender. Me parece que este es el motivo por el que han dejado en Carlisle á todos sus partidarios ingleses. Además, coronel, poniéndome en un punto de vista más general, confieso á usted, aun á riesgo de desmerecer en su opinión, que me hallo absolutamente disgustado del arte de la guerr y que, como dice el ingenioso teniente Fletcher, estoy harto ya de batallas.

— ¡Batallas! — contestó el coronel. — ¿Qué ha visto usted? Uno ó dos encuentros. ¡Ah, si conociese usted la verdadera guerra, en grande escala, sesenta ó cien mil hombres de cada parte!

— No tengo esa curiosidad, coronel — contestó Waverley.—Como otro refrán dice: comida suficiente vale por un banquete. Los soldados empenachados y la guerra gloriosa están muy bien en poesía ; pero las caminatas por la noche, las vigilias, los acampados á cielo raso en el invierno y los demás accesorios de esta profesión no me hacen feliz en la práctica. En cuanto á los golpes, ya tuve mi parte en la acción de Clifton, donde escapé con bien por milagro y creo que también usted...

Waverley no concluyó su frase.

— También yo tuve la mía en Preston. Esto es lo que iba usted á decir — añadió el coronel riendo. — « Es mi vocación, Hal. »

— Pues no es la mía — dijo Waverley — y puesto que me he desembarazado con honor del sable que sólo había desenvainado como voluntario, me declaro satisfecho con mi experiencia militar y no veo la necesidad de aumentarla.

— Mucho me complace que tenga usted esos pensamientos. Pero, en este caso, ¿qué va usted á hacer en el norte?

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

— En primer término, aun hay en la costa oriental de Escocia algunos puertos en poder del Príncipe, y creo que si puedo llegar á uno de éstos, me será fácil embarcarme para el continente.

— Está bien. ¿Y el segundo término?

— Para no ocultar usted nada le diré que hay en Escocia una persona de quien depende la felicidad de mi vida mucho más de lo que yo había pensado, y cuya situación me tiene en la mayor ansiedad.

— Emilia lo había comprendido; tenemos el amor de por medio. Y de aquellas dos lindas escocesas que me quería usted hacer admirar con tanta insistancia, ¿cuál es la preferida? Espero que no será miss Glen...

— No.

— Menos mal. Vaya por la otra. La candidez puede corregirse, pero la vanidad y el orgullo, nunca. Pues bien, no quitaré á usted ánimos. Por lo que me ha dicho sir Everardo alguna vez que hemos hablado de estas materias, creo que le parecerá bien el propósito. En cuanto al intolerable papá, con su jerigonza escocesa, su tabaco, su latín y sus inacabables historias sobre el duque de Berwick confío que se tendrá que ir al extranjero. Por lo que respecta á su hija, sin duda encontraría usted en Inglatera tan buen partido; sin embargo, si se empeña usted en ese capullito de rosa escocesa, enhorabuena. Sir Everardo tiene un gran concepto del padre de esa señorita y de su familia, y desea vivamente que usted se case, tanto por la propia felicidad de usted como por estar seguro de que los tres armiños pasantes no pasarán, como sucedería si usted continuase soltero. Pero ya daré á usted noticia de su determinación á este respecto, pues por ahora usted no puede ponerse en comunicación con su tío. Espero que no estará usted en Escocia mucho antes que yo.

— ¡Cómo! ¿,tiene usted intención de ir á Escocia? No será por el buen recuerdo que tenga usted del país de las montañas y torrentes.

— No por cierto. Pero, gracias á Dios, Emilia está casi restablecida, y á decir verdad, temo mucho no poder llegar á feliz resultado en este asunto si no tengo una entrevista personal con su alteza real, el general en jefe. Como dice Fluellin: « el duque me quiere y doy gracias al cielo por haberme otorgado algún derecho á este cariño. » Voy á salir por una ó dos horas para arreglar el viaje de usted. La libertad de usted se extiende hasta el cuarto inmediato que forma parte de las habitaciones de Lady Emilia: usted la encontrará si le distraen la música, la lectura ó la conversación. Hemos tomado precauciones para que no entre ningún criado, excepto Espontoon, tan fiel como el acero.

Dos horas más tarde volvió el coronel Talbot y encontró á su joven amigo en conversación con lady Emilia. Esta se encontraba encantada de las maneras y de los conocimientos de Waverley y éste también se hallaba muy satisfecho de encontrarse, aunque sólo fuera por un momento, en la sociedad de personas de su clase, de lo que había estado privado por tanto tiempo.

El coronel dijo á su amigo:

— Escuche usted el arreglo hecho, porque no podemos perder un instante. Este joven Eduardo Waverley, de otro modo llamado Williams, de otro capitán Butler, de otro Francisco Stanley, mi sobrino, seguirá usando este último nombre, se marchará mañana temprano, camino del norte y el coche le lle-

vará hasta el tercer relevo. Allí montará á caballo y Spontoon le acompañará hasta Huntingdon. Como á mi criado se le conoce por tal en todas partes, su presencia evitará preguntas importunas. En Huntingdon encontrará usted al verdadero Francisco Stanley, estudiante de la universidad de Cambridge. En la duda de si la salud de Emilia me permitiría ir yo mismo á Escocia, saqué en las oficinas de la secretaría de Estado un pasaporte á nombre de mi sobrino, que hubiera ido en lugar mío. Como su viaje no tenía más objeto que buscar á usted, ya no hay para qué lo haga. Stanley está al tanto de lo que á usted concierne. Comerán ustedes juntos y acaso encuentren entre los dos algún nuevo plan para disminuir los riesgos del viaje. Ahora — añadió abriendo una cartera de tafilete — tengo que suministrar á usted fondos para la campaña.

— Estoy confuso, querido coronel — dijo Waverley.

— No hay por qué — repuso el coronel Talbot. — En todas circunstancias puede usted disponer de mi bolsillo; pero debo decirle que este dinero es suyo. Su padre me ha nombrado albacea, para impedir cualquier intervención que pudiera perjudicar á usted. Tiene usted á su disposición más de 15.000 libras esterlinas y es usted propietario de Brerewood Lodge : es usted un joven enteramente independiente, se lo aseguro. Aquí tiene usted unos billetes por 200 libras esterlinas. Puede usted disponer de cualquier otra suma que le plazca ó de un crédito en país extranjero cuando le sea necesario.

El primer uso que Waverley hizo de su dinero fué enviar á Jopson un jarro de plata, escribiéndole que lo aceptase de parte de su amigo Williams, quien no había olvidado la noche del 18 de diciembre. Le decía también que conservase cuidadosamente su traje escocés y, sobre todo, sus armas, curiosas por sí mismas y valiosas por la amistad de quien se las había regalado. Lady Emilia tomó á su cargo enviar á místress Williams un regalo que fuese de gusto y complaciera su amor propio. El coronel, que entendía algo de agricultura, quedó en enviar al patriarca de Ulswater una buena yunta para el arado.

Waverley pasó un excelente día en Londres. Al siguiente, después de viajar de la manera convenida, se reunió con Francisco Stanley en Huntingdon. Ambos jóvenes se hicieron amigos al momento.

— Ya comprendo lo que quiere decir mi tío — exclamó Stanley — y que se lo ha callado con prudencia de veterano. Aquí no hay que hacer más sino seguir adelante con mi pasaporte y mi nombre. Si lo descubren no habrá nada, será una trama de estudiantes. Es usted, pues, Francisco Stanley.

Aquella proposicion resolvía, en efecto, la mayor dificultad con que habría tropezado Eduardo, quien la aceptó sin dificultad, puesto que ya no tenía propósitos políticos y no podía acusársele de maniobras contra el gobierno á favor de un pasaporte expedido por la secretaría de Estado.

El día se pasó alegremente. El joven estudiante hizo á Waverley muchas preguntas referentes á su campaña, usos y costumbres de los montañeses. Para satisfacer aquella curiosidad silbó Eduardo un *pibroch*, bailó un *strashspey* y cantó una canción de las Tierras. Al siguiente día temprano, Stanley, acompañó á su amigo hasta el relevo de postas inmediato y no se separó de él sino con sentimiento y cediendo á las observaciones de Spontoon que, acostumbrado á la disciplina, exigía de todos una sumisión semejante.

CAPITULO LXIII

DESOLACIÓN

Waverley corrió la posta, como entonces se hacía sin otras aventuras que la de haber tenido que contestar dos ó tres veces á preguntas con el talismán de su pasaporte. Cuando llegó á la frontera de Escocia supo la decisiva batalla de Bulloden. Ya lo esperaba desde hacía tiempo, aunque el triunfo de Falkirk había dado algún realce á las armas del Príncipe. Sin embargo, aquella noticia fué para él como un choque que durante algún tiempo le sumió en un aniquilamiento completo. Aquel generoso, cortés y noble Príncipe no era ya más que un fugitivo cuya cabeza se había puesto á precio. Sus adictos, tan bravos, entusiastas y fieles, habían muerto ó estaban en prisión á en destierro. ¿Dónde estaba el animoso y magnanimo Fergus, si es que había sobrevivido á la noche de Clifton? ¿Dónde estaría el digno y sencillo barón de Bradwardine, cuyas debilidades no parecían destinadas á otra cosa que á realzar su desinterés de su bondad, su corazón y su bravura inquebrantable? ¿Qué había sido de Rosa y de Flora, seres, que no tenían otro apoyo que aquellas columnas caídas? ¿Dónde encontrarlas? Pensaba en Flora con el cariño de un hermano y en Rosa con sentimientos más vivos y más tiernos. Su imaginación le decía que tal vez podría él sustituir á los apoyos que ambas habían perdido. La agitación que estas ideas le causaban le hicieron acelerar la marcha.

Cuando llegó á Edimburgo, por donde necesariamente había de comenzar sus investigaciones, comprendió las dificultades de su situación. Muchos habitantes de aquella capital le habían conocido con su nombre de Eduardo Waverley. ¿Cómo podría utilizar un pasaporte á nombre de Francisco Stanley? Por consiguiente, trató de que le vieran muy poco y de marcharse lo más pronto posible hacia el norte. No obstante, esperaba carta del coronel Talbot y tenía que pasar en Edimburgo uno á dos dias. Además, era necesario que dejara su dirección, con su nuevo nombre, en una casa convenida con el coronel y para que éste pudiera mantener sus comunicaciones. Para cumplir con este encargo tuvo que atravesar una porción de calles, que conocía bien. Aunque iba evitando encuentros no se pudo salvar de uno que le salió al paso en seguida : el de mistress Flockart, la viuda en cuya casa se había alojado Fergus MacIvor.

— ¡ Bendito sea Dios ! — exclamó esta señora al verle. — ¡ Señor Waverley ! ¿ Es usted ? No tenga usted cuidado : no soy yo capaz de traicionar á un caballero. ¡ Ah ! si supiera usted cuántos cambios han ocurrido. ¡ Qué contentos estaban ustedes en mi casa !

La viuda no pudo resistir la emoción y se le saltaron las lágrimas.

Waverley se vió en la imposibilidad de sustraerse á

mistress Flockart y la confesó todo el peligro en que se hallaba.

— Se hace de noche — dijo ésta — venga usted á casa y tomará una taza de te. Y si quiere usted pasar la noche en su antiguo cuartito, no tenga usted cuidado que le conozcan: las dos criadas que había entonces se han marchado y las nuevas no le han visto á usted nunca.

Waverley aceptó la invitación y se instaló en su antiguo cuarto por uno ó dos días, persuadido de que más seguro estaría en casa de aquella buena señora que en otra alguna.

En la sala, y colgada junto á un espejo, vió Waverley la gorra de Fergus, con su escarapela blanca. La señora de Flockart notó en qué se fijaba la mirada de Waverley.

— ¡ Ay ! — dijo suspirando — el pobre coronel me dejó su gorra como recuerdo. Yo la cuido y cepillo todos los días. Cuando la miro me parece estar oyendo al coronel que grita á Callum pidiéndole la gorra, como tenía costumbre. Es una manía. Todas las vecinas me consideraban jacobita. Digan lo que quieran: el coronel tenía el corazón tan bueno como el mejor de los que existen. Sí, señor. ¡ Ay ! ¿ Sabe usted cuándo van á matarlo ?

— ¡ Matarlo ! ¿ Qué es eso ? ¿ Dónde está ?

— ¡ Ah ! ¿ No lo sabe usted ? Ese desgraciado montañés Dugald Mahony vino aquí hace poco con un brazo de menos y una cicatriz en la cabeza. ¿ Se acuerda usted de Dugald, el que llevaba siempre un hacha al hombro ? Pues bien, aquí vino y nos dijo que el jefe, como él le llamaba (yo digo siempre el coronel), y el alférez Mac-Combich habían caído prisioneros allá, por las fronteras de Inglaterra, en una noche oscura, sin que sus soldados se enteraran al pronto, y cuando lo adivinaron ya era tarde: pensaron volverse todos locos. Me dijo que el muchacho Callum Beg (un pillete, este chico) y Vuestro Honor habían perecido aquella misma noche en el encuentro, lo mismo que otros valientes del clan. ¡ Oh ! ¡ cómo lloraba al hablar del coronel ! No se lo puede usted figurar. Ahora dicen que van á juzgar al coronel y lo ejecutarán con los prisioneros de Carlisle.

— ¿ Y su hermana ? — preguntó Waverley.

— ¡ Ah ! la que se llama lady Flora ? Está en las cercanías de Carlisle, en casa de una gran señora católica, amiga suya.

— ¿ Y la otra joven ? — preguntó nuevamente Eduardo.

— ¿ Cuál ? No conozco más que una hermana del coronel.

— Quiero decir, la señorita Rosa de Bradwardine.

— ¡ Ah, sí ! : la hija del laird. ¡ Pobre muchacha ! Era mucho más tímida que lady Flora.

— ¿ Dónde está ? ¡ por amor de Dios !

— ¡ Quién lo sabe ! Van perseguidos todos. Se volvió á casa de su padre, en el condado de Perth, cuando entraron en Edimburgo las tropas del gobierno. Había buenos mozos: el comandante Wacker, que tuvo su boleta de alojamiento para esta casa, era un caballero muy fino; pero, señor Waverley, le faltaba mucho para valer lo que el coronel.

— ¿ Sabe usted del padre de miss Bradwardine ?

— ¿ Del viejo laird ? No; nadie sabe nada. Se dice que se batió como un león en el sangriento combate de Inverness. Deacon Clank, el hojalatero, dice que los amigos del gobierno están furiosos contra él, porque se ha echado al campo dos veces y ya con la pri

mera debió darse por enterado. Pero no hay cosa peor que un viejo loco. El pobre coronel no se ha levantado en armas sino una vez...

Esa conversación contenía todo lo que la viuda podía decir sobre la materia. Era lo bastante para que Eduardo se decidiese á arriesgarlo todo yendo inmediatamente á Tully-Veolan. Allí esperaba encontrar á Rosa ó, por lo menos, tener noticias suyas. Dejó, por consiguiente, una carta para el coronel Talbot en el punto convenido y firmada Stanley, dando para dirección suya la oficina de postas más cercana de la residencia del Barón.

De Edimburgo á Perth viajó en silla de posta, con intención de proseguir luego á pie, no sólo por gusto sino por la facilidad de separarse del camino cuando viese de lejos alguna tropa. La campaña que acababa de hacer le había fortalecido mucho, acostumbrándole á la fatiga. Caso necesario enviaría su equipaje delante.

A medida que avanzaba hacia el norte iban apareciendo más palpables las huellas de la guerra: vehículos rotos, caballos muertos, árboles cortados, puentes deshechos ó á medio componer: todo indicaba el paso de ejércitos en hostilidad. Por los lugares donde los propietarios eran adictos á la casa de Estuardo, se veían los edificios abandonados y á veces derribados por tierra. Todo lo que puede llamarse trabajo de ornato estaba interrumpido y los habitantes erraban por el campo, temblando y consternados.

Estaba ya muy entrada la tarde cuando llegó Waverley á las inmediaciones de Tully-Veolan. ¡ Cuán diferentes eran sus ideas y sentimientos de los que tenía la primera vez que estuvo en aquel mismo sitio ! Desconocedor de la vida entonces, un día de mal

tiempo ó de disgusto constituía la mayor desgracia concebible por su imaginación. Le parecía que todo su tiempo debía consagrarse exclusivamente á estudios agradables ó entretenidos, interrumpidos por una vida social conforme á la alegría de sus pocos años. Y ahora ¡ qué cambio ! Su carácter se había entristecido, aunque elevado también en el espacio de algunos meses. El peligro y el infortunio son dos rápidos, aunque severos, maestros. Más grave y prudente, encontraba en la confianza de sí mismo y en el sentimiento de su dignidad una compensación de las ilusiones pasajeras que la experiencia había disipado tan pronto.

Al acercarse al pueblo vió con sorpresa y ansiedad que había en él un destacamento de soldados y, lo que era peor, parecía que estaban allí como instalados de guarnición. Lo comprendió así al ver algunas tiendas de campaña en el sitio llamado *Commo moor*. Para no dar lugar á que le detuviesen é interrogasen en un sitio donde era tan problable que alguien le conociese, dió un rodeo largo, por las afueras del lugar y se acercó á la puerta de la avenida por un sendero desviado que él conocía. A primera vista comprendió cuántos cambios habían acaecido. De la puerta no quedaba más que una hoja, inútil, medio arrancada de sus goznes. La otra hoja había servido para astillas : allí estaban aún algunos manojos, esperando el momento de ir á encender la lumbre. Las almenas de encima de la puerta estaban desmochadas y arrojadas por tierra. Los osos, que por tantos siglos habían montado la guardia, estaban caídos entre escombros. La avenida estaba cruelmente devastada: grandes árboles cortados y tumbados á través del camino: por último, la pradera tan verde, que tanto había

admirado Eduardo, estaba hecha una ciénaga, pisoteada, molida por el ganado de los campesinos y los caballos de los dragones.

Al entrar en el patio vió Eduardo realizados los temores que le habían inspirado los destrozos encontrados al paso. La casa había sido saqueada por las tropas del rey, las cuales, simplemente por el deseo de hacer mal, habían intentado pegar fuego : las paredes habían resistido, gracias á su espesor; pero no así las cuadras y corrales enteramente consumidos por las llamas. Las torrecillas y las almenas de la fachada principal estaban requemadas y negras, los adoquines del suelo arrancados y rotos, las puertas destrozadas ó colgadas de un gozne, las ventanas rotas y sin vidrio sano. Los muebles también habían sido destruídos ; por el patio se veían arrojados algunos fragmentos. Todos los emblemas de nobleza tan venerados del Barón, y á los cuales concedía tanta importancia habían sido tratados con particular menosprecio. La fuente estaba hecha pedazos, su agua inundaba el corral y su taza de piedra por la manera de estar colocada, servía de abrevadero para el ganado. Toda la tribu de osos, grandes y pequeños, había pasado por la misma tribulación que los de la entrada. En el suelo se veían dos grandes cuadros, retratos de familia, atravesados á balazos por haber servido de blanco á los soldados. Ya se comprenderá que Eduardo contemplaba con angustia aquel desastre acaecido en una mansión por él tan respetada. Además, á cada paso iba en aumento su inquietud, su zozobra por todo lo que habría sido del Barón y de su hija. El terrado ofrecía á su vista nueva escena de desolación. La balaustrada estaba caída, en el jardín crecían las hierbas, los árboles frutales yacían

desarraigados ó partidos. En una parte de este antiguo jardín había dos añosos castaños, de que el Barón estaba muy complacido. Los autores de la devastación no queriendo tomarse el trabajo de derribar aquellos grandes árboles, los habían arruinado y hecho saltar con paquetes de pólvora : uno estaba rajado en gran número de pedazos, sin que le quedara una rama en su sitio ; el otro menos roto aún tenía una parte del tronco de modo que desfigurados por un lado, extendía por el otro sus ramas intactas y frondosas (1).

Entre las señales de este destrozo general había una que particularmente emocionaba á Waverley. Mirando de frente á la fachada buscó el balconcito correspondiente al cuarto de Rosa — en el piso tercero ó, si se quiere, el quinto. — Era fácil de reconocer, porque por bajo de él se veían caídos los tiestos de flores con que Rosa adornaba el balcón y que alguien había echado á la galería. En el suelo se encontraban además algunos libros. Waverley encontró entre ellos un ejemplar de Ariosto, que recogió como un tesoro, aunque deteriorado por la lluvia y el viento.

Sumido estaba en las dolorosas reflexiones que aquella escena le sugería, buscando con la vista algo ó alguien que le indicase lo que había sido de los desventurados propietarios de aquellas ruinas, cuando llegó á sus oídos una voz, no desconocida, que cantaba:

De noche llegaron por este sendero
Corceles furiosos, soltaban la brida

(1) De una venganza semejante fueron objeto dos castaños que había en una posesión de Mac-Donald de Glengary, llamada Invergarry-Castle, uno de los castaños estaba destrozado por completo y el otro sólo en parte.

¿ Quién ¡ ay ! les da caza? mi buen caballero :
Los otros escapan salvando la vida.
¡ Mi buen caballero ! Yo sola le lloro
¡ Mi buen caballero ! perdido le hube (1)
El sol y la luna, del cielo tesoro,
Se cubren, de pena, con fúlgida nube.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú — exclamó Eduardo, — eres tú, pobre desventurado? ¿ Te has quedado aquí solo para expresar con estrofas de tus baladas incompletas la gran lamentación que estos muros abandonados piden ?

Y llamó con moderada voz al principio y luego alto.

— Davie... Davie Gellatley !

El pobre tonto apareció por entre los escombros de una especie de invernadero en que terminaba el paseo terrado ; pero tan pronto como vió á una persona para él extraña, se volvió á esconder asustado. Waverley, acordándose de las costumbres de aquel bobo se puso á silbar una tocata que en otro tiempo había escuchado Davie con señales de gusto y hasta había aprendido en parte. La maestría de nuestro héroe no igualaba seguramente á la de Blondel ; pero tampoco el lobo era un Ricardo corazón de león. Con todo aquella melodía produjo el deseado efecto, que fué el de darse á conocer Waverley. Salió de su escondite Davie, tímida y lentamente, mientras Waverley le hacía cuantas señas podía de que no temiera y siguiese adelante.

— Es su sombra — murmuró Davie ; pero se fué acercando y, finalmente, conoció bien á Waverley.

(1) Los seis primeros versos son de la balada *Border Widow's Lament.*

Hasta el mismo desventurado Davie aparecía como víctima en aquella desolación general. La ropa que vestía se encontraba desgarrada y lo que aún era más lamentable, remendada con pedazos de tela, escogidos de una manera rara, de cortinajes, de muebles y hasta lienzo de cuadros. La cara de Davie había perdido su aspecto despreocupado y distraído : enjuto de rostro, con los ojos hundidos, estaba como muriéndose de hambre y de miseria. Después de larga vacilación se acercó á Waverley, le contempló, mirándole fijamente á la cara y le dijo :

— Muertos, idos... Muertos, idos...

— ¿ Quiénes son los muertos ? — preguntó Waverley olvidando de que Davie no tenía capacidad para contestarle cuerdamente.

— El Barón, el intendente, Saunders Saunderson, lady Rosa cuya voz era suave... Muertos todos, muertos, idos.

Sígueme, sígueme...
De las sombras el negro capuz
Rompe tenue el gusano de luz.
Ven á ver los sepulcros abiertos...
Ven á ver cómo viven los muertos !
¿ Tienes miedo de blanca mortaja ?
¿ De la lluvia que azota la caja ?
Ya la luna platea los cielos
Rasga todos los fúnebres velos.
Ya la lluvia no llora
Y en el cielo vestida de rosa
Radiante y hermosa
Se anuncia la aurora.

Haciendo señas á Waverley al mismo tiempo que decía estos versos iba Davie marchando á pasos rápi-

dos por el jardín que, como recordará el lector, terminaba hacia oriente. Seguíale nuestro héroe sin comprender el sentido de las exclamaciones de su guía y deseoso de encontrar una explicacion. De todos modos, no había duda de que estaba desierta aquella casa y de que nadie podría informarle de lo acontecido.

Andando muy de prisa llegó Davie hasta la tapia del jardín ó, por mejor decir, hasta las ruinas de la tapia. Saltó por encima de éstas y pasó al campo donde en otros tiempos estuvo la torre de Tully-Veolan. De allí pasó al arroyo y siguió caminando. Waverley le siguió como pudo, sorteando los obstáculos y no sin gran dificultad, porque entraba por momentos la noche. Marchaba por la orilla del arroyo y perdió de vista á Davie. Inquieto y sin saber qué hacer, advirtió una lucecita misteriosa que salía de la enramada en un pasaje de los más tupidos y frondosos. Guiándose por ella llegó á encontrarse delante de una rústica choza. Entonces ladraron furiosamente unos mastines y poco después le pareció que hablaban dentro de la choza. Antes de llamar juzgó prudente oir lo que aquellas voces decían.

— ¿ Qué te trae aquí, maldito loco ? — exclamaba una voz de vieja.

Y Davie, en vez de contestar silbaba como Waverley había hecho, dándose á conocer del bobo.

No vaciló más tiempo Waverley y golpeó en la puerta de la choza. Quedó todo en el mayor silencio, sólo interrumpido por el refunfuñar de los perros. Alguien se acercaba á la puerta, quizás para echar el cerrojo más bien que para levantar el picaporte ; pero nuestro héroe se adelantó levantando éste. Entonces se encontró delante de una vieja harapienta, que le dijo :

— ¿ Quién viene á casa ajena de esta manera y á esta hora ?

Por una parte, los dos perros que con la vieja salieron al encuentro de Eduardo, en lugar de acrecentar su furia parecían mucho más amansados. Por otra parte vió Eduardo la silueta de un hombre alto, delgado, vestido con restos de uniforme, con una pistola en la mano derecha y otra sujeta al cinto, hacia la cual dirigía ya la mano izquierda.

Era el Barón de Bradwardine. Inútil es decir que arrojó al suelo la pistola y se echó en brazos de su amigo.

CAPÍTULO LXIV

LO SUCEDIDO

El relato del Barón, privado de las citas latinas, inglesas y escocesas con que exornaba su estilo, hubiera resultado breve. Insistió mucho en el sentimiento que le produjo la desaparición de Eduardo y de Glennaquoich, revivió las batallas de Falkirk y Culloden y explicó que considerándolo perdido todo después de esta batalla, tornó á su casa seguro de que en ella correría menos peligro que en cualquier otro retiro. El enemigo había saqueado y destrozado sus propiedades, porque la clemencia no era usual en el día. Sin embargo, no se arrasó todo por que acertó á llegar una orden de suspensión. Era que no admitía el tribunal civil la confiscación á beneficio de la corona, á causa del mejor derecho de Malcolm Bradwardine, de Inch Gralbit, heredero en línea masculina, cuyos derechos no podían sufrir perjuicio por razón de sentencia contra el poseedor actual de la baronía. Malcolm se posesionó, por consiguiente, de los bienes, lo mismo que hicieron otros herederos en casos semejantes de personas complicadas en el levantamiento legitimista.

Pero, á diferencia de estos otros casos, el nuevo poseedor de la baronía de Bradwardine, no quiso consentir que su predecesor obtuviese el menor beneficio de aquel estado. Tanto menos generoso era esto cuanto que el Barón no había asegurado, como pudo hacerlo en derecho, ningún peculio á su hija, respetando absolutamente los derechos del heredero del nombre Bradwardine.

Los campesinos se hicieron pronto cargo de aquella injusticia, irritándose contra el sucesor del querido amo.

— No gustó esto á los habitantes de nuestros pueblos, señor Waverley — dijo el Barón. — Así los arrendatarios pagaban tarde y mal sus rentas cuando mi pariente vino á casa con su nuevo intendente James Howie para efectuar la recaudación hubo un mal intencionado — sospecho que fué John Heatherblutter, el guarda-caza que me siguió en el levantamiento del año quince — que tiró contra Malcolm un balazo. No le dió, pero le asustó tanto que puedo decir como Tulio de Catilina *Abiit, evasit erupit, effugit.* Corrió sin detenerse hasta Stirling. Y ahora acaba de poner en venta la baronía en calidad de último poseedor de ella, y lo que yo siento no es precisamente que ésta haya salido de mis manos, cosa que más pronto ó más tarde, tendría que haber acontecido por ley de vida, sino que pase á poder de personas extrañas, cuando debía permanecer en la familia *in sæcula sæculorum.* Pero hágase la voluntad de Dios, *humana perpessi sumus.* Sir John de Bradwardine, — sir John el Negro, como se le llamaba — común antecesor de nuestra casa y de los Inch-Grabbits no hubiera creído nunca que saliera en su linaje un hombre como ese. A todo esto, me ha

denunciado á ciertos *primates*, los dueños del país por ahora, como una especie de valentón, de matón asesino, jefe de bandoleros : de manera, que para mantenerme á raya se ha puesto una guarnición de soldados en mis tierras, con orden de cazarme como á una perdiz en los montes, según dice de David la Escritura ó como á un sir William Wallace — y con esto no me comparo ni á uno ni á otro. — Cuando ha llamado usted á la puerta creí que me habían descubierto y me aprestaba á perecer dignamente. Pero, Juana, ¿ no tiene usted nada que darnos de comer?

— Sí, señor — contestó la anciana. — Pondré á asar la gallina silvestre que ha traído Davie esta mañana. Además, ahí está nuestro Davie asando en el rescoldo unos huevos de gallina negra. Cuando estaba usted en casa de Su Honor el Barón, señor Waverley, de seguro no sospechaba usted que era Davie quien asaba los huevos que tanto le gustaban para cenar. No hay nadie que sepa cuidar de esta operación en el rescoldo como lo hace Davie.

Entretanto, arrodillado delante de la lumbre, con la nariz casi en la ceniza, cuidaba el bobo de los huevos, muy contento, canturreando y dándose golpes con los talones uno en otro : se empeñaba, sin duda, en justificar los elogios que de él la pobre Juana había hecho:

La madre que quería su hijito bobo.

— No es tan tonto como parece — añadió Juana. — No le hubiera taído á usted, señor Waverley, si no estuviera seguro de que es usted amigo de Su Honor el Barón, los mismos perros han conocido á usted, porque siempre ha sido usted bueno, así para las personas como para los animales. Pero, con permiso

de Su Honor, voy á referir á usted algo de Davie. Ha de saber usted que Su Honor; — ¡qué vergüenza! — tiene que esconderse á cada momento : así pasa casi todo el día y algunas veces hasta la noche, en la caverna de la Bruja. Aunque no es mal abrigo y aunque el buen hombre de Corse-Cleng ha echado en ella cuarenta brazadas de paja, no se está allí tan bien como aquí al amor de la lumbre : de modo que Su Honor viene á pasar la noche siempre que puede, junto al hogar y envuelto en una manta, volviéndose á la cueva al ser de día. Pues bien, la otra mañana, unos malditos casacas-rojas que, sin duda, habían pasado la noche de pesca ó en alguna distracción semejante, vieron á Su Honor cuando iba á internarse en el monte. Entonces le tiraron un tiro. Yo me eché fuera dando voces: « ¿ Quiéren ustedes matar á un pobrecito bobo? » Y les dije que era mi hijo; pero ellos no querían creerme y sostenían que era el viejo rebelde, según llaman esos tunantes á Su Honor. Davie, que se encontraba en el monte, había oído la disputa. Entonces, ¿ qué dirá que hizo? : cogió la capa cenicienta que Su Honor había dejado caer para correr más de prisa, se la puso y, dándose aires de importancia, salió á la vista de los soldados, de modo que éstos pensaron, en efecto, que era Davie aquel contra quien habían tirado. Me dieron seis peniques y tres salmones para que no fuera á quejarme de ellos. No, el pobre Davie no es como los demás, pero está menos entontecido de lo que se cree. Es verdad que nosotros no haremos nunca bastante por Su Honor, pues llevamos por nuestra familia y nosotros más de doscientos años en sus tierras. Su Honor es quien sostuvo á mi pobre Jamie en la escuela y en el colegio y quien luego le dió puesto en su casa hasta

que se me fué á mejor mundo ! Su Honor fué también quien me salvó de ser conducida á Perth como bruja. ¡Perdone Dios á quienes querían hacer tanto daño á una pobre anciana! Su Honor es quien durante tanto tiempo ha cuidado de Davie, vistiéndole y atendiendo á su vida.

Al fin encontró Waverley la manera de interrumpir la narración de aquella infeliz vieja, y pidió discretamente al Barón noticias de su hija.

— Está bien, gracias á Dios. Se encuentra á salvo en Duchran, en casa del laird que es un pariento mío, lejano, más próximo de mi capellán el señor Rubrick. Es adicto al partido Whig, pero no ha olvidado nuestra antigua amistad, practicándola en estos tiempos calamitosos. El intendente hace cuanto puede por salvar algunos restos de nuestra fortuna en favor de Rosa; pero dudo mucho que lo consiga. No volveré á verla : tendré que ir á concluir mis días en algún país lejano...

— ¡ Oh, señor, no! — exclamó Juana. — Tan mal estuvo usted el año quince y, sin embargo, se salvó todo.

— Pero ya está lista la cena. Aquí hay un plato para cada uno, sal y el pan blanco que me envía todos los días el intendente. Hay también aguardiente, del que envió Luckie Maclearie. Con esto cenaremos como príncipes.

— Bien quisiera yo que otro Príncipe de nuestro conocimiento no estuviera peor que nosotros — dijo el Barón á Waverley, quien se unió cordialmente á él en aquel buen deseo por el desgraciado Príncipe Estuardo.

Hablaron de sus propósitos para lo futuro. El plan del Barón era muy sencillo : pensaba refugiarse en

Francia y mediante el apoyo de algunos antiguos amigos, esperaba obtener algún empleo militar, pues aún se consideraba en disposición de desempeñar cargos de este género. Dijo á Waverley que le siguiera y éste aceptó la invitación. Aun en el caso de que el coronel Talbot no lograse su indulto, tenía la confianza de que el Barón aceptaría su amor á Rosa y le permitiría ofrecerle su auxilio en el destierro. Pero no quiso hablar de esto en tanto que supiera con exactitud á qué atenerse. Su conversación recayó en Glennaquoich, por quien se manifestó el Barón sumamente inquieto, aunque reconociendo que era el verdadero Aquiles de Horacio Flaco :

Impiger, iracundus, inexorabilis acer.

Verso — añadió el Barón — que ha sido traducido en escocés por Stman Roberston.

A fier-etter cap a fractions chiel
As het as ginger and as stieve as steel.

También hubo para Flora una buena parte en el interés del anciano.

A todo esto, avanzaba la noche. Juana se recogió en una especie de perrera, á la parte exterior. Davie estaba ya dormido entre Ban y Buscar. Estos dos perros le habían seguido cuando quedó abandonada la casa del Barón. La conocida ferocidad de estos perros y la fama que Juana tenía de bruja eran suficiente motivo para que nadie se acercase á la choza. El intendente Macwheeble enviaba á Juana cuanto era necesario para el sustento con más algunas menudencias de lujo para el Barón : por supuesto, con toda clase de precauciones. Después de algunos

cumplimientos, el Barón ocupó su sitio acostumbrado para dormir. Waverley se acomodó en un gran sillón de terciopelo, desgarrado, que en otros tiempos se encontraba en Tully-Veolan (el mobiliario del Barón estaba dispersado en las cabañas de aquellos sitios) y de esta manera se quedaron ambos tan profundamente dormidos, como si estuvieran acostados en mullidos lechos.

CAPITULO LXV

MÁS EXPLICACIONES

Tan pronto como amaneció se puso Juana á remover lo poco que había en la cabaña, con propósito de despertar al Barón.

— Tengo que volver á mi cueva — dijo éste á Waverley, — ¿quiere usted darse este paseo conmigo?

Salieron juntos, tomando una senda trazada por los pescadores ó los leñadores á la orilla del arroyo y á través de los matorrales. Durante el camino fué explicando el Barón á Waverley que podría permanecer sin peligro en Tully-Veolan un día ó dos, y aunque le vieran dar vueltas por las cercanías, siempre que tuviese la precaución de decir que venía á inspeccionar las tierras de la baronía de parte de un caballero inglés que pensaba comprarlas. A este fin, le recomendó que visitase al intendente, el cual seguía habitando la casa conocida con el nombre de Pequeño Veolan á una milla del pueblo. Caso necesario, el pasaporte á nombre de Francisco Stanley, le daría seguridad para con el jefe de la tropa. Y en cuanto á que los habitantes del país pudieran conocerle, no tenía que temer nada, pues su lealtad era completa.

— Estoy seguro — añadió el anciano — que la mitad de la gente del pueblo sabe que estoy en estas cercanías ; y la prueba es que no dejan acercarse por aquí á ningún chico, para que no me vean y ellos mismos sean causa de mi denuncia. Además, suelo encontrar al paso algunas cosillas, puestas evidentemente para que yo las halle y me sirva de ellas. ¡Pobres gentes ! Protéjalos el cielo y haga que su futuro señor sea más prudente que yo y no menos bueno.

Un natural suspiro concluyó la frase del Barón ; pero la constancia de ánimo que demostraba en la adversidad tenía algo de venerable y aun sublime. No se dejaba llevar de recriminaciones inútiles mi abatir por la melancolía. Sufría su suerte y los males que la acompañaban sin alterarse ni romper en diatribas contra el partido vencedor.

— He hecho lo que he creído mi deber — decía — y los demás hacen sin duda lo que consideran el suyo. Cuando contemplo ennegrecidas las paredes de la que ha sido casa de mis padres, sufro mucho, es cierto ; pero me hago cargo de que no siempre consiguen los oficiales contener á la tropa. Gustavo Adolfo mismo, como lo puede usted leer en el relato que hace el coronel Munro, de la expedición del regimiento escocés llamado de Mackay, tuvo que permitir alguna vez el saqueo. Yo también he visto cuadros tan tristes como este mío de Tully-Veolan, cuando servía bajo las órdenes del mariscal duque de Berwick. Ciertamente podemos decir con Virgilio Maro *Fuimus Troes* y es el fin de una vieja canción. Los linajes, las familias, los hombres, tienen siempre una duración bastante larga cuando han luchado y caen con honra. Yo tengo aquí un retiro que se parece mucho

á una *domus ultima :* — acababan de llegar á una roca escarpada. El Barón levantó la vista y añadió : — Nosotros, pobres jacobitas, somos hoy como los conejos de que habla la Escritura (los que el gran viajero Pococke llama jerboer), gente débil, que necesita refugiarse en las peñas. ¡ Ea ! adiós, querido Eduardo : nos volveremos á encontrar esta noche en casa de Juana. Voy á entrar en mi *Patmos*, lo que no es cosa fácil para mis entumecidos miembros.

Con esto comenzó á trepar por la peña, sirviéndose de las manos para asegurarse en la subida. Como á la mitad de la roca se detuvo, delante de unas matas que cubrían la entrada de la cueva, y que parecía la boca de un horno. Introdujo el Barón primeramente la cabeza y los hombros y luego poco á poco todo el cuerpo hasta concluir por los pies, semejante á una serpiente que se recoge en su agujero ó á un largo árbol genealógico que apenas cabe en el cajón de algún viejo vargueño. Waverley tuvo la curiosidad de encaramarse también por la peña hasta la entrada de la gazapera, como hubiera podido llamarse aquel escondite. En suma, parecía el Barón á ese ingenioso rompecabezas que es una maravilla para los niños (y para muchas personas mayores, para mí, por ejemplo), *una devanadera dentro de una botella ;* no pueden comprender cómo ha entrado ni cómo ha de salir. La cueva era estrecha y tan baja de techo que con dificultad era posible estar sentado, aunque en fuerza de tentativas había logrado el Barón acomodarse en esta postura. La única distracción de éste consistía en leer á su viejo amigo Tito Livio ó en grabar, con su cortaplumas, en el techo ó en las paredes de su fortaleza algunas máximas latinas ó palabras de la Escritura. Como la cueva estaba seca y llena de paja y de

helechos, constituía un albergue bastante aceptable para un soldado — según decía el Barón, — excepto cuando soplaba viento norte. No le faltaban tampoco centinelas. Davie y su madre estaban acechando siempre para descubrir los peligros y desviarlos : son increíbles las pruebas de destreza que daba el pobre bobo, su adhesión instintiva cuando se trataba de la seguridad de su amo.

En seguida trató Eduardo de tener una entrevista con Juana. Había reconocido en ella á la mujer que le cuidó mientras estuvo enfermo, cuando le libertaron del poder de Gifted Gilfillan. Conoció también que aquella cabaña, aunque algo transformada, era seguramente la que le había servido de refugio. Por otra parte, vió en un prado de Tully-Veolan el tronco de un árbol, ya seco, llamado *Mysting-tree* y al momento reconoció en él al que sirvió de punto de reunión de los montañeses en aquella noche memorable. Todo esto se había combinado en su imaginación la noche precedente ; pero no quiso hacer ninguna pregunta á Juana delante del Barón, por las razones que probablemente habrá adivinado el lector.

Mas ahora ya podía informarse, y así, lo primero que preguntó fué quien era la joven que había venido á la cabaña durante su enfermedad. Juana reflexionó un momento; considerando que la noticia ya no perjudicaría á nadie contestó :

— Era una joven sin igual en el mundo : miss Rosa Bradwardine.

— Entonces — ¿es á Rosa á quien debo la libertad, preguntó Waverley sumamente contento al ver que venía á confirmarse la idea que á su tiempo había concebido.

— Sin duda, señor Waverley — contestó la vieja.

— ¡Pero cuánto lo hubiera sentido si hubiese podido creer que usted llegaría á saberlo ! Me encargó que hablase siempre gaélico, por si usted se fijaba, y para hacerle creer que estaba usted en las Tierras Altas. Yo hablo bastante bien esta lengua, porque mi madre era montañesa.

Unas cuantas preguntas más aclararon todo el misterio de la liberación de Waverley cuando salió de Cairnvreekan. Nunca hubo música más agradable para un aficionado que lo fué para Waverley el relato de Juana. Pero como el lector no es un enamorado, no he de poner á prueba su paciencia, refiriendo todo lo que expuso esta anciana en un discurso de dos horas. Diremos lo más principal únicamente.

Cuando Waverley comunicó á Fergus la carta que había recibido de miss Rosa Bradwardine, por medio de Davie Gellatley, anunciándole que Tully-Veolan estaba ocupado por una pequeña fuerza militar, el jefe montañés ideó rápidamente un plan conforme á su acostumbrada actividad. Se propuso hostilizar al enemigo y rechazarlo de aquellas posiciones no sólo por su propia seguridad, sino por hacer favor al Barón — pues ya flotaba en su ánimo el pensamiento de casarse con Rosa. — En consecuencia, decidió enviar cierto número de hombres de su clan con orden de expulsar de Tully-Veolan á los casacas rojas y de conducir á Rosa hasta Glennaquoich. Acababa de dar estas órdenes á Evan cuando se recibieron noticias de que avanzaba Cope con sus tropas para dispersar á los montañeses antes de que se concentrasen en gran número. En consecuencia, tuvo Fergus que incorporarse sin demora á Carlos Eduardo con su clan entero.

Antes de emprender esta marcha envió á Donald la orden de que se le incorporase con su partida; pero

este cabecilla no hizo caso alguno del mandato; se limitó á disculparse con pretextos superficiales, de tal modo, que no pudiendo esperar Fergus, tuvo que prescindir del guerrillero y de su gente. No obstante, para aprovechar en cierto modo los servicios de esta partida, ordenó á Donald que se corriese hasta las Tierras Bajas, echase de Tully-Veolan á los ingleses sin causar daño alguno en las posesiones del Barón y se quedase por las cercanías para proteger á miss Rosa y demás personas de la casa, no consintiendo que se acercara á ésta ninguna fuerza del enemigo.

Era esto equivalente á una investidura dada á Donald. Este la interpretó de la manera que le pareció más ventajosa para sus intereses. No teniendo nada que temer de Fergus, seguro de la tolerancia del Príncipe á causa de los servicios prestados, resolvió aprovecharse de la circunstancias. No le costó mucho trabajo arrojar de Tully-Veolan á los ingleses. En seguida impuso y cobró impuestos en la región, cometió todo género de exacciones; en una palabra, comenzó una guerra por su cuenta. No inquietó á nadie en Tully-Veolan, temeroso de que cayeran sobre él las fuerzas del Príncipe.

« Las iras del Barón no eran de desdeñar. »

Se puso la escarapela blanca y se presentó á miss Rosa como fiel servidor de su padre y excusándose de tener que hacer muchas cosas por la necesidad de mantener su gente. Por aquel tiempo corrió la vez, con la exageración acostumbrada, de que Waverley había matado al herrero de Cairnvreckan, y que de resultas de esto estaba encerrado en un calabozo por orden del Mayor Melville y hasta que fuera ejecutado,

por aplicación de la ley marcial, cosa que habría de tener lugar dentro de tres días. Desesperada Rosa en vista de tales noticias, nada encontró mejor que hablar á Donald Bean y pedirle que rescatase al prisionero. Era un género de servicio que le gustaba al guerrillero, pues no podía menos de servirle de mérito para que se le dispensaran otras cosas. Sin embargo, puso todo género de dificultades, arguyendo con deberes de disciplina y otros pretextos, hasta que Rosa le ofreció para determinarle, unas ricas joyas que habían pertenecido á su madre.

Donald Bean, que había servido en Francia, conocía ó, tal vez estimaba en más de lo justo, el valor de aquellos objetos. Conoció también que Rosa tenía algún escrúpulo en que más tarde se supiera la participación que ella tomaba en aquella empresa. Resuelto á no perder tan buena ocasión á causa de escrúpulos, él mismo se ofreció á jurar que no revelaría nunca el secreto y como, por otra parte, no veía alguna futura necesidad de quebrantar ese juramento, queriendo proceder con toda lealtad en esta circunstancia, juró sobre el *dirk*. Es verdad que en esta determinación de Donald Bean influyó también el recuerdo de los muchos favores que su hija Alicia había recibido de Rosa y á los cuales estaba agradecido el guerrillero. Alicia había conseguido aprender un poco de inglés y tenía mucha confianza con su protectora; por esto le entregó todos los papeles concernientes á la intriga de Donald respecto al regimiento de Gardiner. Luego, y á instancias de miss Rosa, restituyó á Waverley estos papeles en la forma que ya sabemos.

Tampoco habrá olvidado el lector de qué modo cumplió el guerrillero su cometido y de qué manera salió Waverley de la cabaña.

Conviene saber, sin embargo, que mientras Donald estaba ocupado en esta empresa, los ingleses enviaron nuevas fuerzas á Tully-Veolan. El jefe de éstas, hombre cortés y delicado, no quiso molestar á una señorita que estaba sin protección y, por decirlo así, á merced suya. En consecuencia, no se alojó en Tully-Veolan, sino en las cercanías. Así fué que al regresar Donald con su prisionero Waverley, encontró las avanzadas inglesas de la manera que hemos visto. La existencia de aquella cabaña no era conocida sino de los habitantes del país; no había cuidado de que los ingleses tropezaran con ella. Por esto la eligió Donald para ocultar á Waverley. La enfermedad de éste fué causa de que se alterasen todos sus planes; Donald tuvo que apartarse de aquellos sitios y elegir otra escena donde pasar sus aventuras. A instancias de Rosa se quedó en la cabaña un viejo que sabía mucho de hierbas y se suponía práctico en medicina, el cual se encargó de cuidar al enfermo.

Pronto atormentaron á Rosa nuevas inquietudes. Por medio de Juana tuvo conocimiento de que se ofrecía una recompensa á quien descubriese el paradero de Waverley. Como, además, los objetos de la pertenencia de Waverley tenían valor, no se podía confiar mucho en Donald. Movida por todos estos miedos, tomó Rosa la atrevida resolución de informar al Príncipe mismo, confiando en que tanto por humanidad como por política Carlos Estuardo impediría que Waverley cayese en poder de sus enemigos. Desde luego pensó en enviar una carta anónima; pero temió que el Príncipe no hiciera caso de un aviso en tales condiciones. En consecuencia, firmó la carta con su nombre, no sin cierto temor, y se la confió á un joven que iba á incorporarse á las tropas del Pretendiente y deseaba una recomendación para el Príncipe.

La carta llegó á manos de Carlos Eduardo cuando descendía á las Tierras Bajas. Comprendiendo la importancia política que había en que se le supusiera relacionado con los jacobitas de Inglaterra, mandó terminantes órdenes á Donald Bean Lean para que pusiera á Waverley sano y salvo en manos del gobernador del castillo de Doune. El cabecilla no se atrevió á desobedecer, porque el ejército del Príncipe estaba demasiado próximo y podía, con la mayor facilidad, castigarle. Además, no quería exponerse á perder el mérito de sus anteriores servicios negándose á éste. Hizo, pues, de necesidad virtud y transmitió las órdenes necesarias á su teniente para que éste se encargara de conducir á Eduardo, lo que tuvo lugar del modo que hemos explicado á su tiempo. El gobernador de Doune tenía orden de conducir á Waverley como prisionero hasta Edimburgo, porque temía el Príncipe que si Waverley se veía libre pensara en volverse á Inglaterra, sin tener antes una conversación con él. Consultó con el jefe de Glennaquoich acerca de cómo se procedería con Eduardo; pero no le comunicó de qué manera había sabido que Waverley estaba detenido.

En realidad, Carlos Eduardo consideraba la carta que había recibido como secreto de una señora, por más que Rosa había escrito en términos enteramente generales, con gran cautela y apoyándose sólo en motivos de humanidad y de celo por el servicio del Príncipe; pero manifestaba tanta ansiedad porque nadie supiera su participación en este asunto que el Príncipe sospechó en seguida la causa de aquel grande interés por Waverley. Esta conjetura, que, por lo demás estaba en lo cierto, le indujo á otras deduc-

ciones ya equivocadas. Así, cuando en el baile de Holyrood advirtió la emoción de Eduardo al conversar con Flora y Rosa, supuso que el motivo estaba en su amor á esta última : creyó que los enamorados tenían alguna contrariedad bien en el propósito del Barón que deseaba mantener la vinculación de sus propiedades ó bien en otra causa semejante. Cierto es que la voz pública solía unir el nombre de Waverley al de Flora Mac-Ivor; pero no desconocía el Príncipe hasta qué punto suele equivocarse la voz pública en estas materias, y para él era evidente que Waverley estaba enamorado de Rosa y era correspondido. Deseoso de asegurarse los servicios de Waverley y queriendo, además, serle útil, aconsejó el Príncipe al Barón que dispusiera del mayorazgo de Bradwardine á favor de su hija. El Barón consintió; pero el resultado fué que Fergus se decidiese inmediatamente á pedir el título de conde y la mano de Rosa Bradwardine, petición que tuvo el resultado de que dimos noticia. Ocupado constantemente el Príncipe en sus graves asuntos, no pudo tener ninguna explicación con Waverley, aunque lo deseó diferentes veces. Cuando Fergus le dió á conocer sus propósitos, el Príncipe creyó que debía permanecer neutral entre ambos pretendientes, esperando el término de la expedición para explicarse. En la marcha á Derbey tuvo el Príncipe una oportunidad de preguntar á Fergus el motivo de su mala inteligencia con Waverley. Le contestó Fergus que Waverley quería retirar su palabra después de comprometida con Flora. El Príncipe le manifestó francamente que en su concepto Flora no tenía ningún interés por Eduardo y que á su parecer Waverley estaba en relaciones con miss Bradwardine. No se le habrá olvidado al lector la disputa que

resultó de este informe. Estas circunstancias explicarán nuestra narración en todos sus puntos : habíamos dejado algunos cabos sueltos con el propósito de excitar más el interés del lector y según es uso y costumbre en novelistas.

Cuando hubo revelado Juana los hechos que acabamos de relatar, con facilidad se sirvió Waverley de ellos para salir del laberinto en que estaba perdido. A Rosa Bradwardine era á quien debía la vida : grato le sería ahora ponerla á su servicio. Sin embargo, á poca reflexión comprendió Waverley que sería mejor vivir para participar con Rosa de su independencia y su fortuna en Inglaterra ó en un país extranjero. El placer de emparentar con un hombre como el Barón, á quien tanto estimaba sir Everardo era otra consideración agradable, por si alguna faltaba para descar este matrimonio. Las originalidades del Barón que parecían grotescas en su prosperidad, se armonizaban, en la desgracia, con los nobles rasgos de su carácter sin parecer ridículas. Ocupado el ánimo con proyectos de futura felicidad, tomó Waverley el camino del Pequeño-Veolán, donde habitaba Duncan Macwheeble.

CAPÍTULO LXVI

Aquí tenemos á Cupido. Se ha vuelto un chico de conciencia, puesto que restituye.

SHAKESPEARE.

Duncan Macwheeble, que ya no era ni comisario ni intendente, aunque todavía disfrutaba de este último título de dignidad, se había salvado de la proscripción, gracias á que se retiró de la insurrección muy á tiempo y gracias, sobre todo, á su personal insignificancia.

Encontróle Eduardo en su despacho, entre muchos papeles y expedientes. Tenía delante un gran plato de gachas, una cuchara de asta y una botella de cerveza. Estaba leyendo un gran pliego y de cuando en cuando interrumpía la lectura para tomar una cucharada de su nutritivo alimento. No lejos de su mano se veía una panzuda botella de ginebra holandesa, lo que demostraba que este venerable jurisconsulto había tomado ya su mañana ó se proponía sazonar las gachas con aquel líquido, á menos que no fueran acertadas ambas suposiciones. Su gorro para andar por casa y su bata habían sido de tartán; pero por motivos de economía y de prudencia los había teñido de

negro; de esta manera las personas que vinieran á su despacho no verían en los colores escoceses un recuerdo de la desventurada excursión á Derby. Para concluir esta descripción diremos que el buen señor Macwheeble tenía la cara embadurnada de tabaco hasta los ojos y los dedos de tinta hasta la menor coyuntura. Cuando Wayerley se adelantó hasta la pequeña barandilla que defendía su mesa y el sillón del contacto del vulgo, Macwheeble le miró sobresaltado. No había para él cosa más temible que ver solicitado el honor de su conocimiento por alguno de aquellos nobles más en situación de pedirle auxilio que de satisfacerle honorarios. Pero era el rico inglés el joven amigo del Barón. ¿En qué situación se encontraría? ¿Qué hacer?

Aquellas reflexiones sumieron en tal perplejidad al intendente, le dieron un aspecto tan raro, una fisonomía tan extraña que olvidándose Waverley de lo que le traía á aquel despacho no pudo menos de reirse y de llegar casi á decir con Syphax.

¡Ir á hacer de Catón un medianero
en asuntos de amor!...

Como no cabía en la mente de Macwheeble que una persona pudiera estar alegre encontrándose en la miseria, le tranquilizó algo la risa de Waverley y así de muy buena gana le saludó dándole la bienvenida al Pequeño-Veolán y preguntándole si quería almorzar. Ante todo, le dijo Waverley que necesitaba hablar con él reservadamente y al efecto le pidió permiso para cerrar la puerta con cerrojo. Duncan no pareció muy satisfecho de aquella precaución, pues

indicaba la existencia de algún peligro; pero no podía retroceder.

Persuadido Eduardo de que interesando la fidelidad de aquel hombre podía contar con él, no vaciló en comunicarle su situación y sus proyectos. El prudentísimo intendente le escuchó al principio con miedo, cuando supo que aún estaba Eduardo amenazado de proscripción; pero luego se fué tranquilizando al ver el pasaporte, se restregó vivamente las manos cuando Waverley le dijo cuál era su fortuna actual y abrió desmesuradamente los ojos cuando supo las brillantes esperanzas del joven. Pero cuando oyó decir á Waverley que se proponía compartir su fortuna con Rosa Bradwardine, el intendente tuvo tal arrebato de júbilo que parecía estar loco. Levantóse al momento de su sillón, como la Pitonisa del trípode sagrado, echó por la ventana la mejor peluca que tenía porque la encontró á mano colocada en su cabeza de madera, tiró al techo la gorra y la cogió en el aire, se puso á cantar el Tullochgorum, bailó un *fling* montañés con gracia y soltura inimitables y, por último, se dejó caer en una silla, sin poder más, diciendo: ¡lady Waverley! ¡diez mil libras esterlinas de renta! ¡Líbreme Dios de perder el juicio!

— Amén, de todo corazón — dijo Waverley — y ahora, señor Macwheeble, tratemos de negocios.

Esta última palabra produjo en el ánimo del intendente un efecto calmante; pero aun así, como él mismo lo confesaba no estaba todavía en su juicio. En fin, tajó su pluma, cogió media docena de hojas de papel y las dobló dejando ancha margen. Sacó luego de su biblioteca los *Dallas of St-Martin's styles*, venerable libro que estaba en el armario junto á las *Stair's Institutions*, las *Dirleton's Doubts*, las *Balfour's Practiques* y otra porción de viejos volúmenes de cuentas. Abrió el tomo por el artículo Contratos de matrimonio y se preparó para escribir lo que llamaba una minuta de esponsales que no pudieran desdecirse.

No sin dificultad pudo hacerle comprender Waverley que iba harto de prisa. Le explicó que necesitaría de su concurso primeramente para ponerse á cubierto durante su estancia en el país, para lo cual debía escribir al jefe militar de Tully-Veolan dándole conocimiento de que el Stanley, caballero inglés, próximo pariente del coronel Talbot estaba en casa del señor Macwheeble á donde había venido por razón de negocios y que conociendo el estado del país sometía su pasaporte á la inspección del capitán Foster. La contestación á este parte fué una atenta invitación á comer dirigida al señor Stanley y que no fué aceptada (como ya se supone), pretextando negocios muy urgentes.

La segunda cosa que Waverley encomendó al intendente fué que despachara un propio, á caballo, para ver si había alguna carta del coronel Talbot en el correo convenido y si no había ninguna, esperar allí hasta que llegase y traerla inmediatamente á Tully-Veolan. Al momento llamó Macwheeble á su aprendiz (su servidor, como se decía hace sesenta años) y no hubo necesidad más que de otro momento para que Stock Sciever estuviese á caballo en el jaco blanco.

— Cuídele usted bien — dijo Macwheeble al jinete — porque tiene algo de asma este pobre caballo desde el día que... ¡ah! ¡Dios me libre! iba á decir que hice uso de la espuela y el látigo para llegar á donde estaba el Príncipe y avisarle de lo que sucedía entre usted y Mac-Ivor. ¡Buena caída tuve! ¡Perdone Dios á

vuestro Honor! A poco más me rompo el cuello. Pero era el todo por el todo, en más de un sentido. Por fin se arregló. ¡Lady Waverley! ¡Diez mil libras anuales! ¡Dios me guíe!

— No se olvide usted, señor Macwheeble — dijo Eduardo — que para eso se necesita el consentimiento del Barón, el de su hija...

— No tenga usted cuidado — contestó el intendente — yo salgo fiador de eso, personalmente. ¡Diez mil libras de renta! ¿Qué vale Balmawhapple al lado de eso? Un año de renta es tanto como la propiedad de Balmawhappe, casa y tierras. ¡Háganos Dios agradecidos!

Para distraer á Macheeble de estas ideas le preguntó Waverley si tenía noticias del jefe de Glennaquoich.

— Ni una palabra — dijo Macwheeble — como no sea que sigue en el Castillo de Carlisle y no tardará en ser juzgado y tiene en peligro la vida. No le deseo el menor mal; pero confío en que los que le tienen le guardarán bien y no le dejarán venir á estas tierras, á no dejarnos vivir con sus *black-mail* y demás violencias, ultrajes, opresiones y expoliaciones, sea por sí mismo, sea por las personas que enviaba para tales misiones como perros de presa. Y cuando había sacado dinero no solía guardarlo, sino gastarlo en seguida, tirándolo á los pies de aquella joven ociosa de Edimburgo. Lo que pronto se viene pronto se va. Por mi parte no quiero volver á recibir un *kils* en la región, ni un casaca-roja, ni una escopeta — como no sea para matar una perdiz. Todos son lobos de la misma camada : luego que le han hecho á usted el daño, de poco sirve la restitución y la indemnización

de perjuicios : no tienen de qué pagar, no se les puede sacar nada.

Con tales discursos y con hablar de negocios se pasó el tiempo hasta la hora de comer. Macwheeble prometió estudiar la manera de que Eduardo pudiese entrar en el castillo de Duchran, donde se hallaba Rosa, sin exponerse á caer en sospechas, pues el laird era grande amigo del gobierno. Hízose una buena requisa en el gallinero : el gallo con puerros y las lonjas de jamón á la escocesa humeaban en el comedor del intendente. El sacacorchos acababa de introducirse en el tapón de una botella de clarete (de las bodegas de Tully-Veolan, probablemente) cuando el jaco blanco pasó por delante de la ventana, al trote largo : esto hizo que Mecwheeble prescindiese de la botella. Jock Scriever entró trayendo un pliego para el señor Stanley, con el sello del coronel Talbot. Lo abrió Eduardo tembloroso y encontró una carta y dos documentos oficiales que al romper la cubierta se cayeron al suelo. El intendente los recogió con la veneración que le inspiraban los papeles sellados y sin indiscreción pudo ver en uno de ellos. Libre y seguro pasaporte concedido al caballero Cosme Comyne Bradwardine, antes barón de Bradwardine, despojado de su baronía por actos de rebelión. — El otro documento era un pasaporte parecido á nombre de Eduardo Waverley. La carta del coronel Talbot decía :

« Mi querido Eduardo :

» Acabo de llegar aquí y ya he terminado el asunto. » Sin embargo, hallé dificultades, como va usted á » ver. No perdí momento y me dirigí á la residencia » de su alteza real quien estaba de humor poco » propicio á mis deseos. Cuatro gentileshombres » escoceses salieron de su gabinete en aquel instante.

» Su alteza me recibió bien. « Creerá usted — me dijo
» — que media docena de respetables caballeros, de
» los mejores amigos del gobierno en el norte del
» Forth, el mayor Melville de Cairnvreckan, Rubrick
» de Duchran y otros acaban de arrancarme, en
» fuerza de insistir, el indulto de ese testarudo é
» incorregible barón de Bradwardine! Se han empe-
» ñado en que la nobleza de su carácter personal, el
» generoso modo como ha tratado á nuestros prisio-
» neros, abogaban en favor suyo y más teniendo en
» cuenta que la confiscación de su baronía es ya una
» gran pena. Rubrick se ha encargado de darle asilo
» en su propia casa, hasta que se restablezca total-
» mente el orden en este país. Algo duro es tener
» que ceder hasta el perdón de un enemigo, tan mor-
» tal, de la casa de Brunswick. » No era momento
» favorable para mi asunto : sin embargo, dije que
» me complacía ver á su alteza real dispuesto á
» otorgar mercedes, y que esta circunstancia me
» animaba á solicitar una. No pareció gustarle mucho
» este lenguaje, pero yo continué. Le hablé del apoyo
» constante que mi familia ha prestado al gobierno : de
» los tres votos con que cuenta en el Parlamento ; de
» mis servicios en país extranjero, añadiendo que la
» mayor recompensa para mí era saber que habían
» sido gratos á su alteza : en fin, traje en mi apoyo
» las mismas seguridades de amistad con que su alteza
» me había favorecido. Se encontró algo apremiado,
» pero resistió. Le manifesté que sería buena política
» poner á salvo, para el porvenir, de toda clase de
» maniobras, al heredero de tan gran fortuna como lo
» es la de usted ; tampoco le produjo impresión. En-
» tonces le hablé de mis obligaciones para con sir
» Everard y para con usted, y le pedí como recom-

» pensa de mis servicios, que me proporcionase la
» manera de demostrar mi agradecimiento. Noté que
» se disponía á otra negativa. Entonces saqué de mi
» bolsillo mi Real Despacho de coronel y dije á su
» alteza que pues en semejantes circunstancias no
» me consideraba digno de obtener una merced con-
» cedida á otros caballeros cuyos servicios difícil-
» mente podrían considerarse más importantes que
» los míos, le suplicaba me permitiese poner en sus
» manos mi despacho y retirarme del servicio. No se
» esperaba esto. Me mandó que guardase el despacho,
» me dijo algunas palabras amables y me concedió
» lo que le pedía. Por consiguiente, está usted libre.
» He prometido, en nombre de ustedes, que será
» usted juicioso en lo porvenir y que no olvidará la
» unidad del gobierno. Con esto verá usted que mi
» Príncipe no es menos generoso que el de usted :
» no pretendo, con esto, que conceda un favor de
» manera tan distinguida y tan hidalga como el
» caballero andante á quien usted ha servido : mi
» Príncipe tiene las sencillas maneras inglesas : la
» misma resistencia que opone á conceder lo que se
» le pide, prueba el sacrificio que hace cuando cede.
» Mi amigo el ayudante general me ha facilitado el
» duplicado del pasaporte del Barón (el original se
» halla en manos del Mayor Melville), y como pienso
» que tendrá usted mucho gusto en comunicárselo
» usted mismo, se lo remito : el Barón debe presen-
» tarse sin demora en Duchran, para pasar una
» cuarentena de algunas semanas. En cuanto á usted
» le permito que le acompañe y hasta que pase con
» él siete á ocho días, pues, á lo que entiendo, no
» está lejos de allí cierta linda joven. Tengo, además,
» el gusto de decirle que los progresos de usted en

» orden á captarse las simpatías que usted pretende » serán vistos con sumo agrado por sir Everardo y » mistress Raquel, pues no le tendrán á usted por » bien tranquilo, y asentado, ni considerarán asegu- » rados los *tres armiños pasantes* sino cuando usted » acompañe á una mistress Waverley. Ciertos asuntos » amorosos, míos propios — hace ya buen número » de años — interrumpieron ciertos proyectos, que » existían entonces, en favor de los tres armiños » pasantes : tendré á honor el reparar aquel per- » juicio. Aproveche usted, pues, el tiempo, porque » cuando terminen sus ocho días, es necesario que » venga usted á Londres, para el registro de su » gracia en la cancillería de Justicia.

« Siempre, querido Waverley, muy de usted afec- » tísimo,

FELIPE TALBOT. »

CAPÍTULO LXVII

BREVE ESPERA EN EL AMOR ES UNA FELICIDAD

Pasada la primera impresión que aquellas gratísimas noticias le habían producido, propuso Eduardo al intendente que le acompañase hasta el retiro del Barón para comunicarle la buena nueva cuanto antes. Pero el sesudo legista objetó que el Barón no debería mostrarse en público en seguida, porque daría lugar á manifestaciones de simpatía, molestas para los « poderes actuales », que inspiraban al intendente un respeto sin límites. Propuso en consecuencia que pasara Waverley á casa de Juana Gellatley y, por la noche, sin que nadie lo viera, trajese al Barón, quien se albergaría en el Pequeño-Veolan, disfrutando, por fin, de una buena cama. Entretanto, Macwheeble iría á entenderse con el capitán Forster, comunicarle los documentos oficiales y pedirle permiso para recibir al Barón aquella noche. Al día siguiente habría caballos para que el Barón y el señor Stanley se pusieran en camino para Duchran.

— Supongo — dijo Macwheeble á nuestro héroe — que vuestro Honor querrá conservar el nombre de Stanley por ahora.

— Seguramente — contestó Waverley, añadiendo : — ¿No vendrá usted mismo al encuentro del Barón esta noche ?

— Lo haría de muy buena gana y agradezco á Vuestro Honor que me haya recordado mis deberes; pero ya será de noche cuando pueda volver yo de conferenciar con el capitán y ya sabe usted que el monte no tiene gran reputación para tales horas. Se dicen muchas cosas de Juana Gellatley. El laird no hace caso alguno : ya lo sé : siempre fué imprudente y temerario, no ha temido nunca ni á los hombres ni al diablo ! Pero, en fin, George Mackenzie dice que ningún teólogo pone en duda la existencia de brujas, puesto que la Biblia considera punible el dejarlas con vida y puesto que el derecho escocés las condena á muerte. De modo que la ley y el Evangelio están de acuerdo en reconocer dicha existencia. Si Vuestro Honor no cree en el Levítico, puede creer en el Código. En fin, sea como Vuesto Honor quiera. Por mi parte, invitaré á Juana, á que venga esta noche : conviene estar bien con las personas de este carácter. Además, necesitaremos de Davie para dar vueltas al asador : voy á encargar á Eppie que prepare un buen pato cebado para la comida.

A la caída de la tarde Waverley se encaminó presuroso á la choza. Verdaderamente, convino para sus adentros en que la superstición no carecía de fundamento en las apariencias del lugar, escogido para los terrores fantásticos. Le pareció exacta aquella descripción de Spencer :

En el fondo de un valle cavernoso,
de ramaje y de cañas fabricada
de aspecto miserable y temeroso

y en viejos paredones apoyada,
la choza de la bruja
entre las negras sombras se dibuja.
La vieja por el valle tenebroso,
vestida de guiñapos
espanta las miradas del curioso
con miseria y harapos.
¡Así en misterio eterno
la bruja vive en paz, con el infierno !

Entró en la cabaña acordándose de estos versos. La pobre abuela, agobiada por la edad y ennegrecida por al humo, iba y venía por el cuarto limpiando y preparándolo todo para recibir á los huéspedes que estaba esperando. Al oir las pasos de alguien que se acercaba, se estremeció : vió que era Waverley, pero buscó con la mirada al Barón y no viéndole manifestó silenciosamente su inquietud. Con dificultad pudo Waverley hacer comprender á la anciana que ya no tenía nada que temer el Barón y cuando, por último, comprendió esto, fué no menos difícil explicarle que el Barón no recuperaría sus bienes.

— ¡Es imposible ! — decía la pobre mujer — puesto que ha conseguido el perdón ¿quién ha de quedarse con sus bienes? Y en cuanto á ese Inch-Gralbit, me darían ganas de ser verdaderamente bruja, si no temiese que el enemigo me cogiera por la palabra.

Waverley le dió unas monedas, prometiéndola que su fidelidad recibiría recompensa.

— ¿Qué recompensa sería mejor para mí, señor — contestó Juana — que ver cómo mi buen amo y su hija volvían á su casa recuperando lo que les pertenece ?

Waverley se despidió de ella y se fué al Patmos

del Barón. Apenas silbó cuando el Barón asomó la cabeza para reconocer el terreno.

— Aún es temprano, amigo — dijo al tiempo que bajaba de la peña. — Me parece que aun no han tocado retreta y hasta pasada ésta no nos encontramos seguros.

— Para buenas noticias — pensó Waverley — nunca es pronto. — Y se apresuró á darle cuenta de todo.

El anciano se detuvo un instante, dió gracias á Dios silenciosamente y luego exclamó :

— ¡Alabado sea Dios! Es decir, que volveré á ver á mi hija?

— Para no separarse más de ella — dijo Waverley.

— ¡Ojalá! — repuso el Barón. — Así lo espero, á menos de que la necesidad de proveer á su subsistencia me obligue á ausentarme : algo quebrantados están todos mis asuntos. Pero ¡qué valen los bienes de este mundo!

— Y si hubiese — dijo Waverley modestamente — una circunstancia de la vida que pusiera á miss Bradwardine enteramente á salvo de las vicisitudes, en la posición social que le corresponde ¿se opondría usted, querido Barón, porque esto hiciera de uno de sus amigos el hombre más feliz del mundo?

El Barón se volvió hacia Waverley y le miró con gran asombro.

— Sí — continuó Eduardo — yo no tendré por anulada mi condena, por evitado mi destierro, hasta tanto que me permita usted acompañarle á Duchran y...

El Barón hizo esfuerzos para hablar con toda dignidad de lo que en otros tiempos hubiera llamado un tratado de alianza entre las casas de Bradwardine y

Waverley; pero no pudo conseguirlo : el padre se sobrepuso al Barón : quedó aparte el orgullo del nacimiento y de los títulos : el júbilo desbordó en el anciano y no siendo capaz de contenerse echó los brazos al cuello de Waverley y exclamó entre sollozos :

— Hijo mío, hijo mío... ¡Si hubiera tenido que elegir en todo el mundo mi elección habría sido esta!

Eduardo correspondió á estas manifestaciones de cariño, con muestras de un sentimiento igual y después de un instante de silencio dijo :

— ¿Y miss Bradwardine?...

— No ha tenido nunca otra voluntad que la de su padre — contestó el Barón. — Además, es usted, joven, de noble origen, de esmerados principios... No; no tendrá otro parecer que el mío. En los días de prosperidad no hubiera pensado yo en un partido más adecuado que el del sobrino de mi excelente y viejo amigo sir Everardo. Pero supongo, joven, que no entra usted inconsideradamente en esta vía : que cuenta usted con la aprobación de sus amigos, de sus parientes y, sobre todo, de su tío, que está para usted *in loco parentis*. ¡Ah! no olvidemos esto.

Eduardo le aseguró que sir Everard se consideraría honrado con la lisonjera acogida que su sobrino había merecido, que ya tenía su aprobación y que así podía verlo por la carta del coronel Talbot.

El Barón leyó cuidadosamente la carta. Y luego dijo :

— Sir Everardo siempre ha preferido el honor del linaje á la esplendidez del dinero. Por otra parte, no tiene para qué preocuparse de la *Diva Pecunia*. Puesto que Malcolm ha cometido un verdadero parricidio, pues no cabe otro nombre para calificar la

enajenación de la herencia de nuestros antepasados, siento (y diciendo esto miraba á Tully-Veolan cuyo tejado se divisaba no lejos entre árboles), siento no poder dejar á Rosa la vieja casa solariega de la familia y los terruños que de ella dependen. Pero, quién sabe si no es mejor así; tal vez (añadió con acento más animado y como en broma), tal vez me hubiera visto en la necesidad de mantener algunas pretensiones respecto al blasón de mi casa. Ahora, laird sin patrimonio y padre de hija sin dote, nadie me podrá censurar si renuncio á tales requisitos.

— ¡Bendito sea Dios! — pensó Eduardo — ¡Si mi tío oyera hablar de tales escrúpulos! Malo sería que el oso rampante y los tres armiños pasantes se enseñaran los dientes.

Luego aseguró Eduardo al Barón con todo el ardor de un enamorado que el corazón y la mano de Rosa era todo cuanto para su felicidad necesitaba y que la simple aprobación del padre era tanto para él como si su prometida llevara en dote un gran condado.

Así llegaron al Pequeño-Veolan. El pato humeaba en la mesa y el intendente blandía el cuchillo y el trinchante. El Barón y su antiguo empleado se volvieron á ver con satisfacción franca. La cocina tuvo también sus invitados : Juana junto á la lumbre, Davie que había cuidado del asador, Ban y Buscar que en la liberalidad de Macwheeble habían encontrado el modo de darse una panzada y que, tendidos en el suelo, roncaban.

Al día siguiente, Bradwardine, acompañado de su joven amigo, salió para Duchran donde ya le esperaban, sabedores del resultado favorable obtenido por las gestiones de los caballeros escoceses, amigos del Barón y adictos al gobierno. La intervención había

sido tan general y poderosa que seguramente habría conseguido hasta la restitución de los bienes, á no ser porque ya estaban estos en posesión del indigno pariente á quien no se le podía despojar por razón del indulto. El anciano decía, con su acostumbrada bondad, que más pagado estaba por la buena opinión de sus convecinos que lo estaría por la restitución *in integrum*, suponiendo que ésta hubiera sido posible.

Renuncio á describir el encuentro del padre y de la hija — que tanto se querían y á quienes habían separado circunstancias tan crueles. Ni tampoco trataré de explicar de qué manera se ruborizó Rosa cuando recibió los cumplimientos de Waverley. No averiguaré si tuvo esta joven alguna curiosidad por saber cuál era el motivo de que Waverley viniera hasta Escocia. Por último, no molestaré al lector con los detalles, insulsos, de una declaración de amor hace sesenta años. Baste decir que con un hombre tan formalista como el Barón, todo tenía que acomodarse á las reglas y requisitos más severos. Al día siguiente de su llegada, temprano, fué él mismo á informar á Rosa de los propósitos de Waverley : su hija los escuchó con la timidez conveniente á una señorita. Sin embargo, es fama que ya Rosa los conocía desde la víspera por la noche, pues con cinco minutos que pasó la concurrencia viendo una fuente, tres serpientes enlazadas, que adornaba el jardín, tuvo Waverley bastante para decir lo que quería, sobrándole á Rosa tiempo de enterarse.

Mis lindas lectoras juzgarán por sí mismas; por mi parte no entiendo cómo es posible que un asunto de esta importancia fuera explicado por Waverley en tan breve espacio : el Barón necesitó más de una hora para exponerlo.

Desde entonces fué considerado Waverley como prometido esposo. La dueña de la casa sonriente y afable señaló su sitio en la mesa junto á Rosa. Después de comer, cuando jugaban á las cartas, la misma señora cuidaba de que los novios fueran de compañeros. Por el día, si Eduardo entraba en el gabinete de las señoras, la señorita de Rubricks, cualquiera de las cuatro hermanas, que acompañara á Rosa, se veía obligada á buscar el dedal ó las tijeras en el extremo de la sala, de modo que dejaba la silla libre al lado de su amiga y aun si papá ó mamá no estaban por allí, de lejos cambiaban las amigas una sonrisa inteligente. De cuando en cuando el viejo laird de Duchran tenía una frase ocurrente y la respetable señora madre también decía algo. No siempre guardaba el Barón su seriedad; pero Rosa no lograba salir de simples conjeturas respecto á lo que decía su padre, pues siempre se expresaba con auxilio de palabras latinas. Hasta las criadas se hacían señas demasiado expresivas y los criados se reían más de lo debido: en toda la familia se notaba cierto aire de impaciencia. Alicia, la jovencita de la caverna, que desde la desgracia (como ella decía) acaecida á su padre servía de doncella á Rosa, no era la que menos reía y bromeaba.

Rosa y Eduardo pasaban por todas estas vejaciones como tantas otras parejas habían pasado antes que ellos, y como tantas han pasado después y seguirán pasando; pero, sin duda, encontraban alguna compensación, pues no dieron señal ninguna de disgusto durante los seis días que Waverley pasó en Duchran.

Quedó definitivamente convenido que Eduardo volvería á Waverley-Honour á disponer lo necesario para la boda: que luego iría á Londres para el registro

de su indulto y que después, y lo más pronto posible, tornaría á Duchran para recibir la mano de su prometida. De paso tenía la intención de visitar al coronel Talbot; también se proponía, como asunto muy importante, ver qué se podía hacer en favor del desgraciado jefe de Glennaquoich, visitándole en Carlisle y tratando de que se le conmutara la pena capital, á que probablemente sería condenado: de no poder conseguir esta gracia quería ofrecer á Flora un asilo al lado de Rosa ó, por lo menos, prestarla cuantos servicios le fuera posible. Difícil parecía de evitar el hado de Fergus. Ya había intentado Eduardo que el coronel Talbot se interesara en aquella gestión; pero el coronel le había contestado que sus influencias en este orden de intervenciones estaban agotadas.

Aun se encontraba el coronel Talbot en Edimburgo y allí se proponía seguir durante algunos meses, cumpliendo diferentes encargos que le había confiado el duque de Cumberland. Allí también estaba esperando á lady Emilia, á quien los médicos habían aconsejado que caminase á pequeñas jornadas y que venía acompañada de Francisco Stanley. De esta manera, Eduardo encontró al coronel en Edimburgo. Talbot felicitó á su amigo por su próximo enlace y se encargó con mucho gusto de una porción de comisiones que nuestro héroe tuvo necesidad de encomendarle. Pero con respecto á Fergus permaneció inexorable. Demostró á Eduardo que sus gestiones serían inútiles, pero añadió que, aun queriendo intervenir, no podría hacerlo porque carecía de medios para tal empresa.

— La justicia — decía — exige el castigo de quienes han causado tanto daño al país. Nadie se halla más indicado que Fergus para servir de ejem-

plo : tomó las armas con pleno conocimiento de causa, meditó y comprendió bien sus actos. No bastaron á contenerle lo acaecido á su padre y la lenidad con que se le trató, pues se le había reintegrado en el disfrute de sus derechos sin exigirle cambio de principio. Es bravo y generoso; pero precisamente estas condiciones le hacen aún más peligroso. Tiene talento; por esto es menos excusable su delito. Su entusiasmo por una mala causa le conducía á ser mártir de ella. Además, él es quien ha arrastrado al campo de batalla centenares de hombres, que sin él, nunca hubieran perturbado el país.

— Se lo repito — continuó el coronel — bien sabe Dios que lo lamento sinceramente como hombre, pero este jefe había estudiado perfectamente el papel que ha representado : se ha jugado la vida : la corona de conde ó la mortaja. No hay modo de intervenir ahora, porque haya salido perdiendo en el juego.

Tales eran en aquellos tiempos los argumentos emmpleades aun por hombres valerosos y humanos, contra un enemigo vencido. Tengamos la esperanza de que, por este lado al menos, no veremos más las escenas ni escucharemos más los sentimientos que eran tan generales en la Gran Bretaña hace sesenta años.

CAPÍTULO LXVIII

¿Mañana? oh! es harto pronto.
Déjale, déjale.

SHAKESPEARE.

Eduardo, seguido de su antiguo sirviente Alick Polwarth que entró nuevamente á su servicio en Edimburgo, llegó á Carlisle, en tanto que el tribunal especial, formado para el caso, siguía juzgando y sentenciando á los infortunados legitimistas. Había procedido con la mayor diligencia, no precisamente para salvar á Fergus, cosa, por desgracia, imposible, sino para llegar á verle. Podríamos decir que antes de ahora había facilitado liberalmente cuantos fondos eran necesarios para que los prisioneros tuvieran defensores y cuanto era necesario á su amparo. Un procurador y un abogado de primer orden entendían en la defensa de Fergus; pero era lo mismo que ocurre con un moribundo rico : allí están los doctores de más fama, pero no pueden hacer otra cosa que acechar los instantes favorables que acaso presente la naturaleza — los legistas no podían hacer en esta circunstancia otra cosa que espiar alguna infracción del procedimiento. Eduardo entró en la sala de audiencia :

estaba llena de gente, pero por el apresuramiento de Eduardo y por ver que venía de viaje todos creyeron que sería algún pariente de los procesados y así le hicieron sitio. Era la tercera sesión y ya se había pronunciado el veredicto de culpabilidad. Eduardo miró á los hombres que estaban sentados en el banquillo de los acusados. No podía equivocarse : uno era Fergus Mac-Yvor, pálido; el traje descompuesto, pero arrogante como siempre. El otro era Evan Maccombich. Eduardo tuvo casi un vahido al verlos; pero se rehizo al oir que el actuario pronunciaba solemnemente estas paladras :

— Fergus Mac-Yvor de Glennaquoich, de otro nombre llamado Vich Ian Vohr y Evan Mac-Yvor, en el Dhu de Tarrasclengh, de otro modo llamado Evan Dhu, Evan Maccombich á Evan Dhun Maccombich — cada uno de vosotros y conjuntamente vos, estáis convictos de alta traición. ¿Qué tenéis que alegar para que el tribunal no os condene á muerte, conforme á la ley?

El presidente del tribunal iba á ponerse el fatal birrete, cuando Fergus, que se había puesto de pie, se cubrió á su vez y, mirando al auditorio, con voz severa dijo :

— No puedo consentir que esta Asamblea interprete mi silencio como prueba de que nada tengo que decir. Mas, lo que yo pudiera decir no podríais oirlo, porque sería vuestra propia condena. Proceded, pues, en nombre de Dios, á lo que os es lícito. Desde hace dos días á los leales y honrados, derramando sangre como agua. No economicéis la mía. Si toda la de mis antepasados estuviera en mis venas, gozoso la derramaría yo por esta causa.

Dicho esto se sentó.

Evan Maccombich le miró con alguna inquietud y manifestó que también él quería decir algo. Pero la solemnidad de la escena y la dificultad de expresarse en una lengua que no era la suya le impidieron explicarse de modo inteligible. Hubo un murmullo de compasión en la sala, persuadidos todos de que aquel desgraciado quería disculpar su conducta, como inspirada en la obediencia á su jefe. El Presidente impuso silencio y animó á Evan para que prosiguiese.

— Todo lo que quiero decir, milord — manifestó Evan con tono insinuante, — es que si Vuestro Honor y el honorable tribunal quieren, por esta vez, poner en libertad á Vich Ian Vohr, de modo que se vaya á Francia y no perturbe más estos estados del rey Jorge, seis hombres, de los mejores de su clan, se dejarán decapitar por él. Déjenme ir á Glennaquoich y yo me los traeré conmigo y podréis ahorcarlos ó decapitarlos, como os parezca, comenzando por mí.

No obstante la solemnidad de aquel acto el público acogió aquella manifestación con risas. El Presidente reprendió aquel inconveniente murmullo y Evan, mirando en derredor dijo :

— Si los señores sajones se rien de que un pobre hombre como yo se atreva á creer que su vida y la de seis personas más como él, valen tanto como la de su jefe, posible es que tengan razón; pero si se ríen porque se figuran que no cumpliré mi palabra y que no volveré, es que no conocen ni el corazón de un montañés ni el honor de un caballero.

Ya no rió nadie. En medio del mayor silencio dictó el Tribunal sentencia de muerte contra los dos procesados, acompañándola de sus horribles y habituales detalles. La ejecución quedó determinada para el día siguiente.

— En cuanto á usted, Fergus Mac-Ivor — añadió el juez — renuncie á toda esperanza de indulto. Prepárese á pasar el último día de sufrimiento y á comparecer ante otro tribunal.

— No deseo otra cosa — repuso Fergus con voz firme.

Los ojos de Evan, fijos constantemente en su jefe se cubrieron de lágrimas.

— En cuanto á usted — continuó el juez dirigiéndose á Evan — pobre ignorante, que siguiendo esas ideas, nacidas de su educación, y de las que acaba de dar muestra con su promesa increíble, en cuanto á usted que no hace sino prestar al espíritu de clan la sumisión que debe al rey y al Estado, merece tanta compasión que, si solicita su indulto, yo mismo haré lo necesario para...

— ¡Nada de indulto para mí! — exclamó Evan. — Si ha de verterse la sangre de Vich Ian Vohr, el único favor que se me puede hacer es el de soltarme las ligaduras, darme una espada y esperarme ustedes un minuto, ahí donde se encuentran...

— ¡Llévense á los presos! — dijo el juez — y que se haga justicia.

Apesadumbrado por tan dolorosos momentos, Waverley salió con todos los espectadores á la calle. Su primer deseo fué tener una entrevista con Fergus, hablarle por última vez. Fué á la fortaleza donde su amigo estaba preso, pero no le dejaron entrar. La orden, según le dijo un oficial, era no dejar que el prisionero hablase más que con su hermana ó con el confesor.

Entonces preguntó Waverley dónde estaba miss Flora. Le dieron la dirección de ésta y vió que estaba en casa de una respetable familia católica de Carlisle.

Rechazado del Castillo, no atreviéndose á solicitar permiso en su propio nombre, pensó dirigirse al abogado de Fergus. Este le dijo que la incomunicación de su defendido obedecía al propósito de que no trascendiera al público ninguna manifestación que pudiera divulgarse por los jacobitas. Sin embargo, por hacer favor al heredero de Waverley-Honour prometió que le procuraría la visita para el siguiente día, en la capilla.

— ¿Es de Fergus de quien me hablan — pensó Waverley — ó estoy soñando? ¿De Fergus, tan franco, tan caballeresco, tan bravo? ¿Es él, á quien he visto dirigiendo la montería y peleando en la guerra? Fergus, tan activo y tan noble, amado de las damas, cantado de los poetas... ¿Es el mismo que he visto aherrojado como un malhechor, el mismo que está á punto de morir, víctima sacrificada por las manos del odioso verdugo? Diabólico era sin duda el espectro que vaticinó semejante suerte al valiente jefe de Glennaquoich.

Con temblorosa voz suplicó Waverley al abogado que previniese á Fergus de la visita para la cual solicitaban permiso y con esto se volvió á la casa donde paraba. Allí escribió á Flora una carta, casi ininteligible, rogándola le recibiese aquella misma noche. El mensajero tornó con la respuesta de Flora, escrita con su elegante letra italiana, aunque con mano temblorosa. Miss Flora Mac-Ivor — decía — no puede negarse á recibir al mejor amigo de su hermano, aún en medio de la inmensa aflicción en que se halla sumida.

Cuando se presentó Eduardo en casa de miss Mac-Ivor, fué introducido sin tardanza. Estaba Flora en una gran habitación, cuyas paredes se hallaban

cubiertas por tapices, sentada cerca de una ventana con reja y ocupada en coser algo que parecía un vestido blanco. A poca distancia se encontraba una señora de edad, al parecer perteneciente á alguna comunidad religiosa, y que leía un libro de devoción católico. Cuando vió entrar á Waverley aquella señora dejó el libro encima de una mesa y salió del cuarto. Flora se levantó para saludar á Waverley, se dieron la mano y ambos permanecieron un momento en silencio. La fina complexión de Flora se había cambiado por entero: estaba delgadísima, pálida, con blancura de mármol, que contrastaba con la negrura de su cabello y de su traje. Pero á pesar de estas huellas de su dolor, se notaba el esmero habitual en su manera de vestir y en su tocado. Las primeras palabras que pronunció fueron:

— ¿Le ha visto usted?

— No — contestó Waverley. — No me permiten entrar.

— Eso está de acuerdo con lo demás — dijo Flora. — Pero sometámonos. ¿Conseguirá usted verle?

— Mañana — contestó Waverley tan bajo que casi no lo comprendió Flora.

— Sí; mañana ó nunca — dijo Flora y levantando los ojos al cielo añadió. — Hasta que nos reunamos todos. Pero aún le verá usted, de todo corazón, aunque... pero es inútil hablar del pasado.

— Es inútil — dijo á su vez Waverley.

— Y hasta del porvenir, amigo mío — prosiguió Flora — en cuanto se refiere á hechos terrenales. ¡Cuántas veces me imaginé la posibilidad de este horrible desenlace, pensando cómo podría yo sopotarlo! Lejos estaba, sin embargo, de sospechar la inimaginable amargura de esta hora!

— Querida Flora, si su resistencia de ánimo...

— Sí, eso es — exclamó Flora con exaltación — eso es, señor Waverley: hay dentro de mí algo que me remuerde, diciéndome que mi fuerza de ánimo es la que ha asesinado á mi hermano.

— ¡Por Dios! no diga usted semejante cosa...

— Sí; ¿no es eso? Pues la idea me persigue como un fantasma. Que es una vana imaginación, ya lo sé; pero aquí está, llenando de terrores mi alma. Ella me dice que mi hermano, tan ardiente como indeterminado, hubiese distribuído su energía en cien objetos diferentes. Yo soy quien le ha enseñado á concentrar su voluntad en esta desesperada empresa. Nunca presenté ante su espíritu la gran verdad de que quien á hierro mata á hierro muere: no le dije nunca quédate en casa, conserva tu valor y tu vida y tus vasallos para empresas hacederas al hombre. Sí, señor Waverley, yo le he impulsado, yo soy culpable de su pérdida!

Trató Waverley de disuadir á Flora de tal creencia, empleando cuantos argumentos más ó menos incoherentes se le ocurrieron. Recordó á la joven que los mismos principios de educación habían tenido ella y su hermano, y el mismo concepto del deber habían aprendido.

— No piense usted que los he olvidado — repuso Flora vivamente. — No crea usted que lamento su empresa porque sea censurable: lo que lamento es no haber alcanzado á comprender que era irrealizable.

— Sin embargo — objetó Waverley, — Fergus hubiera tomado parte en el levantamiento, aunque usted no se lo hubiese aconsejado. Los consejos de usted habían dado más consistencia y resolución á

sus actos, pero no han precipitado su resolución.

Flora no contestó y volvió á su costura. Un instante después dijo :

— ¿Se acuerda usted de haberme visto una vez ocupada en preparar unas cintas y lazos para Fergus, sus adornos de novio? ¡Hoy estoy preparando su traje de boda! Nuestros amigos de esta casa acogerán en el santo suelo de su capilla, los restos del último Vich Ian Vohr. Pero no estarán todos los restos : ¡faltará la cabeza! No tendré el último y mísero consuelo de besar los helados labios de mi hermano!

La desgraciada Flora, después de convulsivos sollozos, quedó desmayada en su silla. La señora que antes había estado en el cuarto y ahora esperaba en la antecámara, entró corriendo y suplicó á Waverley que saliera de la habitación, pero que no se marchara de la casa.

Al cabo de media hora volvieron á llamar á Eduardo : había recuperado el sentido miss Flora y se encontraba más tranquila. Waverley se arriesgó entonces á decirle que miss Bradwardine podía considerarse como hermana suya menor y que en este concepto le participaba su proyectado enlace.

— Ya lo sé — le contestó Flora, — Rosa me ha escrito á ese propósito. El dolor es egoísta y exclusivo, sin esto ya habría escrito yo á mi amiga diciéndole que aun en medio de mi desesperación he tenido un momento de placer al saber que á ella se le presenta una perspectiva de felicidad y que el buen Barón se ha salvado del general naufragio. Entregue usted esto á mi querida Rosa : es la única prenda de valor que posee su pobre Flora y fué dádiva de una princesa.

Diciendo esto entregó á Waverley un estuche con una cadena de brillantes, adorno habitual de su tocado.

— En lo sucesivo no necesitaré adornos — añadió Flora. — Por mediación de mis amigos voy á ser admitida en el convento de benedictinas escocesas de París. Mañana, si es que sobrevivo al día de mañana, me marcharé con esta respetable religiosa. ¡Adiós, señor Waverley, adiós! Ojalá encuentre usted en su enlace con mi querida Rosa toda la dicha que ustedes dos merecen. Piensen alguna vez en los amigos que han perdido y no traten de volverme á ver : no sería caritativo.

Dió la mano á Eduardo : la estrechó éste y lloroso y con paso vacilante salió del cuarto y de la casa volviendo á su hospedaje. Allí encontró una carta del abogado informándole de que podría ver á Fergus al siguiente día antes de la llegada del magistrado encargado de ordenar la fatal comitiva.

CAPÍTULO LXIX

Una negra comitiva forma séquito fatal:
Los tambores enlutados baten marcha funeral.
CAMPELL.

Waverley pasó aquella noche sin pegar los ojos. A primera hora de la mañana ya estaba ante la vieja puerta gótica de la fortaleza de Carlisle; pero tuvo que esperar largo tiempo hasta la hora en que los reglamentos permitían la entrada. Por fin llegó este instante, exhibió su permiso y se encontró dentro del castillo.

Fergus estaba prisionero en una oscura pieza de la torre central, rodeada de obras defensivas que al parecer databan de Enrique VIII, ó poco menos. Al ruido de cerrojos descorridos para que pasara Eduardo, respondió el arrastre de cadena con que Fergus salió al encuentro de su amigo.

— Querido Eduardo — dijo Fergus con voz serena y hasta alegre — es usted un buen amigo. Mucho gusto he tenido con la noticia de su próxima dicha. ¿Cómo está Rosa y cómo va ese original amigo, el buen Barón? Supongo que bien, puesto que está usted en libertad. ¿Cómo van á resolver ustedes la cuestión

de precedencia de los tres armiños pasantes ó del oso con el tirabotas?

— ¡Oh! Fergus, mi querido Fergus, es posible que piense usted en tales cosas, ahora, en estos momentos!

— Lo cierto es que habíamos entrado en Carlisle bajo los mejores auspicios, el 16 de noviembre último, cuando izamos el pabellón blanco en estas torres. Pero yo no soy una criatura para echarme á llorar porque la suerte nos haya vuelto la espalda. Ya sabía yo á lo que me exponía. Me ha tocado perder, me toca pagar, pago. Pero dejemos esto y vengamos á lo principal, porque el tiempo apremia. ¿Qué sabe usted del Príncipe? ¿Se ha salvado?

— Ya está en lugar seguro.

— ¡Dios sea bendito! Deme usted detalles sobre esto.

Waverley le comunicó cuanto sabía sobre aquella historia memorable, lo que Fergus escuchó con todo interés. Luego preguntó éste por diversos amigos y especialmente quiso saber qué pasaba en su clan. Este había sufrido menos que otros, porque así que perdieron su jefe se dispersaron, según costumbre montañesa; de modo que al ser vencida la insurrección este clan no se encontraba en armas y, en consecuencia, fué tratado con menos rigor.

Fergus supo esto con gran satisfacción.

— Waverley — dijo Mac-Ivor — usted es rico y generoso: si alguna vez llega usted á saber que los desgraciados Mac-Ivors sufren en sus montañas á causa de las despiadadas exacciones del gobierno, acuérdese usted de que ha vestido el tartán de ellos y que es usted hijo adoptivo de este clan. El Barón que vive en nuestras cercanías y que conoce nuestros

usos, dirá á usted de qué modo y en qué tiempo puede usted prestarles auxilio. Prometa usted al último Vich Ian Vohr que será usted su protector.

Sin dificultad se comprenderá que Waverley hizo esta promesa. Y tan bien cumplió su promesa que aún se venera su memoria en los valles de Glennaquoich, donde se le conoce con el nombre de « el amigo de los hijos de Ivor ».

— ¡Pluguiera á Dios — añadió Fergus — que estuviera en mi mano legar á usted mis derechos sobre esta antigua y brava raza! Bien quisiera, al menos, haber persuadido á mi pobre Evan, como he tratado de hacerlo, para que aceptare la vida en las condiciones que le imponen. Hubiera sido para usted como siempre lo ha sido para mí, el amigo más cariñoso, más valiente y más leal.

Las lágrimas que no surgieron por su propia desgracia, aparecieron en los ojos de Fergus al pensar en su hermano de leche. Enjugóse estas lágrimas y añadió:

— No es posible: no puede usted ser para ellos un Vich Ian Vohr: son estas dos palabras mágicas el « Sésamo; ábrete » — y diciendo esto Fergus se sonrió, — que pueden imperar en sus simpatías. El pobre Evan acompañará en la muerte á su hermano como lo ha acompañado en la vida.

— Esté usted seguro — dijo Maccombich, que estaba en el mismo cuarto, acurrucado y sin moverse en un rincón, de tal modo, que no le había visto Eduardo, — esté usted seguro de que Evan no ha deseado nunca otra suerte que el morir con su jefe.

— Puesto que hablamos de clan — dijo Fergus — ¿qué piensa usted ahora del vaticinio del Bodach Glas? — y antes de que Eduardo contestase añadió:

— Le he vuelto á ver esta noche, á la claridad de un rayo de luna que entraba por esa ventana y llegaba al borde de mi lecho. ¿Por qué he de temerle? pensé: mañana á esta misma hora, ya seré tan inmaterial como él. Espíritu — le dije, — vienes á visitarme por última vez en la tierra y á gozarte en la caída del último descendiente de tu enemigo? El espectro se ha sonreído y haciéndome señal de seguirle, se desvaneció ante mi vista. ¿Qué piensa usted de esto? He hecho la misma pregunta á mi confesor, hombre bueno y sensato: me ha contestado que la Iglesia no niega la posibilidad de estas apariciones; pero me ha dicho que no debe preocuparse mi ánimo con estas ideas, pues á veces la imaginación es causa única de estas visiones. ¿Qué le parece á usted?

— Soy de esa opinión — repuso Waverley queriendo excusar una polémica en semejantes circunstancias.

Sonó un golpe en la puerta: era el confesor que venía á cumplir su misión con los prisioneros, conforme al rito de la iglesia católica romana. Se retiró Eduardo; entretanto, y al cabo de una media hora fué llamado otra vez al lado de su amigo. Entró un piquete de soldados escoltando á un herrero, que procedió á quitar á los prisioneros sus hierros y cadenas.

— Ya ve usted qué homenajes merece el valor montañés — dijo Fergus á Waverley. — Nos han tenido encadenados como fieras: ahora vamos á estar bajo la guardia de soldados, armados con fusiles, como si tuvieren miedo de que tomáramos la fortaleza por asalto.

Más tarde supo Eduardo que aquellas severas precauciones se habían tomado, porque los prisioneros

intentaron en una ocasión escaparse, y faltó poco para que lo lograran.

Pronto sonaron los tambores.

— El último toque militar á que obedeceré — dijo Fergus. — Y ahora, querido Eduardo, hablemos un momento de Flora, antes de separarnos...

— No nos separaremos *aquí* — dijo Waverley.

— Es necesario, amigo mío : no debe usted seguir más adelante. No es que tema yo por mí, la naturaleza tiene sus torturas, como el artificio. ¿No creeríamos feliz al hombre que en media hora se salvara por la misma muerte, de los dolores y sufrimientos de alguna cruel enfermedad? Hagan conmigo lo que quieran, esto no puede durar mucho. Pero lo que un hombre que muere puede soportar con firmeza, acaso sea un espectáculo mortal para el amigo. Esta ley sobre los delitos llamados de alta traición es uno de los beneficios que nuestra libre Escocia debe á vuestra patria — añadió Fergus con sangre fría extraordinaria. — Nuestra legislación, según he oído decir, era más suave. Pero un día ú otro, cuando ya no haya montañeses agrestes á quienes perseguir, los ingleses borrarán de su código esta ley que los equipara á los caníbales y no expondrán más en público las cabezas cortadas. Supongo que no irán á poner en la mía una corona condal, de papel. No estaría mal, como sátira. En fin, espero que al menos expondrán mi cabeza en la puerta que mira á Escocia: así verán mis ojos los azulados cerros de mi sierra natal, que tanto amo. El Barón diría :

ritur, et moriens dulces reminiscitur Argus.

Oyóse movimiento de caballos y ruedas en el patio del castillo.

— Ya se lo he dicho Eduardo : no debe usted acompañarme por más tiempo. La hora está próxima. Dígame usted cómo está mi pobre hermana.

Waverley, con sofocada voz, le explicó el estado de ánimo en que se encontraba su hermana.

— ¡Pobre Flora! — exclamó Fergus, — mejor hubiera soportado su sentencia de muerte que la mía. Usted, Waverley, va á conocer la felicidad de un cariño recíproco en el matrimonio: ¡haga el cielo que Rosa y usted disfruten de este amor largos años. Pero ustedes no conocerán nunca esa pureza de sentimientos que une á dos huérfanos como Flora y yo, solos en la tierra! La conciencia de los deberes y de los constantes principios de fidelidad darán, en fin, nueva fuerza á su espíritu, pasados los momentos de dolor que seguirán á mi partida. Flora pensará entonces en su hermano como en los héroes de nuestra raza, cuyas hazañas ella misma ha admirado.

— ¿No la verá usted ya? — preguntó Waverley.— Ella lo espera.

— He recurrido á un medio, á un engaño, para evitar esa cruel despedida. No me hubiera separado de ella sin llorar; y no quiero que esta gente se imagine que han logrado arrancarme el llanto. He dicho á Flora que me vería más tarde y esta carta que le dará mi confesor, la hará saber que todo ha concluído.

En aquel momento se presentó un oficial previniendo que había llegado el magistrado y que esperaba á la entrada de la fortaleza para hacerse cargo de Fergus Mac-Ivor y de Evan Maccombich.

— Vamos allá — dijo Fergus.

Apoyándose en el brazo de Waverley bajó las escaleras de la torre, seguido de su confesor y de Evan Dhu y de los soldados que cerraban la marcha. El

patio estaba ocupado por un escuadrón de dragones y un batallón de infantería, formado en cuadro. En medio se encontraba el carro, pintado de negro y tirado por un caballo blanco, para llevar á los prisioneros al lugar del suplicio, situado á cosa de una milla de Carlisle. En un extremo de este carro se encontraba el verdugo, repugnante individuo que tenía el hacha en la mano. Por la grande ojiva de la puerta, que abría sobre el puente levadizo, se veía que la comitiva del magistrado estaba á la parte exterior, conforme á la ceremonia que separa la jurisdicción militar de la civil.

— Buena escena de desenlace — dijo Fergus contemplando aquel aparato de terror y sonriendo con desdén.

Y Evan Dhu, mirando á los dragones, exclamó :

— Estos son aquellos que galopaban en Gladsmuir antes de que hubiésemos matado una docena : hoy están muy valientes.

El sacerdote le recomendó que guardara silencio.

Se acercó el carro. Fergus miró en derredor, abrazó á Waverley, subió por sí mismo y prestamente al carro. Evan subió al lado de su amo. El sacerdote seguía en un carruaje, perteneciente á la familia en cuya casa estaba Flora. Saludaba Fergus con la mano á Waverley cuando los soldados rodearon el carro y rompieron la marcha. Detuviéronse algunos instantes á la puerta de la fortaleza por la ceremonia de entrega de los presos á las autoridades civiles. « ¡ Viva el rey Jorge! » gritó el magistrado al terminarse este acto. Fergus se puso en pie, en el carro y contestó á este grito con otro : « ¡ Viva el rey Jacobo! » Tales fueron las últimas palabras que Waverley oyó pronunciar á su amigo.

Reanudó la comitiva su marcha : sonó una marcha fúnebre ; las campanas de la catedral tocaron á muerto; poco á poco se fué alejando del castillo el eco de la música militar y no se oyó más que el campaneo lúgubre. Waverley, inmóvil y como estupefacto, seguía en el patio con la mirada fija en el sitio donde había visto por última vez á su amigo. En tal estado acercóse á Waverley un criado del gobernador invitándole de parte de su amo, á entrar y sentarse, pues se advertía que estaba afectadísimo. Dos veces tuvo que repetir el criado aquella invitación antes de que Waverley la comprendiese. Por fin, se enteró; dió gracias por aquella atención, se caló el sombrero hasta las cejas y salió precipitadamente del castillo. Cruzó una porción de calles, y por fin llegó á su hospedaje encerrándose en su habitación. Al cabo de hora y media, que le parecieron un siglo, oyó el toque de pífanos y tambores y el rumor de la multitud, que llenaba las calles. Todo había concluído. No intentaré describir el estado de ánimo de Waverley.

Por la tarde recibió la visita del eclesiástico que había asistido á Fergus. Era encargo de éste y tenía por objeto explicarle que su muerte había sido como era de esperar por su vida y que hasta el último instante tuvo presente su amistad. El sacerdote también había visto á Flora, la cual parecía más tranquila desde que la desgracia estaba consumada. El sacerdote se proponía salir de Carlisle al día siguiente con Flora y sor Teresa, embarcándose para Francia desde el puerto más inmediato. Waverley regaló á este digno señor una sortija, no sin gran resistencia del obsequiado, que no quería aceptarla. También le entregó una cantidad para funerales en iglesia católica por su amigo (pensando, como era verdad, que

sería agradecido por Flora). *Funguarque inani munere*, se dijo cuando le dejó solo el sacerdote. Y sin embargo, ¿por qué no clasificar estos actos de recuerdo entre aquellas honras que en todas las religiones hace la amistad á la memoria de los muertos?

Al amanecer del día siguiente salió Eduardo de Carlisle, con el firme propósito de no volver nunca á esta ciudad. Al pasar por la puerta fortificada, porque todo el circuito se encuentra amurallado, apenas se atrevió á levantar la vista.

— No están aquí — le dijo Alick Polwarth que adivinó el temor de su amo. Con el gusto vulgar por presenciar escenas sangrientas, no había perdido el menor detalle de aquella matanza. — Las cabezas están en la puerta de Escocia. Lástima que Evan Dhu fuese montañés; era un buen hombre, bien intencionado. Y lo mismo se puede decir del laird de Glennaquoich, cuando no lo echaba á rodar todo.

CAPÍTULO LXX

DULCE DOMUM

La impresión de horror con que Waverley salió de Carlisle se fué amortiguando hasta trocarse en melancolía : cambio que fué acelerado sin duda por la tarea consoladora de escribir á Rosa. No pudo ocultar á ésta las sensaciones dolorosas porque había pasado, pero, á fin de no lastimar su corazón y ocasionarla grande sentimiento tuvo necesidad de presentar el cuadro desde un punto de vista menos emocionante.

En fuerza de discurrir sobre esto, no en una sola carta sino en varias, él mismo se habituó á las consideraciones que exponía. Por último, prevalecieron en su ánimo las perspectivas de paz y de felicidad que se ofrecían ante él. Sin embargo, la desaparición de sus primeras horribles sensaciones y su reemplazo por la melancolía no fué bastante para que, al regresar á su país natal, pudiera disfrutar desde luego como en otros tiempos, del espectáculo de la naturaleza.

Por fin, empezó á complacerse en la contemplación de un país bien cultivado, populoso, tan distinto de aquel paisaje de desolación ó de grandeza solitaria.

Mucho más vivas fueron estas mismas sensaciones a encontrarse en el antiguo patrimonio de su familia, cuando reconoció las añosas encinas de Waverley-Chace, y cuando pensó en el placer que tendría Rosa al encontrarse en aquellos hermosos parajes. Emocionóse al ver las torrecillas de la venerable casa solariega, entre los árboles que la cercaban. Por último pudo echarse en los brazos de aquellos respetables parientes á quienes tanto agradecimiento y cariño debía.

La felicidad de aquella reunión no fué alterada por ninguna palabra de censura. Al contrario : á pesar de las inquietudes sufridas por sir Everard y mistress Raquel, mientras Waverley campeó á favor del Príncipe, la conducta de su sobrino les pareció muy en armonía con los principios en que ellos mismos habían sido educados.

El coronel Talbot había preparado muy acertadamente el camino para que Eduardo tuviese una buena acogida, poniendo de relieve la conducta militar de éste, su valor y generosidad en Preston. Por último, sir Everard y su hermana veían con la imaginación á su sobrino empeñado en singular combate con el coronel Talbot, salvándole después la vida: era una hazaña semejante á las de Whilibert, Hildebrando, Nigel y demás héroes de su linaje.

Waverley estaba más moreno, más varonil y robusto. La disciplina militar le había impreso un aire digno : lo que venía á confirmar las observaciones del coronel, causando, además, el encanto de los habitantes de Waverley-Honour, los cuales acudían al paso de Eduardo para verle y escucharle. El señor Pembroke admiraba, aunque no lo decía, el valor y la resolución de Eduardo al abrazar la genuina causa

de la Iglesia de Inglaterra; sin embargo, le expuso algunas amistosas quejas por el poco cuidado que había tenido de sus manuscritos, cuyo extravío le había ocasionado bastantes digustos. Cuando sir Everardo estuvo sometido á la vigilancia de un funcionario real, Pembroke había juzgado prudente esconderse en el « agujero del cura » así llamado por el uso á que en otros tiempos estuvo destinado. No se atrevían á llevarle la comida más que una vez al día : de modo que muchas veces la tuvo que comer fría ó á medio enfriar, que aún es peor, sin contar con que algunas veces se pasaron dos y hasta tres días sin que se le hiciera la cama. Aquello hizo á Waverley acordarse del Patmos del Barón; del buen Bradwardine que se contentaba con los guisos de Juana y se resignaba á tener por lecho unos haces de paja. Pero no quiso hacer comparaciones por no molestar con ellas á su preceptor.

Todo se puso entonces en movimiento, en Waverley-Honour, preparando la boda de Eduardo. Sir Everard y mistress Raquel consideraban este acontecimiento como su propio rejuvenecimiento. Era una boda muy igual, puesto que si bien Rosa no tenía dote, á ellos le sobraba fortuna. Así lo había pensado el coronel Talbot. En consecuencia, recibió el señor Clippurse aviso de presentarse en Waverley-Honour, con mejores auspicios que en los comienzos de esta historia. Pero el señor Clippurse no se presentó solo : ya se iba haciendo viejo y por tener ayuda había asociado en sus trabajos á su sobrimo, un buitre (como le hubiera llamado el Juvenal inglés á quien debemos el cuento de (*El procurador Swalow*) de modo que el tío y el sobrino actuaban con la firma Clippurse y Hookem. Estos respetables señores debían redactar el

contrato de matrimonio de Eduardo con tan espléndida liberalidad como si su futura aportase la herencia de un Par de Ingaterra con los dominios paternos incorporados á la franja de su armiño.

Pero antes de entrar en un tema de proverbial conocimiento, recordaré al lector cómo cae rodando una piedra cuando se la echa por la cuesta de una montaña (yo fuí muy experto, de niño, en este género de pasatiempo). Al principio la piedra rueda lentamente. Va sorteando los menores obstáculos que al paso se le ofrecen; pero cuando llega á la totalidad de su impulso, cuando ya se halla próxima al término de su carrera, se precipita cómo un rayo, da saltos por encima de todo, brinca como el más hábil cazador de York y da vueltas con tanta mayor rapidez cuanto más cerca está de quedarse en un reposo eterno. Así, querido lector, acontece en la narraciones como ésta. Los primeros sucesos se detallan con el mayor cuidado, á fin de explicar el carácter de los personajes más bien por los hechos que por la fastidiosa exposición directa. Pero cuando ya toca á su fin la historia, apenas nos detenemos en las circunstancias más importantes, pues la imaginación habrá previsto las demás y es inútil abusar de la paciencia con relatos extensos.

De esta manera, estamos tan poco dispuestos á seguir á los señores Clippurse y Hooken en sus escrituras notariales, que no diremos de ellas nada así como tampoco de las instancias encaminadas á conseguir la rehabilitación de Eduardo y del Barón, su futuro suegro. Unicamente mencionaremos las cartas que con este motivo se cruzaron entre sir Everardo y el Barón, las cuales aunque, constituyeron brillantes muestras de elocuencia, han caído en el más inexorable olvido. Tampoco explicaré de qué manera tía Raquel recompensó á Rosa, por su desprendimiento en favor de Waverley, cuando hubo de pagar á Donald Bean Lean, dándole las joyas de su madre: Rosa recibió en cambio una canastilla de alhajas que hubiera envidiado una duquesa. También se podrá imaginar el lector que no quedaron olvidados Job Houghton y su mujer, los cuales no comprendieron nunca que su hijo hubiera muerto si no era combatiendo al lado del joven señorito hasta el punto de que habiendo querido explicar Alick las efectivas circunstancias del caso, recibió orden de no volver á decir ni una palabra de este asunto. Es verdad que Alick compensó este silencio con otras historias de batallas, de ejecuciones, de matanzas y de hazañas que dejaban atónitos á los criados de sir Everardo.

Bien que estas importantes materias no ocupan como narración más espacio que el de una revista de tribunales en la prensa, es lo cierto que la lentitud de la justicia y la dificultad de los viajes en aquel tiempo fueron causa de que Waverley consumiera dos meses antes de poderse presentar, por fin, en Duchran, para tomar la mano de su prometida.

Quedó señalada la boda para dentro de seis días. El Barón de Bradwardine para quien las nupcias, los bautismos y los funerales eran actos de la mayor solemnidad, quedó no poco desencantado al saber que las invitaciones á la boda no pasaban de treinta. Cuando él se casó — decía — fué escoltado por trescientos gentileshombres á caballo, seguidos de sus criados y sin contar de veinte á cuarenta lairds montañeses que no iban nunca más que á pie.

Pero le sirvió de consuelo la reflexión de que como su yerno y él habían combatido al gobierno con las

armas, podía parecer agresivo para los poderes públicos el que se reunieran todos los parientes y amigos de ambas familias, con al aparato guerrero que para aquellos actos era de costumbre en Escocia.

— Además, añadió el Barón suspirando — ¡cuántos amigos que hubieran tomado parte con júbilo en este acontecimiento feliz se hallan ya en una mansión más elevada que este mundo ó gimen en el destierro, lejos de su patria!

Verificóse el matrimonio el día señalado. El Reverendo señor Rubrick, pariente de la familia de Duchran y capellán del barón de Bradwardine, fué quien tuvo la satisfacción de unir las manos de los contrayentes. Francisco Stanley hizo el viaje expresamente para asistir á la ceremonia. El coronel Talbot y lady Emilia tenían el propósito de asistir también; pero esta señora se encontró harto mal en aquellos días y tuvieron que desistir de su idea. En cambio, quedó convenido que los recién casados, y el Barón, que se proponían marchar en seguida á Wawerley-Honour, se detendrían por unos días en una posesión que el coronel Talbot había adquirido poco antes en Escocia y donde tenía la intención de habitar algún tiempo.

CAPITULO LXXI

O no es mi antigua casa,
ó es que se ha embellecido.

Balada antigua.

La comitiva nupcial viajó con lujo. Un coche, de moderno estilo, tirado por seis caballos, regalo de sir Everardo, lució su esplendor ante la vista de media Escocia. También iba en el séquito el coche del señor Rubrick. Ambos carruajes estaban ocupados por las señoras, pues los caballeros iban á caballo, seguidos de una veintena de criados, igualmente montados. El famoso intendente, como ya no temía encontrarse delante de personas necesitadas, salió al encuentro de la comitiva, rogando que le hicieran la merced de pasar por su casa del Pequeño Veolan. El Barón le miró sorprendido y contestó que su hijo y él tendrían mucho gusto en acercarse á aquella casa, puesto que iban á caballo; pero que no era posible desviar todo el *comitatus nuptialis* ó séquito nupcial. Añadió el Barón que le complacía ver á su amigo Duncan confirmado en sus funciones de intendente por el nuevo *dóminus* ó propietario de Tully-Veolan. Macwheeble saludó humildemente, con todas

las reverencias del caso, pero insistió en que fueran todos. El Barón, aunque un tanto picado por tanta pertinacia é instancia, no se decidió á la negativa por si acaso se consideraba inspirada en ciertas sensaciones íntimas que no quería revelar.

Cuando se acercaron á la gran avenida, quedó el Barón como meditabundo : de pronto, estremecióse : estaba viendo las almenas rehechas, todo restablecido en orden y lo que aún le pareció más notable, los dos osos de piedra, Dagons mutilados, restablecidos en sus puestos de siempre.

— Ya veo — dijo á Eduardo — que el nuevo propietario en el poco tiempo que aquí lleva ha dado pruebas de más gusto que ese perro Malcolm hubiera dado en toda su vida, *vita adhuc durante*. A propósito de perros, ¿no son esos dos Ban y Buscar que corren con Davie Gellatley por la avenida?

— Haríamos bien en entrar por el mismo camino — dijo Waverley, — pues me parece que el dueño actual de esta posesión es el coronel Talbot y en este caso esperará nuestra visita. La verdad es que no nos hemos decidido á decírselo á usted hasta ahora : y aun si usted cree que no debemos visitarle nos podemos volver atrás é ir directamente al Pequeño-Veolan.

El Barón tuvo que hacer un gran esfuerzo. Sin embargo, después de respirar con fuerza y de tomar un polvo dijo que, pues habían llegado hasta allí, no pasaría por delante de la puerta del coronel sin entrar á verle y que le complacería saludar al nuevo señor de sus antiguos arrendatarios. Echó pie á tierra : hicieron los demás lo mismo. Las señoras bajaron de los coches. El Barón dió el brazo á su hija y echó á andar por la avenida haciendo notar de

qué manera la *Diva Pecunia* de los ingleses, su divinidad tutelar, había borrado todas las huellas del desastre.

En efecto, no sólo se habían quitado los árboles caídos y los troncos, sino que hasta la tierra se había nivelado y el césped nuevamente sembrado, crecía en las praderas como si nada hubiera sucedido. Davie Gellatley, que en aquel momento se acercó, también había experimentado una gran reforma : tenía un traje nuevo, de igual color que el de antes, pero de un paño tan fino que habría servido muy bien para vestir á un cortesano. Danzó con su grotesca gracia habitual delante del Barón y luego delante de Rosa y pasando la mano por la ropa exclamó :

— *¡Bravo! ¡bravo! ¡Davie!* — Pero no podía cantar ni aun sus más conocidas canciones, porque estaba fuera de sí con tanto regocijo.

Los perros conocieron también á su amo y dieron saltos de alegría.

— La verdad es — dijo el Barón á su hija — que al ver el agradecimiento de este pobre bobo y de estos animales se me saltan las lágrimas; sólo ese miserable Malcolm... En fin, agradezco mucho al coronel Talbot que mantenga tan perfectamente á mis perros y que cuide de este infeliz Davie. Sin embargo, hija mía, no debemos consentir que sean una carga perpetua para esta propiedad.

Estaba diciendo esto cuando vió venir á lady Emilia que, del brazo de su marido, salía á recibir á la comitiva en la segunda puerta. Luego de los correspondientes saludos y de las obligadas presentaciones que abrevió mucho lady Emilia, con su costumbre de estas cortesanías, se excusó esta señora de haber empleado una especie de subterfugio para

conseguir que el Barón y su hija viniesen á un lugar que tendría para ellos algunos sensibles recuerdos. Pero — añadió — como esta propiedad se halla á punto de cambiar de dueño, queríamos que el señor Barón...

— El señor Bradwardine, simplemente, señora — interrumpió el anciano.

— Pues bien; deseábamos que el señor Bradwardine y el señor Waverley vieren lo que hemos hecho para restablecer la finca como primeramente estaba.

El Barón dió gracias con una gran inclinación de cabeza. Lo cierto era que, al entrar en el patio, vió todo como estaba meses antes, cuando tomó las armas, con excepción de las cuadras que habían ardido por completo. En lugar de éstas se levantaba otro cuerpo de edificio menos pesado y muy bien hecho. El palomar estaba nuevamente poblado. Corría la fuente con su apresuramiento habitual y no solamente se encontraba el oso en su sitio sino todos los demás osos, repuestos de los actos de violencia cometidos contra ellos, ocupaban sus puestos ordinarios. Ya se comprende que si en los detalles que decimos se había puesto tanto esmero, con mayor razón estarían hechas todas las obras necesarias así en la casa como en los jardines; de modo que conservando el antiguo aspecto estaban borradas las señales de violencia y destrozo. Durante un momento se quedó contemplando el Barón todo aquello y, por último, dirigiéndose al coronel Talbot dijo :

— Muy obligado estoy á usted por la atención que ha tenido de restaurar los blasones de mi familia; pero, á la verdad, me llama la atencióu no ver en ninguna parte los de usted que, si no me engaño,

llevan un mastín, comúnmente llamado *talbot*. El poeta lo dijo :

Talbot esforzado — perro obstinado.

Al menos esta es la divisa de la noble casa de los condes de Shrewsbury á la que probablemente se hallará unida la de usted por razón de abolengo.

— Creo que sí — contestó el coronel, — sin duda somos perros de la misma camada. Pero, por mi parte, si los blasones pudieran disputar sobre la primacía yo cedería el campo, pues, como dice el proverbio : á buen perro mejor oso.

Mientras el coronel decía esto y el Barón tomaba lentamente otro polvo, entraron en la casa lady Emilia, Rosa, el Barón, Stanley, el coronel y el intendente. Waverley y los demás acompañantes se quedaron examinando un nuevo invernadero, lleno de hermosas plantas. El Barón tornó á su tema favorito diciendo :

— Por más que á usted, coronel, le plazca renunciar al uso de su escudo de armas, capricho que no sólo es de usted sino de otros muchos compatriotas de usted, que yo conozco y son hombres de honor y noble linaje, he de decir á usted que sus armas son muy antiguas é ilustres, como lo son también las de mi joven amigo Stanley, que consisten en un águila y un niño.

— « El pájaro y el chicuelo » como dicen en el condado Derbyshire — observó Stanley.

— Es usted un atrevido — añadió el Barón que había tomado gran afecto á aquel joven, sin duda porque éste se complacía en contrariarle; — es usted un atrevido y habrá que corregir á usted uno de

estos días — diciendo esto mostró el puño cerrado.— Quería decir á usted, coronel, que su *prosapia* ó ascendencia se remonta á tiempos muy antiguos, y puesto que usted ha adquirido legalmente para sí y sus sucesores los extensos estados que he perdido yo para mí y los míos, deseo que permanezcan en sus manos por tanto tiempo como han permanecido en mi familia.

— Muy estimable es ese deseo, señor Bradwardine — repuso el coronel Talbot.

— Además — prosiguió el Barón, — observo con sorpresa que no obstante el grande *amor patriæ* de usted y del que nos dió testimonio en Edimburgo, se ha resuelto usted á transportar sus lares ó dioses domésticos *procul a patriae finibus*, expatriándose usted mismo.

— ¡Vaya! Barón — exclamó el coronel Talbot — no veo por qué he de seguir guardando el secreto de esos atolondrados Waverley y Stanley en connivencia con mi mujer: no quiero seguir engañando á un veterano como usted: sepa usted que aquí no hay nada mío y que tan lejos estoy del deseo de abandonar mi país que la suma adelantada por mí al vendedor de esta baronía me ha servido para adquirir una pequeña propiedad llamada Brerewood-Loge, de unos doscientos cincuenta acres de tierra y cuyo mérito capital consiste en estar á unas cuantas millas de Waverley-Honour.

— Entonces — exclamó el Barón — ¿de quién es esta baronía?

— Eso — contestó el coronel — entra en las atribuciones de este caballero.

El intendente á quien se dirigían estas palabras,

había permanecido durante el diálogo apoyado ora en un pie, ora en otro, como gallina sobre un suelo caliente, se adelantó estirando el cuello como otra gallina, envanecida por haber puesto un huevo.

— Estoy pronto, señor — dijo sacando de su bolsillo un rollo de papeles y desenvolviéndolo. — Aquí tenemos una escritura de venta y transmisión de dominio en debida forma, otorgada por Malcolm Bradwardine de Inch-Grabbit, por la cual reconoce haber recibido en libras esterlinas, como precio, á su entera satisfacción, por la baronía de Bradwardine, Tully-Veolan y otras, tierras, edificios...

— ¡Por amor de Dios! vaya al grano... Todo eso ya lo sabemos de memoria — dijo el coronel.

— Escritura otorgada á favor del caballero Cosme Comyne Bradwardine, á él por sí, por sus herederos y causa habientes, *a me vel de me*.

— Abrevie usted, abrevie...

— Palabra de honor, coronel, que estoy abreviando todo lo que que se puede... Bajo condición y con reserva...

— Eso es más largo que un invierno en Rusia... Señor Macwheeble, permita usted... En dos palabras, señor Bradwardine, que es usted otra vez propietario de todos los bienes pertenecientes á su familia y que sólo aparecen gravados con la suma que ha recibido el vendedor y que está muy por bajo de lo que valen.

— ¡Nada, nada! — exclamó el intendente frotándose las manos — No hay más que ver el libro de rentas...

— Esta suma — añadió el coronel — ha sido adelantada por el señor Waverley y proviene, principalmente, del precio de venta de la propiedad de su padre, que he comprado yo. Claro está que la refe-

rida suma queda asegurada á la hija de usted por razón de su matrimonio.

— Es una donación con garantía — explicó el intendente — hecha á Rosa Comyne Bradwardine, para ella y los hijos que nacieren de su matrimonio con el caballero Eduardo Waverley. He redactado una minuta de donación esponsalicia, *intuitu matrimonii* de modo que no está sujeta á reducción como las donaciones *inter virum et uxorem*.

Difícil sería de explicar si quedó más satisfecho por la recuperación de sus bienes ó por la manera delicada con que se le dejaba en libertad de disponer de ellos, bajo apariencias de una obligación pecuniaria. Pasado el primer momento de júbilo, algo tranquilizado, pensó en la indignidad del heredero por línea masculina, quien como. Esaú había vendido su primogenitura por un plato de lentejas.

— Y quién ha preparado esas lentejas — exclamó el intendente — ¡quién sino Duncan Macwheeble! Su Honor el joven señor Waverley puso el asunto, desde el primer día, en mis manos. Yo los he envuelto, los he acechado, los he dado caza. Y que digan Inch-Grabbit y Jamie Howie si no les he jugado una buena pasada. Howie, ¡un procurador! No quise aparecer con el novio ¡ buen precio hubieran puesto! No : yo he ido con maña, metiéndoles miedo, tanto que no se atrevían ni á salir de sus casas, en cuanto llegaba la noche : John Heather Bultter ó cualquier otro desalmado podía pegarles un tiro. Además, les he calentado las orejas con el coronel Talbot : ¿ Eh? ¿ Querrían andarse con pamemas tratándose del amigo del Duque? ¿ No sabían quién es hoy el que manda y no lo han podido apreciar por tantos desventurados inconscientes?

— Que estuvieron en Derby, por ejemplo, señor Macwheeble — le dijo en voz baja el coronel.

— ¡Silencio, coronel! por amor de Dios, no diga usted eso : son muchos los hombres honrados que han estado en Derby y además — añadió Macwheeble mirando al Barón que parecía ensimismado en algún pensamiento, — no hay que mentar la cuerda en casa del...

En aquel instante salió el Barón del adormecimiento : agarró á Macwheeble por la solapa y le arrastró hasta el profundo hueco de una ventana : no se entendía lo que hablaban, pero ciertamente su tema eran las escrituras y el papel sellado : no podía ser otra cosa dado el respeto y la atención con que permanecía el intendente.

— Comprendo perfectamente á vuestro Honor : eso se puede conseguir con tanta facilidad como una sentencia en rebeldía.

— A ella y á él, á mi fallecimiento y á sus herederos varones, pero de preferencia á su segundo hijo, si Dios les concede más de uno : hijo que llevará el nombre y usará el blasón de Bradwardine, sin otro nombre ni otras armas.

— Muy bien. Prepararé una minuta esta misma mañana. No costará más que una escritura de transmisión *in favorem* y luego redactaré la escritura para su colación en el Echiquier.

Concluída esta conversación privada fué llamado el Barón para hacer los honores de la casa á las personas que llegaban : eran el mayor Melville de Cairnvreckan y el reverendo señor Morton, acompañados de otros dos ó tres amigos del Barón, á los cuales se les había participado, de manera confiden-

cial, la reinstalación del Barón en sus antiguas propiedades. Los campesinos gritaban de alegría en el patio. Saunders Saunderson, que había guardado el secreto durante muchos días, lo había roto al ver que ya llegaban los carruajes.

Mientras Eduardo recibía al mayor Melville con toda cortesía y á Morton con nuestras de mucho afecto y agradecimiento, su suegro no sabía de qué manera podría cumplir los deberes de la hospitalidad con sus visitantes y festejar á los campesinos. Lady Emilia vino en auxilio suyo, explicándole que si bien no tenía la pretensión de sustituir á mistress Waverley, al menos confiaba que aprobaría el Barón los preparativos por ella hechos en espera de tantos huéspedes : tenía la creencia de que no quedaría esta hospitalidad muy por bajo de la tradicional en Tully-Veolan. Es imposible describir el placer del Barón cuando tuvo esta seguridad. Con galantería que participaba de la tiesura de un laird escocés y de la cortesía de un oficial francés, dió el brazo á lady Emilia dirigiéndose todos al comedor.

Gracias á las instrucciones y al cuidado de Saunderson, el comedor, como las demás habitaciones de la casa estaban perfectamente arregladas. Se habían conservado algunos muebles de los que antes constituían el ajuar y al poner muebles nuevos en sustitución de los desaparecidos, se hizo de modo que semejaran á los viejos y formaran juego. Una cosa enteramente nueva vió el Barón de Bradwardine en la pared : un gran cuadro que representaba un desfiladero en la tierra y el clan de Mac-Ivor pasando por el desfiladero. En primer término se encontraban Fergus y Waverley, con su traje de montañeses y de un exacto parecido. Había sido pintado este cuadro

por un hábil artista de Londres, quien se sirvió para ello de un apunte tomado del natural por un dibujante de talento. El mismo Raeburn, cuyos jefes escoceses parecen vivos en el lienzo, no hubiera tratado mejor aquel asunto. El ardiente, impetuoso carácter del infortunado jefe de Glennoquoich contrastaba de manera evidente con la expresión contemplativa de su amigo. Al lado del cuadro estaban colocadas las armas que había usado Eduardo en la desgraciada guerra civil. Aquel cuadro excitó la admiración de todos y despertó no pocos recuerdos.

Sin embargo, la necesidad de comer se sobrepuso á las admiraciones. Sentóse el Barón al extremo de la mesa, dejando la cabecera para lady Emilia, de modo — dijo — que sirviera de enseñanza á la joven pareja. Después de reflexionar un momento acerca de si daría la preferencia á la iglesia presbiteriana ó á la episcopal escocesa, rogó al señor Morton que bendijera la mesa, advirtiendo que el señor Rubrick, como persona de la casa daría las gracias al cielo por las señaladas mercedes recibidas. La comida pudo calificarse de excelente. Saunderson servía la mesa en gran traje lo mismo que los demás criados, los antiguos que se habían vuelto á reunir, excepto uno ó dos de quienes nada se sabía desde el encuentro de Culloden. En las bodegas no faltaba un vino que todos juzgaron delicioso y el oso de la fuente suministró un ponche de brandy (por esta vez nada más) en beneficio de la servidumbre y campesinos.

Al terminarse la comida el Barón iba á proponer un brindis; ya estaba de pie y dirigía la mirada, triste, al aparador donde se veía la mayor parte de su vajilla de plata, rescatada por haberla comprado algunos vecinos á los soldados que saquearon la casa : estos

vecinos se habían complacido en restituir la vajilla á su legítimo propietario.

— En estos tiempos — dijo — bien puede uno considerarse feliz con haber salvado la vida y la hacienda. Sin embargo, en el instante de proponer un brindis no puedo menos de lamentar la falta de un antiguo objeto vinculado en mi familia, un *poculum potatorium*...

Es aquel instante sintió el Barón que le tocaban en el hombro: volvióse y vió en manos de su mayordomo, *Alexander al Alexandro*, la celebrada copa de Saint-Duthac, el oso de Bradwardine. Yo no sé si la recuperación de su patrimonio le había producido mayor júbilo.

— ¡Por mi honor! — dijo — hay motivos para creer en duendes y hadas, lady Emilia!

— Mucho me alegra — dijo el coronel Talbot — haber tenido la suerte de hacer que vuelva á usted un objeto de familia y demostrar así el interés que me inspira cuanto concierne á mi joven amigo Eduardo. Pero para que lady Emilia no sea sospechosa ante usted de brujería ni yo lo sea de brujo, con las que no hay que chancear en Escocia, voy á explicar á usted el caso. Ha de saber usted que su amigo Frank Stanley atacado de la monomanía del tartán, desde que Eduardo le contó sus historias sobre costumbres escocesas, nos describió á su vez esta notable copa. Spontoon, mi criado que, como todo soldado viejo, observa mucho y habla poco, me dijo luego que le parecía haber visto la pieza de vajilla de plata, descrita por el señor Stanley, en poder de cierta señora Nosebag, que fué mujer de un prendero y que aprovechándose de las circunstancias porque pasaba Escocia había vuelto en cierto modo á su comercio,

por lo que vino á tener en sus manos lo más valioso de cuantos despojos reunía el ejército. Ya comprenderá usted que al momento se rescató la copa. Ahora, yo tendré una vivísima satisfacción si es que esa copa no ha perdido valor ante usted por el hecho de que el coronel Talbot haya contribuído á restituírsela.

¡Una lágrima del Barón vino á mezclarse con el vino al llenar la copa y brindar con ella por el coronel Talbot y la prosperidad de las casas unidas de Waverley-Honour y de Bradwardine!

Sólo me queda por decir que como nunca hubo deseo afectuoso más sinceramente expresado, nunca tampoco, dentro de la instabilidad de las cosas humanas, hubo deseo más felizmente realizado.

CAPITULO LXXII

POSTSCRIPTUM QUE DEBIÓ SER PREFACIO

Hemos concluído el viaje, lector amigo; y si nunca te faltó la paciencia al acompañarme por estas hojas, el contrato, por lo que á ti se toca, se ha cumplido. Pero á semejanza del cochero, que ha recibido el precio de su carrera, no me separo de ti y con la mayor cortesía apelo á tu generosidad pidiendo una propina. Tú eres libre, claro está, de tirar el libro á la cabeza del demandante y de cerrar la puerta en la casa al importuno.

Este capítulo ha debido ser un prefacio : pero no lo ha sido por dos razones : primero porque hay muchos lectores de novelas, y mi conciencia me acusa de ser uno de ellos, dados al pecado de omisión en lo que concierne á los prefacios : y segundo, porque hay una costumbre bastante general, en este mismo orden de lectores, que consiste en empezar á leer por el fin; de modo que estas observaciones, colocadas en el último capítulo, tienen muchas probabilidades de ser leídas en su propio lugar.

No hay nación en Europa que en el espacio de medio siglo ó poco más haya experimentado un cambio

tan completo como el reino de Escocia. Los efectos de la insurrección de 1745 — la supresión del poder patriarcal de los jefes en las Tierras Altas — la abolición de la herencia del poder jurisdiccional de nobles y barones en las Tierras Bajas — la completa desaparición del partido jacobita que no quería confundirse con los ingleses ni adoptar sus costumbres y que durante larguísimo tiempo tuvo á honor conservar los viejos usos escoceses. El gradual influjo de las riquezas, la extensión del comercio, han contribuído á hacer del presente pueblo escocés una clase de ciudadanos tan distinta de sus antecesores como los ingleses de hoy lo son de aquellos que vivían en tiempos de la Reina Isabel. Los efectos de todos estos cambios en lo tocante á la Política y á la Economía, han sido puesto de relieve, con gran talento y precisión, por lord Selkirk. Pero aunque este cambio se haya verificado de manera muy rápida, no llegó á efectuarse de repente, sino de modo progresivo. Es verdad que nosotros, á semejanza de los que navegan por un río caudaloso y tranquilo, no podemos advertir el avance que hacemos si no es fijándonos en un punto fijo y notando de qué manera nos alejamos de él, más ó menos de prisa. Aquellos contemporáneos nuestros que han conocido los veinte ó veinticinco últimos años del siglo XVIII, reconocerán la verdad de este aserto, principalmente si han conocido á algún individuo de aquellas familias que cuando yo era niño, se llamaban « de levadura vieja », á causa de su adhesión fidelísima, aunque sin esperanza, á la casa de Estuardo. Aquella raza ha desaparecido ya casi por completo. Con ella se han desvanecido, sin duda, muchos prejuicios políticos absurdos; pero también hemos perdido muchos vivos ejemplos de singular y

desinteresada adhesión á los principios de lealtad que recibieron de sus padres y de la antigua hospitalidad escocesa, de virtud y de honor.

Por circunstancia accidental, aunque yo no soy montañés (sírvame esto de disculpa por las faltas que habré cometido en gaélico), he pasado mi infancia y mi juventud entre personas de estas á que hago referencia. Para conservar alguna idea de estos antiguos usos, cuyo aniquilamiento total he presenciado, he reproducido en escenas imaginarias y he atribuído á personajes ficticios una parte de los incidentes de que tuve conocimiento por personas que en ellos mismos figuraron. En efecto, lo más novelesco de mi relato es precisamente lo que está fundamentado en sucesos acaecidos. El cambio de mutua protección entre un caballero montañés y un oficial de categoría en el ejército del rey, la manera animosa con que este oficial llega á imponerse para corresponder al favor que él había recibido, son hechos enteramente ciertos. El accidente del disparo y la heroica frase que atribuyo á Flora, son de igual modo hechos auténticos, y la señora de noble alcurnia á quien acaeció el accidente de quien es la frase, murió no hace mucho tiempo. No hay caballero escocés, escondido después de la batalla de Culloden, que no pudiera referir aventuras tan extraordinarias como las que acontecen á mis héroes. La misma fuga de Carlos Eduardo es un ejemplo de esto, evidente y notable. Todo lo que á la batalla de Preston y á la escaramuza de Clifton se refiere está tomado de relatos hechos por testigos oculares inteligentes, corregidos en vista de la Historia de la Rebelión, por el venerable autor de Douglas. Los caballeros escoceses de las Tierras Bajas y los personajes secundarios, no han de tomarse por re-

tratos individuales, sino como personificaciones de costumbres de la época, de las cuales parte he conocido en mi juventud y parte ha llegado á mí por la tradición.

Mi propósito ha sido describir estos caracteres no caricaturizando y exagerando el uso del nacional dialecto, sino por las costumbres, su modo de ser y de pensar, de suerte que, á cierta distancia, puedan rivalizar con aquellos admirables retratos irlandeses debidos á miss Colgeworth, tan distintos de esos « Teagues » y « Dear Joys » que con la más perfecta semejanza de familia, ocupaban, desde largo tiempo, el drama y la novela.

Sin embargo, no tengo entera confianza en la manera como he realizado mi propósito. Tan poco satisfecho estaba de mi obra que la dejé sin concluir y no pensaba más en ella. Durante muchos años ha permanecido guardada en un armario y allí ha aparecido un día en que buscaba yo ciertos utensilios de pesca para prestarlos á un amigo. Desde que la escribí hasta hoy se han publicado dos obras sobre temas similares al mío. Débense estas obras á dos señores cuyo talento honra grandemente á su patria : me refiero al *Glenburnie* de mistress Hámilton y al último cuento de *Supersticiones montañesas*. Pero *Glenburnie* no da á conocer más que costumbres rurales de Escocia, si bien pintadas con impresionante fidelidad. En cuanto á los recuerdos tradicionales de la respetable é ingeniosa mistress Grant de Laggan, son de naturaleza muy distinta de la narración que he tratado yo de componer.

Quisiera persuadirme yo mismo de que mi obra no carece de interés para el lector. Las personas de edad hallarán aquí escenas y caracteres por ellas conoci-

dos: la generación que ahora empieza podrá formar idea, por mi libro, de lo que sus antepasados fueron.

Siento que la tarea de indagar las costumbres desvanecidas ya de nuestro país no haya ocupado la pluma del único escocés que era capaz de hacerlo como se merece el asunto — de ese eminente literato cuyos diseños del coronel Caustic y de Umphraville se hallan tan perfectamente matizados con el color de nuestro nacional carácter. Estoy seguro de que hubiera tenido yo más gusto en leer tal obra que el que puede proporcionarme el buen éxito, suponiendo que las páginas de este libro sean causa de distinción tan envidiable. Y puesto que he invertido la colocación habitual de estas reflexiones insertándolas al fin del libro, seguiré quebrantando la forma y acabaré poniendo la siguiente dedicatoria :

Este volumen está respetuosamente dedicado

Á NUESTRO ADDISON ESCOCÉS

HENRY MACKENZIE

por un desconocido, admirador de su talento.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA

FIN

París. — Tip. GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères. 216.3.07